



LA XIV
NOVELA DE
MARCO
DIDIO
FALCO

LINDSEY DAVIS

EL MITO DE
JÚPITER

Lectulandia

Uno de los extremos del Imperio, Londinium, está viviendo una etapa de esplendor. Posee ya un foro y un anfiteatro, el comercio está cobrando un gran empuje, las expectativas económicas son inmejorables..., un escenario idóneo para que florezca el crimen organizado. Y aun así, el investigador privado Marco Didio Falco ni se imagina que sus vacaciones a la capital británica se convertirán en una auténtica pesadilla. No tarda en tropezarse con el primer cadáver, y un asesinato le llevará a otro en una trama llena de enigmas e ironías del destino. Además de verse las caras con todo tipo de delincuentes (asesinos a sueldo, proxenetas, estafadores...), deberá enfrentarse a una turbulenta etapa de su pasado sentimental de la que creía no haber dejado pistas.

Lectulandia

Lindsey Davis

El mito de Júpiter

La XIV novela de Marco Didio Falco

ePUB v1.0

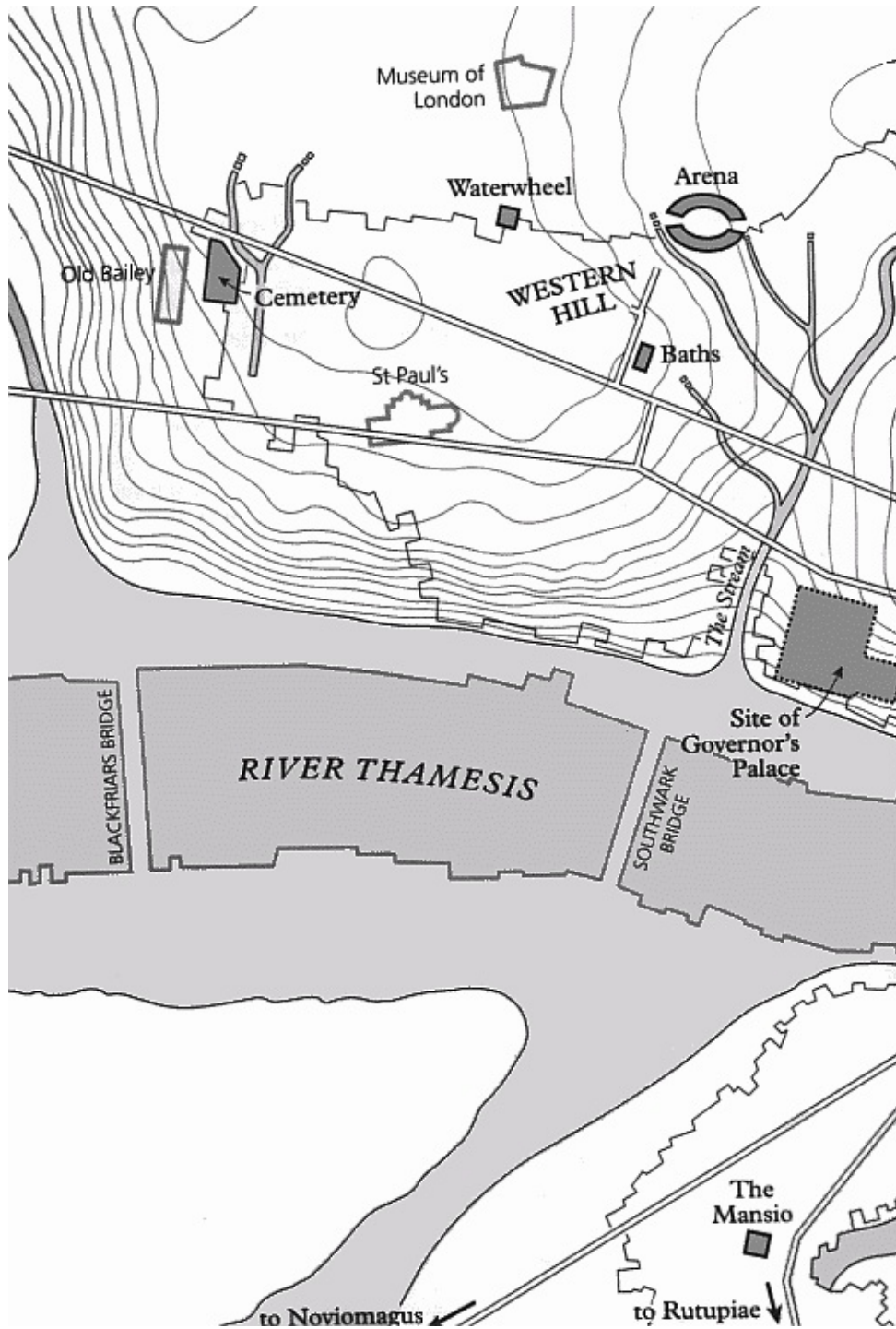
tagus 24.08.12

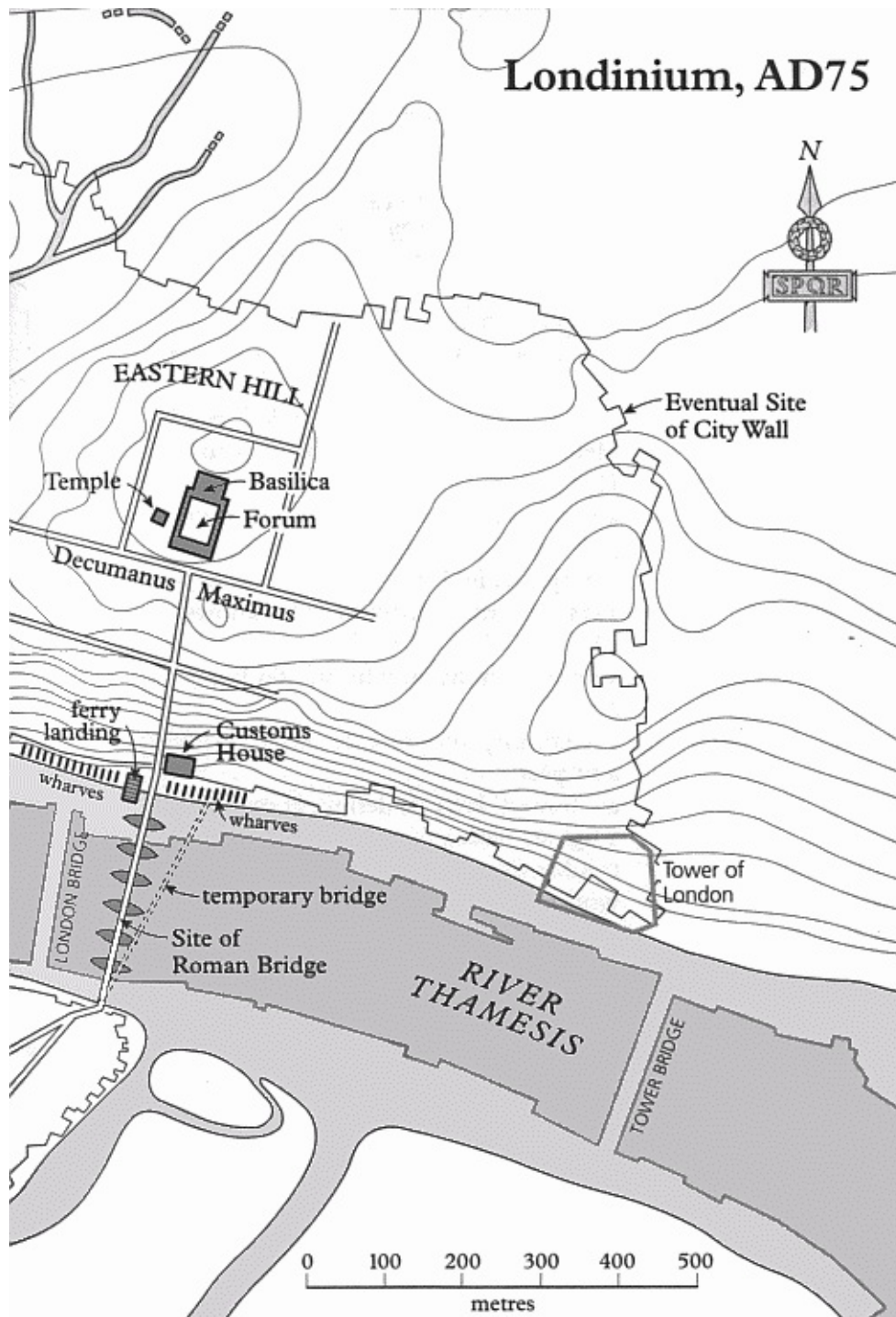
más libros en lectulandia.com

Título original: *The Myth of Jupiter*
Lindsey Davis, 2002.
Traducción: Monserrat Batista
Diseño/retoque portada: Redna Azaug

Editor original: tagus v1.0
ePub base v2.0

*Para Ginny, que se lo merece.
Ahora mira aquí, harías bien en no esperar ni media página de tonterías
sentimentales.
Si eres un tesoro y una fuente de inspiración, y un querido amigo que ha sufrido
un año de estrés, sin duda no voy a decirte eso.
Después de todo, ¡esta es una dedicatoria británica!*





DRAMATIS PERSONAE

<i>Marco Didio Falco</i>	un informante de vacaciones.
<i>Helena Justina</i>	compañera de vida y corazón de Falco, pobre chica.
<i>Maya Favonia</i>	hermana de Falco; una viuda (buscándose problemas).
<i>L. Petronio Longo</i>	oficial de vigiles y amigo de Falco (buscando a Maya).
<i>S. Julio Frontino</i>	gobernador de Britania.
<i>Flavio Hilaris</i>	procurador financiero de Britania.
<i>Elia Camila</i>	esposa de Hilaris y tía de Helena Justina.
<i>Rey Togidubno</i>	aliado de Vespasiano en Britania.
<i>Verovolco</i>	tiempo pasado, víctima de un asalto británico.
<i>Flavia Fronta</i>	una «respetable» camarera, supuestamente.
<i>Crixo</i>	un irrespetuoso centurión, que lo sabe todo.
<i>Silvano</i>	otro centurión, que debería saber más.
<i>Norbano Murena</i>	un «encantador» promotor inmobiliario; tal vez un sospechoso.
<i>Popilio</i>	un «honesto» abogado; definitivamente sospechoso.
<i>Amazonia</i>	una luchadora con futuro.
<i>Cloris</i>	ex novia de Falco (problemas del pasado).
<i>«el Captor»</i>	un proxeneta cobarde.
<i>Epafrodito</i>	un panadero valiente; metido en graves problemas.
<i>Albia</i>	una huérfana britana.
<i>Firmo</i>	un agente de aduanas.
<i>Amico</i>	el torturador oficial.
<i>Ensamblés</i>	un tipo diferente de persuasor.
<i>Piro</i>	un pirómano persuasivo.
<i>Niños, demasiado numerosos para mencionarlos</i>	en especial a Julia, Favonia, Mario, Cloelia, Anco, Rea y Flavia.
<i>Lo mismo ocurre con los perros.</i>	
<i>Camareros, gladiadores, ladrones, soldados, esclavos, etc.</i>	
<i>Un oso.</i>	
<i>Una abeja cansada.</i>	

LONDINIUM, BRITANIA
Agosto, año 75 d. C.



I

—Depende de lo que entendamos por «civilización» —caviló el procurador.

Con los ojos clavados en el cadáver, no estaba yo de humor para hablar de filosofía. Nos encontrábamos en Britania, donde el imperio de la ley lo administraba el ejército. La justicia funcionaba de manera improvisada en un lugar tan alejado de Roma, pero las extraordinarias circunstancias implicaban que iba a ser difícil que aquel asesinato se pasara por alto.

Nos había hecho venir un centurión del pequeño destacamento de tropas local. La presencia militar en Londinium era sobre todo para proteger al gobernador, Julio Frontino, y a su segundo, el procurador Hilaris, pero como las provincias no están guarnecidas por los vigiles, los soldados llevan a cabo el mantenimiento básico del orden en la comunidad. De manera que el centurión acudió al escenario de la muerte y allí se mostró como un hombre preocupado. Al empezar a investigar, un asesinato local aparentemente rutinario presentó ciertas «complejidades».

El centurión nos contó que había acudido al bar esperando encontrarse con uno de los acostumbrados apuñalamientos o palizas de borrachos. Hallar a un hombre ahogado metido de cabeza en un pozo era una cosa algo insólita, emocionante quizá. El «pozo» era un profundo agujero situado en una esquina del diminuto patio trasero del bar. Hilaris y yo nos inclinamos para escudriñar su interior. El agujero estaba recubierto con las duelas de madera impermeable de lo que sin duda sería una enorme cuba de vino germánico; el agua casi la colmaba. Hilaris me había explicado que aquellos toneles importados eran más altos que una persona y que, tras ser vaciados de vino, a menudo se volvían a utilizar de esa forma.

Cuando llegamos ya habían sacado el cuerpo, por supuesto. El centurión había tirado de la víctima cogiéndola por las botas con la intención de arrojar el cadáver a un rincón hasta que el carro del estercolero de la ciudad se lo llevara de allí. Quería sentarse a tomar una copa gratis mientras contemplaba los atractivos de la chica que servía.

Sus atractivos no eran gran cosa. No lo eran según los parámetros del Aventino. Todo depende de lo que entendamos por «atractivo», tal como reflexionaría Hilaris, si acaso fuera de esa clase de hombres que hacen comentarios sobre las camareras. Yo sí era de éstos, y en cuanto entramos en el oscuro establecimiento me había fijado en que ella medía un metro veinte de altura, tenía una ridícula mirada lasciva y olía como el forro de unas botas viejas. Era demasiado corpulenta, demasiado fea y demasiado dura de mollera para mi gusto. Pero yo vengo de Roma. Tengo unos principios morales elevados. Aquello era Britania, me recordé a mí mismo.

Sin duda no había ninguna posibilidad de obtener bebida gratis ahora que Hilaris y yo estábamos allí. Éramos funcionarios del gobierno. Quiero decir funcionarios de

verdad. Uno de nosotros ostentaba un maldito alto rango. No era yo. Yo no era más que otro advenedizo de clase media. Cualquiera que tuviera un poco de gusto y estilo podría notar mi origen barriobajero al instante.

—Evitaré el bar —bromeé en voz baja—. ¡Si tienen el agua llena de muertos seguro que su vino está contaminado!

—No, yo tampoco voy a hacer ninguna degustación —asintió Hilaris empleando un tono de voz discreto—. No sabemos qué pueden llegar a meter en sus ánforas...

El centurión se nos quedó mirando fijamente, mostrando su desprecio ante nuestro intento de ser graciosos.

Aquel suceso era aún más incómodo para mí que para el soldado. Al fin y al cabo, él, de lo único que tendría que preocuparse era de si mencionaba o no en su informe aquellas «complejidades». Yo, en cambio, tenía que decidir si revelarle o no a Flavio Hilaris —Gayo, el tío de mi mujer— la identidad del muerto. Pero antes de hacerlo necesitaba evaluar las posibilidades de que el propio Hilaris hubiera reconocido el cadáver atascado en el tonel.

Allí el importante era Hilaris. Era procurador financiero en Britania. Para ser objetivos, yo también era procurador, pero mi papel, que implicaba la teórica supervisión de los Gansos Sagrados de Juno, era uno de los cien mil honores sin sentido que concedía el emperador cuando le debía un favor a alguien y era demasiado mezquino para pagarlo con dinero. Vespasiano consideraba que mis servicios ya le habían costado bastante, así que saldó las deudas restantes gastándome una broma. Ése era yo: Marco Didio Falco, el payaso imperial. En tanto que Gayo Flavio Hilaris, que había conocido a Vespasiano muchos años atrás en el ejército, estaba entonces únicamente por debajo del gobernador provincial. Puesto que conocía a Vespasiano en persona, el querido Gayo era los ojos y oídos del emperador (como bien sabría el gobernador) y evaluaba la manera en que el nuevo gobernador dirigía la provincia.

A mí no tenía que evaluarme. Ya lo había hecho hacía cinco años cuando nos conocimos. Creo que salí bien parado. Quise causar una buena impresión. Eso fue antes incluso de que me enamorara de la elegante, inteligente y superior sobrina de su mujer. Hilaris era el único en todo el Imperio que siempre había creído que Helena podría terminar conmigo. De todos modos, su esposa y él me habían vuelto a recibir ahora como sobrino político, como si fuera algo natural e incluso un placer.

Hilaris parecía un tipo tranquilo, un poco inocente, con un aire de oficinista, pero yo no me enfrentaría a él a las damas... Bueno, a menos que pudiera jugar con los dados trucados de mi hermano Festo. Manejaba la situación como tenía por costumbre: de un modo curioso, concienzudo e inesperadamente firme.

—He aquí un britano que no ha obtenido mucho beneficio de la civilización romana —había dicho cuando le mostraron el cadáver. Fue entonces cuando añadió

secamente—: Aunque supongo que todo depende de lo que uno entienda por civilización.

—¿Te refieres a que se dio cuenta de que su vino estaba aguado? —sonreí burlonamente.

—Mejor será no bromear. —Hilaris no era ningún mojigato y aquello no era una reprobación.

Era un hombre delgado y pulcro, todavía activo y alerta, aunque más canoso y demacrado de lo que yo lo recordaba. Siempre había dado una ligera impresión de tener mala salud. Su esposa, Elia Camila, no parecía haber cambiado mucho desde última visita, pero Flavio Hilaris tenía un aspecto mucho más envejecido y me alegré de haber traído conmigo a mi esposa y a las niñas para que lo vieran siempre que me había sido posible.

Mientras intentaba disimular que lo estaba observando, decidí que él también conocía al hombre muerto que tenía a sus pies. Como diplomático de carrera, también se daría cuenta de por qué aquella muerte iba a causar problemas. Pero, de momento, a mí no iba a decirme lo que sabía.

II

—Lamento entreteneros, señores —murmuró el centurión. Debía de estar deseando no haber dicho nada. Estaba calculando con cuánta documentación adicional se había enredado, y se había dado cuenta demasiado tarde de que su comandante le iba a armar una buena por involucrar a los poderes civiles.

—Hiciste lo que debías. —Yo nunca había visto que Hilaris eludiera los problemas. Se hacía extraño pensar que aquel hombre había servido en el ejército (Segunda Augusta, mi misma legión, veinte años antes que yo). También formó parte de las fuerzas de la Invasión en una época de pragmáticas relaciones con los habitantes del lugar. Pero tres décadas de cívica burocracia lo habían convertido en aquella poco común y muy prometedor maravilla, un servidor público que seguía las normas. Más raro aún, en lugar de anquilosarse allí inútilmente había llegado a dominar el arte de hacer que las normas funcionaran. Hilaris era bueno. Todo el mundo lo decía.

En cambio, el centurión disimulaba su propia ineptitud moviéndose despacio, hablando poco y haciendo menos aún. Era un hombre de complexión ancha y cuello corto. Estaba de pie con los pies plantados en el suelo, muy separados y los brazos colgando. Llevaba el pañuelo del cuello metido por dentro de la coraza con el desaliño suficiente para expresar desprecio por la autoridad, pero sus botas estaban lustradas y su espada tenía aspecto de estar afilada. Seguro que era uno de aquellos que se pasaban el día sentados, quejándose de sus oficiales superiores. Yo dudaba que se quejara del emperador. Vespasiano era un general militar.

Vespasiano tenía que saber que el ejército estaba lleno de individuos como ése: no tan buenos como les gustaría a los que estaban al mando, pero suficientemente formales para bordear la costa de una lejana provincia donde las fronteras estaban bastante tranquilas y la rebelión manifiesta ya no era un problema. En Britania las legiones no contaban con personal inútil. En una situación realmente difícil; de algo serviría aquel centurión.

Allí sí que teníamos una situación difícil. El centurión lo había intuido, y no se había equivocado. Y en honor a la verdad, había reaccionado adecuadamente. Se había fijado en el círculo blanco alrededor del cuello del muerto, allí donde habitualmente hubiera un torques, y vio los rasguños que el pesado metal retorcido debió de causar cuando el ladrón o ladrones lo arrancaron de un tirón. Se dio cuenta de que se trataba de un asunto serio. No era el robo en sí lo que auguraba problemas, sino el hecho de que en la Britania tribal los pesados torques de oro y electro tan sólo los llevaban al cuello las personas ricas y de alta cuna. Aquel torques, entonces perdido, era un signo de rango. Generalmente la gente de prestigio no tenía una muerte fea y solitaria en una taberna, fuera cual fuese su cultura. Algo estaba

pasando. Así que el centurión decidió enviar un mensajero al gobernador.

Era el primer año que Julio Frontino ocupaba allí su cargo. Cuando llegó el mensaje estaba desayunando mientras celebraba una temprana reunión con el que era su brazo derecho. Todos compartíamos la residencia oficial, de manera que yo también me hallaba presente.

—Gayo, ve a ver si reconoces a la víctima —le dijo Frontino a Hilaris, el cual había permanecido en Britania todas aquellas décadas y que por tanto conocía muy bien a todo el mundo. Como el gobernador había trabajado conmigo previamente en la investigación de un asesinato en Roma, añadió entonces—: Parece un asunto de los tuyos, Falco. Deberías acercarte tú también.

De manera que allí estaba yo. Me habían enviado a la escena del crimen como experto en fallecimientos por causas no naturales. Pero yo me encontraba a casi dos mil kilómetros de mi territorio. ¿Cómo iba yo a averiguar el móvil de un asesinato en Britania, o dónde empezar a buscar al asesino? Estaba de vacaciones, y deseaba afirmar que no podía aportar nada. Mi propia misión oficial en Britania había terminado; después había traído a Helena a Londinium para que viera a sus parientes, pero ahora ya estábamos prácticamente de camino a casa.

Entonces, cuando el centurión nos mostró el cadáver empapado, Hilaris se quedó callado y yo me sentí mareado. Enseguida supe que tal vez yo participase directamente en el hecho de que la víctima estuviera allí.

De momento, eso era lo único que sabía.

III

—Me pregunto quién es. —El centurión empujó suavemente el cadáver con el canto de su bota, evitando hacerlo con la punta, pues habría podido tocar la carne muerta con sus grandes dedos huesudos—. O mejor dicho, quién era —se rió sardónicamente.

El fallecido era un hombre alto y bien alimentado. Las largas greñas que le caían por la cabeza y el cuello y que se enredaban en los bordes de su túnica de lana habían sido en otro tiempo rebeldes mechones de color rubio rojizo. Sus ojos, ahora cerrados, habían brillado de curiosidad y solían deleitarse con peligrosas travesuras. Imaginé que serían azules, aunque no me acordaba. Su piel estaba pálida e hinchada después de haberse ahogado, pero siempre había tenido una complexión clara, con esas cejas y pestañas rojizas que acompañan ese tono particular de piel y cabello. El fino vello de sus antebrazos desnudos empezaba a secarse. Llevaba unos pantalones de color azul oscuro, unas botas caras, un cinturón decorado con agujeros con el que la sencilla túnica quedaba fruncida en gruesos pliegues. No había arma alguna. Todas las veces que lo vi había llevado una larga espada britana.

Siempre estaba haciendo algo. Iba corriendo de un lado a otro, lleno de energía y de un humor ordinario; siempre me abordaba a gritos, con frecuencia lanzaba miradas lascivas a las mujeres. Parecía raro encontrarlo tan inmóvil.

Me agaché y tiré de la tela de una manga para examinarle una de las manos en busca de anillos. Quedaba uno macizo, hecho de oro con vueltas entrelazadas, que quizá estaba demasiado ajustado para sacarlo a toda prisa. Mientras me ponía en pie mi mirada se cruzó un instante con la de Hilaris. Sin duda se había dado cuenta de que yo también conocía la identidad de aquel hombre. Bueno, si lo pensaba un poco, yo acababa de venir de Noviomago Regnensis, por lo que no era de extrañar.

—Es Verovolco —le dijo al centurión sin dramatismo. Yo no comenté nada—. Me encontré con él una o dos veces por asuntos oficiales. Era un cortesano y un posible pariente del gran rey, Togidubno, de la tribu de los atrebates en la costa sur.

—¿Importante? quiso saber el centurión con una medio impaciente mirada de soslayo. Hilaris no respondió. El soldado sacó sus propias conclusiones. Puso mala cara, impresionado.

El rey Togidubno era un viejo amigo y aliado de Vespasiano. Había sido espléndidamente recompensado por sus años de apoyo. En aquella provincia, probablemente, podía hacer valer sus privilegios por encima del gobernador. Podía hacer que se ordenara la retirada de Flavio Hilaris a Roma y que lo despojaran de los honores que tanto le había costado ganarse. Incluso podía hacer que me dieran un golpe en la cabeza y me tiraran a una zanja sin que nadie hiciera preguntas.

—¿Y qué estaba haciendo Verovolco en Londinium? —se preguntó Hilaris.

Parecía una pregunta hecha en general, pero tuve la impresión de que iba dirigida a mí.

—¿Más asuntos oficiales? —inquirió el centurión dócilmente.

—No. Yo lo hubiera sabido. E incluso si vino a Londinium por asuntos personales —continuó diciendo el procurador con ecuanimidad—, ¿por qué iba a visitar un establecimiento tan desagradable como éste? —Entonces me miró directamente a mí—. Un aristócrata britano, cargado de valiosas joyas en un agujero como éste, corre el mismo riesgo de que le roben que correría un romano solo. Este lugar es para los lugareños, ¡y hasta ellos han de tener valor para venir!

Rehusé a que me sonsacara y abandoné el patio, agaché la cabeza para entrar en el bar y eché un vistazo a mi alrededor. Para tratarse de una bodega, aquélla carecía de encanto y distinción. La habíamos encontrado a mitad de camino de un corto y estrecho callejón situado en la pendiente de la colina que había justo por encima de los muelles. Unos cuantos estantes toscos sostenían unas jarras. Un par de ventanas con rejas de hierro dejaban entrar un poco de luz. Desde el mugriento suelo con paja esparcida hasta las bajas y oscuras vigas, el bar estaba tan asqueroso como pueden llegar a estarlo estos lugares. Y eso que yo había visto unos cuantos.

Abordé a la mujer que se encargaba de aquel sitio.

—No sé nada —soltó inmediatamente antes de que pudiera preguntarle.

—¿Eres la propietaria?

—No. Yo sólo sirvo las mesas.

—¿Fuiste tú quien llamó al centurión?

—¿Pues claro! —La cosa no era tan clara. No me hacía falta vivir en Britania para saber que si hubiese estado en sus manos ocultar aquel crimen, lo hubiera hecho. En lugar de eso, se había dado cuenta de que sin duda iban a echar en falta a Verovolco. Habría problemas y si no daba entonces la impresión de que todo andaba bien iba a ser peor para ella—. Lo encontramos esta mañana.

—¿No te fijaste en él la otra noche?

—Estábamos atareados. Hubo mucha clientela.

La miré con calma.

—¿Qué tipo de clientela?

—La que solemos tener.

—¿No puedes ser más explícita? Quiero decir...

—¡Ya sé lo que quieres decir! —se mofó.

—¿Chicas pecadoras que andan tras marineros y comerciantes? —le espeté igualmente.

—Gente respetable. ¡Hombres de negocios! —Negocios turbios, seguro.

—¿Este hombre estuvo bebiendo aquí la pasada noche?

—Nadie lo recuerda, aunque podría ser que sí. —Tendrían que acordarse. Debió

de haber sido la persona de clase más alta entre todos los clientes habituales incluyendo a los respetables hombres de negocios—. Nosotros nos encontramos con que lo habían dejado aquí agitando los pies...

—¡Disculpa! ¿Por qué agitaba los pies?¿Acaso el pobre infeliz estaba aún con vida?

Ella se sonrojó.

—Sólo era una manera de hablar.

—Entonces estaba muerto o no?

—Estaba muerto. Por supuesto que lo estaba.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué?

—Si sólo se le veían los pies, ¿cómo podía saber nadie en qué condiciones se encontraba? ¿Podrías haberlo reanimado? Al menos podrías haberlo intentado. Sé que no te molestaste en hacerlo, el centurión tuvo que sacarlo de ahí.

Pareció desconcertada, pero siguió hablando animosamente.

—Era hombre muerto. Estaba clarísimo.

—Sobre todo si tú ya sabías que lo habían metido en el pozo la pasada noche.

—¡Mentira! ¡Todos nos quedamos sorprendidos!

—No tanto como debió de estarlo él —repliqué.

No íbamos a conseguir nada más quedándonos allí. Dejamos al centurión que trasladara el cadáver a un lugar seguro hasta que el gran rey fuera informado. Gayo y yo salimos al callejón, el cual se utilizaba como sumidero al aire libre. Anduvimos con mucho cuidado junto a la basura y vertidos diarios de lo que pasaba por ser una calle. Fue bastante deprimente. Nos hallábamos en un terreno de bancales bajo las dos bajas colinas de grava sobre las que se asentaba Londinium. El área se extendía próxima al río. En cualquier ciudad eso podía ser un problema. Los dos guardaespaldas del procurador nos seguían discretamente, unos soldados de primera línea en misión destacada que iban toqueteando unas dagas. Proporcionaban seguridad... en parte.

Desde el mal adoquinado callejón que comunicaba aquel enclave con las mayores y quizá menos hostiles vecindades oíamos el chirrido de las grúas de los muelles que bordeaban el Támesis. Se percibían los acres olores del cuero, un comercio básico. Algunas ciudades contaban con reglamentaciones según las cuales las curtidurías debían emplazarse en el campo a causa del hedor que desprendían, pero en Londinium, o bien no eran tan exigentes, o no estaban tan bien organizados. Atraídos por la proximidad del río, caminamos hacia él.

Pasamos entre nuevos almacenes de estrechas fachadas que daban a la orilla del río y que iban de sus abarrotados atracaderos de descarga hacia unos largos y sólidos túneles de almacenaje. El muro de contención del río se hallaba bordeado de ellos,

como si se hubiera planificado. Una enorme plataforma de madera de reciente construcción hacía las funciones de desembarcadero así como de baluarte contra la marea que se extendía.

Me quedé mirando el río tristemente. El Támesis era mucho más ancho que el Tíber allí en casa, y con su marea alta alcanzaba una anchura de más de mil pasos, aunque con la bajamar se quedaba en un tercio de esa distancia. Al otro lado del embarcadero en el que nos encontrábamos había unas islas cubiertas de juncos que quedarían prácticamente sumergidas con la marea alta cuando, a lo largo de kilómetros hasta el estuario, las marismas del Támesis se desbordaran. Los caminos desde los puertos del sur llegaban hasta allí por la orilla meridional y convergían en un lugar por donde los transbordadores habían atravesado siempre el río. Había un puente de madera que cruzaba desde la isla principal formando un ángulo un poco extraño.

De pie a mi lado, el procurador compartía claramente mi melancólico estado de ánimo. La muerte y las neblinosas y grises riberas de los ríos producen el mismo efecto. Éramos hombres de mundo, pero aun así estábamos apenados.

Con una sensación de opresión causada por lo que nos rodeaba, yo no me sentía preparado aún para abordar la muerte de Verovolco.

—Veo que reparaste el puente.

—Sí. Boadicea lo utilizó para llegar al asentamiento de la orilla sur, luego sus tropas trataron de inutilizarlo. —El tono de Hilaris era seco—. El motivo de que, curiosamente, éste parezca estar alineado es porque no es permanente. —Estaba claro que el asunto del puente le hizo gracia—. Falco, me acuerdo del puente que se tendió tras la Invasión y que estaba destinado puramente a servir propósitos militares. No era más que una plataforma hecha con pontones. Más adelante los soportes se hicieron permanentes, pero seguían siendo de madera y los echamos abajo. Se decidió que un buen puente de piedra significaría la permanencia en la provincia, así que se construyó éste.

Participé en la sátira.

—¿Dijiste que tampoco es permanente?

—No. El puente permanente irá en línea recta para conectar con el foro; al llegar, la gente tendrá una vista espléndida, directamente hacia el otro lado del río y colina arriba.

—¿Y para cuándo está previsto el puente permanente? —pregunté con una sonrisa.

—Para dentro de unos diez años, diría yo —me respondió con tristeza—. Mientras tanto tenemos éste, al que podríamos llamar el puente permanente provisional... o el puente provisional permanente.

—¿Y es oblicuo para que mientras construís la versión definitiva al lado podáis

seguir teniendo un sitio por el que cruzar?

—¡Correcto! Si quieres cruzar ahora te aconsejo que utilices el transbordador.

Yo levanté una ceja.

—¿Por qué?

—El puente es provisional, no nos ocupamos de su mantenimiento.

Me reí.

Hilaris adoptó entonces una actitud meditabunda. Disfrutaba dando lecciones de historia.

—Me acuerdo de cuando aquí no había nada. Tan sólo unas cuantas cabañas circulares, muchas de ellas al otro lado del agua. Huertos de frutales y bosquecillos a este lado. ¡Por Júpiter que era desolador! Un asentamiento civil cuya existencia se logró luchando después de la invasión por parte de Roma. Pero entonces nos encontrábamos lejos, en Camuloduno, el centro principal de los britanos. Fue terriblemente inconveniente, no te quepa duda. Nuestra presencia causó además una mala sensación; fue el primer lugar que se perdió con la Rebelión.

—Londinium ya tuvo suficiente en la época de Nerón con atraer la energía de Boadicea— rememoré con amargura—. Yo lo vi... Bueno, vi lo que quedó después.

Hilaris hizo una pausa. Había olvidado que yo estaba allí durante la rebelión de los iceni, un chico marcado para toda su vida por aquella cruda experiencia. El testimonio de aquella tormenta de fuego aún perduraba entonces. El recuerdo de los cadáveres y las cabezas cortadas que se arremolinaban en los canales locales nunca moriría. Toda la atmósfera de ese lugar aún me trastornaba. Sin duda me alegraría cuando pudiera marcharme.

En aquella época Hilaris se encontraba también en Britania. Yo era un soldado raso en una desacreditada legión; él, un oficial subalterno del Estado Mayor de élite del gobernador. Nuestros caminos no se hubieran cruzado.

Al cabo de un momento siguió hablando.

—Tienes razón, el puente cambiará las cosas. Antes el río formaba una frontera natural. Los atrebatas y los cantii deambulaban por el sur, los tinnovantes y los catuvellauni por el norte. Las tierras que quedan inundadas durante la crecida eran tierra de nadie.

—¿Fuimos los romanos los primeros en hacer uso del pasadizo y de convertir el río en una vía de comunicación?

—Antes de que construyéramos carreteras como es debido era la mejor manera de trasladar los suministros, Marco. El estuario es navegable hasta aquí y al principio los barcos iban más seguros que transportando lentamente las mercancías por todo el territorio. Pueden subir flotando con una marea y luego volver a bajar con la otra. Tras la Rebelión convertimos este lugar en la capital provincial y ahora es una importante base de importación.

—Una nueva ciudad, un nuevo centro administrativo formal...

—¡Y nuevos problemas! —exclamó Hilaris con un inesperado sentimiento.

¿Qué problemas? ¿Acaso ya sabía con lo que estábamos tratando? Parecía dar pie para discutir— la muerte del britano.

—Podría ser que Verovolco —admití— estuviera en ese distrito cercano al río para intentar conseguir un medio de transporte hacia la Galia.

No establecí ninguna conexión manifiesta con los <problemas>. Fueran cuales fuesen podían esperar.

Hilaris volvió su pulcra cabeza y consideró lo que yo había dicho.

—¿Conocías los movimientos de Verovolco? ¿Por qué iba a la Galia?

—Exiliado. Cayó en desgracia.

—¡Exiliado! —Algunas personas me hubieran preguntado enseguida el porqué.

Administrador pedante como siempre, Hilaris quiso saber—: ¿Se lo has contado al gobernador?

—Todavía no. —Entonces ya no tenía otra opción—. Bueno, Frontino me cae bien. Ya he trabajado antes con él, Gayo, y también en relación con asuntos confidenciales. Pero tú eres el veterano en esta provincia. Era más probable que te lo contara a ti. —Sonreí, y el procurador agradeció el cumplido—.

Es una historia ridícula. Verovolco mató a un oficial. Lo hizo por motivos equivocados, esperaba obtener la protección real, pero había juzgado mal a Togidubno.

—Tú lo desenmascaraste. —Una afirmación, no una pregunta. Hilaris sabía cómo hacía mi trabajo—. ¡Y tú se lo dijiste al rey!

—Tenía que hacerlo. —No había sido nada fácil. Verovolco era el íntimo confidente del rey— Se produjo cierta tensión. El rey es prácticamente independiente y nos encontrábamos en su centro tribal. No fue fácil imponer una solución romana. Afortunadamente Togi desea mantener unas relaciones amistosas, así que al final estuvo de acuerdo en que su hombre tenía que desaparecer. El asesinato es un delito que se castiga con la pena de muerte, pero eso parecía ser lo máximo que podía pedir. Desde nuestro punto de vista, me pareció más conveniente aprobar el exilio que no un juicio público y una ejecución. Fue el pacto que hice: se mandaba a Verovolco a la Galia y nosotros a cambio no decíamos nada del asunto.

—Ingenioso —asintió Hilaris, siempre pragmático. Britania era una provincia sensible desde la Rebelión. Podría ser que el sentimiento tribal no tolerara que un respetado esbirro del rey fuera castigado por matar a un oficial romano. Verovolco lo hizo (de eso estaba seguro) pero al gobernador le hubiese resultado odioso tener que dictar una sentencia de muerte contra la mano derecha del rey, y si Frontino se mostraba indulgente públicamente daría una imagen de debilidad, tanto allí como en Roma.

—¿Verovolco estaba de acuerdo en irse a la Galia?

—No estaba muy entusiasmado.

—¿Londinium no podía ser una alternativa?

—Ningún lugar de Britania. Hubiera declarado formalmente a Londinium zona prohibida si hubiese creído que Verovolco iba a aparecer por aquí.

—¿Y el rey?

Sabía que la Galia era mejor que la habitual isla desierta.

—Pero con Verovolco asesinado en un bar de Londinium bien puede ser que el rey se ponga hecho una fiera —señaló Hilaris con desánimo.

—No cabe duda —dije yo.

Se aclaró la garganta, como si estuviera poco seguro de sí mismo.

—¿Va a sospechar que tú has dispuesto esta muerte?

Me encogí de hombros.

Flavio Hilaris, que ya estaba familiarizado con el modo de actuar de los agentes secretos, se volvió y me miró fijamente. Fue directo.

—¿Lo hiciste?

—No.

No me preguntó si lo hubiera hecho de haberseme ocurrido. Yo me mordí una uña mientras me preguntaba lo mismo.

—Has dicho que Verovolco mató a alguien —sugirió Hilaris: ¿Podría ser que el hecho de morir ahogado fuera una forma de castigo, Marco?

—Es poco probable. —Estaba casi seguro. —No hay nadie que tenga interés en ello. Mató al arquitecto, el director del proyecto para el nuevo palacio del rey.

—¿Qué? ¿A Pomponio? — Como procurador financiero, Hilaris era el que, en última instancia, firmaba la autorización de las facturas para el palacio del rey. Sabía quién era el arquitecto, y sabía que había muerto. También había visto mi resumen de la situación después—. Pero tu informe decía...

—Todo lo que tenía que decir. —Noté una ligera tirantez, como si Hilaris y yo rindiéramos cuentas a distintos señores sobre aquella cuestión—. Yo estaba en la obra para resolver los problemas. Califiqué la muerte del arquitecto de «trágico accidente»... No había necesidad de armar un escándalo diciendo que el asistente de Togi lo había matado. El rey refrenará a su gente y el crimen no volverá a repetirse. Hay un sustituto dirigiendo la obra, y lo está haciendo bien.

Hilaris había dejado que se lo explicara, pero seguía descontento. El informe del que estábamos hablando había sido dirigido al gobernador, pero yo mandé mi propia copia a Vespasiano. Desde el primer momento había tenido la intención de ofrecerle posteriormente al emperador una explicación más precisa, si es que quería oírla. Acabar con esa historia podría ayudarle a preservar las buenas relaciones con su amigo el rey. A mí me daba igual. Me pagaban por los resultados.

Los resultados que Vespasiano quería consistían en detener el exceso de gastos desenfrenados en una obra de construcción muy cara. Me había mandado a mí, nominalmente, un informante privado, porque era un auditor de primera. Descubrí una enemistad entre el rey como cliente y el arquitecto oficial. Cuando ésta estalló, con fatales resultados, nos encontramos con que no quedaba nadie a cargo de un proyecto de varios millones de sestercios... y con el caos. Verovolco, que era el que había organizado todo ese lío, no era mi britano favorito. Tuvo mucha suerte el condenado de que fuera la Galia el peor castigo que se me ocurriera para él.

—¿Pomponio tenía familia? —Hilaris seguía preocupándose inútilmente por su teoría del castigo.

—En Italia. En Britania tenía un novio que se disgustó bastante, pero trabaja en la obra. Aumentamos sus responsabilidades, eso debería de bastar para que calle. Puedo comprobar que no haya abandonado la zona.

—Mandaré a un mensajero. —Si Hilaris me estaba anulando, lo hacía con tacto ... de momento—. ¿Cómo se llama?

—Planco.

—¿Verovolco actuaba solo?

—No. Tenía un compinche. Un supervisor de la mano de obra. Lo arrestamos.

—¿Localización actual?

Gracias a los dioses había sido concienzudo a la hora de atar los cabos sueltos.

—Noviomago. Bajo la responsabilidad del rey.

—¿Castigo?

—Eso no lo sé. —Me sentí entonces como un colegial que no ha hecho los deberes. Puede que Flavio Hilaris fuera el tío de mi mujer, pero si metía la pata me dejaría por los suelos—. Mandúmero sólo había tenido un papel secundario y era un habitante del lugar, así que dejé que Togidubno se encargara de él.

—Mandúmero, dices. —Hilaris me captó enseguida—. Lo averiguaré.

Dejé que siguiera en esa línea. A la larga, yo podía escurrir el bulto y marcharme a Roma. Podría ser que en Roma me acribillaran a preguntas, pero me sentía con ánimos para soportarlo. Hilaris viviría con el legado de aquella matanza de taberna mientras permaneciera en Britania. La conexión real era bastante delicada. Además, una de las casas privadas de la familia de Hilaris se hallaba en Noviomago, a poco más de kilómetro y medio de donde vivía el rey. Al pobre tío Gayo le habían cargado una riña personal entre «malos vecinos», por no decir otra cosa.

—Marco, ¿no crees que el mismo Togidubno ha castigado de esta manera a Verovolco?

—¡Es una idea espantosa! —Sonreí. Hilaris me caía bien, pero las taimadas mentes de los burócratas nunca dejaban de asombrarme—. El rey estaba irritado por la exaltada acción de ese hombre... pero más se irritó conmigo por descubrirlo.

—Bueno, de momento le llevamos cierta ventaja.

—¡Espero que no estés sugiriendo que lo ocultemos! —Propuse satíricamente.

Al oír aquello, Flavio Hilaris pareció realmente escandalizado.

—¡Por todos los dioses, no! Pero sí que disponemos de un poco de tiempo para averiguar lo que pasó... antes de que el rey empiece a asañarnos con flechas de ballesta. —La utilización de un término propio de un soldado de caballería por parte de aquel hombre tranquilo y culto me recordó que en el tío Gayo, ese hombre amable que manejaba el estilo, había algo más que aquello en lo que la mayoría de la gente reparaba.

Barrunté lo que se avecinaba.—¿Quieres decir que soy yo el que dispone de tiempo para hacerlo?

—Por supuesto. —Me sonrió encantado.

Suspiré.

—Bueno, pues gracias.

—¡Didio Falco, somos muy afortunados al tenerte aquí!

Claro que sí. Aquella situación me resultaba muy familiar, era una situación de la que los clientes se habían aprovechado en el pasado: yo estaba implicado. Había hecho que la víctima abandonara su territorio y, aunque me decía a mí mismo que no era culpa mía que terminara muerto en un bar extraño, me sentía culpable. De manera que estaba atrapado.

IV

—¡Oh, por Juno! Creía que ya habíamos dejado atrás todas esas tonterías —se quejó mi hermana Maya. Todas mis hermanas eran conocidas por despreciar mi trabajo. Puede que Maya se encontrara a casi dos mil kilómetros de casa, pero mantenía las tradiciones del Aventino—. ¡Marco! Tal vez Britania sea una pequeña provincia en el culo del Imperio, ¿pero es que todo lo que ocurre aquí tiene que estar relacionado con todo lo demás?

—Es bastante inusual ahogarse en un tonel de vino —dijo Elia Camila en tono suave.

—¿Qué tonel? —se mofó Maya—. Pensaba que al hombre lo habían empujado a un pozo.

—Es lo mismo. El vino es un producto de importación muy popular. A menudo procede de la zona del río Rhenus en Germania, en enormes barriles de madera que luego van muy bien para recubrir pozos a bajo coste.

Elia Camila, la esposa del procurador, era una mujer calmada e inteligente, madre imperturbable de un manojito de críos extremadamente vivarachos. Al igual que su marido, era más competente y mucho más accesible de lo que aparentaba. La abnegada pareja había nacido para representar al Imperio en el exterior. Eran sensatos; eran justos. Encarnaban las nobles cualidades romanas.

Eso no los hacía precisamente populares entre sus colegas. Nunca ocurre así. Ellos no parecían darse cuenta y nunca se quejaban. Su pericia en la situación britana los animaba. Bajo otro emperador distinto bien podrían haberse visto relegados al olvido. Con Vespasiano prosperaron de forma sorprendente.

La leve tirantez entre Elia Camila y mi hermana favorita Maya nos causaba pesar a Helena y a mí. El hecho de haber sido madres varias veces no era algo en común que bastara para crear afecto. Maya —moderna, pizpireta, colérica y sin pelos en la lengua— era otro tipo de mujer. En realidad, Maya brillaba en un cielo distinto al de la mayoría de personas. Ése era su problema.

Aquella escena tenía lugar después de comer. Todos los funcionarios vivían en la residencia del procurador, pues el palacio del gobernador aún no se había construido. La vida en el extranjero es comunitaria. Los diplomáticos están acostumbrados a ello. La comida transcurría sin la presencia del gobernador; Frontino se llevaba una bandeja a su despacho. (Mientras que sí presidía la cena, que siempre era formal y más bien una tribulación.) Así, pues, en aquellos momentos, el procurador y su esposa estaban comiendo un pan arenoso y unas aceitunas hartas de viajar únicamente en compañía de los cuatro adultos de mi grupo. Era una pareja hospitalaria. La primera vez que insistieron para que trajera de visita a Helena Justina sabían que estábamos con nuestras dos hijas pequeñas... si bien desconocían que

también me acompañaban mi temperamental hermana, sus cuatro hijos traviesos y llenos de vida, dos nerviosos perros y mi malhumorado amigo Petronio. Afortunadamente, los dos pendencieros hermanos de Helena y un escandaloso sobrino mío se habían quedado en el sur para ir de caza y emborracharse. Podían aparecer en cualquier momento, pero eso no lo había mencionado.

Hilaris, a quien había prometido más detalles (mientras esperaba poder evitarlo), estaba apartado de los demás, tendido en un diván de lectura y aparentemente absorto en unos pergaminos. Yo sabía que estaba escuchando. Su mujer hablaba por él, igual que Helena a menudo interrogaba a mis propias visitas... tanto si yo estaba presente como si no. El procurador y su señora compartían sus pensamientos, tal como hacíamos nosotros. El y yo constituíamos la otra mitad de un verdadero matrimonio romano: confiábamos a nuestras serias y sensibles mujeres cosas que ni siquiera contábamos a nuestros amigos del género masculino. Eso podía haber hecho dominantes a las mujeres, pero las hembras de la familia Camila eran obstinadas de todas formas.

Por eso me gustaba la mía. No me preguntéis por Hilaris y la suya.

Petronio Longo, mi mejor amigo, no estaba de acuerdo. De todos modos, aquellos días se mostraba amargado. Habiendo partido hacia Britania tanto para verme a mí como a mi hermana, había viajado hasta Londinium con nosotros, pero al parecer lo único que quería era volver a casa. En aquel momento se hallaba encorvado en un taburete con aspecto de estar aburrido. Estaba empezando a hacerme sentir incómodo. Antes, nunca se había mostrado antisocial o se había sentido violento en compañía. Helena pensaba que estaba enamorado. Lo tenía crudo. Hubo un momento en el que había ido detrás de Maya, pero ahora rara vez hablaban.

—Así, pues, Marco, Verovolco estaba en apuros. Cuéntanos qué le pasó al arquitecto —me animó Elia Camila. Para ser la esposa de un diplomático se comportaba de manera informal, pero era una persona tímida y yo ni siquiera había deducido todavía cuál de sus dos nombres prefería para uso privado.

—Me temo que es confidencial.

—¿Han echado tierra sobre el asunto?— saltó la tía de Helena de nuevo. Era imposible eludir sus grandes ojos oscuros. Siempre me ha parecido difícil hacer el papel de hombre duro en su presencia. Parecía una persona dulce y vergonzosa, y mientras tanto me sonsacaba toda clase de respuestas—. Bueno, todos estamos al servicio del gobierno, Marco. Sabemos cómo funcionan las cosas.

—Ah... fue una tontería. —Mientras cedía, noté que Helena esbozaba una sonrisa. Le encantaba ver a su tía sacar lo mejor de mí—. Una disparidad de opiniones. El rey y su arquitecto estaban a matar y Verovolco asumió la responsabilidad de defender los gustos de su señor real de un modo extremo.

—Yo conocí a Pomponio —dijo Elia Camila—. Era el típico diseñador. Sabía

exactamente lo que el cliente tenía que querer.

—Así es. Pero el rey Togidubno ya va por la tercera remodelación importante del palacio; tiene firmes opiniones y sabe mucho de arquitectura.

—¿Eran demasiado caras sus exigencias? ¿O no paraba de hacer cambios?—Elia Camila conocía todos los escollos de las obras públicas.

—No. Simplemente se negó a aceptar cualquier detalle del diseño que no le gustara. Verovolco era el más afectado; se suponía que tenía que actuar de enlace entre ellos, pero Pomponio lo despreciaba. Verovolco se convirtió en un cero a la izquierda. Eliminó a Pomponio para que un arquitecto más tratable pudiera ocupar su puesto. Parece una estupidez, pero creo que era la única manera que tenía de poder reafirmar su propia autoridad.

—Esto nos muestra un aspecto interesante sobre la situación en Britania. —Helena se hallaba sentada en una silla de mimbre, las que más le gustaban. Con las manos juntas sobre su cinturón entretejido y los pies apoyados en un pequeño escabel, bien podría estar posando para un monumento en memoria de las esposas sumisas. Yo no era tan ingenuo. Alta, grácil y seria, Helena Justina leía mucho y se mantenía al tanto de los asuntos mundanos. Nacida para dar a luz y educar a unos hijos senatoriales, les estaba proporcionando cultura y sentido común a los míos. Y a mí me mantenía bajo control—. Representando al progreso tenemos al gran rey: un monarca ideal para una provincia... civilizado, con muchas ganas de formar parte del imperio y decididamente emprendedor. Luego Verovolco, su asistente más allegado, que en el fondo seguía siendo un guerrero tribal. Al rey le repugnó el asesinato del romano director del proyecto, pero Verovolco honraba a unos dioses más oscuros.

—Nunca pensé demasiado en el móvil del crimen — admití—. ¿Así que tan sólo fue una contienda artística que se salió de madre... o fue algo más político? ¿Estaba expresando Verovolco el odio de los bárbaros hacia Roma?

—¿Cómo reaccionó cuando lo acusaste del crimen?— preguntó Elia Camila.

—Se puso hecho una furia. Lo negó. Juró que me lo haría pagar.

—Igual que cualquier sospechoso acorralado —observó Helena. Nuestras miradas se encontraron. Las discusiones comunitarias no me hacían sentir nada cómodo. Hubiera preferido mil veces un intercambio en el tocador privado.

—Entonces, Marco, a ver si lo entiendo —su tía siguió adelante apasionadamente. Se arrellanó contra el cojín bordado que tenía a la espalda, de manera que sus pulseras temblaron y unos reflejos dorados motearon el ornamentado techo encofrado—. Le dijiste a Verovolco que no se le iba a juzgar por asesinato, sino que debía marchar al exilio. El castigo para un romano sería la exclusión del Imperio.

—Pero para él yo sugerí la Galia.

Todos sonreímos. La Galia formaba parte del Imperio hacía más tiempo que Britania, pero éramos romanos y para nosotros incluso la Galia era un territorio

provinciano.

—Hubiera podido zarpar directo a la Galia desde Novio. —Procedente de su diván, la seria voz de Gayo demostró que yo tenía razón: estaba escuchando.

—Cierto. Yo di por sentado que lo haría.

—¿Quizá cabalgar hasta Londinium pareciera menos evidente ante sus amigos? ¿Menos vergonzoso, digamos? —Maya disfrutaba con los misterios.

—¿O se dirigía a alguna otra parte? —probó Helena—. No, si tomas un medio de transporte en Londinium siempre atraviesa la Galia. No ganaba nada con venir aquí. Petronio habló con la severidad propia de un oráculo malhumorado:

—No hay nada más allá de Britania. ¡El único camino es el de vuelta! —Odiaba Britania. Yo también. Lo disimulaba cuando era el invitado del procurador. Hacía tanto tiempo que Hilaris estaba en Britania que había perdido su nostalgia por el mundo real. Trágico.

—Si Verovolco vino a Londinium —reflexionó Elia Camila— ¿tendría que haberse escondido?

—¿De mí? —Solté una carcajada. Era lo mismo que hacían muchos de mis amigos y parientes, más bien demasiados.

—Creía ser un fugitivo, pero en realidad —dijo Elia Camila con recato— ¡tú no se lo habías contado al gobernador! —Traté de no sentirme culpable—. Eso Verovolco no lo sabía. De manera que, ¿no podría ser que merodease por aquel horrible barrio para tratar de pasar desapercibido?

—¿Cuál es el feo escenario, Falco? —inquirió Petronio. Una pregunta profesional. En Roma era miembro de los vigiles.

—Un bar.

—¿Qué bar? —Al menos se había reanimado y había mostrado interés. Petro era un hombre grandote y activo que parecía sentirse incómodo en los lugares elegantes bajo techo. Hubiera podido relajarse sobre un acolchado diván con patas en forma de cabeza de león como hice yo, pero él prefirió no hacer ni caso de lo que allí pasaba por conveniencia y se abrazaba las rodillas, molesto, dejando marcas en las listadas alfombras de lana con sus sólidas y resistentes botas paramilitares.

Sentí una extraña renuencia a hablarle del escenario del crimen.

—Un pequeño y oscuro conjunto de chozas que hay detrás de los muelles.

—¿Dónde, Falco? —Sus ojos castaños me interrogaron. Petronio sabía reconocer cuándo me andaba con rodeos por algún motivo—. ¿Cómo llegaste allí?—¿No me dirás que quieres echar un vistazo!

—Toma el camino que baja desde el foro, tuerce a la izquierda y métete por los peores callejones que veas —explicó Hilaris—. Se llamaba la Lluvia de Oro... de manera incongruente. Había una oscura pintura en la pared exterior. ¿Te fijaste en eso, Falco? —No lo había hecho. Ese tugurio difícilmente habría sido el tipo de lugar

donde Júpiter habría entrado de repente por la ventana disfrazado de lluvia de oro (o de cualquier otra cosa) para llegar a los brazos de una dama amiga suya. La camarera que nos encontramos allí seguramente repugnaría a las divinidades—. ¿Qué es lo que te interesa, Lucio Petronio? —preguntó entonces Hilaris. Lo dijo con educación, pero me pareció que consideraba a Petro como una incógnita que debía vigilarse.

—Nada en absoluto. —Petro perdió todo el interés que hubiera tenido. Aparentemente.

—Está fuera de tu jurisdicción —le dije en tono comprensivo. Petro echaba de menos Roma.

Me ofreció una amarga sonrisa bastante ambigua. Al parecer hasta añoraba su trabajo. Tal vez sentía el aguijón de la conciencia. Yo todavía no había averiguado cómo se las arregló para irse de permiso durante un par de meses. Sabía que se encontraba entre dos destinos, pero su propia petición para que lo trasladaran fuera del Aventino habría agotado la buena voluntad que le quedara a su antiguo tribuno de los vigiles. Era de suponer que lo único que quería el nuevo era ver a Petro en el banco del cuartel del escuadrón lo antes posible.

—¡Cualquier bar es un buen refugio para Lucio Petronio! —Mi grosera hermana fue mordaz. No habían dejado de pelearse desde que Petro nos había encontrado, trayendo a sus hijos para que se reunieran con ella. Le había hecho un favor... aunque no puede decirse que mi hermana pensara lo mismo.

—Buena idea —le espetó Petronio al tiempo que se ponía en pie de un salto y se dirigía hacia la puerta con paso lento pero decidido. En otros tiempos me hubiera ido tras él, pero entonces yo era un buen marido y padre. (Bueno, casi siempre me las arreglaba para parecer uno de ellos en público.) Helena se sorbió los dientes con preocupación. Maya le lanzó a Petro una mirada de superioridad. A propósito, o sin querer, él cerró la puerta de un portazo al marcharse.

El procurador y su esposa intentaron no demostrar lo hartos que estaban ya de las peleas entre los invitados de sus visitas.

Yo cerré los ojos y fingí quedarme dormido. No se lo creyó nadie.

V

—Antes creía —se quejó Helena en privado conmigo más tarde— que Lucio Petronio y Maya estaban tratando de decidir qué quería cada uno. Lamentablemente creo que ahora ya lo saben... y no es el uno al otro.

Tanto mi hermana como mi amigo tenían una historia trágica. Petro —que aparentemente antes era respetable, estaba domesticado y era bueno con los gatitos atigrados— se había metido en un feo asunto. Ya se había alejado de su casa otras veces, pero en aquella ocasión lo hizo con la mujer de un gángster, lo cual fue desastroso. Hasta su tribuno se mostró susceptible con el tema, y su esposa se divorció de él. Silvia se llevó a sus hijas a Ostia, y allí vivía entonces con un vendedor callejero de comida de poca monta; humilló a Petronio cuanto pudo.

Maya, que al parecer estaba igualmente asentada, había enviudado. Esta situación a menudo es motivo de alegría, aunque hasta los gorriones y gaudules con los que mis hermanas se casaban raramente acababan en las fauces de los leones de la arena en Tripolitania tras ser juzgados por blasfemia. Pocas eran las familias del Aventino que pudieran alardear de tanta emoción, y nosotros tratábamos de no decir nada sobre aquella deshonra por el bien de los hijos de Maya. Sin duda, mentir sobre ello incrementaba su sensación de aislamiento. También había cometido otros errores. Graves. Para empezar se puso en ridículo con Anácrates, el jefe de los servicios secretos. Sobre esa situación tan delicada no podíamos hablar en absoluto.

—Creía que tan sólo les hacía falta tiempo —suspiró Helena.

—Bueno, tal vez se les pueda empujar un poco para que se acerquen el uno al otro... pero vas a necesitar un palo largo.

Petronio Longo era un muchacho grandote, y mi hermana podía ser imprevisible.

—Mejor será no interferir, Marco.

—De acuerdo.

Si lo malo de alojarse en una residencia oficial eran las constantes conversaciones sobre ternas triviales, lo bueno, en las ocasiones en las que Helena y yo nos escabullíamos solos, era que podíamos gozar de nuestra soledad. *Nux*, mi perra, se hallaba en aquel momento escarbando al otro lado de la puerta, pero podíamos hacer como si no la oyéramos. Nuestras dos hijitas, junto con los hijos de Maya, estaban a salvo bajo la custodia del personal de la guardería de Elia Camila. Hasta nuestra inútil niñera se había integrado y era de alguna utilidad; yo soñaba con que se quedara cuando nos marcháramos.

—Esto está muy bien — dije, estirándome perezosamente—. Lo que necesitamos es una casa con tantas habitaciones que nadie pueda encontrarnos, y con cohortes de personal obediente entrenado para limpiar con una esponja y en silencio los restos esparcidos de puré de los niños con una sonrisa tolerante.

—Tienen a un camarero griego que sabe tocar la tibia.

—¡La doble flauta! Podíamos hacernos con uno. No nos haría falta una nueva niñera si lo tuviéramos a él para que acostara a las niñas con su música.

—¡No hay duda de que anoche éste te calmó tanto que empezaste a cabecear! — se mofó Helena.

—Toca pésimamente. En cualquier caso, confieso que me pasé un poco bebiendo con Petro antes de la cena. Trataba de animarlo.

—Pues no lo lograste, Marco.

—Lucio Petronio no es un muchacho feliz.

—¡Sólo faltaría! Va por el mal camino, ¿no es cierto? El lo quiso así —dijo Helena resueltamente—. Lo menos que podría hacer es disfrutarlo.

—Ir por mal camino era muy divertido cuando yo lo probé. Lo que no sé es por qué él es tan incompetente ...

—No ha encontrado aún a la funámbula adecuada.

Helena se refería a una antigua novia que tuve. Ni siquiera la había conocido, pero no permitía que me olvidara de que ella sabía cosas de mi pintoresco pasado.

Como represalia, cerré los ojos con una sonrisa de supuesta y gozosa evocación en mis labios. Un error, por supuesto. En verdad, mis pensamientos fueron en la dirección que no debían. Helena lo sabía. Me pegó con un cojín justo en el punto donde mi estómago estaba digiriendo su deficiente comida britana.

Realmente Petronio había dejado de ser una vergüenza social desde entonces. Desapareció por completo. Me dejó una nota mal redactada para decirme que se marchaba solo. No decía que fuera a abandonar la provincia ni me daba pista alguna sobre dónde podía contactar con él. Lo comprobé discretamente con el personal del procurador: a Petro lo habían visto abandonar la residencia del gobernador vestido con lo que mi remilgado esclavo informante describió como una túnica muy, muy sucia. (Así, pues, por lo menos no había ido a tirarse a ninguna mujerzuela de cabello color zanahoria que hubiera dejado en adobo diez años atrás.) Encontré toda su ropa de diario dentro de su mochila, bajo la cama del cuarto de invitados que había ocupado. Cuando Petro emprendía el mal camino, se lanzaba a él con estilo sórdido.

Intenté no sentir envidia.

En Roma, hubiera supuesto que Petro estaba de servicio con los vigiles y no le hubiese dado importancia. Allí, en un continente alejado de su territorio oficial, aquella explicación no servía. Que se hubiera esfumado sin discutirlo me tenía preocupado; me preguntaba si se sentiría aún más desdichado de lo que yo suponía.

Maya fue menos comprensiva.

—Ahora ya sabes cómo se siente Helena cuando tú no vuelves a casa y no le explicas por qué —me reprendió—. De todas formas, es un hombre. Es egoísta y desconsiderado. No podemos esperar otra cosa.

Ella le había dado calabazas, por lo que era de suponer que le daba igual, pero sus hijos se habían encariñado muchísimo con Petro durante el largo viaje que habían hecho juntos para cruzar Europa; estaban mortificando a su madre, inquietos y preocupados por saber dónde estaba. Maya no tenía respuestas (una situación que no encajaba con ella).

—¿He de ponerle un cubierto en la mesa para la cena? —preguntó Elia Camila, más preocupada y desconcertada que enojada. Era una buena mujer.

—No, no lo hagas. De hecho —se mofó Maya—, no le pongas cubierto aunque regrese ahora mismo.

Petronio no volvió.

VI

Abandonado por Petronio, aquella tarde me puse a trabajar. El hecho de que me hubieran pedido que investigara el caso de Verovolco me iba a retener en Londinium más tiempo del que yo quería, pero no podía decirles que no al procurador y al gobernador.

Por lo pronto, al gobernador le pareció divertido endilgarme el trabajo. Sexto Julio Frontino tenía unos cuarenta y tantos años y era un ex cónsul de gran dedicación al que había conocido un par de años antes en Roma. Habíamos trabajado juntos para resolver una cruel serie de muertes femeninas. La mayoría de los cónsules apestan; él parecía distinto y me gustó. Frontino poseía todos los ingredientes de un antiguo romano en el poder: marcial, culto, con gran curiosidad por los problemas administrativos de todo tipo, decente y honesto a carta cabal. Había oído hablar de mí y quiso que fuera yo el que resolviera el problema de la auditoría en el palacio de Togidubno. El éxito que tuve allí me hizo aún más popular.

—Si alguien puede descifrar lo que le ocurrió al amigote del rey ése eres tú, Falco.

—¡Melifluas palabras! —Nunca trataba a los hombres de rango con falso respeto. Si mis modales parecían bruscos, mala suerte. Frontino sabía que yo haría un buen trabajo. Tenía una idea bastante aproximada sobre aquel crimen y fui directo—: Yo supongo que Verovolco fue a esconderse a Londinium con la esperanza de pasar desapercibido. Quería quedarse en Britania. Luego atajó a algunos lugareños en el bar. Ese exaltado los trató con prepotencia. Ellos se ofendieron. Alguien lo metió de cabeza en ese abrevadero revestido con toneles. Mientras gorgoteaba (o justo antes de que lo sumergieran) aprovecharon para robarle el torques. Se largaron. Cualquier oficial a su servicio con conocimientos del lugar debería poder averiguar su paradero. Encuentra el torques y eso los condenará.

—Es una buena teoría —replicó el gobernador, impasible—. Puedo aceptarla. Ahora demuéstrela, Falco, antes de que Togidubno se entere de la trágica noticia y venga galopando hasta aquí echando chispas.

Era un hombre muy realista. Debieron de haberlo elegido para Britania porque el emperador lo consideraba una persona tan eficiente como adaptable. Por las conversaciones que mantuve con él sabía que tenía un apretado programa por delante. Para los tres años de su administración en Britania, Frontino planeaba romanizar completamente la provincia. Tenía intención de embarcarse en una importante expansión militar mediante una gran campaña contra las indómitas tribus del oeste y luego tal vez otra campaña más en el norte. En el estabilizado interior quería crear diez o doce nuevos centros cívicos, unas *coloniae* con autogobierno en las que las tribus serían semiautónomas. Londinium, su cuartel general de invierno, iba a

convertirse en un municipio pleno y un importante programa de obras engrandecería el lugar. Si todo ello se concretaba, como yo creía que iba a suceder, Britania se transformaría. Julio Frontino levantaría aquella provincia bárbara y marginal y la adecuaría al Imperio.

Britania era un destino duro. Se cobraba víctimas de todos los rangos. Flavio Hilaris se hizo cargo del papel financiero después de que su predecesor, el galo que restauró el orden tras Boadicea, muriera con las botas puestas. El cargo de gobernador tenía una historia peor. A Suetonio Paulino lo habían denunciado formalmente por incompetencia. El Año de los Cuatro Emperadores, Turpiliano fue destituido por sus legados militares que entonces (inconcebiblemente) dirigieron Britania en forma de comité. Petilio Cerealis, el titular del cargo inmediatamente anterior, poseía un historial de errores ridículos; había obtenido el puesto sólo porque era pariente de Vespasiano.

Frontino lo haría bien. Era a la vez activo y conciliador. Pero lo que menos necesitaba mientras se habituaba era una situación difícil, con un britano importante muerto.

—Este asunto tiene muchas posibilidades de complicarse, Falco.

—Lo sé, señor. —Hice uso de mi mirada sincera y digna de confianza. Era una mirada que en otros tiempos había reservado para las mujeres y que todavía empleaba con los acreedores. Bien podría ser que Frontino se hubiese dado cuenta de que yo era un tipo taimado que siempre andaba con dobles juegos, pero lo toleró. Mi siguiente pregunta fue directa—: Flavio Hilaris mencionó algunos problemas administrativos. ¿Hay alguna posibilidad de que se me explique qué es lo que ocurre?

—Será mejor que se lo preguntes a él. —Lo sabe todo al dedillo. —El gobernador tomó la clásica salida. Era imposible saber si tenía al menos conocimiento de dichos problemas.

Le pregunté a Hilaris. Ahora parecía incapaz de recordar haberlos mencionado.

Perfecto. ¡Gracias, muchachos! Vosotros, poderosos legados de Augusto, quedaos sentados en vuestras oficinas pintadas al fresco mientras os encargáis de despachar el correo, que yo ya saldré a empujones del fango.

¿Por qué optaba siempre por los clientes que trataban de ocultar los asuntos sucios? Pasaba más tiempo en indagaciones sobre las personas que me contrataban que ocupándome de lo que me habían pedido que investigara.

Como de costumbre, me negué a que las reservadas personas que me habían empleado se salieran con la suya. Si había barro sobre el mármol, era perfectamente capaz de pisarlo yo solito. Y en ese caso todo el mundo tendría que soportar el pringue.

VII

Primero probé con el centurión.

Se me ocurrió que lo iría a buscar al fuerte. Era más fácil decirlo que hacerlo. Antes que nada tenía que encontrarlo. Me acordé de un recinto hecho con madera y turba que se levantó apresuradamente tras la Rebelión al este del foro. Lo habíamos utilizado para proteger a los supervivientes y a todo aquello que pudiéramos acoger. Cuando encontré el lugar comprobé que hacía años que estaba abandonado.

Nunca hubo legiones emplazadas de forma permanente en la capital; siempre hacían falta en la vanguardia, para vigilar las fronteras. Treinta años después de haber sido conquistada por Roma, Britania todavía tenía cuatro legiones en activo, más que cualquier otra provincia. Era desmesurado y resultaba caro. Demostraba los temores de Roma tras la tentativa de ser derrocada por Boadicea.

Decir que había quinientos soldados en Londinium sería exagerar, pero sin duda eran de excelente factura. Las legiones se turnaban para enviar a algunos soldados destacados a la capital. En una provincia fronteriza hasta los heridos que podían andar y los inútiles que habían irritado a su legado serían capaces de proteger al gobernador y a su personal, de causar buena impresión a las visitas, de exhibir las espadas en el foro y de patrullar los muelles. Tenían que vivir en algún sitio. La información suministrada por un transeúnte me llevó derecho al otro extremo del foro, hacia el otro lado del riachuelo que dividía la ciudad y por el Decumano, la vía principal. Fui a parar a una remota calle, lejos del anfiteatro, una aburrida caminata. Allí me encontré con una situación caótica. La colina occidental había sido ocupada por todas las unidades apostadas allí para proteger al gobernador, y puesto que éste rara vez se detenía mucho tiempo en la capital, vivían en el más completo desorden. Era peor que un campamento itinerante: no tenían defensas adecuadas y había grupos separados de bloques de barracones por todo aquel escenario.

Encontré a mi hombre. Le molestó el hecho de que lo hubiesen hallado pero accedió a venir a jugar. Lo llevé a tomar una copa. Podía fingir ante sus amigos que me hacía falta el consejo de un especialista en privado. Y en privado, tal vez pudiera tentarlo a que revelara más de lo que debiera.

Se empeñó en llevarme a un bar que les gustaba a los soldados. Cuando llegamos ya sabía que se llamaba Silvano. Le ofrecí vino, pero prefirió cerveza.

—¡Esta porquería de los celtas fermentará en tu panza, Silvano! —le dije para tomarle el pelo. Fingir que era amigo de un hombre al que despreciaba suponía todo un esfuerzo—. Acabarás como un celta gordo y sonrosado.

—Podré soportarlo. —Siempre decía eso. En realidad nunca tendría un aspecto sonrosado. Mi invitado al banquete era un sureño de tez morena; tenía los brazos cubiertos de pelos negros como una alfombra de piel de cabra e iba tan toscamente

afeitado que con el mentón podría haber eliminado la pintura de un trabajo de carpintería.

—He sacado la pajita más corta en ese asunto del asesinato del tonel —dije con pesimismo.

Eso le hizo gracia a ese cabrón perezoso. Significaba que él no tendría que moverse, y le gustó verme sufrir. La risa era descaradamente desagradable. Me alegré de no tener que trabajar con él.

Dejé que la cerveza fuera fluyendo ante él. Yo seguí con el vino, diluyéndolo con más agua cuando Silvano no miraba.

Hizo falta media cuba de cerveza para ablandarlo lo suficiente y que empezara a hablar, luego otra media para que, más despacio, expusiera lo mucho que detestaba el clima, la lejanía, las mujeres, los hombres y los pésimos juegos de gladiadores.

—Así que Londinium se ha hecho con su propio anfiteatro de mala muerte, ¿no? Si se me permite decirlo, aquí está un poco aislado y ¿las arenas no están normalmente cerca del fuerte? ¡Pero claro, yo no diría que tuvierais nada que pudiera llamarse fuerte!

—Harán uno nuevo, para evitar que confraternicemos.

—¡Como si alguien fuera a hacerlo! ¿Y qué les parece la arena a los muchachos?

—Es un desastre, Falco. Tenemos luchas de cachorros y chicas guapas con armadura.

—¡Qué descarado! Sexo y espadas... ¡Qué suerte tenéis! —Bebimos—. Háblame del ambiente que se respira por aquí estos días.

—¿Qué ambiente?

—Bueno, la última vez que estuve en Londinium fue cuando Boadicea estuvo peor que nunca.

—¡Eran buenos tiempos! —se regodeó Silvano. ¡Vaya un imbécil! Él no podía haber estado allí entonces. Hasta a un hombre tan burro como aquél se le hubiera grabado el dolor en el alma.

Si me preguntase por la legión en que estuve de servicio le mentiría. No podría soportar que ese don nadie supiera que había estado en la Segunda Augusta. Mi trágica legión, dirigida entonces por un idiota criminal, abandonó a sus colegas para que se enfrentaran solos a la arremetida tribal. Era mejor no pensar qué conclusiones sacaría de ello un centurión que en aquel tiempo estaba de servicio.

Tampoco tenía intención de preguntarle a Silvano cuál era el equipo que honraba con su presencia. La Vigésima o la Novena, tal vez; ambas legiones sí que lucharon contra Boadicea y yo no simpatizaba con ninguna de ellas. En esos días Britania también contaba con una de las nuevas unidades Flavias hechas de retazos, la Segunda Adiutrix. La descarté. Silvano no me parecía un soldado de una legión nueva; se le notaba a la legua que era un veterano, desde sus botas raspadas hasta su

vaina que había personalizado con borlas que parecían trozos de rata muerta. Por lo menos sabía que no pertenecía a la espantosa y exultante Decimocuarta Gémina. A sus miembros los habían trasladado a Germania para reformar sus hábitos, si ello fuera posible. Yo me los había encontrado allí, intimidando aún a la gente y fanfarroneando sin ton ni son.

—Este lugar nunca debió de haberse reconstruido. —Silvano quería criticar la ciudad; en cualquier caso, eso impidió que me amargara pensando en el ejército.

—Las catástrofes tienen ese efecto, compañero. Volcanes, inundaciones, avalanchas... masacres sangrientas. Entierran a los muertos y luego se apresuran a reconstruir en la zona de peligro... Londinium nunca tuvo personalidad.

—Comerciantes —rezongó Silvano—. Vino, pieles, grano, esclavos. Los malditos comerciantes. Destruyen el lugar.

—No puedes esperar buen arte y cultura. —Yo hablaba despacio y arrastraba las palabras como hacía él. Me resultaba bastante fácil—. Esto no es más que un cruce de caminos. Un conjunto de industrias en la ribera sur, un par de transbordadores estrafalarios que cruzan de un lado a otro. Al norte, unos cuantos almacenes apestosos de poca monta...; todo indica lo anodino del lugar.

—¡El final del camino! —exclamó Silvano. Farfullado por un centurión borracho, sonaba menos atrayente aún que cuando Petronio se había quejado.

—¿Eso te causa problemas?

—Patrullar es una mierda.

—¿Y eso por qué? Los nativos parecen dóciles.

—¿Cuando no se arrojan unos a otros a los pozos? —Se le quebró la voz del alborozo y me indigné. Yo había conocido a Verovolco, aunque no me cayera bien. Sílvano no se dio cuenta de la expresión de mi rostro. Estaba ampliando sus teorías. Me dije que eso era lo que yo quería—. Este lugar es una atracción para la escoria, Falco.

—¿Cómo es eso?

—No hay más que oportunistas que se han perdido o que quieren encontrarse a sí mismos.

—Sin duda es demasiado remoto para los turistas de mirada soñadora, ¿no?

—No para los ineptos. Todo tipo de borrachos de personalidad retorcida. Cuando ya han probado todas las otras provincias sin futuro, olfatean el aire y siguen el rastro hasta aquí. Sin dinero, sin posibilidades de trabajo, sin sentido común.

—Es un lugar frío e inhóspito, eso seguro que a los trotamundos no les gusta nada, ¿no?

—El sol y la seducción no son para los perdedores. Ellos anhelan espacios abiertos y vacíos, quieren soportar las privaciones, creen que sufrir en los páramos expandirá sus vidas.

—¿Así que buscan la neblina en el extremo del mundo entre los legendarios hombres pintados de añil? Y ahora tenéis una población de gente harapienta con los ojos desorbitados que vive en casuchas..., individuos irresponsables y desarraigados que tal vez la diñen.

—Eso es. No encajan.

—¿Huyen de la ley?

—Algunos.

—Eso es divertido.

—Hilarante.

—Y aquí están, esperando empezar de nuevo.

—Aprovechándose de los inocentes britanos que lo único que quieren es vender bandejas de esquisto a los visitantes. Todo lo que los britanos quieren ver llegar aquí son importadores del dudoso caldo que se está haciendo pasar por vino de Falerno. Y ahora —exclamó Silvano, que estaba a punto de perder el conocimiento, lo cual, en teoría, era lo que me hacía falta— empezamos a tener a los otros.

—¿Quiénes son éstos?—murmuré.

—Ah, esa gente sabe exactamente lo que está haciendo —balbuceó.

—Es a éstos a los que hay que vigilar, ¿no es cierto? —Lo has entendido, Falco.

—¿Y quiénes son, Silvano?—pregunté pacientemente. —Los que vienen a aprovecharse del resto —dijo. Entonces se tumbó, cerró sus nublados ojos y empezó a roncar.

Lo había emborrachado. Ahora tenía que hacer que se despejara de nuevo. Eso es porque la teoría no funciona. Cuando llevas a un testigo al extremo de desmayarse y no sabe que tendría que contártelo todo antes de irse, él sigue adelante y se sumerge en la inconsciencia.

Aquel agujero en el que servían alcohol era un establecimiento gris, frío e higiénico para uso de los soldados. Los britanos, germanos y galos, por naturaleza, no llevaban una vida callejera con tabernas y puestos de comida al aire libre. De manera que aquel bar era el gran regalo de Roma a una nueva provincia. Les estábamos enseñando a los bárbaros a comer fuera. Cuando los soldados llegaban a un nuevo territorio, el ejército mandaba enseguida a alguien para que se encargara de organizar las áreas de descanso y recuperación. «Quiero una buena habitación limpia, con bancos que no se vuelquen y un caballito de labor pardo en el patio...» Sin duda el comandante local seguía pasándose por allí una vez al mes para probar la bebida y examinar a las camareras y comprobar que no tuvieran enfermedades.

Contaba con las habituales y lóbregas instalaciones. Tablones desnudos, mesas bien restregadas de madera blanca de las que se podía limpiar fácilmente el vómito y una letrina de tres asientos fuera, en la parte de atrás, donde los beodos estreñidos, que añoraban su hogar, podían sentarse durante horas. Estaba situado bastante cerca

de sus barracones, cosa que les permitía escabullirse y regresar fácilmente cuando ya estaban como una cuba. Hacía años que yo no engullía veneno en un bar como aquél y no había echado de menos la experiencia.

El dueño era un tipo educado. Eso no lo soporto.

Cuando le pedí un cubo de agua me condujo hasta el aljibe. Nos encontrábamos en un terreno mucho más elevado que el de la Lluvia de Oro, y debía de haber una buena distancia por encima del nivel freático. El dueño confirmó que no había manantiales en aquella parte de la ciudad. Así que la fuente consistía en un asqueroso montón de piedras que estaba verde debido a las algas con décadas de antigüedad. Unas cosas serpenteantes rizaban la superficie del agua y los mosquitos merodeaban allí, revoloteando entre las piedras. Si a Verovolco lo hubieran puesto cabeza abajo en ese lugar, no habría sufrido más que un siniestro lavado de pelo. Arrastramos un cubo hacia un lado y conseguimos llenarlo hasta la mitad.

—¿Esto es todo lo que puedes conseguir? —Yo había tenido una mala experiencia con un pozo el año pasado en Roma. Estaba sudando ligeramente.

—No tenemos mucha demanda de agua en el bar. La voy a buscar a los baños cuando la necesito. —No se ofreció para hacerlo en ese momento.

—¿Y de dónde obtienen el suministro los baños?

—Invirtieron en un pozo profundo.

—Ya veo que a ti no te saldría muy económico... ¿Y cómo se lavan las letrinas?

—Ah, el agua de la colada baja por ahí de vez en cuando. Va bien excepto cuando dan una gran fiesta por el cumpleaños de algún centurión...

Me abstuve de imaginar las consecuencias que para aquella letrina tendrían treinta legionarios grandotes que habrían engullido cuencos enteros de estofado de cerdo caliente, todos con una ración extra de salsa de escabeche de pescado, tras dieciocho jarras de cerveza celta cada uno y un concurso de comer higos...

Arrojé el agua encima de Silvano.

Con unos cuantos cubos más llegamos a la fase de las maldiciones. Era yo el que maldecía. El no hizo otra cosa que quedarse apoltronado dando muestras de debilidad y manteniendo un silencio malhumorado y agresivo. Hay informantes que presumirán de su eficiente empleo de la técnica «emborráchalos para que te cuenten cosas». Es mentira. Tal como he dicho, los testigos pierden pronto el conocimiento. A menudo ni siquiera son los testimonios los que se quedan fuera de combate; es el informante.

—¡Silvano! —La única manera de acabar con aquella situación era gritando—. ¡Despierta, fardo de gelatina! Quiero saber si habitualmente has tenido problemas por la zona de la Lluvia de Oro.

—¡Que te jodan, Falco!

—Agradezco la oferta. Contesta a la pregunta.

—Dame algo de beber. Quiero otra copa.

—Ya te la has bebido. Te daré una más cuando me respondas. ¿Qué es lo que pasa detrás de los muelles, Silvano?

—Que te jodan, Falco...

Esta rutina continuó un buen rato.

Pagué la cuenta.

—¿Te vas? —inquirió el dueño—. Pero si no te ha dicho nada.

No iba a hacerlo nunca.

—Puede esperar —le contesté con toda tranquilidad.

—¿De qué va todo esto entonces? —Era un entrometido. Valía la pena dedicarle un momento.

Lo estudié con la mirada. Era un pelotillero calvo que llevaba una túnica muy azul con un cinturón innecesariamente ancho. Traté de mantener la mirada fija. A esas alturas yo también estaba tan adormilado que no podría haber intimidado ni a un tímido ácaro del papel.

—Problemas en otro bar —hipé.

—¿Serios?

—Un visitante de fuera de la ciudad fue asesinado.

—¡Eso es horrible! ¿Quién era?

—Oh..., un hombre de negocios.

—Que intentó meterse por medio en algún tinglado —sugirió el dueño en tono de complicidad.

—¿En Britania? —Al principio pensé que bromeaba. El propietario pareció ofendido ante aquel insulto al escenario que había elegido. Modifiqué mi incredulidad dando un silbido—. ¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa. ¿Qué estás sugiriendo? ¿Chantaje? Juego? ¿Corrupción?

—Bueno, en realidad yo no sé nada de todo eso. —Se quedó callado como una tumba y empezó a limpiar mesas. Se movió alrededor de Silvano con sumo cuidado, sin tocarlo.

—¿Tienes problemas aquí arriba?—pregunté.

—¡Nosotros no! —Bueno, era de esperar. Era un bar casi militar.

—Ya veo. —Hice ver que cambiaba de tema—. ¿Eres de por aquí?

Se le crispó el rostro.

—¿Tengo aspecto de serlo? —Tenía aspecto de ser insoportable. Ya lo había pensado incluso antes de emborracharme—. No, crucé para llevar este bar.

—¿Cruzaste?¿Desde la Galia? —Así que formaba parte del inmenso enjambre de parásitos que se mueven a la sombra del ejército. El beneficio era mutuo, si las cosas funcionaban bien. Los muchachos obtenían entretenimiento y bienestar; los nativos encontraban un medio de vida con los suministros y la comida, un medio de vida que hubiera sido imposible sin Roma. En otros tiempos, aquel hombre se hubiera pasado

la vida alrededor de un montón de chozas circulares; ahora podía viajar y adoptar un aire sofisticado. Además estaba ganando dinero—. Gracias de todos modos.

Podía haberle dado más propina, pero el tipo me irritaba, de manera que no lo hice. En cualquier caso, esperaba no tener que volver.

Apoyé a Silvano contra la pared y entonces sí que me marché.

VIII

Ahora ya sabía que había asuntos muy turbios.

Me había llevado casi toda la tarde extraer una información con la que preferiría no haberme tropezado. Para llegar a ello había bebido hasta alcanzar un estado en el que era mejor no seguir esa clase de pista.

Tan sólo estaba lo suficientemente sobrio como para darme cuenta de ello. Un trago más podía haber sido fatal.

Fue una buena idea no regresar a casa en ese estado. Ni tampoco a los acanalados salones de la residencia con vistas al río de un procurador. No me importaba lo que pensara el bien situado personal, pero mi mujer y mi querida hermana eran otra cosa. Tanto Helena como Maya ya me habían visto borracho otras veces y ambas podrían pronunciar oportunos discursos sobre el tema. Yo me sentía bastante cansado y poco dispuesto a escuchar una sarta de reproches. Necesitaba un refugio para serenarme. Roma estaba llena de rincones donde podía pasar una hora charlando con amigables compañeros mientras se me despejaba la cabeza. Londinium no ofrecía nada adecuado.

Así, pues, ¿qué clase de empresario se trasladaría en serio a una ciudad como aquélla? Sólo un estúpido.

Yo era un chico de ciudad. Hice lo que hacemos nosotros. Me dirigí al foro. La primera parte del paseo fue cuesta abajo. Eso sirvió de ayuda. Tras cruzar el riachuelo en el que las hordas de Boadicea habían arrojado las cabezas decapitadas de los colonos asesinados, ya fue cuesta arriba. Un error, me parecía a mí.

Hasta Rómulo tenía más idea de dónde colocar un foro. En Roma, después de pasarte la hora de la comida bebiendo, puedes largarte a trompicones del Palatino o el Esquilmo, con muchísima debilidad, y ya no tienes que ir más lejos. En el valle de la Vía Sacra puedes tumbarte en el antiguo adoquinado y contemplar templos formidables y edificios municipales adornados con estatuas sabiendo que te encuentras en el centro de todo. Si te desplomas de manera conveniente te dejarán en paz, encorvado en un largo y sombreado pórtico o sujetándote la espalda contra alguna imponente columna de Carrara en la que, tal vez, se hubiera apoyado ese noble borrachín de Marco Antonio. Basílicas y santuarios bordean un tramo de gloria de más de kilómetro y medio de largo en el que siglos de serios generales y príncipes han levantado arcos de triunfo; la densa sombra protege al soñoliento del implacable ardor del sol. Las fuentes y pilones cercanos brindan agua fresca a los que están muertos de sed. Para situaciones extremas existe el último refugio: en el templo de Isis, mujeres de vida alegre se ofrecerán a llevarte a casa para que te eches un rato.

De momento, Londinium sólo ofrecía un recinto de cuatro lados con una silenciosa basílica. Almacenes, tiendas y oficinas se hallaban vacíos en los otros tres

lados. Una columnata aparecía desierta. Fuera del perímetro se alzaba la flamante estructura de un templo solitario. Eso era todo. Al menos no hacía sol.

Me senté en una baliza respirando con dificultad. Estábamos a principios de agosto. Mientras me encontraba bebiendo con Silvano debía de haber caído un prolongado y fuerte aguacero. En aquellos momentos ya había terminado, y el día era lo bastante cálido como para sentirse cómodo con zapatos abiertos y una túnica de manga corta; pero el brillo del agua en los caminos peraltados había ido disminuyendo a medida que iba andando hacia allí. Entre la poca gente con la que me crucé, vi que algunas personas, realmente deprimidas, seguían de pie en las entradas como si se estuvieran cobijando. Una fina llovizna flotaba en el aire, mientras que agitadas ráfagas de viento bramaban alrededor de los edificios. El cielo era de un gris uniforme, y aunque todavía era media tarde, la luz parecía estar desapareciendo tristemente. Era algo característico de Britania que me hacía añorar los interminables, radiantes y perfumados días de verano en casa.

Julio Frontino había tratado de impresionarme con charlas sobre la expansión a largo plazo de la zona cívica. Según él existía un plan general que tenía en cuenta la posibilidad de añadir nuevas instalaciones al foro poco a poco, a medida que la ciudad fuera creciendo en tamaño y expectativas. No me lo creí. Desde el sitio donde estaba sentado en aquel lugar público sobre una cima desierta, con la ropa húmeda y la moral por los suelos, daba la impresión de que no tenía sentido que ninguno de nosotros estuviera allí. Los romanos habíamos venido con la esperanza de extraer metales preciosos; tendríamos que haber abandonado apenas murió nuestra fe en las riquezas de Britania. El peor legado de la rebelión de las tribus fue que ahora nos sentíamos encadenados por la sangre y el dolor a aquel lamentable, poco interesante y deprimente territorio.

Todavía estaba achispado, pero me fui a casa de todos modos. Mi hermana me echó un vistazo y guardó silencio. ¡Qué prudente!

Helena se hallaba encerrada en nuestras habitaciones privadas jugando con las niñas. Julia, nuestra hija de dos años, adivinó mi conducta con aquellos grandes ojos oscuros que no pasaban nada por alto y decidió sencillamente observar lo que sucedía. El bebé, que tenía entonces cinco meses, estaba tendido en el regazo de Helena gesticulando y pateando en todas direcciones; continuó haciéndolo, gorjeando, sumido en su propio mundo gimnástico en tanto que su elegante madre esquivaba las peores patadas y le hacía cosquillas en las partes del cuerpo que se lo buscaban. Aquél era, en efecto, el modo en que Helena Justina siempre había lidiado conmigo.

—No digas nada sobre mi estado.

—No haré ningún comentario —replicó Helena con calma.

—Gracias.

—¿Has estado trabajando?

—Así es.

—¿Y no has conseguido nada?

—En efecto.

—¿Quieres un buen beso y un cazo de comida para que se te pasen las secuelas del repugnante vino?

—No.

Se levantó y se acercó a besarme de todos modos.

Sin saber cómo, el bebé, Favonia, acabó en mis brazos y entonces, cuando me senté en la silla de mimbre semicircular de Helena, la pequeña Julia también se subió a ella gateando y se me quedó mirando y sonriéndome. De esa manera Helena quedó libre para acariciarme el pelo con dulzura, a sabiendas de que yo no podía zafarme de ella sin hacer daño a las niñas. Solté un gruñido. La pequeña tal vez no entendiera del todo lo que estaba haciendo, pero las tres mujeres que supuestamente me servían se rieron de mí. ¡Y eso que era el dios absoluto en el santuario de nuestro hogar! Como en la mayoría de familias, el poder patriarcal no significaba nada. Al final cedí ante la arremetida de la comodidad y me limité a desplomarme con desánimo.

Helena me dejó tiempo suficiente para que me tranquilizara y luego me preguntó en voz baja:

—No te gusta Britania.

—Ya lo sabes, mi amor.

—Marco, ¿esta situación es peligrosa para ti personalmente?

—Alguien mató a un hombre. Eso siempre es un mal asunto.

—¡Lo siento! —Cuando Helena era tan razonable, hería como si fuera una reprobación.

—Estoy alterado.

—Lo sé.

Lo dejamos ahí. Más tarde, cuando el personal de la guardería hubo pasado a recoger a las niñas, y ella creyó que tenía suficientes ánimos para aguantar la presión, Helena me contó cómo habían ido las cosas por allí aquel día. Se suponía que nos teníamos que vestir para la cena, pero ninguno de los dos había empezado a hacerlo.

—El gobernador ha mandado un correo al rey Togidubno. Frontino ha decidido que es mejor reconocer lo que ha sucedido. Se espera que el rey no se haya enterado todavía del asunto. Se le explicará el asesinato de la mejor manera posible —bueno, de la menos mala— y el mensajero puede intentar juzgar si el rey sabe algo que no debería saber o no.

—El rey no está involucrado. ¡No quiero creerlo!

—No, Marco. ¿Y qué crees que hará Togidubno?

—Venir hasta aquí con un humor de perros. Noviomago se encuentra a una

distancia de casi cien kilómetros o más. Un día de viaje para un jinete del correo imperial... si se apresura. Pero no lo hará, no se trata de una guerra ni de la muerte de un emperador. De manera que el rey se enterará del asesinato mañana al anochecer, digamos.

—No se pondrá en marcha de noche —dijo Helena.

—Pues a primera hora dentro de dos días estará de camino. Puede que sea un anciano, pero está en plena forma. Tengo que proporcionar alguna respuesta, si no para mañana para no mucho después.

—Pero Marco, careces del tiempo suficiente.

—Tendrá que serlo.

Aquella noche no tenía ganas de ir pasando exquisiteces en bandejas de plata. Empecé a cambiarme de ropa, pero tenía cosas más importantes en la cabeza que una velada cultural. Helena observaba sin moverse. Comentó que poca cosa podía investigar a esas horas de la noche. Le respondí que necesitaba moverme. Me hacían falta resultados. Podía hacer lo que probablemente debería haber hecho aquella tarde. Podía volver a la Lluvia de Oro. No tenía planeado cómo iba a abordar el asunto, excepto que si habían puesto a otra camarera en lugar de la que yo encontré, entraría de incógnito.

—Se va a notar mucho que eres romano —observó Helena.

—Soy un maestro de los disfraces. —Bueno, tenía una túnica astrosa y una capa raída.

—Tienes la piel aceitunada y tu corte de pelo dice a gritos que procedes de Roma. —Lo único que decía mi rebelde maraña de rizos es que me había olvidado de peinarlos, pero en principio tenía razón. Mi nariz era etrusca. Tenía el porte de un hombre que ha recibido entrenamiento legionario y la actitud del que ha nacido en la ciudad. Me gustaba pensar que incluso en otras partes del Mediterráneo mi elegancia destacaba. Entre los indolentes celtas de piel clara y ojos azules no había forma de esconderme.

Para entonces Helena estaba hurgando en su propio arcón de la ropa.

—Estarán esperando a más funcionarios... —Su voz quedaba amortiguada, aunque no pudo ocultar un deje de entusiasmo. Cualquier romano solo resultará demasiado evidente.

—Ahora es cuando necesito a Petro.

—Olvídate de él. —Salían prendas disparadas en todas direcciones—. Con Petronio tan sólo parecerás un funcionario que se ha traído refuerzos. Confía en mí —gritó Helena al tiempo que se volvía a poner derecha de pronto, para, acto seguido, levantar su blanco vestido patricio y pasárselo por la cabeza. Por un breve instante pensé en llevármela directa a la cama—. ¡Necesitas una novia, Marco!

Y tuve una. No hacía falta explicar nada más. Por fortuna había empleados que

cuidaban de nuestras hijas. Enardecida por la emoción, su noble madre iba a venir conmigo.

IX

—¡Recién salido del barco!

—Es exactamente lo que parece. —Me quedé impasible ante la hilaridad de Helena—. ¡Y a lo que huele! —añadí agachando la cabeza para oler: humedad de lavandería... y lo que quedara de mi persona que la lavandera de Noviomago hubiera podido eliminar.

Mi túnica era gruesa, de tejido basto, un trapo sucio de color herrumbre... ropa que había guardado para utilizarla en una obra de construcción. Encima de ella llevaba una capa de viaje con una capucha puntiaguda que me daba el aspecto de una deidad de los bosques. Una que no fuera muy inteligente. Además de una daga escondida en la bota, llevaba otra a la vista: la vaina colgaba de mi cinturón junto a un monedero. Si a eso le añadía un aire confiado, atenuado por un cansancio malhumorado, podía pasar por un turista cualquiera. Listo para ser estafado por los lugareños.

Helena se había despojado de todas las joyas que llevaba habitualmente, portando tan sólo un anillo de plata que le regalé una vez. Entonces se puso un par de pendientes largos y muy malos. Desde luego, si eran un regalo de algún antiguo amante, hizo bien en plantar a ese cerdo. Lo más probable es que fueran un obsequio de alguna de las asistentes de su madre. La discreta ropa que llevaba era la suya y podía haber revelado su posición social, pero ella se la había remangado con poca gracia y se la había atado por debajo del pecho con total falta de elegancia. Tenía el aspecto de no poseer ni esclavas de tocador, ni espejo de mano, ni gusto siquiera. Ya no era ella misma. Bueno, a mí me parecía divertido.

No me entendáis mal. Aquello era estúpido y peligroso. Yo lo sabía. Dos excusas, legado: una, que Helena Justina, hija del senador Camilo, era una mujer libre. Si quería hacer algo yo no podía detenerla, no más de lo que su noble padre ya lo había hecho. Dos, que tenía razón. Como miembro de una pareja, iba a pasar mucho más desapercibido.

A eso se sumaba que los dos estábamos hartos de ser unos visitantes con buenos modales. Anhelábamos algún estímulo. Ambos disfrutábamos con las aventuras compartidas, sobre todo cuando nos marchábamos a escondidas sin decírselo a nadie y cuando, de haberlo dicho, todos lo hubiesen desaprobado con insoportables muestras de histeria.

Nos escabullimos de la residencia. Nos vieron marchar, pero cuando los miembros del personal nos miraron dos veces nosotros nos limitamos a seguir adelante. No tenía sentido tomar prestada la silla de manos de Elia Camila. Llamaríamos la atención. Podíamos arreglárnoslas yendo a pie. Cualquier lugar al que nos dirigiéramos en aquella ciudad estaría lo bastante cerca como para ir

andando.

Estaba tratando de orientarme. Londinium no había sido creada por fanáticos de Hipodarno de Mileto y de sus planos urbanísticos con estructura de emparrillado. Nunca pasó de ser una principal base militar, de manera que carecía de forma y de murallas. En lugar de una agradable estructura de cuatro cuadrados, la urbanización en forma de T describía una línea hacia el otro lado del río y luego se extendía desordenadamente en dos direcciones, con las viviendas y los negocios situados a lo largo de las calles importantes. Había muy poco terreno urbanizado tras las pocas calles principales.

En la ribera norte, dos bajas colinas estaban divididas por varias corrientes de agua dulce que discurrían libremente. Los locales industriales se habían emplazado a lo largo de las orillas del riachuelo principal. El foro estaba situado en la colina del este y la mayoría de los nuevos muelles se hallaban al pie de aquel terreno alto en particular. Al otro lado, en la colina del oeste, debía de haber viviendas situadas, tal vez, en medio de más locales comerciales, y había visto lo que parecía ser humo de las calderas de la casa de baños. Aparte de las grandes importaciones y las modestas exportaciones que operaban desde los muelles, aquella era una ciudad de alfareros y curtidores. Incluso entre las casas los espacios vacíos estaban cultivados. Había oído los sonidos del ganado con la misma frecuencia que oía a los pájaros de los pantanos o a las gaviotas que seguían a los barcos de los comerciantes.

Una recta carretera principal bajaba por la colina desde el foro, directamente hasta el río. Allí pasaba junto a un embarcadero para los transbordadores y lo que un día sería la cabeza de puente. A la altura del foro cruzaba lo que pasaba por ser la calle principal, el Decumano Máximo, con una carretera secundaria situada a mitad de camino del río y que iba de este a oeste. Helena y yo tomamos ese camino durante un trecho y atravesamos el acceso al foro.

Continuaba la urbanización irregular. Algunas parcelas residenciales habían sido reconstruidas con nuevas viviendas de ladrillo, otras se habían quedado como ennegrecidos parches de tierra quemada. Ya habían pasado casi quince años desde la Rebelión, pero la recuperación todavía era lenta. Tras la masacre de las tribus, unos cuantos fugitivos debían de haber vuelto para reclamar sus tierras, pero muchos de ellos habían muerto sin descendencia... o con descendientes que no podían soportar más aquel escenario. Las autoridades eran reticentes a deshacerse de los terrenos que al parecer no tenían propietario. Existía un catastro que evitó una batalla campal. De todos modos allí había mucho espacio. Tomar la decisión de vender unos solares donde familias enteras habían muerto iba a ser duro. De modo que podrían pasar décadas antes de que todos los lugares vacíos de aquellas desoladas calles se llenaran.

Helena me cogió de la mano.

—Ya estás otra vez dándole vueltas a la cabeza.

—No puedo evitarlo.

—Ya lo sé, cariño. Algún día desaparecerá hasta el último vestigio de lo que ocurrió.

Sería peor si todo se hubiera arreglado inmediatamente.

—Una falta de sensibilidad —asentí.

—Una de las cosas más tristes que he oído en mi vida —caviló Helena con dulzura— es cómo el gobernador vino corriendo hasta aquí para evaluar la situación justo antes de que llegaran las furiosas tribus. Sabía que no tenía tropas suficientes y que se vería obligado a sacrificar la ciudad para salvar la provincia. Así que hizo oídos sordos a las súplicas, pero permitió que todo aquel que lo deseara pudiera acompañarlos a él y a la caballería. Entonces, así nos lo contaron después, «aquellos que se quedaron, ya fueran mujeres, niños, ancianos o gente con mucho apego al lugar, fueron todos asesinados». Algunas personas sí le tenían cariño a Londinium, Marco. Por eso se quedaron, para enfrentarse a una muerte segura. Es conmovedor.

Le dije que eran unos idiotas. Se lo dije con tacto. Lo que yo pensaba era peor, pero ella ya lo sabía. No hacía falta ser grosero.

Al mirar cuanto nos rodeaba, mientras buscábamos para volver a encontrar el triste bar llamado La Lluvia de Oro, nos parecía perverso que alguien sintiera cariño por aquella ciudad. La comunidad no contaba con ediles que supervisaran la limpieza o reparación de las calles. Unos pórticos un tanto lóbregos mostraba tejados de tejas rojas, no tanto para dar sombra como para poder cobijarse de las tormentas. Las lámparas eran un lujo. En un par de horas saldría de allí pitando.

—¿Es ése el lugar? —preguntó Helena.

—Nunca has estado aquí —dije entre dientes.

—No, pero sé leer un rótulo, cariño.

Escudriñé el tosco fresco, con su vaga representación de un haz de luz saliendo a través de una ventana inclinada.

La pintura estaba tan desgastada que me sorprendió que Hilaris hubiera llegado a ver el nombre. Entramos. El dintel era bajo. La mayoría de los clientes debían de ser enanos raquíuticos.

La chica que servía, de cuyas cortas piernas me acordaba, no estaba. El tabernero en persona nos miró al entrar. Parecía preguntarse qué buscábamos entrando en su bar, pero eso es normal. También ocurre lo mismo en Roma. Para servir al público es necesario un tipo especial de persona: antipática, obtusa, imprecisa con el sistema monetario y muy sorda cuando se la llama. Algunos informantes no están mucho mejor dotados. Pero la mayoría tienen unos buenos pies. Los suyos estaban grabados con callos y como mínimo les faltaba un dedo. Me di cuenta de ello porque no había mostrador, estaba sentado en un taburete.

Encontramos nuestra propia mesa. Fácil..., sólo había una. Como se suponía que

éramos una pareja que estaba de viaje, Helena me cogió el monedero y fue a pedir algo. Yo tomé asiento y sonreí, como un hombre que no se aclara con la moneda extranjera y que bebería más de lo acostumbrado si su mujer le daba rienda suelta.

Ella terminó inmediatamente con el numerito de «recién desembarcados» y eligió su propia maniobra de aproximación —No creo que hoy podamos tomar vino. ¡He oído que el tuyo sufre las consecuencias de unos interesantes aditivos!

—¿Qué quieres decir?

—Cadáveres.

—Está corriendo la voz —replicó el dueño de forma desabrida.

—Dime, ¿qué pasó?

—Nadie lo vio. —Rechazó el cotilleo. Podría haber sido por el bien de su establecimiento, de haber tenido éste alguna reputación que proteger.

—No pudimos evitar el venir a ver el lugar de los hechos... ¿Tienes zumo de fruta fresca?—Incluso yo puse mala cara. Helena estaba olvidando que se encontraba en Britania.

—Sólo servimos vino. —La petición de Helena estaba fuera de lugar, pero él contuvo cualquier réplica sarcástica. Demasiado sofisticado para él... o más bien suponía demasiado esfuerzo —Bueno, pues nos arriesgaremos!

—No le pasa nada a nuestro vino. El hombre se ahogó en el pozo —la corrigió el tipo, adusto.

—¡Oh! ¿Podemos verlo? — le preguntó con excitación.

Él hizo un gesto hacia la puerta del patio, empujó una jarra hacia ella y dejó que nos las arregláramos solos.

Helena salió para inspeccionar rápidamente el pozo y luego volvió a nuestra mesa con la jarra.

—¿Vasos, cariño? —dije en son de burla, actuando para una audiencia inexistente, pero el dueño del local los había traído con una eficiencia más que evidente—. ¡Gracias, legado! —Serví un vaso y lo alcé hacia él. Me respondió con un brusco movimiento de la cabeza—. Lo siento —murmuré en tono comprensivo—. Debes de estar más que harto de los visitantes.

No hizo ningún comentario, se limitó a sorberse un diente ennegrecido. Volvió a quedarse de pie en silencio entre sus ánforas en una esquina, mirándonos fijamente. Normalmente yo hubiera tratado de charlar con otros clientes, pero no había ninguno. Y era imposible hablar con Helena mientras aquel hombre estuviera escuchando.

Estábamos estancados. Estancados en un oscuro cuchitril donde se servían bebidas y en el que faltaba el aire: una pequeña habitación cuadrada con un par de asientos, unos tres tipos diferentes de jarras de vino, ningún indicio de tentempiés y un camarero que podría resquebrajar el mármol con su mirada. Una vez más, me pregunté por qué Verovolco, un tipo alegre y demasiado cordial, habría venido a este

lugar. Por la mañana la mujer había jurado que nadie se acordaba de él ni sabía quién era. Pero si el movimiento que había aquella noche era una muestra de la clientela habitual, sería imposible olvidarse. El dueño debía de haber tenido tiempo de contar las puntadas de los ribetes de la túnica de Verovolco.

Desde luego, de mí sí que se iba acordar, hasta de que tenía cuarenta y siete pelos en la ceja izquierda. Con gran incomodidad terminamos nuestras bebidas y nos dispusimos a marcharnos.

Como no tenía nada que perder, mientras le pagaba le dije bromeando:

—La Lluvia de Oro... ¡Ojalá Zeus se asomara a mi ventana con un montón de dinero! Por mí podría dormir con quien se le antojara. —El dueño puso cara de desconcierto—. Le pusiste a tu taberna el nombre de un mito —señalé.

—Ya se llamaba así cuando yo vine —replicó con un gruñido.

Cuando llegamos a la puerta salieron unas personas de un oscuro pasadizo que parecía conducir al piso de arriba. Uno era un honibre que pasó junto a mí y se dirigió directo a la salida mientras se ajustaba la hebilla del cinturón de un modo perfectamente reconocible. Debía de estar desesperado: su compañera era la camarera del bar. Era tan fea como la recordaba. Ese pequeño monstruo retaco hizo tintinear un par de monedas al echarlas en el insignificante cuenco de la recaudación y el dueño apenas levantó la vista.

Hacerles servicios a los clientes podía formar parte de las obligaciones de una camarera, pero en general las chicas tenían mejor aspecto. No bueno, pero sí mejor. A veces muchísimo mejor.

Ella me había visto.

—Mi novia quería ver la escena del crimen —le dije disculpándome.

—Vamos a tener que cobrar entrada —replicó bruscamente la camarera. Y, dirigiéndose al dueño, añadió de manera desagradable—: Estuvo aquí esta mañana con los encopetados. ¿Ha estado haciendo más preguntas?— No había necesidad de que lo advirtiera, él ya sabía cómo negarse a cooperar. Se volvió de nuevo hacia mí—. Ya te contamos todo lo que sabemos, que es nada. No vuelvas... y no te molestes en mandar a tus compinches.

—¿De qué compinches hablas? Yo no he mandado a nadie.

En aquellos momentos tanto la camarera como el dueño estaban un tanto malhumorados y agresivos. Captamos la indirecta y nos fuimos.

—¿Fue una pérdida de tiempo, Marco?—preguntó Helena con prudencia.

—No lo sé.

Probablemente sí.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Utilizar uno de los trucos del oficio.

—¿Cuál? —inquirió Helena.

—Cuando no saques nada en claro en la primera taberna, prueba en otra.

X

Nos costó encontrar otra. En consideración a mi dama lo probé dirigiéndome colina arriba, hacia lo que pasaban por ser mejores zonas de la ciudad. No hubo suerte. En cualquier caso, «mejores» era un calificativo poco apropiado.

Nos vimos obligados de nuevo a poner rumbo hacia el río y hasta hubo un momento en el que aparecimos en un muelle de tablones. Nada se movía en el agua, nos encontrábamos justo al lado de un punto de desembarco del transbordador y aun así parecía un lugar solitario. Pusimos pies en polvorosa. Al subir hacia la próxima entrada empinada nos topamos con una hilera de tiendas. La mayoría parecían vender o bien cerámica o aceite de oliva, el aceite que iba en esas grandes ánforas de base circular que Helena y yo tan bien conocíamos de un viaje que habíamos hecho a la Bética. El vino era un producto que escaseaba más en el mercado, pero había indicios de que todo el mundo en Londinium tenía acceso al selecto aceite dorado proveniente de Córdoba e Hispalis. Si todo el mundo lo tenía, era de suponer que lo vendían a un precio razonable. Entonces, desde la esquina de una calle divisamos un pequeño laurel que tenía un matiz marrón; las palomillas habían destrozado la mitad de sus hojas y tenía roto el brote principal, pero parecía servir para el mismo propósito publicitario que las plantas que hay en la puerta de cualquier figón del Mediterráneo.

Mientras nos acercábamos, un camarero o el propietario salió afuera y habló con un bulto que estaba hurgando en busca de algo junto a la fachada. No fue grosero, pero ella se escabulló rápidamente. Interpreté como una buena señal el hecho de que aquel hombre ahuyentara a los vagabundos. Entramos.

El calor nos envolvió de golpe: cuerpos y lámparas. Era mucho más grande y mejor iluminado que el primer sitio en el que estuvimos. Había una lista de vinos escrita con tiza en una pared, pero nada en ella que yo reconociera. El hombre que nos sirvió no hizo ninguna alusión a la lista, tan sólo nos ofreció tinto o blanco, o cerveza como opción adicional. Helena, que seguía interpretando su personaje, pensó que sería divertido probar la cerveza britana.

Petro y yo lo habíamos hecho en nuestra juventud; yo pedí tinto. También quería una jarra de agua. Con la cabeza aún dolorida de la tarde, me lo estaba tomando con calma. El camarero se las arregló para no mostrar su desdén. Estaba claro que las costumbres romanas no eran una novedad para él.

En aquella ocasión nos sentamos en silencio, relajados, mientras esperábamos que nos trajeran la bebida. Miramos a nuestro alrededor. Los dos camareros que había allí eran unos tipos trabajadores, delgados, menudos, de mejillas hundidas, con una calvicie incipiente en la coronilla, un brillante vello oscuro en el rostro y lúgubre mirada. No tenían aspecto de britanos, más bien parecía que provinieran de Hispania o de Oriente. Así que se trataba de otro establecimiento con personal extranjero.

Quién sabe los kilómetros que habían recorrido acarreado sus posesiones, sus esperanzas y su historia pasada para acabar dirigiendo una taberna barata situada al otro lado de cualquier parte. Sus clientes también representaban una población cambiante. Algunos de ellos eran comerciantes a juzgar por su aspecto: hombres de negocios bronceados y competentes enfrascados en conversaciones en grupos de dos o tres personas. Ninguno de ellos tenía apariencia de ser britano. Los nativos se habían ido a su casa. En aquella ciudad los lugares de entretenimiento encomendaban el servicio a los forasteros. Mientras las cosas continuaran así, difícilmente se podría civilizar la provincia. No pasaría de ser un establecimiento comercial en un lugar poco poblado.

La persona más cercana a nosotros era un hombre que me recordó la afirmación de Silvano acerca de Londinium: la ciudad estaba atrayendo a los bichos raros. Iba envuelto en muchas capas de ropa, con una vieja cuerda a guisa de cinturón alrededor de unos bastos pantalones de tela escocesa, tenía suciedad incrustada en la piel y el pelo lacio y desgredado.

—¿Queréis un perrito?—preguntó cuando Helena cometió el error de mirar cómo le daba de comer exquisiteces a un flaco perro callejero que tenía a sus pies. El can ofrecía un aspecto repugnante y aullaba tristemente.

—No, ya tenemos uno, gracias. —Me sentí aliviado de que hubiésemos encerrado a *Nux* en el dormitorio antes de salir. Nacida en la calle, *Nux* había prosperado en la vida cuando me adoptó, pero todavía le gustaba hacerse compañera de juegos con chuchos de muy mal carácter.

—Es un chico muy listo.

—No, de verdad. La nuestra ya nos da mucho trabajo.

Tiró de su taburete y se acercó más, arrastrándolo de lado sobre dos de sus patas. Una sanguijuela que había encontrado nuevas víctimas.

—Los perros britanos son mágicos —afirmó con orgullo el espantoso parásito. ¿Acaso él era britano, o sólo fiel a la mercancía que pregonaba? A diferencia de otros clientes que había en el lugar, pensé que podía ser sincero. ¿A qué tribu miserable pertenecía? ¿Se trataba de algún veterano no querido que los trinovantes habían echado a patadas del recinto, o de un depravado sacado a empujones de un poblado fortificado por los exigentes duboni? En cualquier cultura sería el espeluznante tipo que ha desaparecido de la escena desde hace mucho tiempo, aquel a quien todo el mundo teme. En las Saturnales, o en su equivalente tribal, sin duda hablarían de él y se estremecerían al tiempo que echarían un rápido vistazo por encima del hombro por si acaso regresaba cojeando por el sendero, chupando unas briznas de hierba que atravesarían el enorme espacio entre aquellos asquerosos dientes...—. Vendo todo lo que puedo conseguir, a buen precio. Maravillas. Si tú, refinada señora, compraras uno de éstos ... —Una mano como una zarpa subió hasta el cuello de la túnica que

llevaba debajo de todo lo demás y empezó a rascar lentamente. A sus pies, el perro, avejentado y demacrado por la sarna sarcóptica, lo imitó. Apenas le quedaba pelo en las ancas, se le veían todas las costillas. En ambos casos el rascarse constituía una acción inconsciente y continua— te garantizo que podrías obtener cuatro o cinco veces más dinero del que pagarías por él si lo vendieras otra vez en Roma o en alguna otra ciudad importante.

—Eso es estupendo. De todas formas no, gracias.

Él hizo una pausa. Luego lo intentó de nuevo animosamente.

—Sería perfecto si tu marido fuera de caza.

—No, me temo que no es cazador.

¿Estás segura? —Ella estaba segura. Y yo también, maldita sea. Yo era un chico de ciudad, prefería mil veces ir a las carreras.

El mugriento vendedor me señaló con la cabeza a escondidas. Me estaba culpando por la resistencia de Helena.

—Un poco agarrado, ¿no?

Helena me sonrió mientras lo consideraba. Yo le devolví la sonrisa. Entonces le dijo a su nuevo amigo:

—Tal vez. Pero yo lo quiero. Cree que es un hombre de la calle, no le quites la ilusión.

—¡Ilusiones! —gorjeó el perrero.— Todos necesitamos ilusiones, ¿no es cierto? —Otros clientes miraron en nuestra dirección, nos compadecieron por estar atrapados y enterraron las narizotas en sus vasos—. ¡Conserva tus ilusiones, regio señor, no sea que los dioses oscuros se te lleven frustrado al Hades!

Estaba loco. Por otro lado, era capaz de manejar conceptos abstractos y definiciones polisílabas. Solté un gruñido. ¿Tendríamos ante nosotros al típico icono de un hombre antaño rico, un hombre con inteligencia y formación que atravesaba tiempos difíciles? ¿Se habrían degradado tanto él como su alma poética a causa de lo inadecuado de su carácter, la mala suerte financiera... o la bebida?

No, era de baja cuna, lo único que le gustaba era vender perros. Pensó que haría una fortuna endilgando sus rencos y agusanados sabuesos a romanos tontos. Hasta tenía la esperanza de que podría vendernos uno a Helena y a mí. ¡Mala suerte, listillo!

Entraron dos hombres. El que iba delante era bajo y robusto; el otro, más enjuto, no dejaba de mirar a su alrededor. Eran conocidos de los propietarios. Desaparecieron con el camarero de más edad a través de una cortina en algún lugar oculto del interior. Oí voces subidas de tono. Poco tiempo después los dos hombres reaparecieron y se fueron con expresión adusta, caminando con rapidez. Salió el camarero. Brevemente le refunfuñó algo a su compañero. Ambos parecían irritados y disgustados.

La mayoría de los clientes no se dieron cuenta. Todo fue muy discreto.

Helena había visto que los observaba.

—¿Qué crees que ha ocurrido?

—Jardineros del mercado que venden perejil.

—¿Chantajistas? ¿Prestamistas? —Helena pensaba de la misma manera que yo

—. ¿Crees que el propietario les ha pagado?

—Es difícil de decir.

—Si lo hizo, no quería... y les ha hecho saber qué pensaba.

—Si ha pagado, cariño, a esos recaudadores no les importará cuál haya sido su actitud.

—¿Y si no lo ha hecho?

—Me imagino que volverán... para asegurarse de que cambia de opinión.

Hablábamos en voz baja, sin hacer caso del perrero. Era lo bastante listo como para dejarnos con nuestra charla confidencial. Tal vez escuchó lo que decíamos. A mí me daba igual. Si había matones que presionaban a los propietarios de los comercios, cuanto antes se enteraran de que alguien los estaba vigilando, mejor.

Los camareros fueron pasando por las mesas, manteniéndose ocupados. Sirvieron al perrero y a varias personas más de forma automática, por lo que debían de tratarse de clientes habituales. Parecía ser un lugar en el que hacerse una idea del ambiente local, así que nos quedamos un rato. Acepté otra copa y un refrigerio. Helena seguía adelante poco a poco con su cerveza; no iba a reconocer un error, aunque yo me imaginaba que le daba lo mismo. El camarero suponía que se iba a dejar la mitad de la jarra, pero ella se la iba a terminar. Luego daría las gracias muy amablemente al marcharse.

Puede que Helena Justina fuera la hija de un senador, pero era mi tipo de chica. Sonreí y le guiñé un ojo. Ella eructó recatadamente.

Me eché hacia atrás y agarré un puñado de olivas de un cuenco que había encima de una mesa a mis espaldas. Tal vez las exquisiteces fueran para todo el mundo, yo actué como si así lo supusiera y entablé conversación con los dos hombres que estaban allí sentados. Eran negociantes que vendían suministros para el ejército en el norte y luego llevaban pieles de animales al sur. La primera parte resultaba provechosa, me dijeron; las pieles sólo les servían de lastre y les llenaban los barcos de moscas. Habían pensado en cambiar y transportar esclavos, pero suponía demasiadas dificultades. Bromeé diciendo que deberían asociarse con el vendedor de perros..., momento en el cual la conversación decayó.

Helena había estado observando a la figura que anteriormente habíamos visto hurgando entre los desperdicios. Aquella flaca y pálida criatura había vuelto y se había colado dentro; en esta ocasión los camareros la dejaron en paz. Cada vez que unos clientes se marchaban, ella se acercaba a su mesa sigilosa como una sílfide y devoraba cualquier cosa de comer que se hubieran dejado. Pocas veces quedaba bebida. Un hombre se inclinó hacia ella y le preguntó algo; la mujer le dijo que no

con la cabeza. Podría haberse tratado de una proposición sexual o simplemente podía haberle preguntado si fuera estaba lloviendo.

No parecía estar ocurriendo mucho más, así que cuando nuestras jarras volvieron a vaciarse, pagué y nos marchamos. Fuera, las calles oscurecían cada vez más. La temperatura era templada y agradable, aunque ni mucho menos tan cálida como lo sería en Roma una noche del mes de agosto. No había vida callejera, sólo mosquitos a los que pegar manotazos. Habían aprendido a dirigirse a la ciudad desde los pantanos al atardecer para darse un sangriento festín. Algo me había mordido con fuerza en el tobillo y Helena no dejó de imaginarse que esos bichos estaban bailando en su pelo.

Helena me tomó del brazo para que ninguno de los dos perdiera el equilibrio mientras caminábamos. Nos llevó un buen rato encontrar otro bar hacia el cual arrastrarnos. En Roma habría un mostrador de figón a cada pocos metros de calle, y quizás un antro interior para beber en cada manzana. Tampoco tendrías que ir parándote de vez en cuando para sacudirte la arenilla del tamaño de un guisante de los zapatos. Londinium poseía calles adoquinadas, pero el suelo de la mayoría de sus callejones traseros aparecía lleno de baches. La ciudad se había construido con gravilla y polvo de ladrillo. Había un montón de hornos de baldosa y ladrillo y las viejas chozas de adobe y cañas estaban siendo reemplazadas por viviendas de madera y rasillas. Pero yo me moría por caminar sobre enormes y cálidas losas de mármol travertino.

También necesitaba orinar.

Como no encontramos un lugar que ofreciera servicios higiénicos, se solucionó el asunto de un modo que no hace falta nombrar.

—¿Y yo qué?—lloriqueó Helena. La queja perpetua de una mujer de vacaciones en una ciudad desconocida. Y era el jefe de familia. Era mi obligación encontrarle algún sitio. Al igual que la mayoría de los maridos en vacaciones, yo ya había arreglado mis propios asuntos y perdía todo interés. Me hicieron notar dicho aspecto de la situación.

—¿Estás desesperada? —Siempre lo están. Aun así, supimos solucionar el tema cuando estuvo lo bastante desesperada. Encontramos un sitio oscuro y yo monté guardia.

—Esto es amor verdadero —me dijo como muestra de agradecimiento.

Cuando nos atrevimos a entrar en lo que parecía ser una taberna, resultó ser un burdel. Tenían una mesa y un par de sillas fuera, tanto a modo de señuelo como de camuflaje, pero al entrar nos dimos cuenta. Vimos pocas señales de actividad, mas el negocio presentaba el aspecto de marchar bien. Apenas divisé a las putas quinceañeras que esperaban, con el rostro lívido, sus vestidos de grandes escotes y sus ajorcas de cuentas de cristal, volvimos a salir con una educada sonrisa en nuestros labios.

La madama sí que parecía britana. En todo el mundo, éste es el primer negocio que surge cuando les llega la civilización a los atrasados bárbaros. Por lo pronto, las viudas se imponen rápidamente. Las viudas y las mujeres solteras que tienen que llamarse viudas. Aquélla mostraba una actitud abierta y una cansada mirada profesional. Probablemente había prestado sus servicios a la soldadesca en el exterior de los fuertes romanos mucho antes de establecerse en la ciudad.

Tal vez la casa del amor nos dio alguna idea. Poco después de aquello, Helena y yo nos detuvimos en un cruce de la calle, nos acercamos el uno al otro y nos besamos. Fue un beso largo y tierno, carente de lujuria, pero lleno de placer.

Aún nos encontrábamos fundidos el uno con el otro de aquella manera tan cordial cuando percibimos un extraño olor. Me di cuenta de que un rastro de humo en el aire me había estado molestando hacía unos instantes. Nos separamos, seguimos adelante apresurando nuestros pasos y nos encontramos con que en Londinium existía algo de vida nocturna, después de todo: una panadería era pasto de las llamas.

XI

En Roma se hubiese congregado una multitud. En Londinium, en cambio, tan sólo unas pocas sombras curiosas merodeaban por los oscuros márgenes de la calle. Las ocasionales llamaradas del incendio iluminaban sus caras brevemente. Por encima de nuestras cabezas, una ventana se abrió con un chirrido y la voz de una mujer dijo riendo:

—¡Alguien ha tenido un accidente! Ese vertedero de masa va a quedar bien arreglado...

Me pregunté qué hacer. Allí no había vigiles listos para llamar con un silbido a sus colegas y formar una cadena de cubos, ni había esteras de esparto, ni un sifón con un depósito lleno de agua para descargarlo sobre el fuego.

El edificio estaba envuelto en llamas. Se veía que era una panadería porque las puertas de la fachada estaban abiertas; tras el mostrador al rojo vivo, dentro, se veían dos hornos que llegaban hasta el techo, con la boca abierta como antiguas gárgolas. Sin embargo, las llamas no provenían de los hornos, pues se abalanzaban sobre las paredes. Tal vez una chispa en el depósito de combustible hubiera sido la causa del siniestro.

Detuve a un espectador.

—¿Hay alguien ahí dentro?

—No, está vacío —respondió, libre de cualquier preocupación. Giró sobre sus talones y se marchó para reunirse con un compañero a unas diez zancadas de mí. Volvieron la vista hacia la panadería y entonces uno de ellos le dio unas palmaditas en el hombro al otro; los dos iban sonriendo mientras se alejaban. Entonces los reconocí: eran los dos matones que habían hecho enfadar a los camareros del segundo bar en el que habíamos estado. No era un buen momento para salir tras ellos. Pero los reconocería de nuevo.

Como si hubiera estado esperando a que esos dos se marcharan, la gente empezó entonces a congregarse y a sofocar el incendio. No fue nada fácil. Colaboré tirando algunos cubos de agua. Alguien debía de estar trayéndolos de un pozo ... ¿otro barril de vino reutilizado? Mientras trabajábamos, una de las puertas plegables se salió de los goznes y se derrumbó entre una lluvia de chispas. Aquello no tenía que haber ocurrido; debían de haberla dañado. ¿Deliberadamente? Cayó cerca de un grupo de perros aterrorizados que estaban atados a una columna con una cuerda cada uno. Armaron un buen escándalo, desesperados por escapar. La puerta continuó ardiendo, de modo que era imposible acercarse a los perros. Lo intenté, pero estaban demasiado asustados y gruñían con agresiva ferocidad.

Uno de los sabuesos que respingaban ya tenía el pelaje ardiendo. Eso hizo que empezara a dar violentos tirones con la cabeza para tratar de liberarse. Los demás se

alarmaron aún más cuando empezó a saltar encima de ellos.

—¡Marco, haz algo!

—¡Por el Hades! ¿Qué?

Alguien pasó corriendo junto a mí y de un tirón me quitó la daga de la vaina que llevaba en la cintura. Aquella figura menuda se lanzó como una flecha en medio de los perros, haciendo caso omiso de sus dientes, y le dio una cuchillada a alguna cuerda maestra que los tenía atados a la columna. Salieron disparados al instante. La persona que los había salvado, agarrada todavía al nudo principal, fue arrastrada cruelmente por el suelo lleno de baches. El grupo de canes, ladrando, rodeó a toda velocidad otra columna en dos direcciones distintas, se enredó de mala manera, y entonces, un hombre al que reconocí como el sucio vendedor de perros, los atrapó.

Tomó las riendas y asumió el control. No puedo decir que su presencia calmara a los animales, pero era lo bastante fuerte como para sujetarlos mientras se inclinaba para ver si habían sufrido daños. Sus ladridos se convirtieron en gañidos.

Helena se había acercado al salvador; se trataba de otro rostro familiar: la patética criatura que removía entre las basuras. El perrero no le demostró ninguna gratitud. Les propinó golpes y puntapiés a sus sabuesos para someterlos y daba la impresión de que en cualquier momento iba a golpear y patear también a la chica. Sus andrajos no evitaron que sufriera graves rasguños y estaba llorando. Reacio a mostrarse en público, enseguida se adentró en la oscuridad, rezongando, inclinado hacia atrás para contrarrestar la fuerza que lo arrastraba, en medio de una jauría de perros que trataban de liberarse.

Recuperé la daga de donde había caído durante la persecución, luego volví para ayudar a extinguir el fuego. Me encontré con que teníamos ayuda profesional: habían llegado algunos soldados.

—¡La panadería ya no puede salvarse ... limitaos a proteger los locales a ambos lados! —Se ocuparon del asunto de forma rápida y eficiente, al parecer nada sorprendidos por el fuego. Bueno, los incendios son muy corrientes en los pueblos y ciudades. Yo ya había observado que el aceite era muy fácil de conseguir. Las lámparas y los hornos siempre constituyen un peligro.

—Ha sido una suerte que aparecierais —le dije al oficial al mando a modo de cumplido.

—Sí, ¿verdad? —replicó. Entonces tuve la sensación de que su llegada no era ninguna coincidencia.

Silvano no dirigía aquella tropa; quizás aún andaba con dolor de cabeza después de nuestra borrachera, y en cualquier caso ellos eran la patrulla nocturna. Conocían aquel territorio y sin duda esperaban encontrarse con problemas. Los destacamentos tenían órdenes de vigilar aquellas calles a intervalos. En cualquier momento podían asaltar un negocio. Las intervenciones para ayudar al público se habían convertido en

rutina.

¿Formaba parte de la rutina quedarse sin hacer nada y dejar que un edificio en llamas se incendiara mientras se protegían ostentosamente los locales cercanos? ¿Estaban los militares haciendo la vista gorda frente a los mañosos? Sólo lo harían en el caso de que les ofrecieran un fuerte soborno.

Por supuesto, nadie iba a admitir lo que estaba sucediendo.

—Una chispa que ha saltado —decidió el oficial—. No había nadie en casa para dar la alarma.

¿Por qué no había nadie en un establecimiento que contaba también con vivienda? Yo lo podía explicar. Por algún sitio de aquella ciudad merodeaba un panadero que, en un arrebato, había luchado para mantener su independencia y que ahora sabía que su medio de vida estaba arruinado. Debió de hacer algún gesto desafiante... y luego, sabiamente, salió corriendo.

Por regla general, los chanchullos de las mafias operan en ámbitos específicos. Los bares eran una cosa; que una panadería hubiera sido amenazada era muy poco usual. Si todas las tiendas, de todas las calles, se habían convertido en un objetivo, eso sí que eran malas noticias.

Los soldados fingían apuntar los nombres y direcciones de los testigos. Irían a parar a las listas de los servicios secretos, por supuesto. Cualquiera que apareciera en una lista militar con demasiada frecuencia (dos veces, digamos) sería catalogado como elemento perturbador. Los britanos parecían haberse enterado de eso: los curiosos desaparecieron de las calles. Eso nos dejó a Helena y a mí. Tuve que decirles a los chicos de rojo quiénes éramos. Muy atentamente se ofrecieron a conducirnos de nuevo sin problemas a la residencia del procurador: nos estaban echando de allí.

En otra época hubiese protestado. Bueno, en otra época hubiese dado un nombre falso, le hubiera propinado una patada en sus partes al oficial y hubiera puesto pies en polvorosa. Puede que hasta lo hubiese hecho aquella noche para practicar de no haber estado Helena conmigo. Ella no vio ningún motivo para salir corriendo. A las hijas de los senadores las educan para que confíen en los soldados, aunque a ellas rara vez las atrapan en un interrogatorio callejero, cuando esto ocurre siempre dicen enseguida quién es su papá y luego esperan que las escolten allí adonde quieran ir. Y lo consiguen. Sobre todo las guapas. A la hija de un senador que tuviera los labios como una liebre y el pecho caído le dirían sencillamente que se fuera, pero incluso en ese caso quizá la llamasen señora y seguro que no se arriesgarían a pellizcarle el trasero.

—Yo diría que ya hemos tenido demasiadas emociones por esta noche. Helena Justina, estos amables señores van a acompañarnos a casa.

Cuanto antes mejor: Helena quería cuidar de la ensangrentada y llorona rebuscadora de basuras.

—Esta herida. No podemos dejarla aquí.

Los soldados se agruparon y observaron mi reacción. Sabían que aquella encorvada y lastimera criatura era una vagabunda de las calles. Sabían que si Helena la recogía nos contagiaría enfermedades y pulgas, nos mentiría, nos traicionaría siempre que fuera posible y luego, cuando esa enclenque flacucha decidiera largarse, nos robaría. Sabían que yo preveía todo aquello. Se abstuvieron de sonreír burlonamente.

Helena estaba arrodillada junto a esa desdichada. Levantó la vista y miró a los soldados, luego a mí.

—¡Sé lo que me hago! —anunció—. No me mires de esa forma, Falco.

—¿Conoces a la chica?—le pregunté al oficial en un murmullo.

—Siempre está por aquí. Se cree que es una superviviente de la Rebelión.

—Tiene aspecto de no ser más que una adolescente, por aquel entonces debía de ser tan sólo un bebé.

—Ah, bueno... Pues es una tragedia viviente. —Entendí a lo que se refería.

Traté de no inquietar a nadie. La chica se encogió de todas formas. Helena le hablaba en voz baja, pero la muchacha no hacía otra cosa que temblar. Al parecer no hablaba latín. Yo no la había oído hablar en ningún momento, en ningún idioma. Tal vez fuera muda. Otro problema.

El oficial, que también se había acercado detrás de mí, mencionó amablemente:

—La llaman Albia, creo.

—¡Albia! —probó a decir Helena en tono firme. La chica se negó a reconocer el nombre.

Dejé escapar un suspiro.

—Lleva un nombre romano. Buen truco. Una de nosotros... huérfana. —No era mucho más que un esqueleto de facciones amorfas. Tenía los ojos azules. Eso podía ser un rasgo britano. Pero había ojos azules por todo el Imperio. Nerón, por ejemplo. Incluso Cleopatra. Roma no era responsable de ella en absoluto.

—Es una pobre huérfana romana —dijo comprensivamente el oficial al tiempo que me daba un codazo en las costillas.

—La edad que parece tener se corresponde. —Flavio Hilaris y Elia Camila tenían una hija que nació en una fecha próxima a la Rebelión: Camila Flavia, que ahora gozaba de unos radiantes catorce años y era todo risitas y curiosidad. Los jóvenes tribunos que llegaran a aquella provincia probablemente se enamorarían de ella, pero era modesta y, yo lo sabía, estaba muy bien vigilada. Aquella muchacha sin hogar no se parecía en nada a Camila Flavia, su lamentable vida debía de haber sido muy distinta.

—En realidad poco importa si es de origen romano o no —me gruñó Helena, con los dientes apretados—. Ni siquiera importa que quedara en la indigencia a causa de un desastre que nunca hubiera ocurrido si Roma no hubiera estado aquí.

—No, mi amor. —Mi tono de voz era ecuánime—. Lo que importa es que tú te has fijado en ella.

—La encontraron siendo una recién nacida, llorando en las cenizas después de la masacre —se le ocurrió decir al oficial. El muy cabrón se lo estaba inventando. Helena nos miró fijamente. Era lista y despierta, pero poseía un enorme caudal de compasión. Había tomado una decisión.

—La gente siempre adopta a los niños que salen con vida de los desastres. — Ahora era yo el que hablaba. Yo también tenía un lado mordaz. La mirada desdeñosa de Helena me hizo sentir sucio, pero de todas formas dije—: El recién nacido que llora y es recogido de entre los escombros tiene un hogar asegurado. Representa la esperanza. Una nueva vida, intacta e inocente; un consuelo para otros que sufren en un paisaje arrasado. Por desgracia, después, el niño se convierte en otra boca hambrienta entre personas que a duras penas pueden alimentarse unas a otras. Es comprensible lo que ocurre después. Empieza un ciclo: el abandono que lleva a la crueldad, luego a la violencia y a abusos sexuales de lo más abyecto.

La chica tenía la cabeza apoyada en sus mugrientas rodillas. Helena estaba muy quieta. Yo me agaché y le acaricié la cabeza a Helena con el dorso de los nudillos.

—Tráela si quieres. —Ella no se movió—. ¡Pues claro que sí! Tráela, Helena.

El oficial chasqueó la lengua a modo de callado reproche hacia mi persona.

—¡Pícaro!

Esbocé una breve sonrisa.

—Recoge a los descarriados. Tiene un corazón tan grande como el mundo entero. No puedo quejarme. Una vez me recogió a mí.

Aquello también había empezado en Britania.

XII

Daba la sensación de que habíamos estado fuera durante horas. Cuando Helena y yo regresamos, la residencia del procurador se hallaba iluminada con lámparas. En la casa reinaba el ambiente posterior a un banquete. Aunque Hilaris y su esposa dirigían su casa de forma tranquila, mientras el gobernador vivía con ellos participaban de buena gana de los inconvenientes de la diplomacia en el extranjero. Aquella noche, por ejemplo, habían proporcionado entretenimiento a unos hombres de negocios.

Helena se encargó de que alojaran en algún lugar seguro a su nueva protegida después de aplicar bálsamo a sus heridas. Yo me eché encima una túnica de calidad y salí en busca de sustento. Como quería abordar a Hilaris y a Frontino para hablar de la situación local, me preparé y me uní al grupo de la sobremesa. Aún quedaban bandejas de higos y otras delicias que habían puesto fin a la comida que nos habíamos perdido. Me lancé al ataque. Los higos debían de cultivarse en la región: estaban casi maduros, pero no sabían a nada. Un esclavo que pasaba por allí prometió encontrarme algo más sabroso, pero nunca le llegó el momento de hacerlo.

El duro día vivido en los bares de Londinium me había dejado hastiado. Traté de pasar desapercibido. Me habían presentado como el pariente del procurador, un detalle que los demás invitados encontraron muy poco interesante. Ni el gobernador ni Hilaris revelaron mi identidad de agente imperial, ni tampoco dijeron que se me había asignado la investigación de la muerte de Verovolco. No tenían la menor intención de mencionar dicha muerte a menos que surgiera el tema, aun cuando fuera la noticia local más emocionante.

En aquellos momentos los comensales estaban sentados en sus triclinios acolchados y cambiaban de sitio para conocer gente nueva mientras se retiraban las mesas portátiles, lo cual nos proporcionaba más espacio. Cuando llegué aún seguían con sus conversaciones, esperando que participara como o cuando pudiera, o que me sentara mansamente y me quedara quieto.

No puedo decir que me atrajera la idea de ser un adlátere. Nunca sería un cliente contento para ningún patrón. Yo quería tener mi propia posición social. Aunque fuera una posición que la gente despreciara. Como informante yo había sido mi propio hombre; lo había sido durante demasiado tiempo para cambiar. La gratitud no se conseguía fácilmente. No le debía nada a nadie y no rendía ningún tipo de pleitesía social.

Los invitados pertenecían a esa clase de personas que no me gustan mucho: mercaderes que buscan expandir sus mercados. Eran recién llegados, o relativamente recién llegados a Britania. La intención de su visita al gobernador era que éste les allanara el camino. Claro que, para Frontino, fomentar el comercio formaba parte de su trabajo. Pero aquella noche no dejó de hablar de sus planes: dirigirse al oeste con

el ejército. Estuvo agradable, pero su entusiasmo se apoyaba en la ingeniería y la estrategia militares. Dejó claro que había pasado parte de aquel año estableciendo una nueva y gran base al otro lado del estuario de Sabrina y que no pensaba en otra cosa más que en regresar allí para supervisar una ofensiva contra las tribus no conquistadas; de modo que todos podíamos considerarnos muy afortunados por haberlo encontrado durante un breve retorno a la capital. Normalmente, sólo estaba allí en invierno.

Me pregunté si las frecuentes ausencias del gobernador en campaña fomentaban la corrupción y el desgobierno.

Cuando fui a sacar a Silvano de su barracón, tuve la impresión de que allí apostado no había más que un destacamento de vexilarios común y corriente, parte de una cohorte en concreto o tal vez pequeños destacamentos de cada una de las legiones. Oficialmente constituían la escolta del gobernador. su equivalente a la Guardia Pretoriana que le hacía de niñera al emperador. Pero esa situación no se debía a que fuera probable que alguien llevara a cabo una tentativa de asesinato. Los soldados de la guardia personal formaban parte de la parafernalia del poder. Siempre que Julio Frontino salía a caballo para dirigirse al escenario de la acción, la mayor parte de aquellas tropas tenía que ir con él. Sólo un remanente de su guardia se quedaba atrás para asegurar las tareas rutinarias de vigilancia.

Le plantearía el problema a Frontino. No era ningún idiota, y tampoco un jactancioso. No necesitaba que todos los legionarios disponibles se pegaran a él para ascender de posición. El ejército no constituía su único interés. Se encargaría de los proyectos civiles con ecuanimidad, de manera que se atendiera a la seguridad de Londinium. Si allí nos hacía falta personal, seguramente podría convencerlo para que lo proporcionara.

Tenía cuatro legiones en Britania; aquél era un período de poca actividad. El sur y el este se habían consolidado y romanizado en parte años atrás. Hacer que el oeste se definiera constituía el tema que centraba la atención del momento. Por desgracia, el norte también se había convertido en un problema. En una ocasión los brigantes, una importante tribu amiga de Roma, habían creado una extensa zona de defensa, pero en la época del predecesor de Frontino eso había cambiado de forma significativa y memorable. Fue una historia de escándalo, sexo y celos: la reina Cartimandua,, una temible mujer de mediana edad, se enamoró locamente del hombre que le llevaba las lanzas a su marido y que era mucho más joven que él. Los amantes trataron de hacerse con el poder. Al ultrajado esposo no le gustó nada todo aquello. Las lealtades divididas sumieron en una guerra civil a los antaño estables brigantes. Las locuras de los poderosos hacen gracia, pero no cuando los conflictos resultantes hacen que Roma pierda un buen aliado.

Cartimandua fue apresada, sin duda entre bromas ruidosas por parte de los

legionarios, pero nuestra alianza con los brigantes se vino abajo. Frontino, o quienquiera que lo sucediera en su puesto, tendría que arreglar aquello: más presencia militar, nuevos fuertes, nuevas carreteras y tal vez una campaña de envergadura para someter a las salvajes colinas del norte bajo el control romano. Quizá no aquel año ni el próximo, pero pronto.

A pesar de la situación, la prudencia dictaba un nuevo estudio sobre la manera en que se dirigían las regiones colonizadas, incluyendo Londinium. Las tropas deberían proporcionar la protección propia de la ley y el orden, y algunos de los muchachos tendrían que abstenerse de pegarles puñetazos en la cabeza a los bárbaros. No tenía sentido que el ejército se abriera camino en todas direcciones si el caos hacía estragos tras él. Aquello era muy peligroso. Boadicea ya había mostrado con perfecta claridad cuáles eran los riesgos de la desafección en la retaguardia.

—¡Estás muy callado, Falco!

Frontino me dijo que me acercara. Estaba hablando con dos de los invitados más interesantes, un vidriero que provenía de la costa siria y un comerciante no especializado, también del este, de Palmira.

—¡Por Júpiter que sois intrépidos los dos...! No podíais haber viajado a un lugar más alejado en todo el Imperio!— Sabía cómo ser refinado cuando me tomaba la molestia. Frontino se escabulló y dejó que me las arreglara solo. Ya debía de haber oído sus historias. El vidriero se había encontrado con que la competencia de los famosos talleres sirios era demasiado para él; tenía intención de establecerse en Londinium, enseñar a unos cuantos empleados a soplar por unos tubos y a separar unas varillas multicolores y montar una línea de producción britana. Puesto que el vidrio es muy delicado, aquélla parecía ser una perspectiva mejor que la de importarlo desde largas distancias. Había artículos de primera calidad que indudablemente seguirían trayéndose de Tiro, pero al parecer aquel hombre había elegido una provincia que podía dar cabida a un nuevo gremio.

Al importador no especializado le gustaba viajar, me dijo. Unas cuantas insinuaciones me indujeron a pensar que quizás hubiera dejado tras él algunos pleitos. O tal vez una tragedia personal le hizo desear un nuevo comienzo; digamos que era lo bastante mayor como para haber perdido a una muy apreciada esposa. Britania le parecía un lugar exótico e ignoto y estaba dispuesto a negociar cualquier producto que tuviera demanda. Incluso había encontrado una chica, una britana; tenían planeado establecerse... Así que mi teoría era correcta, se trataba de un romántico que optaba por segunda vez por una nueva felicidad en un entorno distinto.

En otro momento me hubiera quedado fascinado con aquellos viajeros de lugares remotos, sobre todo con el tipo de Palmira, donde daba la casualidad de que yo había estado. Pero ninguno de los dos parecía estar «aprovechándose» de aquella provincia de la manera que Silvano había expuesto en sus quejas. Habían encontrado nuevas

vías por explorar, pero eso hablaba a su favor. No representaban ninguna amenaza. Se ganarían la vida, suministrarían artículos en demanda y ofrecerían a la gente del lugar oportunidades bien recibidas.

La cuestión era que mis preguntas, allí, no iban a encontrar respuesta. Aquellas no eran las personas indicadas..., demasiado legales. Como de costumbre, me tocaba a mí hurgar entre los más sucios estratos de la sociedad. No iba a encontrar a mis culpables tratando de quedar bien con el gobernador. Los mafiosos nunca constatan su presencia abiertamente.

Puede que estuviera perdiendo el tiempo de todos modos. Por muy mala que fuera la escena que tenía lugar tras los muelles de Londinium, quizá no tuviera ninguna relación con el asesinato de Verovolco. Ni siquiera sabía si éste se había topado con algún chantajista. Tan sólo era una corazonada.

Elia Camila iba a abandonar la reunión. A su marido simplemente le comunicó por señas su intención de retirarse. Ella y Gayo eran tradicionalistas; compartían un dormitorio, sin duda. Más tarde intercambiarían opiniones sobre la cena de aquella noche y hablarían de sus invitados. Quizá comentasen mi tardía llegada e hicieran conjeturas sobre dónde había estado metido todo el día.

A mí, que ahora era su sobrino político, Elia Camila me obsequió con unas palabras y un beso de buenas noches en la mejilla. Le hablé brevemente de la rebuscadora de basuras de Helena (me pareció prudente hacerlo, pues podría ser que al día siguiente la muchacha hubiera destrozado la casa).

Elia Camila puso mala cara. Pero no se quejó, era leal a Helena.

—Estoy segura de que podemos sobrellevarlo.

—Por favor, no me culpes por esto.

—Bueno, te hace falta una nueva niñera, Marco.

—Pero preferiría dejar a mis hijas al cuidado de alguien que haya conocido una vida feliz.

—Esa chica puede tener una —discrepó la tía de Helena— si Helena Justina le toma cariño.

Suspiré.

—¿Quieres decir que Helena la reformará?

—¿Tú no lo crees así?

—Se esforzará en intentarlo... Helena siempre se encarga de hacerlo. Me transformó a mí.

Entonces Elia Camila me dedicó una sonrisa de inmensa dulzura que, para mi sorpresa, parecía sincera.

—¡Bobadas! Marco Didio Falco, ella nunca pensó que hubiera nada en ti que tuviera que cambiar.

Todo aquello empezaba a ser demasiado para mí: yo también me fui a la cama.

XIII

Al día siguiente, la «chica salvaje de Helena» se convirtió de inmediato en objeto de la atención de los niños de la casa. Las mías eran demasiado pequeñas para interesarse demasiado, aunque a Julia la vieron levantarse con paso inseguro para mirar. Eso lo hacía muy bien. A veces venía y se me quedaba mirando con una expresión de íntimo asombro que yo prefería no interpretar.

Fueron la panda de Maya y las monadas del procurador quienes adoptaron a Albia. Su interés era casi científico, sobre todo entre las chicas, que discutían con aire de gravedad lo que era mejor para aquella criatura.

Se buscó algo de ropa.

—Este vestido es azul... un color muy bonito, pero no tiene aspecto de ser muy caro —me explicó seriamente Cloelia, la hija de Maya—. Así, pites, si se escapa y vuelve a su modo de vida, no llamará la atención de personas equivocadas.

—Come muy deprisa —se maravilló el pequeño Anco. Contaba unos seis años y era un pequeñín maniático que siempre tenía problemas a la hora de la comida—. Si le traemos comida se la come enseguida, aunque acabe de tomarse otra cosa.

—Ha pasado hambre, Anco —le expliqué—. Nunca ha tenido la oportunidad de apartar su cuenco de un empujón y decir gimoteando que odia las espinacas. Tiene que comer cualquier cosa que pueda conseguir, por si acaso no vuelve a tener más.

—¡No le daremos espinacas! —contestó al punto Anco.

Flavia, la hija mayor del procurador, estaba hablando con la muchacha.

—¿Ha dado muestras de entenderte, Flavia?—pregunté.

—Todavía no. Vamos a seguir hablándole en latín, pues creemos que lo aprenderá. —Había oído a los niños nombrar objetos de la casa mientras tiraban de Albia y la llevaban con ellos de un lado a otro. Incluso oí a la elocuente Flavia describiéndome: «Ese hombre es Marco Didio, que se casó con nuestra prima. Puede que sus modales sean bruscos, pero eso es porque es de origen plebeyo. Se siente incómodo en ambientes ampulosos. Es más inteligente de lo que finge ser y hace bromas que no adviertes hasta media hora después. Realiza un trabajo que es apreciado por personas de las más altas esferas y se le presumen cualidades aún no exploradas como es debido».

No reconocí a aquella criatura. Daba miedo oírla. ¡Por los dioses del Olimpo! ¿A quién había estado escuchando Flavia?

Era difícil decir qué sacó en limpio la rebuscadora de basuras de todo aquello. La habían metido en esa enorme residencia con sus pinturas al fresco, sus suelos pulidos y sus altos techos encofrados, llena de gente que jamás se insultaba a gritos, que comía regularmente, que dormía en camas ... en la misma cama cada noche. Tal vez sus orígenes le dieran derecho a algunas de esas cosas, pero ella no sabía nada de

todo eso. Y daba la sensación de que era mejor no sugerirlo. Mientras tanto la muchacha parecía preguntarse, al igual que hicimos algunos de nosotros, cuánto iba a durar su estancia en la residencia.

Los esclavos se mostraban desdeñosos, por supuesto. Un expósito de las calles era alguien de condición inferior incluso a la suya. Al menos ellos contaban con un punto de referencia en la familia a la que pertenecían. Estaban bien alimentados, vestidos y alojados, y en casa de Frontino e Hilaris se los trataba con amabilidad; si algún día los liberaban, legalmente pasarían a formar parte de las familias de sus propietarios con unas condiciones bastante equitativas. Albia no contaba con ninguna de esas ventajas, pero no era propiedad de nadie. Era la personificación, en el peor de los grados, del dicho según el cual los pobres nacidos libres viven muchísimo peor que los esclavos de casas ricas. Eso no podía haber servido de consuelo a nadie. Si los niños no hubieran tratado a esa criatura casi como una mascota, los esclavos se lo hubieran hecho pasar mal.

Los ungüentos que había en la casa no le curaban los rasguños. Los hijos de Maya comentaban por lo bajo entre ellos si era ético invadir la habitación de Petro y tomar algo prestado de su arcón de medicinas. Un arcón surtido divinamente.

—El tío Lucio nos prohibió tocarlo.

—El no está. No podemos preguntárselo.

Vinieron a verme.

—Falco, ¿se lo preguntarás de nuestra parte?

—¿Y cómo lo hago?

Alicaído, Mario, el chico mayor, explicó:

—Pensamos que tú sabrías dónde está. Creímos que debía de haberte dicho dónde encontrarle.

—Pues no me lo dijo. Pero yo puedo mirar en su caja. Porque yo soy un adulto...

—He oído dudar de eso —manifestó Cloelia. Todos los hijos de Maya habían heredado el rasgo de la grosería, pero al parecer la querida Cloelia se limitaba a narrar los hechos.

—Bueno, pues porque soy su amigo. Voy a necesitar la llave...

—¡Oh, nosotros sabemos dónde la esconde! —Genial. Yo conocía a Petronio Longo desde que teníamos dieciocho años y nunca había descubierto dónde escondía esa llave. Podía llegar a ser muy reservado.

Cuando fui a su habitación todos quedamos decepcionados: no había ningún cofre de medicinas. Miré con más detenimiento. Tampoco había dejado arma alguna. Él nunca hubiese salido de Italia sin un arsenal como es debido. Tal vez estuviera corriéndose una buena juerga, de haberse llevado un arcón lleno de remedios y una espada.

Más tarde salí, volví a la zona de la ribera en misión de observación. Mario vino

conmigo. Se estaba hartando de cuidar siempre de Albia. Ambos nos llevamos a nuestros perros a dar un paseo.

—¡No me importa si vendes a *Arctos*! —le gritó Maya a Mario cuando ya nos íbamos. Quizás oyó hablar de ese perrero que Helena y yo nos encontramos—. Tu cachorro es grande y fuerte, sería una estupenda inversión para alguien. O un buen estofado de carne —añadió con crueldad.

Como era un chico firme, Mario hizo ver que no lo había oído. Quería mucho a su perro y parecía tenerle bastante cariño a su madre; educado por mi estricta hermana y el borracho chapucero de su marido, hacía tiempo ya que había aprendido a ser diplomático. A sus once años se estaba convirtiendo en una caricatura del buen muchachito romano. Incluso tenía una toga de talla pequeña que mi padre le había comprado. Mi padre había descuidado por completo los ritos de transición de sus propios hijos... sobre todo porque estaba fuera de casa con su amada. Ahora se le había ocurrido tratar a sus nietos a la manera tradicional. (Es decir, a los educados. No había visto yo que malcriara a los pilluelos de los bajos fondos.)

Le dije a Mario que parecía una muñeca; hice que dejara la toga en la residencia.

—No nos interesa destacar como forasteros mojigatos, Mario.

—Creí que teníamos que enseñar a vivir a los britanos como auténticos romanos.

—El emperador ya ha mandado a un administrador judicial para que haga eso.

—Yo no he visto a semejante persona. —Mario era un chico que se tomaba las cosas al pie de la letra y que lo analizaba todo.

—No, anda por ahí, en las ciudades britanas, dando clases de urbanidad. Donde sentarse en una basílica, qué partes del cuerpo frotarse con la almohaza, cómo drapear la toga.

—Crees que si me paseo por las calles de Londinium vestido con la toga se van a reír de mí.

Lo consideraba una posibilidad.

Era difícil pasar desapercibidos con *Arctos* y *Nux* tirando de sus correas. *Arctos* era una bestia joven y bulliciosa con un pelaje largo, enmarañado y apelmazado y una cola que no dejaba de agitarse. Mi perra *Nux* era su madre. Ésta era más pequeña, estaba más loca y era mucho más competente a la hora de meter el hocico en sitios mugrientos. A los lugareños les parecía que nuestros dos cachorros daban pena. Los britanos criaban los mejores perros de caza de todo el Imperio; su especialidad eran los mastines, tan intrépidos que estaban a la altura de luchar con los osos de la arena. Hasta sus canes del tamaño de perros falderos eran unos demonios bravucones, con unas piernas cortas y robustas y unas orejas levantadas, cuya idea de una tarde tranquila era atacar a un grupo de tejones... y ganar.

—¿Va a ayudarte *Nux* a rastrear a un criminal, tío Marco? —*Nux* levantó la vista y meneó el rabo.

—Lo dudo. *Nux* tan sólo me proporciona la excusa para deambular por ahí. — Entonces se me ocurrió que valía la pena intentarlo—: Mario, amigo mío, ¿te dijo algo Petronio sobre lo que se traía entre manos antes de irse?

—No, tío Marco.

El chico hizo que pareciera convincente. Cuando lo miré, él a su vez me miró a los ojos. Pero incluso en Roma, una ciudad plagada de los peores estafadores del mundo, la familia Didia siempre había criado una clase especial de mentirosos de rostro dulce.

—Cada día te pareces más a tu abuelo —comenté para que supiera que no me había engañado.

—¡Espero que no! —replicó Mario bromeando, haciéndose el hombre.

Nos pasamos un par de horas andando por el centro de la ciudad, pero no tuvimos suerte. Descubrí que el panadero cuyo negocio se había incendiado se llamaba Epafrodito, pero aunque alguien supiera dónde tenía éste su refugio, no iba a decírmelo. Probé a preguntar sobre el asesinato de Verovolco, pero la gente fingió no haberse enterado siquiera del suceso. No encontré ningún testigo que hubiera visto a Verovolco en la localidad mientras aún estaba vivo; nadie lo vio bebiendo en La Lluvia de Oro; nadie sabía quién lo había matado. Al fin, mencioné (puesto que estaba cada vez más desesperado) que «podría ser que hubiese una recompensa». El silencio continuó. Era evidente que el administrador judicial, durante sus clases de urbanidad, no había explicado cómo funcionaba la justicia romana.

Encontramos una caseta que parecía un puesto de empanadas y nos dimos un gusto. Mario se las arregló solo con la mitad de la suya, luego lo ayudé a terminársela, compensando así mi falta de comida del día anterior. Él había embadurnado su empanada con salsa de escabeche de pescado de la encostrada jarra que había en el tenderete. Yo habría hecho lo mismo a la edad de once años, de modo que no dije nada.

—Todas estas personas con las que has estado hablando parecen bastante aburridas y respetuosas de la ley. —La mayoría de mis sobrinos hacían gala de un ingenio mordaz—. Cualquiera hubiese pensado que un hombre metido de cabeza en un pozo causaría más revuelo.

—Tal vez los asesinatos ocurren con más frecuencia de lo que deberían, Mario.

—¡Pues entonces quizá tendríamos que salir de aquí pitando! —Mario esbozó una sonrisa burlona. Entre mis sobrinas y sobrinos se me consideraba un payaso, aunque uno al que siempre acompañaba cierto toque de peligro. Se le ofuscó el rostro—. ¿Podríamos tener problemas?

—Sólo si molestamos a alguien. Puedes meterte en un lío en cualquier parte si haces eso.

—¿Cómo sabremos lo que tenemos que evitar?

—Usa el sentido común. Compórtate con tranquilidad y educación. Espero que la gente del lugar haya prestado atención a la parte que trata de los modales en sus lecciones de doblado de togas.

—¿Y mantener siempre una ruta de escape al entrar en una zona cerrada?— sugirió Mario.

Alcé las cejas y lo miré.

—Has estado escuchando a Lucio Petronio.

—Sí. —Mario, que era callado por naturaleza, inclinó la cabeza un momento. Al cruzar toda Europa con cuatro chiquillos en busca de su madre, Petro debió de haber recurrido a una instrucción estricta, por la seguridad de todo el mundo. En los hijos de Maya habría encontrado una audiencia inteligente, con muchas ganas de aprender cuando los machacaban con las usanzas del ejército y los vigiles—. Se estaba muy bien con Lucio Petronio. Lo echo de menos.

Me limpié la boca y el mentón con el dorso de la mano, allí donde el acre escabeche había goteado de la empanada.

—Yo también, Mario.

XIV

No éramos los únicos que echábamos de menos a Petronio. Había llegado una carta para él desde Roma.

Flavio Hilaris tenía la carta y cometió el error de mencionármelo cuando estábamos todos sentados a comer.

—Si alguien ve a tu amigo, sería conveniente decirle que tengo esto...

—¿Es de una amante?—quiso saber la joven Flavia, ajena a las reacciones que provocó su comentario. Con Petronio hubo unas cuantas mujeres que encajaban en esa categoría. Por lo que yo sabía, la mayoría de ellas ya hacía mucho tiempo que formaba parte del pasado. Y seguramente serían demasiado despreocupadas como para mantener correspondencia: algunas, quizá, no sabrían escribir. Petronio siempre había tenido el don de estar en buenas relaciones con las veleidosas, pero también sabía cómo liberarse. Sus relaciones no significaban mucho, seguían su curso y luego se iban apagando de forma natural.

—Su fascinante amor, la esposa del gángster, tal vez —se burló Maya. La estúpida aventura de Petronio había sido un secreto para nadie en el Aventino. Balbina Milvia sí que trató de engancharlo, pero Petro, con su vida doméstica destrozada y el trabajo amenazado, la había dejado. Él ya sabía que coquetear con Milvia había sido muy peligroso.

—¡Un gángster! —Flavia estaba muy impresionada.

—Por favor, tened más formalidad.—Hilaris presentaba más mala cara que de costumbre—. Esta carta proviene de los vigiles. Está escrita por un tribuno, Rubela. Pero le transmite a Petronio un mensaje de su esposa.

—Ex esposa. —No miré a mi hermana.

En cuanto lo dije me di cuenta de que había aspectos de aquella carta —la cual sin duda preocupaba a Hilaris— que eran extraños. El negaría que en su provincia se practicara la censura de la correspondencia, no obstante estaba claro que había leído la carta. ¿Por qué no limitarse a guardarla hasta que Petro reapareciera? ¿Por qué era de un tribuno la carta? Arria Silvia podía escribir si quisiera molestarse en hacerlo..., cosa poco probable tal y como estaban las cosas entre ellos; pero más extraño era que le pidiera al superior de Petro que le transmitiera sus habituales quejas sobre sus tres hijas a las que la ropa se les quedaba pequeña y sobre cómo el descenso de las ventas de encurtidos le causaba problemas a su nuevo novio...

Tampoco podía imaginarme a un tribuno de los vigiles, especialmente al endurecido Rubela del Aventino, garabateando una nota cariñosa para desearle a Petro unas estupendas vacaciones.

Pero a todo esto, ¿cómo sabía Silvia que estaba en Britania? ¿Cómo era que lo sabía nada más y nada menos que el tribuno de Petro? Si Petronio estaba disfrutando

de un permiso, consideraría que su destino era algo que sólo le incumbía a él.

—Dame la carta a mí, si te parece —me ofrecí.

Hilaris hizo caso omiso de mi oferta: el rollo permanecería bajo su custodia.

—La ha enviado el prefecto urbano.

—¿Vías oficiales? —me quedé mirándolo—. ¡El prefecto está tan cerca de la cúspide que prácticamente está colgado del cinturón del emperador! ¿Qué ocurre, por el Hades?

Él inclinó la cabeza evitando mi mirada.

—¿Qué pasa, Gayo?

—¡No lo sé, de verdad! —Hilaris tenía el ceño fruncido y parecía estar ligeramente molesto. Había dedicado toda su vida laboral a Britania y esperaba que lo mantuvieran informado—. Pensé que tú lo sabías, Falco.

—Pues mira, no lo sé.

—Alguien ha muerto, Marco — interrumpió Elia Camila, como para imponernos a todos un poco de sensatez. Así que su marido había quedado lo bastante perturbado como para discutir con ella el contenido de la carta.

—No sabía que Petronio tuviera mucha familia. —Helena me dirigió una rápida mirada. El tenía algunos parientes algo torpes en el campo a los que apenas veía. Una tía en Roma. Mantenía el contacto con ella, pero ¿quién recibe cartas de esposas separadas enviadas con urgencia a través de medio mundo... sobre una tía? Su tía Sedina era una anciana con exceso de peso, no sería ninguna sorpresa si fallecía.

Helena debió de leer en mi cara un reflejo de sus propios temores.

—¡Oh, no, una de sus hijas no! —soltó de repente.

Elia Camila estaba alterada.

—Me temo que es peor que eso..., son dos de ellas.

Todo el mundo quedó horrorizado. El mensaje del tribuno no era más que cortante burocracia: L. Petronio Longo tenía que ser informado con pesar de que dos de sus hijas habían sucumbido a la varicela.

—¿Qué dos? —inquirió Helena.

—No lo dice... —Hilaris se vio de inmediato ante una descarga de ira femenina.

—Has de enviar un comunicado urgente —le ordenó su mujer—. ¡Tenemos que poder decirle a ese pobre hombre cuál de sus hijas ha sobrevivido!

—¿Todas son hijas?

—Sí, tiene tres hijas; habla de ellas con mucho cariño. Gayo, no puede ser que nunca te haya hablado de ellas.

Maya, mi hermana, había permanecido en silencio, pero su mirada atónita se cruzó con la mía. Sabíamos que el mismo Petronio había tenido que guardar cama a causa de la varicela, que sin duda le contagiaron sus hijas cuando venía hacia aquí a través de la Galia. Toda la prole de Maya la había pasado al mismo tiempo.

Cualquiera de ellos podría haber muerto. De haber sido Petro el que hubiera sucumbido, los cuatro jóvenes Didios hubieran quedado abandonados a su suerte. Maya los habría perdido a todos. Vi que cerraba los ojos y sacudía ligeramente la cabeza. Ése fue el único comentario que pudo hacer.

Me di cuenta de que sus mayores, Mario y Cloelia, nos miraban con los ojos abiertos de par en par. Nosotros, los adultos, evitamos mirarlos a ellos, como si hablar entre nosotros nos confiriera algún tipo de intimidad.

Al pensar en las tres chicas de Petronio, aquellos de nosotros que las conocíamos nos quedamos afligidos. Las tres habían sido siempre encantadoras. Petro siempre fue un padre serio y responsable, que retozaba con ellas cuando estaba en casa pero que insistía en una constante disciplina. Ellas eran su alegría: Petronila, la sensible mayor, una hija de su padre que se había tomado la separación de sus progenitores peor que el resto; la dulce y pulcra Silvana; la adorable Taclia, de cara redonda, que apenas tenía edad de ir al colegio.

Éramos realistas. Traer tres hijos al mundo era el ideal romano, mantenerlos con vida era poco común. El nacimiento en sí mismo ya entrañaba un riesgo. Un susurro podía llevarse a un niño. Eran más los niños que morían con menos de dos años de edad que los que llegaban a celebrar formalmente la salida de la infancia a los siete años. Muchos fallecían antes de cumplir los diez y no llegaban a la pubertad. El Imperio estaba lleno de lápidas diminutas grabadas con retratos en miniatura de niños pequeños con sus sonajeros y sus palomas domésticas, cuyos monumentos aparecían colmados de exquisitos elogios de esas queridísimas criaturas que se merecían lo mejor y que les habían sido arrebatadas a sus dolientes progenitores y mecenas tras una vida demasiado breve. Y daba igual lo que dijeran los malditos juristas: los romanos no hacían distinciones entre chicos y chicas.

En un Imperio entregado al ejército, al comercio de gran alcance y a la administración de tierras en el extranjero, más de un padre, además, perdía a su hijo durante su ausencia. Ser uno de tantos no lo hacía más fácil. Petronio se culparía a sí mismo y sufriría más aún por enterarse de aquella noticia a casi dos mil kilómetros de distancia. Fueran cuales fuesen los problemas que Petro y Arria Silvia hubieran tenido en el pasado, él hubiese querido darle su apoyo y consolar y tranquilizar a la hija que le quedaba. Para él hubiera sido importante presidir los funerales de las dos que había perdido.

Lo peor de todo era estar enterado de aquello y saber que él no lo sabía.

Fue demasiado para mí. Abandoné la estancia en silencio y por instinto encontré el camino hacia la habitación de los niños. Allí me senté en el suelo entre las sillas en miniatura y los tacatacas, y abracé con fuerza a mis dos cariñosos pequeños tesoros. Mi humor debió de afectarlas; Julia y Favorna adoptaron un aire contenido y dejaron que las abrazara para consolarme.

Entró Maya. Sólo uno de sus hijos estaba en el cuarto de los niños. Mario y Cloelia habían desaparecido; los mayores tenían permiso para salir si prometían tener cuidado. Anco, una criatura extravagante, había decidido que estaba cansado y se acostó en la cama para dormir la siesta. Allí sólo estaba Rea, que daba vueltas a gatas sobre una alfombra, divirtiéndose con algún interminable juego épico formado por animales de granja de cerámica. Maya no tocó a su hija más pequeña, se limitó a sentarse en una silla rodeando su propio cuerpo con los brazos, observando.

Al cabo de un buen rato, mi hermana me preguntó:

—¿Crees que lo sabe?

—¿Qué?

Se explicó pacientemente.

—¿Crees que alguna otra persona se lo ha dicho y él ha vuelto a casa sin informarnos?

Yo ya sabía por qué lo preguntaba. Eso sería típico de él. Hablar sobre su pérdida sería demasiado doloroso y el alboroto lo sacaría de sus casillas. La histeria de algunas personas, agitando e incrementando su angustia, no harían otra cosa que espolear sus deseos de irse cuanto antes.

Pero también sabía cómo hubiese hecho las cosas Petronio. Habría saldado todas las deudas. Luego haría el equipaje de manera rápida y escrupulosa. Con todas las correas de las botas, túnicas y recuerdos bien colocados en su rollo portaequipajes. Sí, tal vez se había marchado, pero en ese caso sería evidente que habría empaquetado y se habría ido a casa.

—Todavía no lo sabe. Sigue aquí, en alguna parte. Estoy seguro.

—¿Por qué? —preguntó Maya.

—Todas sus cosas están en su habitación.

Bueno, todas excepto las que le harían falta si andaba metido en algo peligroso.

Maya inspiró con fuerza.

—Entonces has de encontrarlo, Marco.

Eso ya lo sabía. El único problema era que no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarlo.

XV

¿Cómo podía trabajar?

El día anterior había sido duro. Aquél había empezado bien, pero después de la comida, con sus terribles noticias, todo se vino abajo. Lo único que quería todo el mundo era hacer corrillos y comentar aquella conmoción. La única persona que dijo algo sensato, en unos términos que reconocí, fue Helena.

—Petronio puede estar en cualquier parte de la ciudad o puede que se haya marchado. No malgastes energía, Marco. Ya aparecerá cuando esté preparado. Mientras tanto, ¿qué se pierde?

—Desde ese punto de vista, nada —admití con gravedad.

—Silvia y la pobre niña que ha sobrevivido no esperarán saber nada de él todavía. En cuanto lo sepa volverá a casa con ellas enseguida.

—De acuerdo. Será mejor que le dejemos terminar aquello que esté haciendo. — Le haría falta una mente tranquila para enfrentar su tarea. Si se había largado con alguna mujer, sería un mal momento para enterarse de la mala noticia: se iba a sentir culpable para siempre. Si estaba bebiendo, era mejor dejar que se le pasara la borrachera.

—¿Y, a todo esto, en qué puede andar metido aquí en Britania? —preguntó explícitamente Helena.

—No tengo ni idea. —Ella me fulminó con la mirada—. En serio, cariño. De verdad que no tengo ni idea.

Ambos nos sumimos en un ensueño. Al cabo de un largo rato, Helena dijo: — Hace tan sólo un día que se fue.

Un día y una noche. No sé por qué, pero no esperaba verlo de vuelta en un futuro inmediato.

Tenía que hacer algo. El no iba a darme las gracias, pero lo hice de todas formas. Redacté una lista de personas desaparecidas que Frontino pudiera entregar a los legionarios. «L. Petronio Longo, romano de treinta y cuatro años, nacido libre; muy alto, corpulento, cabello castaño, ojos castaños. En caso de ver a dicho sujeto, observad y comunicadlo a la oficina del gobernador. No os acerquéis ni arrestéis al sujeto. No insultéis, golpeéis ni maltratéis de ninguna manera al individuo. Si os veis obligados a revelar vuestra presencia, instad al sujeto para que contacte inmediatamente con la oficina del gobernador y retiraos.»

No informéis al sujeto de que pronto se le va a romper el corazón, muchachos. Dejad que lo haga el viejo tópico, los ámbitos adecuados. Esta repulsiva tarea está destinada a su mejor amigo.

Salí a buscarlo, sí. Deambulé por ahí casi toda la tarde. A los únicos que encontré fueron a Mario y a su perro, atisbando tímidamente el interior de los bares. Me los

llevé a casa. De camino nos encontramos con Maya y Cloelia. Afirmaron haber salido de compras. También me las llevé a casa.

Cuando llegamos a la mansión del procurador, un remolino de jinetes y un carruaje se acercaban traqueteando a su majestuoso pórtico. Era lo único que me faltaba: el rey Togidubno no había perdido el tiempo y ya había llegado. Como aún no tenía información ni explicaciones sobre quién había ahogado a su desacreditado súbdito, lo más probable era que la mayor parte de la porquería que el rey arrojara cayera sobre mí... más todo cuanto añadiera Julio Frontino, sin duda con la esperanza de que pareciera que cualquier falta de progresos en el caso no era culpa suya.

Había una parte de mí a la que no le importaba. Un avezado asesino había sido asesinado a su vez, y si con aquello se iniciaba una guerra, pues bien, en aquel momento me apetecía muchísimo una buena contienda con cualquiera.

En los edificios oficiales se crea una atmósfera especial cuando estalla una crisis política.

En ciertos estratos todo continuó con normalidad. Elia Camila llevaba su casa en silencio, demostrando con un leve fruncimiento del ceño que preveía que iba a tener dificultades en cumplir adecuadamente las horas de las comidas. El gobernador, el procurador, varios funcionarios y el agitado rey se hallaban reunidos y encerrados a cal y canto. Los eficientes esclavos iban y venían, llevando rollos de pergamino o bandejas con refrigerios. Estaban nerviosos ante tal alboroto; daba la sensación de que los asuntos rutinarios quedarían anulados. La agenda se vio alterada por completo: reuniones que se habían fijado hacía semanas se cancelaron o se cambiaron de fecha apresuradamente. Se dispusieron jinetes correo y expertos en señales para que estuvieran listos en cualquier momento. A los mensajeros que llegaban los conducían a una habitación lateral y se les advertía claramente: tendrían que esperar por culpa de aquel lío. Oficiales y funcionarios locales fueron citados a toda prisa, conducidos hasta allí para luego marcharse otra vez volando; la mayoría de ellos se mostraba como si de alguna manera los hubieran pillado.

Nadie decía lo que estaba ocurriendo. Aquél era un secreto de primer grado, con triple sello de cera.

A mí tampoco me llamaron en ningún momento. Me vino bien. Y lo comprendí: el gobernador trataba de apaciguar al rey antes de que admitiéramos lo poco que habíamos avanzado.

En el vértice entre la tarde y la noche, Flavio Hilaris apareció durante breves momentos.

—¿Cómo va?

Esbozó una sonrisa irónica.

—Podría ir peor.

—¿Podría ser mejor?

Asintió con la cabeza, con aspecto cansado.

—Esta noche Frontino y yo cenaremos con el rey en privado. Por respeto hacia su dolor. —Y para mantenerlo incomunicado durante más tiempo, sin duda—. Ha visto el cadáver... —No me había dado cuenta de que hubiese salido nadie para ir de visita a la funeraria. Me pregunté si habrían traído el cuerpo—. El gobernador ha concertado que mañana tenga lugar la incineración; muy discreta, dadas las circunstancias. Yo asistiré, como amigo y vecino del rey. Se ha descartado toda representación oficial, habida cuenta de la deshonra sufrida por Verovolco. Sólo acudirán britanos de su región natal.

—¿Quieres que asista?

—Frontino dice que no. —Por fortuna nunca creí en el mito según el cual los asesinos se presentan de nuevo para observar el momento en que a sus víctimas las mandan al Hades. Hay pocos asesinos que sean tan estúpidos.

—¿Será un funeral al estilo romano? —pregunté.

—Pira y urna —confirmó Gayo—. El rey está totalmente romanizado. —Vio la cara que puse—. Sí, ya sé que no es su funeral. ¡Pero es lo bastante romano para hacerse cargo de todo! —Me gustaba el tranquilo e imperturbable humor de aquel hombre.

Me pregunté qué ceremonia hubiese escogido Verovolco para sí. ¿Se veía tan en sintonía con Roma? Yo tenía mis dudas.

¿Realmente hubiera optado por ser incinerado entre una nube de aceites aromáticos, o hubiese querido que lo enterraran con la cabeza cortada entre las rodillas, con sus armas y sus ricos objetos sepulcrales alrededor?

—¿Y qué clase de dolor muestra el rey, Cayo?

—Conocía a Verovolco desde que era un niño. De manera que, a pesar de lo que sea que haya ocurrido, Togidubno está deprimido. Amenaza con enviar a sus propios hombres a recabar información.

—No hay nada de malo en ello —dije—. Yo he realizado todas las pesquisas iniciales posibles en busca de testigos. Que los britanos vuelvan a revisarlo todo si quieren. Puede que remuevan algo... En caso contrario, Togidubno podrá comprobar entonces que nosotros hicimos cuanto pudimos.

Un anciano administrativo vino a hablar con él. Gayo tenía prisa. Se detuvo tan sólo para avisarme de que a la mañana siguiente tendría una reunión formal con el rey. (Imaginé que también me convocarían a una reunión previa con Gayo y el gobernador al despuntar el día, puesto que se mostraban preocupados por lo que yo pudiera decir.) Entonces me preguntó si Helena y yo podríamos ayudar a su esposa a entretener a los invitados de la comunidad local que iban a cenar allí aquella noche. Más importadores concienzudos: no me apasionaba la idea, pero cancelar su invitación provocaría demasiadas preguntas, y alguien tenía que hacer el papel de

anfitrión. Le dije al cansado procurador que podía contar con nosotros.

Elia Camila podría habérselas arreglado con la cena sin la ayuda de nadie. Como esposa de un diplomático estaba muy acostumbrada a tales eventos, y probablemente habituada también a supervisarlos cuando a Gayo lo mandaban llamar y tenía que ausentarse de pronto. Pero Helena y Maya ya se estaban cambiando para ayudarla y ella agradeció su apoyo.

Yo me convertiría en el anfitrión masculino, prácticamente un papel diplomático. Para un informante se trataba de un importante ascenso. Suponía ir bien afeitado y llevar una toga. También significaba mostrarse agradable, aun cuando serlo no se correspondiera con mi estado de ánimo.

Mi presencia fue una pobre compensación para los invitados, que habían esperado encontrarse con hombres de más rango: hombres cuyo interés promovería sus trayectorias profesionales en Britania. ¡No era un buen sustituto! Pero Elia Camila les aseguró que tendrían una segunda oportunidad con los verdaderos broches de oro.

—Gracias, querido Marco, por llenar el vacío con tanta valentía. —Era una buena mujer. Al igual que Helena, de naturaleza tímida con los extraños, pero muy competente cuando lo requerían las obligaciones sociales. Ambas hubieran elegido ser matronas tradicionales y evitar las apariciones públicas, pero si alguien le hubiera ordenado a cualquiera de las dos que se sentara fuera de escena, tras una cortina, tanto la una como la otra hubiesen disparado las flechas de todo un ejército de partos. Aquella noche ellas dos y Maya se habían puesto alhajas de más, habían prestado mucha atención al maquillaje del rostro y se habían preparado para irradiar amabilidad hacia nuestros invitados.

Se trataba de los acostumbrados cerdos desagradecidos que lo que buscan es comer de balde. Teníamos un par de escandalosos importadores de vino galo que pertenecían al típico gremio de «despluma a esos borrachos», de Aquitania, y a un britano sumamente nervioso que precisaba ayuda para encontrar mercados desde los que exportar ostras vivas; dijo que hubiera traído algunas muestras, pero que no era la temporada. Luego había un callado hombre de negocios cuya función concreta olvidé, aunque parecía sentirse como en su casa en aquel ambiente diplomático. Sabía que no debía hurgarse la nariz. El resto de invitados entró en la residencia dando grandes zancadas, como ignorando que ante todo se trataba de una vivienda privada; luego miraron a su alrededor, de manera que observé su comportamiento y conté las tazas. Cualquiera hubiese pensado que aquel lugar se había costado con los impuestos que ellos pagaban. Sin embargo, si yo algo sabía (que lo sabía), era que sus taimados contables habían creado astutos planes para evadir las tasas reglamentarias.

Me permití divertirme un poco con ese tema de conversación para corresponder a la grosera actitud de los importadores de vino. Dejé que los galos me confiaran las artimañas de sus ladinos contables y luego dejé caer como por casualidad que había

sido inspector fiscal del Censo del emperador.

—¡Pero esta noche estoy fuera de servicio! —dije con una radiante sonrisa, como un anfitrión oficial maravillosamente benévolo. Hice que la afirmación sonara lo menos convincente posible.

Helena me miró con suspicacia, se acercó y me cambió el sitio. Me ocupé entonces del hombre de las ostras. Él no tenía contable. Le hice algunas sensatas insinuaciones sobre la conveniencia de hacerse con uno si su intención era dedicarse con éxito al comercio a larga distancia. Los embaucadores en los mercados de pescado romanos le darían sopas con honda a un aficionado que mandara sus mercancías al emporio sin tomar las debidas precauciones.

—Necesitas un negociador. Mientras su propio porcentaje dependa de ello se asegurará de que obtengas el precio justo.

—Pero parecen muy caros.

—¿Y cuál es tu alternativa? ¿Tienes intención de vigilar personalmente todos los barriles de agua salada durante todo el camino hasta Roma? De esa manera vas a perder mucho tiempo, ¿y luego qué? No existe ninguna garantía de que, una vez allí, encuentres al mejor postor. Todos los minoristas te jurarán que los romanos sólo quieren las tradicionales ostras del lago Lucrino; luego, cuando te las hayan comprado baratas, las revenderán como un producto exótico de Britania con un beneficio enorme: ¡un beneficio suyo, no tuyo!

—Pero a mí me gustaría ver Roma.

—Entonces ve, amigo mío. Ve una vez, por placer. Mientras estés allí agénciate un negociador de productos. Podrás cubrir sus honorarios, créeme. Sin ayuda, irás a la bancarrota entre los tiburones del emporio.

Me dio las gracias efusivamente. Tal vez hasta confiara en mí. Quizá lo hiciera. Desde el otro extremo de la habitación, Helena me dedicó una sonrisa de aprobación a la que yo respondí con un saludo cortés. El hombre de las ostras era también pálido y gris, nudoso como su propio producto. Le escribí mi dirección de Roma en una tablilla, sonreí y le dije que era allí adonde podía mandar un barril gratis si encontraba útiles mis consejos. Tal vez resultara. Quizá se familiarizara con el toma y daca de recompensas y sobornos que hacían interesante el comercio romano. O quizá sólo le había enseñado a ser tan tacaño como la mayoría de comerciantes.

A los postres salimos todos al jardín. Era una noche cálida, lo cual sorprendía tratándose de Britania, aunque recordé que allí sí que disfrutaban del verano durante quince días más o menos. Aquello debía de serlo. No había modo de afrontar el calor; todas las casas de baños o bien mantenían calientes las tuberías del agua, o la dejaban salir helada. Nadie cerraba los postigos durante el día, de manera que las casas resultaban sofocantes. Y cuando se cenaba al aire libre, sólo había bancos, nadie tenía un comedor exterior como es debido, con triclinios de piedra fijos o una fuente

adornada con conchas de mar.

Me fui a sentar junto al último de los invitados, el callado. Exploramos un cuenco de dátiles. Habían recorrido una larga distancia y hacía falta rebuscar un poco.

—¡Yo diría que éstos no viajan muy bien! Soy el sustituto de tu anfitrión. Marco Didio Falco.

—Lucio Norbano Murena. —Estaba tratando de ubicarme.

—¿Tu relajada seguridad en una cena formal implica que provienes de Italia? — Ahora era yo el que estaba resuelto a ubicarlo a él. Tenía tres nombres. Eso no significa nada. Yo mismo también tenía tres y aun así me había pasado gran parte de mi vida arañando lo que podía para pagar el alquiler.

Tendría cuarenta y tantos años, tal vez algunos más; era fornido, pero se mantenía en forma. Hablaba bien, sin acento. Parecía tener el suficiente dinero como para equiparse con una ropa decente; creo que había llegado vestido con toga. No era necesaria en las provincias (donde la mayoría de lugareños ni siquiera tenían una), pero para visitar una residencia era lo más adecuado. Su pulcro cabello, su barbilla afeitada y sus uñas con manicura, todo ello era señal de que conocía unas buenas instalaciones de baños. Con una mandíbula de ángulos marcados, ojos oscuros y cabello liso, grueso y abundante, peinado hacia atrás, supongo que podría decirse de él que resultaba atractivo. Tendríais que preguntárselo a una mujer.

—Soy de Roma —dijo—. ¿Y tú?

—También —sonreí—. ¿Te han explicado las circunstancias de esta noche? Debido a la repentina llegada de un importante rey britano, nos vemos inesperadamente privados de la presencia del gobernador y del procurador. Nos encontramos en la casa de este último, puesto que el gobernador todavía tiene que construirse una lo bastante grande; la dama que lleva el vestido bordado es Elia Camila, tu eficiente anfitriona, esposa de Hilaris. Son ya veteranos en Britania. Ella se asegurará de que te apunten en una lista de invitaciones futuras con posibilidad de conocer a las personas importantes.

—¿Y cuál es tu papel?

—Soy un familiar. Traje a mi esposa para que viera a su tía.

—¿Y cuál de ellas es tu esposa?

—La elegante Helena Justina —la señalé mientras sostenía una agradable charla con los poco agraciados galos. Ella aborrecía aquel tipo de acontecimientos, pero la habían educado para no burlarse del concepto del deber. Ofrecía un aspecto sereno y lleno de gracia—. La mujer alta vestida de primoroso blanco. —Tuve la sospecha de que Norbano había lanzado una mirada lasciva a Helena. Me había fijado en que ella nos miraba, y luego se ajustó la estola alrededor de los hombros con un aire inconscientemente defensivo; yo sabía reconocer cuándo estaba incómoda.

Pero quizás interpreté mal la atmósfera reinante.

—¡Ah, sí! Tu esposa, muy amablemente, me acompañó durante el aperitivo. — Norbano hablaba con una ligera inflexión de buen humor. Era una persona culta, fina y cortés. Si ese tipo de hombres son los que se aprovechan de las esposas de los demás, no lo hacen abiertamente, y tampoco en el primer encuentro; no delante de los maridos. Para los adúlteros inteligentes (y me daba la sensación de que él era inteligente) el hecho de ocultárselo a los maridos forma parte de la diversión.

—Su noble madre le enseñó a ser una servicial compañera de mesa. —Participé en la sátira contenida—. Helena Justina habrá sido la responsable de hacer que te sientas a gusto, preguntándote cosas sobre tu viaje a Britania y sobre qué te parece el clima que hay aquí. Luego, sin duda, te puso en manos de la insolente dama de rojo durante el segundo plato para que se interesara educadamente acerca de si tienes familia y de cuánto tiempo tienes intención de que dure tu estancia entre nosotros. Mi hermana —añadí al tiempo que él desviaba su mirada hacia Maya.

—Encantadora. —Maya siempre había sido atractiva. Los hombres con buen ojo se fijaban en ella al instante. Como hermano suyo que era, nunca había estado seguro de cómo lo hacía. A diferencia de Helena y de su tía, aquella noche Maya llevaba puestas pocas joyas. Las otras dos se movían entre unos ondulantes y delicados destellos dorados, incluso ahí afuera a la puesta de sol, donde tan sólo las pequeñas lámparas que se mecían en los rosales se reflejaban en los abalorios de filigrana de sus collares y brazaletes. El dramatismo de mi hermana era algo natural; procedía de sus oscuros rizos y de la llamativa facilidad con que lucía su característico color carmesí. No me sorprendí cuando Norbano me preguntó cortésmente—: ¿Y el marido de tu hermana también está aquí?

—No. —Deje pasar un instante—. Mi hermana es viuda. —Estuve tentado de añadir: tiene cuatro hijos que exigen mucha atención, un genio del demonio y no tiene dinero. Pero eso sería sobreprotector. Además, ella podría enterarse, y su mal genio me asustaba.

—Y dime, ¿a qué te dedicas, Falco?

—Soy procurador de los Gansos Sagrados del templo de Juno. —Mi curiosa sinecura presentaba algunas utilidades. Daba muy bien la impresión de que, aparte de tener un dudoso papel limpiando los gallineros de los augures, yo era una persona débil que se daba la gran vida a costa del dinero de su mujer—. ¿Y tú?

—¡Puede que no te guste! —Poseía un sincero encanto. Pero mira por dónde, yo no era ningún apasionado del encanto honesto—. Me dedico al negocio inmobiliario.

—¡Yo he vivido en apartamentos de alquiler! —repliqué al tiempo que mentalmente tachaba lo de «honesto».

—No me dedico a las viviendas familiares. Tan sólo comerciales.

—Así, ¿cuál es tu especialidad, Norbano?

—Compro o construyo locales y luego los transformo en negocios.

—¿Es una organización grande?

—En expansión.

—¡Qué discreto! Pero claro, ¡ningún astuto hombre de negocios revela los detalles de su balance! —Él se limitó a sonreír con educación y a asentir con la cabeza a modo de respuesta—. ¿Qué te trae a Britania? —probé a preguntar.

—Rastreo el mercado. Busco maneras de introducirme en él. Tal vez tú puedas decírmelo, Falco. Esta es la gran pregunta: ¿qué necesita Britania?

—¡Demonios, absolutamente de todo! —me reí discretamente—. Y primero tienes que explicarles lo mucho que lo necesitan... A los nativos todavía los tientan para que bajen de las aldeas de las cumbres; algunos de ellos acaban de salir de sus cabañas circulares. Puedes empezar por decirles que los edificios han de tener esquinas.

—¡Por Géminis! Es un lugar más atrasado de lo que pensaba. —Para entonces ya nos llevábamos bien... dos finos y sofisticados romanos entre los bárbaros inocentones.

Recordé que mi tarea como sustituto era provocar entusiasmo hacia aquellos accidentados vericuetos.

—Siendo optimistas, si la provincia sigue siendo romana el potencial puede ser enorme. —Julio Frontino hubiera aplaudido mi farol—. Cualquiera que se haga con un hueco en el comercio adecuado podría hacer un gran negocio.

—¿Conoces la provincia? —Norbano pareció sorprendido.

—Estuve en el ejército. —Otra tapadera útil; y aún más siendo cierta.

—Entiendo.

Un esclavo nos trajo agua caliente y toallas para lavarnos las manos después de comer. La sutil indirecta puso fin a la fiesta. Bueno, los galos tal vez nunca se habrían dado cuenta de que era hora de irse, pero estaban aburridos de todos modos. Se marcharon andando a tropezones mientras discutían sobre diferentes antros donde correrse una juerga de última hora sin apenas dirigirnos un saludo con la cabeza. El ostricultor britano ya había desaparecido. Norbano se inclinó sobre las perfumadas manos de las Tres Gracias cuando nos alineamos para despedirnos. Les dio las gracias a Elia Camila y a Helena con mucha educación. Fue a Maya a quien le hizo hincapié en lo mucho que había disfrutado de la noche.

—¡Buenas noches, Maya Favonia! —Interesante. Maya se movía en un pequeño círculo y rara vez utilizaba sus dos nombres completos. Me sorprendió que Norbano los supiera. ¿Había hecho un esfuerzo especial para averiguarlos? De haber sentido curiosidad, puede que también hubiera preguntado el porqué.

Acompañé a los invitados hasta la salida. Hice que pareciera una cortesía en lugar de una estratagema para cerciorarme de que no robaban nada.

Agotado, deseaba irme a la cama. No podía ser. Cuando regresaba por un pasillo

de oficinas, vi que rondaba por ahí el centurión de la patrulla de vigilancia de la noche anterior.

XVI

—¿Estás esperando que alguien te reciba?

—Ha habido novedades en el caso Longo. —El centurión justificó su presencia a regañadientes.

—Petronio Longo no es ningún indeseable y no se trata de ningún caso, centurión. ¿Qué novedades son ésas?

Iba a tener problemas. Conocía a los de su calaña. Su forma habitual de comportarse constituía una mezcla de falsa ingenuidad y arrogancia. Para mí, encima, reservó una expresión desdeñosa especial.

—¡Oh! ¿Tú eres Falco?

—Sí. —El incendio de la panadería había sido justo la noche anterior; no podía haber olvidado que nos encontramos allí.

—¿Era tu nombre el que salía en la hoja de información? —Mi descripción de Petronio había salido de la oficina del gobernador, pero Frontino no era arrogante con su nombre y había dejado que llevara mi firma.

—Sí —repetí, pacientemente. No le caía bien, al parecer.

Yo también tenía algunas dudas sobre él—. ¿Y cómo te llamas, centurión?

—Crixo, señor. —Supo que ya lo había pillado. Si yo tenía alguna influencia con el gobernador, Crixo ya no podía hacer nada. Pero se las arregló para seguir siendo desagradable—: ¿qué dijiste que estabas haciendo anoche en la zona del centro de la ciudad, señor? No lo recuerdo muy bien.

—No lo recuerdas porque no me lo preguntaste. —Su omisión era un error, Eso igualaba las cosas entre nosotros. ¿Por qué estaba tan preocupado? ¿Acaso se había dado cuenta de que yo no era exactamente un parásito doméstico de las altas esferas, sino alguien con una misión oficial que él había interpretado mal?

—Y bien, ¿has dicho «novedades», Crixo?

—He venido para informar al gobernador, señor.

—El gobernador está reunido. Tiene mucho trabajo. Yo he firmado el pliego, puedes decírmelo a mí.

Crixo cedió de mala gana.

—Podría ser que lo hayan visto.

—¿Los detalles?

—Una patrulla observó a un hombre que encajaba con la descripción.

—¿Dónde y cuándo?

—En la cubierta de un transbordador, junto a la aduana. Hace dos horas.

—¿Qué? ¿Y ahora vienes a informar?

Adoptó un fingido aire alicaído. Era muy superficial y descaradamente falso. Aquel hombre llevaba su uniforme con mucha elegancia, pero en cuanto a actitud era

igual que un aburrido recluta de la peor calaña al que todo le da igual. Si hubiese visto a Frontino, me atrevería a decir que las cosas habrían sido distintas. La doble moral era mala señal en el ejército.

—El pliego informativo no decía que fuera urgente.

—¡Pero sabías la condición que tenía! —Ya era demasiado tarde.

El centurión y yo nos estábamos enzarzando en una ardua discusión. Yo quería sonsacarle lo que sabía, a la vez que, instintivamente, me abstenia en todo lo posible de contarle nada sobre Petro o sobre mí mismo. Por alguna profunda razón no quería que Crixo supiera que Petro y yo éramos íntimos amigos, que yo era un informante o que él trabajaba para los vigiles.

—Termina tu informe —le dije con calma. Durante mi época en las legiones nunca había llegado a ser oficial, pero muchos de ellos me habían tiranizado; sabía cómo parecer uno de ellos. Uno que podía ser un perfecto canalla si se le contrariaba.

—Una patrulla vio a un hombre que concordaba con la descripción. Como digo, estaba en el embarcadero del transbordador.

—¿Para cruzar al otro lado?

—Sólo estaba hablando.

—¿Con quién?

—En realidad no sabría decirte, señor. Sólo nos interesaba él. —En los diez años que habían pasado desde que dejé el ejército, el arte de la estúpida insolencia no había desaparecido.

—Bien.

—¿Quién es esta persona? —preguntó Crixo fingiendo inocente curiosidad.

—Lo mismo que todo el que viene aquí. Un hombre de negocios. No necesitas saber más.

—No creo que sea el hombre que buscamos, señor. Cuando se lo preguntamos, negó llamarse Petronio.

Me puse furioso y dejé que el centurión lo viera.

—¿Se lo preguntasteis cuando en el pliego ponía «no os acerquéis»?

—Era la única forma de intentar descubrir si era el mismo individuo. —Aquel idiota estaba tan pagado de sí mismo que a duras penas pude contener las ganas de pegarle.

—Sí que lo es —gruñí—. A Petronio Longo le revientan las preguntas impertinentes de los tipos estirados con túnicas rojas. Normalmente dice ser un vendedor de abanicos de plumas llamado Ninio Basilio.

—Es muy extraño, señor. Nos dijo que era un importador de alubias llamado Iximitio.

¡Gracias, Petro! Suspiré. Había arrancado de mi memoria uno de sus conocidos seudónimos... , el equivocado. En cualquier momento Crixo decidiría que era digno

de interés el hecho de que el sujeto en cuestión actuara encubierto, utilizando varias identidades falsas. Luego el centurión se pondría aún más impertinente. Conociendo a Petro, seguro que sólo estaba actuando así por rebeldía; se había reafirmado más en su postura cuando una ufana patrulla lo abordó. Por principio, les mentiría. Al menos era mejor eso que no poner en duda sus orígenes, diciéndoles que se fueran al Hades en un carro de estiércol, y que luego te arrojaran a una celda.

—Estás dando muchas vueltas para admitir que logró zafarse de vosotros —le advertí—. Al gobernador no le va a gustar. No sé por qué te haces el tonto con este asunto. Al pobre hombre se le han de transmitir malas nuevas de su casa, eso es todo. Frontino lo conoce desde hace tiempo, quiere hacerlo personalmente.

—Bueno, la próxima vez ya sabremos que es él. Le daremos el mensaje, no temas.

Ahora ya no. No si Petro los veía venir otra vez.

XVII

La larga amistad del rey Togidubno con Vespasiano se remontaba a cuando Roma invadió Britania; Togi hizo de anfitrión de las legiones que el joven Vespasiano había dirigido de forma espectacular. De eso hacía ya más de cuarenta años. Yo había visto al rey mucho más recientemente, y cuando celebramos la reunión a la mañana siguiente nos sentimos a gusto el uno con el otro.

Ofrecía todo el aspecto de un anciano norteño cuya piel moteada aparecía ahora acartonada y pálida, y cuyo cabello había perdido su tribal tono rojizo para adquirir uno grisáceo. Para cualquier ocasión formal se vestía igual que la nobleza romana. Yo no había llegado a inferir si algún rango concedido le daba derecho a portar la ancha tira de color púrpura en la toga, pero él se consideraba un legado de Augusto, y vestía aquella banda con la aplastante seguridad propia de un pelmazo senatorial que pudiera confeccionar una lista de varios siglos de rubicundos antepasados. Lo más probable era que Togidubno hubiera sido seleccionado cuando joven, llevado a Roma, educado entre los diversos rehenes de esperanzados y prometedores principitos y vuelto a colocar luego en un trono para que actuara de baluarte en su provincia natal. Después de treinta años, los atrebates parecían estar algo menos atrasados que cualquiera de las demás tribus britanas en la zona romanizada, mientras que tanto ellos como su rey eran incuestionablemente leales.

Todos excepto el fallecido Verovolco. Él había matado a un arquitecto romano. Pero claro, odiar a los arquitectos está justificado. Y aquel a quien Verovolco le tomó antipatía sostenía unas opiniones sobre la integridad del espacio que hubieran hecho vomitar a cualquiera.

—Nos volvemos a encontrar en lamentables circunstancias, Marco Didio Falco.

Ajusté entonces el paso para adecuarlo a la sobria majestad del rey.

—El placer de volver a verte, señor, se ve enturbiado únicamente por el penoso motivo de nuestro encuentro.

Tomó asiento. Yo permanecí de pie. Él estaba haciendo el papel de romano de alto rango; podía haber sido un César entronizado en su tienda recibiendo a los rebeldes celtas. Yo, en cambio, me mostraba totalmente subordinado. Cualquiera que trabaje para clientes espera ser tratado como un comerciante. Incluso un esclavo que me empleara como informante adoptaría una actitud prepotente. El rey ni siquiera iba a contratar mis servicios, nadie lo consideraba necesario. Yo estaba realizando ese trabajo como un deber, por el bien del Imperio y como un favor a la familia. Son las peores condiciones. No están remuneradas. Y no te dan derecho a nada.

Expuse lo que sabía y lo que había hecho al respecto.

—En resumen: las circunstancias más probables son éstas: Verovolco llegó a Londinium, quizá con la intención de esconderse aquí. Entró por casualidad en un

mal lugar y pagó las trágicas consecuencias.

El rey lo consideró unos momentos.

—Esta explicación sería suficiente.

Yo aguardaba furiosas exigencias de castigo. En lugar de eso, la reacción de Togidubno parecía salir directamente de una de las arteras e ingeniosas oficinas del Palatino. Lo que hacía era tratar de refrenar los daños.

—¡Sería suficiente para la Gaceta Diaria! —exclamé con aspereza. A la publicación oficial del foro romano le encanta propalar escándalos en esas columnas con pocas pretensiones culturales que siguen a sus rutinarias listas de decretos senatoriales y calendarios de juegos, pero el *Acta Diurna* la editan funcionarios administrativos. La Gaceta rara vez saca a la luz verdades políticas desagradables. Sus más sensacionales revelaciones están relacionadas con el sexo morboso entre miembros de la aristocracia... y además, sólo si se sabe que son gente tímida o dispuesta a entablar demandas.

Se alzó una poblada ceja cana.

—¿Pero es que tienes dudas, Falco?

—Por supuesto, me gustaría investigar más a fondo...

—¿Antes de comprometerte? Eso está bien.

—Digamos que, sea quien sea el que sumergiera a Verovolco en el pozo, no queremos que se repita.

—¡Y queremos justicia! —insistió el rey. En realidad, la justicia, en ese caso hubiera puesto a Verovolco en el anfiteatro para que sirviera de comida a las hambrientas bestias salvajes.

—Queremos la verdad —dije con calculada hipocresía.

—Mis criados están haciendo más indagaciones.

El rey lanzaba miradas desafiantes, pero yo sencillamente repliqué: —Cuanto más revuelo se arme en ese barrio, más demostraremos que no estamos dispuestos a tolerar la violencia.

—¿Qué sabes de ese distrito, Falco?

—Es una zona deprimente situada detrás de los muelles de descarga y almacenamiento. Está llena de pequeñas empresas, la mayoría dirigidas por inmigrantes, en beneficio de los marineros que están de permiso en la costa y de los importadores/exportadores que están de paso. Posee todos los inconvenientes que semejantes distritos tienen en cualquier puerto.

—¿Un enclave pintoresco?

—Si es que eso significa un lugar frecuentado por embaucadores y ladrones.

El rey se quedó callado unos momentos.

—Frontino e Hilaris me dicen que lo que le ocurrió a Verovolco probablemente fuera provocado por él mismo, Falco. Dicen que, de no haber sido así, los autores

sólo le hubiesen robado.

—Su torques ha desaparecido —asentí, dejando que la prudencia se reflejara en mi voz.

—Trata de encontrar el torques, Falco.

—¿Quieres recuperarlo?

—Yo se lo regalé. —La expresión del rey dejaba traslucir la nostalgia y el pesar por la pérdida de su amigo de toda la vida—. ¿Lo reconocerás?

—Lo recuerdo. —Era poco corriente: finos hilos de oro retorcidos que casi parecían madejas tejidas, y unas pesadas piezas en los extremos.

—Haz lo que puedas. Sé que los asesinos se habrán esfumado.

—Haces bien en no confiar demasiado, pero no es totalmente imposible, señor. Puede que algún día se los descubra, quizás hasta cuando sean arrestados por algún otro delito. O puede que algún criminal de poca monta los entregue, esperando recibir una recompensa.

—Me han dicho que es una mala zona y que sin embargo los asesinatos son poco frecuentes.

Tuve la sensación de que el rey se proponía algo.

—Tanto Frontino como Hilaris conocen la ciudad —comenté.

—Y yo conocía a Verovolco —dijo el rey.

Entró un esclavo para traernos un pequeño refrigerio. La interrupción fue molesta, aunque yo por lo pronto no había desayunado. Togidubno y yo esperamos pacientemente en silencio. Tal vez ambos intuyéramos que Flavio Hilaris podría haber mandado al esclavo para que observara nuestra reunión por él.

El rey se aseguró una total discreción y ordenó al esclavo que se retirara. El chico parecía nervioso, pero dejó su ofrenda en una mesa auxiliar de granito labrado.

Cuando se marchó yo mismo corté unas lonchas de carne fría y serví un plato de olivas para cada uno. Mientras el rey permanecía en su diván de respaldo de plata yo me fui a sentar en un taburete. Mordisqueamos los blandos panecillos blancos de desayuno y bebimos unos sorbos de agua sin decir nada. Yo puse el jamón en mi panecillo untado con salsa de garbanzos. Él envolvió un huevo duro de gallina con una loncha de carne.

—Y dime, ¿qué te han dicho Frontino e Hilaris sobre lo que a mí me gustaría? —preguntó finalmente el rey.

—Aún no he recibido instrucciones, señor.

—¿Qué? ¿No te han dado órdenes? —preguntó como si le hiciera gracia.

—Salí a dar un paseo esta mañana. —Eso era cierto. Había ido temprano al foro, donde escribí con tiza en la pared: «LPL, ponte en contacto con MDF: ¡es urgente!». No tenía muchas esperanzas. No era probable que Petronio merodeara por esos lóbregos lares. Me arriesgué a murmurar con franqueza—: ¡Supongo que nuestros

dos grandes hombres estarán sudando mierda! —El rey se rió aún más—. Pero tú y yo, señor, no necesitamos que nos den órdenes antes de comunicarnos.

Togidubno se terminó el huevo y se limpió los viejos y escuálidos dedos con una servilleta.

—¿Qué piensas realmente, Marco Didio?

Tomé nota de la más informal nomenclatura. Mastiqué una aceituna, dejé el hueso en un plato y le dije: —Todavía no logro entender por qué Verovolco fue a ese lugar. He observado que hay chanchullo organizado en los alrededores, aunque no he podido demostrar que tenga ninguna relación, lo admito.

—¿Me estás diciendo que los funcionarios niegan que este chanchullo exista? —inquirió el rey.

—No. Se las habían arreglado para evitar admitirlo, eso sí, pero se mostraban muy diplomáticos—. La civilización reporta mucho bien, pero sabes que también trae consigo cosas malas. No tengo ni idea de las actividades delictivas que existían cuando las tribus dirigían Britania desde sus poblados fortificados en las montañas, pero toda sociedad tiene sus bandidos. Nosotros os traemos la ciudad y con ella sus vicios. Más complicado, tal vez, pero todo ello basado en el miedo y la avaricia. —Togidubno no hizo ningún comentario. Si de veras fue educado en Roma y alguna vez había caminado por las abarrotadas calles de la Ciudad Dorada, habría visto de primera mano lo peor del dolor y la extorsión—. ¿Verovolco odiaba a Roma? —pregunté.

—No especialmente.

—Pero dijiste que lo «conocías». Quisiste insinuar algo más con eso.

—Le gustaba estar donde está la acción, Falco. Ser mi oficial de enlace nunca fue del todo apropiado para él, pero tampoco era del tipo de personas que se sientan en una granja y observan pacer al ganado.

—¿Lo cual significa?

—Que no se marcharía al exilio mansamente.

El rey se puso de pie, fue hacia la mesa auxiliar, inspeccionó un cuenco plano que contenía pescados fríos, probó uno, se decidió en contra y tomó otro panecillo con un poco de carne de venado ya cortada. Eso lo mantuvo ocupado, masticando pacientemente, durante un rato. Yo me senté y esperé.

—Así, pues, ¿qué es lo que quieres decirme, señor? —le pregunté cuando estuve casi seguro de que le podían volver a salir las palabras.

Torció el labio superior mientras su lengua se esforzaba por sacar un trozo de venado que se le había incrustado entre dos muelas. Yo picoteé las migas de pan que tenía en la túnica.

—No iba a marcharse a la Galia, Falco.

Togidubno lo había dicho en voz baja y yo lo imité.

—¿Tenía intención de quedarse en Londinium? ¿Tenía amigos aquí?

—No.

—¿Algún medio de vida?

—Le di algo de dinero. —Eso le salió enseguida: dinero pagado para descargar la conciencia. Fuera lo que fuera lo que hubiese hecho Verovolco, su regio señor se había sentido responsable de él.

—¿Mencionó algo, señor, sobre venir aquí?

—Lo suficiente. —El rey dejó a un lado su vaso de agua vacío.

—¿Habló contigo?

—No, sabía que me sentiría obligado a detenerlo.

Terminé la historia yo mismo:

—Verovolco les dijo a sus amigos que se escaparía hacia Londinium, que no iba a marcharse a la Galia. ¿Conocía la existencia de un ambiente delictivo en expansión y presumía de que podría formar parte de él? —El rey no hizo más que asentir con la cabeza. El resto era indefectible—: Si hay chanchullos y él trató de meterse por medio..., entonces, quienquiera que sea aquí el amo del cotarro debió de negarle la entrada.

Lo habían hecho al estilo clásico, además: una muerte sorprendente que atraería la atención de la gente. Una muerte que serviría de advertencia a cualquier otro aspirante que pudiera plantearse invadir el territorio de los mafiosos.

XVIII

Como al salir vi a Hilaris en un extremo del pasillo, me escabullí hacia el otro lado. Necesitaba espacio, tenía que tomar decisiones. ¿Seguía adelante con aquel asunto en persona o dejaba todo el paquete en manos de las autoridades?

Sabía qué era lo que me hacía dudar. Reconocer que había asuntos sucios, y en una provincia además donde en otro tiempo el emperador había servido con distinción, era políticamente inconveniente. Lo más probable era que abandonaran el caso.

Una música y el sonido de unas voces me condujeron a un salón. Las mujeres estaban escuchando con atención a un arpista ciego. Iba mal afeitado, poseía un rostro inexpresivo y agachado a sus pies tenía a un jovencito huraño, incluso pugnaz, que supuestamente era el que lo guiaba de un sitio a otro. Sabía tocar. Yo no hubiera ido muy lejos para oírlo, pero su técnica era aceptable. Era música de fondo. Un golpeteo insulso y melodioso que permitía a la gente mantener una conversación por encima de él. Al cabo de un rato te podías olvidar de que el arpista estaba ahí. Tal vez sólo se trataba de eso.

Me acerqué a Helena, que estaba en un diván, y le di un suave codazo.

—¿Qué es esto? ¿Se trata de una audición para una orgía esta noche o es que estamos llevando la cultura demasiado lejos?

—¡Shh! Norbano Murena se lo ha prestado a Maya. Es una ocurrencia muy gentil.

—¿Y qué fue lo que le indujo a hacerlo? —Di la impresión de ser un bruto descortés.

—Recuerdo que anoche estuvimos hablando con él de música.

—¿Maya también? —Me las arreglé para no soltar una carcajada.

Helena me dio un suave golpecito con el dorso de su muñeca.

—No, creo que fui yo, pero no puedes esperar que un hombre se acuerde de las cosas como es debido.

Fruncí el ceño.

—¿Te gustó Norbano? —Yo confiaba en su intuición con las personas.

Helena hizo una pausa, casi imperceptible. Puede que ni se diera cuenta de que lo hizo.

—Parecía honesto, normal y decente. Un hombre agradable.

Me sorbí los dientes.

—A ti no te gustan los hombres agradables.

Helena me sonrió de pronto, con una dulce mirada. Yo tragué saliva. Una de las cosas que siempre me había encantado de ella era la aguda conciencia que tenía de sí misma. Era una excéntrica; lo sabía; no quería cambiar. Ni yo quería que fuese una

convencional matrona con escasa amplitud de miras y unos amigos poco recomendables.

—No, es cierto —coincidió ella—. Pero yo soy una gruñona, ¿no es eso?

El arpista llegó distraídamente al final de una melodía. Aplaudimos con discreción.

—¿Para cuánto tiempo lo tenemos?

—Creo que para todo el que Maya quiera.

—¡Por los dioses del Olimpo! Eso es un timo. Si tratas de ganarte el favor de una mujer regalándole un collar, al menos ella puede quedarse con las piedras preciosas. De este modo, Norbano se vuelve a llevar a su arpista cuando termine su devaneo y mientras tanto Hilaris ha de dar de comer a ese cerdo. ¿Maya no sugirió que debía pedir permiso al cabeza de familia? —Yo me veía a mí mismo como el cabeza de familia de Maya... y no es que ella hubiese considerado alguna vez que lo fuera.

—No, Marco. —Helena parecía dolida, aunque no por la broma sobre mi posición social; consideraba que mi insinuación era una grosería—. ¿Insistes en que lo mande directamente de vuelta? Sería un cruel desaire. Tan sólo se trata de un préstamo. Nadie más que tú vería algo malo en ello.

Exactamente.

—Nos vemos obligados a aceptar el préstamo —dijo una voz tranquila—. Por eso a Marco le da rabia.

Miré hacia atrás por encima del hombro. Hilaris debía de haberme seguido hasta allí. En ese momento estaba de pie detrás de nosotros y escuchaba. Consulté con él en voz baja: —Norbano. Uno de mis visitantes de la pasada noche. Trabaja en el sector inmobiliario. Por lo visto, le gustan las mujeres. Se sale con la suya valiéndose de llamativos préstamos y regalos.

—Lo conocí; me pareció inteligente y educado. —Hilaris hizo una pausa. No supe si lo que le gustaba eran aquellas cualidades o los especuladores inmobiliarios en general. Tal vez no—. ¿Inquieto? —murmuró en tono quedo.

Por alguna razón, lo estaba.

—¿Por qué me siento presionado, Gayo?

Me puso la mano en el hombro un instante y dijo entre dientes: —Estoy seguro de que estás reaccionando de forma exagerada.

—Mi hermana puede cuidarse ella solita —dije, como si eso fuera todo.

—Pues quedémonos un tiempo con el músico, si así lo quiere Maya. —La elección era suya; aquella era su casa—. ¿Tienes un momento, Marco?

Quería hablar de mi reunión con el rey. Bueno, también era su provincia. Y si había un problema, era su problema.

Mientras caminábamos por un pasillo pintado y nos dirigíamos sin darnos cuenta hacia una oficina, sostuvimos una breve y eficiente discusión. Hilaris reconoció

entonces que los chantajistas se habían centrado en Londinium. Dijo que ocurría en todas partes y que el personal de la provincia trataría el tema como si fuera un asunto ordinario de ley y orden. Yo continuaría trabajando en la muerte de Verovolco. Era un burócrata brillante. Daba la impresión de que acabáramos de crear un comunicado sobre temas importantes. Sin embargo, nada sustancial había cambiado.

—Me alegro de que tengamos la misma opinión —dijo Flavio Hilaris con su peculiar estilo diplomático.

—Me alegro de que piense así —repliqué yo, que seguía siendo un informante.

—Acabaremos con esta amenaza —mantuvo.

Él sonrió y yo no. Como digo, nada había cambiado.

La clase dirigente podía convencerse a sí misma de que la corrupción social era una fuerza a la que podía combatir de un modo práctico, denunciándola mediante edictos. Ese panadero, Epafrodito, que opuso resistencia pero que luego huyó al verse ante el castigo, sabía la verdad.

—Hay una cosa más, Gayo... Has puesto a los militares en la calle durante la noche, pero no te confíes demasiado. No voy a decir que toda la gente de ese desquicio que tú dices que es un fuerte haya sido coaccionada, pero es necesario que los controles bien.

Hilaris puso cara de asustado.

—El comandante es un oficial excelente...

—No me digas. —Le dirigí una mirada que decía que Frontino tenía que levantarle el ánimo al comandante.

—Escribiré una nota: Falco recomienda la adquisición de un fuerte apropiado... ¡con alguien al mando que sepa mantener la disciplina! ¿Cómo es, mi querido Marco, que cuando tú estás cerca empezamos siempre con un pequeño problema —o incluso sin ninguno— y acabamos frente a un serio caos?

—El caos ya lo teníais desde el primer día —dije—. Yo no hago más que sacarlo a la luz.

—¡Gracias! —replicó Hilaris con una atribulada mueca.

Entonces doblamos una esquina y nos encontramos con otra clase de desorden.

Albia, la chica salvaje de Helena, acababa de tirar un jarrón y lo había hecho añicos contra el suelo.

Hilaris y yo habíamos aparecido como hacen los fantasmas del teatro, por el escotillón; ello causó un repentino silencio. Los críos —algunos hijos de mi anfitrión, otros de Maya y uno mío— se quedaron inmóviles y esperaban que ocurriera lo peor. Hilaris y yo sólo nos detuvimos porque cada uno de nosotros aguardaba a que el otro padre interviniera como un buen romano disciplinario.

Carraspeó y con delicadeza preguntó qué estaba pasando; yo recogí uno de los fragmentos rotos del excelente cristal color turquesa. El jarrón destrozado había

formado parte de la nueva decoración de una habitación cuya puerta estaba abierta; el fabricante que conocimos la pasada noche en la cena había obsequiado a Elia Camila con unas muestras. Tiré de las túnicas de Julia y de la hija de Hilaris, Gaya, que eran las que estaban más cerca del destrozo, sacudiéndoles la ropa para sacarles cualquier esquirra de cristal que hubiera podido salir despedida. Con un gesto indiqué a los niños que se apartaran de los fragmentos esparcidos sobre el mosaico blanco y negro.

Flavia le contó a su padre en voz baja que Albia había querido ir a la cocina en busca de comida. Elia Camila había ordenado que no lo hiciera. El día anterior había habido jaleo por unas pasas que faltaban; Albia había devorado una bandeja entera que estaba destinada para la cena oficial de aquella noche. Había echado a perder el menú para los postres, había hecho enfadar al cocinero y luego, por si fuera poco, Albia vomitó. Aquel día los niños habían intentado explicarle que debía esperar hasta la hora de la comida, pero ella se lo tomó muy mal.

—Albia no lo comprende —dijo Flavia.

Miré a la rebuscadora de basuras.

—No, yo creo que sí entiende.

Albia y Flavia debían de ser más o menos de la misma edad. Albia era más menuda, más flaca, por supuesto, y porfiadamente inexpresiva. No veía ninguna razón para considerarla menos inteligente que la niña de rasgos delicados que era Flavia.

Albia me había mirado una vez, luego había apartado la vista y la había fijado deliberadamente en el suelo. Justo antes de que el jarrón se rompiera chillaba con una furia y un escándalo obstinados e incontrolados, una histeria de la que hasta mi pequeña Julia se avergonzaría. Agarré a Albia por los hombros. Noté los huesos a través del vestido azul mientras ella volvía el rostro hacia mí. Su tez pálida y sus delgados brazos desnudos todavía presentaban rasguños de cuando había rescatado a los perros. Una vez limpia tenía aspecto de estar descolorida, como si su piel no tuviera vida. Tenía el cabello castaño claro, los ojos de un azul brillante, de ese color azul oscuro que más abunda en el norte. Pero en sus jóvenes facciones todavía no formadas se apreciaba un estilo familiar. Supuse que sería mitad britana, mitad romana.

—¡No lo entiende! —chilló la pequeña Rea para defenderse. Albia tenía la boca fruncida en una apretada línea, como para enfatizarlo.

—¡Hasta un conejito bobo lo entendería! —bramé—. Nosotros la recogimos: vive según nuestras normas. A Elia Camila le sabrá muy mal que su hermoso jarrón de cristal se haya roto. ¡Y encima a propósito, Albia!

La chica permaneció muda.

Yo estaba perdiendo terreno. Cada segundo que pasaba me acercaba más a un amo cruel amenazando a una atribulada víctima.

—¿Vas a convertirla en una esclava? —inquirió Gaya con voz entrecortada. ¿Qué era lo que había provocado aquella pregunta? Eso podría constituir el temor más profundo de aquella chica salvaje, pero, si no hablaba, ¿cómo se lo había dicho a los niños? Intuí una conspiración.

—Por supuesto que no. Y no le digas que lo haré. No es una prisionera de guerra, y nadie me la ha vendido. Pero escúchame, Albia... ¡y el resto de vosotros prestad atención a lo que voy a decir! ¡No toleraré que se causen daños de forma intencionada! Como rompa algo más... volverá a las calles.

Bueno, ya estaban advertidos. M. Didio Falco, cabrón exigente y padre romano. Los diminutos ojos de mi propia hija estaban abiertos como platos a causa del asombro.

Hilaris y yo seguimos nuestro camino juntos. Cuando llegamos al final del pasillo oímos otro estrépito. Con actitud desafiante, Albia había hecho pedazos una segunda pieza de vidrio ornamental. Ni siquiera trató de escapar, sino que se quedó esperando, con la barbilla levantada, mientras nosotros regresábamos.

Yo había dado mi ultimátum: no había escapatoria. Así que Flavio Hilaris, procurador de Britania, se encontró con la ardua tarea de calmar a siete niños que lloraban. Iba a salir a la ciudad de todas formas, así que me fui en aquel mismo momento... y me llevé a Albia. Asiéndola fuertemente del hombro con una mano, la conduje de vuelta a los callejones de los que provenía. No me paré a pensar en el típico cerdo de clase media en el que me había convertido.

Tampoco me atreví a decírselo a Helena.

XIX

La rebuscadora de basuras aceptó su destino en silencio. La llevé a un figón, uno que no reconocí. Debía de ser un lugar que sólo estaba abierto durante el día. Hice que se sentara fuera en un rincón, en una corta hilera de pequeñas mesas cuadradas que había en la acera, perfiladas por unas viejas artesas vacías de madera de laurel al estilo del Mediterráneo. Compré un poco de comida, puesto que ella estaba permanentemente hambrienta, y le dije al propietario que la dejara estar allí si no le causaba problemas. Se aproximaba la hora de comer pero la *caupona* estaba tranquila. Me fijé en el nombre: El Cisne. Estaba enfrente de una cuchillería. Dos tiendas más allá había una taberna que ofrecía un aspecto más dudoso, con un letrero en el que se veía un falo volador entre dos enormes copas pintadas, llamada Ganimedes.

—Espérame aquí, Albia. Volveré más tarde. Puedes comer y echar un vistazo alrededor. De aquí es de donde procedes. Es a lo que volverás si así lo quieres. —La chica se quedó de pie junto a la mesa hacia la cual yo la había conducido, una figura delgada y magullada con su vestido azul prestado. Levantó la vista para mirarme. Tal vez entonces estuviera más abatida que taciturna—. No hagas el tonto —le dije—. Seamos claros. Sé que puedes hablar. No habrás vivido en las calles de Londinium toda tu vida sin aprender latín.

Me fui sin esperar una respuesta.

Era un día caluroso. El sol quemaba casi tanto como en Roma. La gente andaba tambaleándose por las estrechas calles, resoplando. Había algunos lugares en los que un pórtico de tejas superpuestas proporcionaba sombra, pero los mercaderes de Londinium tenían la mala costumbre de llenar los pórticos de impedimenta: barriles, cestos, tablones y ánforas de aceite encontraban un práctico lugar de almacenaje en lo que tenía que ser la acera. Eras tú quien debías de andar por la calzada. Como allí no había toque de queda para los vehículos rodados, siempre tenías que estar atento al sonido de los carros que se aproximaban: cierta ley natural hacía que la mayoría se acercara sigilosamente por detrás, de forma inesperada. La actitud de los conductores de Londinium era que la calle era suya y los peatones saltarían enseguida si chocaban contra ellos. No se les ocurría dar antes un grito de advertencia. Insultarte a gritos si no te atropellaban por poco era diferente. Todos sabían decir en latín: ¿es que quieres suicidarte? Y algunas palabras más.

Me dirigía andando hacia los muelles.

Con aquel calor el suelo de madera que formaba los embarcaderos apestaba a resina. Reinaba una atmósfera de perezosa siesta de mediodía. Algunos de los largos almacenes estaban asegurados con cadenas y fuertes cerraduras. Otros tenían sus enormes puertas abiertas y del interior se percibía el sonido de silbidos o de serrar

madera, aunque con frecuencia no había nadie a la vista. Las embarcaciones aparecían apiñadas a lo largo de los atracaderos, unos barcos mercantes sólidos y resistentes que podían capear aquellas violentas aguas del norte. De vez en cuando, hombres de pelo largo y pecho desnudo que hacían el ganso dentro de las barcazas me miraban con suspicacia al pasar. Probé a saludarlos de forma educada pero parecían extranjeros. Al igual que en todos los puertos, en aquella larga franja de agua se mecían embarcaciones que al parecer estaban desiertas. Incluso durante el día dejaban que los barcos crujieran y toparan ligeramente unos con otros en completo aislamiento. ¿Adónde va todo el mundo?

¿Están todos los capitanes, pasajeros y lobos de mar durmiendo en tierra firme, esperando para conmocionar la noche con la jarana y las peleas con cuchillos? Y en tal caso, ¿dónde se encontraban en Londinium las abarrotadas casas de huéspedes en las que todos los alegres marineros roncaban hasta que salían los murciélagos nocturnos?

Los muelles presentan una sordidez especial. Yo me frotaba una espinilla contra la otra para disuadir a las pequeñas y persistentes moscas. La neblina se cernía sobre los distantes pantanos. Allí la ola de calor lo secaba todo, pero el río tenía zonas de un aceitoso irisado en las que la vieja basura flotaba entre burbujas grasientas. En un punto donde el agua parecía estancada, el extremo de un tronco golpeaba contra los montones de desperdicios. Una lenta corriente que creaba la marea se estaba llevando los escombros río arriba. No me sorprendería que un cadáver abotargado emergiera de pronto a la superficie.

Tales pensamientos no preocupaban en absoluto al oficial de aduanas. En sus tiempos probablemente había sacado del agua algunos cadáveres de personas ahogadas que habían salido a flote, pero seguía siendo una persona animada donde las hubiese. Trabajaba en el edificio de aduanas cercano a uno de los desembarcaderos de los transbordadores, una casa de piedra con pórtico que quedaría situada en la cabeza de puente una vez se construyera éste. Su oficina estaba abarrotada de certificados y tablillas de notas. A pesar de la caótica apariencia, siempre que alguien llegaba para registrar un cargamento y pagar su tasa de importación, se encontraba con que lo trataban con calma y rapidez. El desorden estaba bajo control. Un joven cajero administraba unas cajas con diferentes tipos de moneda, calculando el porcentaje impositivo y cogiendo el dinero con garbo.

Adormecido por el excesivo calor, el oficial se había regodeado demasiado sin la túnica. Era un tipo corpulento, tirando a gordo. Su carne bamboleante, que al principio estaba pálida como si fuera un norteño de nacimiento, ofrecía entonces unas franjas que mostraban la rosada irritación de las quemaduras del sol. Hacía gestos de dolor y se movía con rigidez, pero sufría su castigo con filosofía.

—Has de procurarte un poco de sombra —le advertí.

—Oh, me gusta disfrutar del sol mientras puedo. —Me estudió con la mirada. Se dio cuenta de que no era ningún marinero. Bueno, yo aguardé a que se diera cuenta. Tengo mis principios.

—Me llamo Falco. Estoy buscando a mi buen amigo Petronio Longo. Alguien dijo que ayer lo vieron por aquí, hablando contigo. —No hubo ninguna reacción, así que describí a Petro detenidamente. Aun así, nada—. Pues me llevo una desilusión. —El oficial de aduanas continuó ignorándome. No había más remedio—: Es un tipo esquivo. Apuesto a que te dijo «si viene alguien preguntando por mí, no digas nada»—. Guiñé el ojo. El oficial de aduanas me devolvió el guiño, pero tal vez aquel jovial individuo de rostro colorado y brillante reaccionara de forma automática.

Le pasé con discreción la consabida moneda que hace soltar la lengua. Aunque era un funcionario público, la tomó. Siempre lo hacen.

—Bueno, pues si ves al hombre que no estuvo aquí, dile por favor que Falco tiene que hablar con él urgentemente.

Me ofreció una alegre inclinación de cabeza. No me animó.

—¿Cómo te llamas?

—Firmo. —Estábamos en relaciones monetarias. Consideré que era justo preguntar.

—Viene bien saberlo. Tal vez tenga que incluir tu soborno en mis cuentas.

Abrió la palma de la mano y miró las monedas.

—¿Entonces se trata de un asunto de negocios? Creí que habías dicho que era un amigo tuyo.

—Lo es. El mejor. Aún puede correr con los gastos. —Sonreí. Practicar cierta complicidad facilita nuevos amigos.

—Y bien, ¿a qué te dedicas, Falco?

—Normas alimentarias del gobierno —mentí, efectuando otro simpático guiño—. De hecho, voy a preguntártelo, Firmo: parece ser que algunos de los vendedores ambulantes de estofado de las tiendas de ahí arriba tienen problemas. ¿Has visto algún indicio de que los bares locales estén amenazados?

—¡Oh, no! Yo no he visto nada —me aseguró Firmo—. Nunca voy a los bares. Me voy directamente a casa después del trabajo a por un pollo a la Frontino y a dormir temprano.

Me sorprendió que, observando unas costumbres tan abstemias, estuviera tan gordo.

—El Frontino lleva demasiado años para mi gusto —le confié—. Prefiero un buen pollo Vardano. Petro sí que tiene un gusto repugnante. Disfruta como un niño cuando se sienta a guisar remolachas o guisantes con vaina... ¿Qué rumores corren por los muelles sobre ese britano muerto en el pozo?

—Debió de molestar a alguien.

—¿Nadie ha sugerido a quién molestó?

—Nadie lo ha dicho.

—¡Pero apuesto a que todo el mundo lo sabe!

Firmo me dedicó una cómplice inclinación de cabeza, en señal de asentimiento.

—Últimamente han estado haciendo un montón de preguntas sobre este asunto.

—¿Quién anda preguntando? ¿Los britanos melencidos del sur?

—¿Qué? —Firmo pareció sorprendido. El equipo que había mandado el rey Togidubno aún no podía haber trabajado aquella parte de los muelles.

—¿Entonces quién? —Me arrimé a él—. ¿No será ese viejo amigo mío, ese al que no has visto? —Firmo no respondió. Petronio debía de haberle dado un soborno más cuantioso que el mío—. Dime, ¿qué le habrías contado a esa persona invisible, Firmo?

—Se supone que son gente de fuera de la ciudad —dijo Firmo casi con total naturalidad, como si yo ya tuviera que saberlo—. Quiero decir de muy lejos de la ciudad. Hay un grupo que se interesa por el ambiente social de Londinium.

—¿De dónde proceden? ¿Y quién es el pez gordo?

—¿El qué?

—El que manda. —Pero Firmo se tornó muy poco comunicativo. Aunque había gozado de toda mi atención mientras pontificaba con aire experto sobre la situación local, había algo que parecía demasiado para él.

Tal vez supiera la respuesta a mi pregunta sobre quién dirigía los chanchullos, pero no iba a contármelo. Reconocí la mirada en sus antes amigables ojos. Era de miedo.

XX

Caminé de vuelta junto a los almacenes y me adentré en las poco recomendables calles del interior, donde al parecer operaban los mafiosos. Estuve de acuerdo con Hilaris: sucedía en todas partes. Sin embargo, que unos profesionales del miedo de primera línea intentaran controlar nada menos que los canales comerciales de Britania seguía pareciendo poco probable.

Allí había muy poca cosa. Tiendas al por menor que vendían artículos básicos: zanahorias, cucharas y haces de leña, sobre todo en cantidades bastante pequeñas. Aceite, vino y salsa de escabeche de pescado, todo ello con el mismo aspecto que si sus ánforas de cuello resquebrajado, cuerpo polvoriento y la mitad de las etiquetas extraviadas, hubiesen sido descargadas del barco varias temporadas antes. Oscuras casas de comidas, que ofrecían refrigerios muy poco profesionales y vino malísimo a personas que a duras penas sabían qué pedir. El típico burdel que vi el día anterior; ¡vaya!, debía de haber más de esos. Un marido y padre respetable —bueno, un marido con una esposa mordaz a quien no se le escapaba ni una— tenía que tener cuidado a la hora de elegirlos. ¿Qué más? ¡Oh, mira por dónde! Entre un vendedor de sandalias y una tienda llena de semillas de hierbas («¡compra nuestra fascinante borraja y olvídate de tener que cuidarte con el cilantro curativo!») había un letrero garabateado en la pared de una casa que anunciaba un espectáculo de gladiadores: Pex, el Azote del Atlántico (¿en serio?); el diecinueve veces imbatido Argoro (sin duda algún viejo zorro maloliente cuyas peleas estaban amafiadas); un enfrentamiento de osos y Hidax el Horrendo... al parecer, el reciario con el tridente más diestro a este lado del Epiro. Había incluso una feroz fémina con un nombre tópico: Amazonia (anunciado en letra mucho más pequeña que sus homólogos masculinos, naturalmente).

Ya era demasiado mayor para sentirme atraído por unas chicas malas armadas con espadas, aunque siempre habría a quien podrían parecerle sensacionales. Yo, en cambio, intentaba acordarme de la última vez que comí unas borrajas que fueran algo más que ligeramente interesantes. De repente, sentí un terrible dolor. Alguien me había atacado. No lo vi venir. Me había estampado la cara contra una pared, inmovilizándome con una fuerza tan brutal que casi me rompió el brazo que me había retorcido contra la espalda. Hubiera soltado una maldición, pero era imposible.

—¡Falco! —¡Por el Hades! Esa voz la conocía.

Mi delicada nariz etrusca estaba aplastada con fuerza contra una pared que tenía un enyesado tan sumamente rugoso y desigual que la marca de su firme estampado iba a durarme una semana; los adobes estaban pegados entre sí con boñigas de vaca, eso sí que se notaba.

—Petro... —dije con voz ahogada.

—¡Deja de llamar la atención! —Podría haber estado intimidando a cualquier ladrón que hubiese atrapado toqueteando los sujetadores de las mujeres en una cuerda de tender la colada—. ¡Idiota atolondrado! ¡Entrometida y estúpida pesadilla de las ratas...! —Hubo más insultos proferidos entre dientes, todos ellos minuciosamente escogidos, algunos obscenos y uno que yo no había oído nunca. (Deduje su significado.)

—¡A ver si lo entiendes, descerebrado... déjalo estar o soy hombre muerto!

Me soltó bruscamente. Casi me caí. Cuando me di la vuelta tambaleándome para decirle a ese cerdo que lo había dejado bastante claro, ya se había ido.

XXI

Estaba pasando por unos momentos adversos: cuando volví sobre mis pasos hacia El Cisne, Albia también había desaparecido.

—Se fue con un hombre —disfrutó contándome el propietario.

—Debería darte vergüenza que la gente utilice tu bar como si de un prostíbulo se tratase. ¡Suponte que fuera mi pequeña hija y tú hubieras dejado que un perverso se la llevara!

—Pero no es tu niñita, ¿no es cierto? —dijo con sorna—. Es una niña de la calle. Llevo años viéndola por aquí.

—¿Y siempre estaba con hombres? —pregunté, nervioso entonces por la posible mala influencia que Helena hubiese esparcido entre los críos de la residencia.

—No tengo ni idea. De todos modos, todas crecen.

Albia tenía catorce años, si realmente era una huérfana de la Rebelión. Lo bastante mayor como para que contrajera matrimonio, o al menos para prometerla de la forma más adecuada con un tribuno sin escrúpulos si fuera una yegua de cría senatorial. Lo bastante mayor como para quedarse embarazada de algún haragán al que su padre detestara en caso de que fuera una plebeya a la que necesitaban en el negocio familiar. Lo bastante mayor como para tener la suficiente experiencia en cosas que yo no podía siquiera imaginar. Pero era menuda como una niña y, si su vida había sido tan dura como yo suponía, era lo bastante joven como para merecer una oportunidad, lo bastante joven como para poderla salvar ... si se hubiera quedado con nosotros.

—Pronto hará la carrera por todo el foro, a pesar de que ahora sea virgen.

—Es triste —comenté. Creyó que me había desanimado. Y no me gustó la manera en que me miró mientras me alejaba caminando calle abajo.

No tenía nada previsto cuando empecé a andar, sólo la necesidad de salir de allí. Noté que había demasiados ojos que me observaban, los de las personas que había en las entradas o incluso los de gente que estaba oculta.

Había recorrido tres calles. Empezaba a darme cuenta de que en Londinium había más actividad de la que pudieran imaginarse la mayoría de romanos. Allí se vendían todos los artículos habituales. Las pequeñas tiendas oscuras estaban abiertas durante el día; en ellas, la vida transcurría a un ritmo más aburrido que aquel al que yo estaba acostumbrado. Compradores y vendedores merodeaban en su interior, tal como hacían siempre; incluso cuando el sol abrasaba tanto que yo ya estaba sudando tras dar cincuenta zancadas, la gente allí se olvidaba de que les estaba permitido sentarse fuera, al aire libre. Por lo demás, me sentí como en casa. En los mercados diarios, en los que venden verduras frescas y caza muerta de ojos tristes, los gritos de los comerciantes eran estridentes y las bromas de sus mujeres groseras. Aquellos

hombres podían haber sido taimados vendedores de los puestos callejeros que hay cerca del Templo de la Esperanza en Roma, en el mercado de verduras junto al Tíber. El hedor de las escamas del pescado pasado es el mismo en todas partes. Atraviesa con tus botas una calle de carniceros recién regada y el tenue olor a sangre animal te perseguirá todo el día. Luego pasa por delante de un puesto de quesos y la cálida y sana emanación hará que te desdigas de comprar uno... hasta que te distraigan esos cinturones tan baratos que hay en el tenderete de al lado y que se romperán apenas te los lleves a casa...

Al final rechacé los cinturones (puesto que no me pondría cuero de color rojo ladrillo ni muerto). Mientras daba vueltas en una tienda atiborrada de objetos de ferretería, trataba de idear la manera en que me podría llevar de vuelta a casa diez cazos de cerámica negra a un precio inmejorable, pero que pesaban mucho. A pesar de un generoso descuento facilitado por el agradable tendero, dije que no y empecé a examinar unas interesantes madejas de un peludo cordel. Nunca está de más tener bramante vellosa en casa, y me aseguró que estaba hecho del mejor pelo de cabra, bien enrollado, y que las madejas eran una ganga debido a la superproducción en el gremio de los fabricantes de bramante de pelo de cabra. Estaba encantado con aquel tentador emporio de la ferretería, en el que acto seguido divisé una lámpara bastante divertida. A cada lado del agujero tenía unas jóvenes damas desnudas que miraban por encima del hombro para comparar la medida de sus traseros...

No tuve ocasión de entretenerme. Al mirar hacia el exterior vi a aquellos dos matones pasando por delante de la tienda tranquilamente.

El simpático vendedor se dio cuenta de la dirección de mi mirada, de manera que dije entre dientes:

—¿Conoces a esos dos?

—Son Ensamblés y Piro.

—¿Sabes a qué se dedican?

Sonrió de forma sombría. Obviamente Piro provocaba los incendios, mientras que Ensamblés debía tener alguna desagradable especialidad sobre la que no iba a hacer conjeturas.

Al cabo de dos segundos ya había salido de allí y los seguí a escondidas. Los informantes aprenden a no cargarse de compras, sólo por si surgen emergencias semejantes.

Frené el paso mientras la pareja caminaba con indiferencia. Los había reconocido enseguida: Ensamblés, el bajo y fornido, el que probablemente se encargaba de la charla y la brutalidad, y su más flaco compinche Piro, que se quedaba de guardia o jugaba con fuego. Ensamblés tenía un rostro cuadrado surcado por dos enigmáticas cicatrices de hacía ya tiempo; Piro lucía una sucia sombra de barba y una moteada cosecha de lunares. Un peluquero que sabía cómo blandir el acero de las tijeras les

había proporcionado unos estupendos cortes de pelo al estilo romano. Ambos poseían piernas musculosas y brazos que debían haber sido testigos de alguna acción horrible. Ninguno de los dos ofrecía el aspecto de alguien con el que discutir amistosamente sobre los resultados de una carrera de caballos.

Observando desde detrás, pude evaluarlos por su manera de caminar. Eran dos tipos seguros de sí mismos. No tenían prisa, pero tampoco holgazaneaban. Un bulto bajo la túnica de Ensamblés daba a entender que tal vez llevara algún botín. Una o dos veces cruzaron unas palabras con un puestero, ligeros saludos al pasar. Aquellos hombres se comportaban como lugareños cuyas caras ya eran conocidas en la zona. Nadie demostró tenerles mucho miedo, formaban parte del escenario. Al parecer, caía bien a la gente. En Roma podrían haber sido los típicos gandules consentidos: adúlteros comunes y corrientes que evitaban trabajar, vivían con sus madres, se gastaban casi todo el dinero en ropa, bebida y visitas a burdeles y protagonizaban algún que otro escarceo con el lado sórdido de la delincuencia. Allí destacaban como romanos por el tono mediterráneo de su piel; ambos presentaban una estructura de los huesos faciales que parecía salida directamente del muro de contención del Tíber. Tal vez ese toque exótico atraía a la gente.

Se habían adaptado, por lo visto con mucha rapidez y sin esfuerzo. Londinium había aceptado la extorsión con la misma facilidad con la que aceptaba la neblina todas las mañanas y la lluvia cuatro veces a la semana. Las mafias trabajaban de ese modo. Los matones llegaban a un lugar y daban a entender que sus métodos formaban parte habitual de la buena vida. La gente podía oler el dinero cuando estaba junto a ellos. Los cabrones adinerados siempre atraen a personas tristes que anhelan cosas mejores. Esos bravucones —no otra cosa eran— pronto adquirirían prestigio. En cuanto les propinaban una paliza a unos cuantos clientes testarudos, empezaban a oler a otra cosa: a peligro. Algo que también ejercía una perversa atracción.

Vi cómo funcionaba todo cuando me condujeron directamente de vuelta por donde yo había venido antes, justo por delante de El Cisne a otra *caupona*, la Ganimedes. El camarero los conocía bien, salió enseguida y charló con ellos mientras les preparaba la mesa, una mesa reservada que se hallaba ligeramente separada del resto. Era la hora de comer y estaba entrando mucha gente para tomar un bocado rápido, pero los matones pudieron tomarse todo el tiempo que quisieron para decidir si querían aceitunas en salmuera o con aceite aromático. El vino les llegó enseguida, probablemente servido en copas especiales para ellos.

Piro entró dentro, tal vez necesitaba hacer una visita a las letrinas o, lo que era más probable, esconder el dinero de su ronda matutina. Estaba claro que había dado con su base de operaciones. Allí, Ensamblés y Piro se rodeaban abiertamente de admiradores. Las visitas masculinas iban y venían constantemente, como los primos en un barbero griego. Cuando llegaban tenía lugar la formal puesta de pie y el apretón

de manos. Entonces los dos matones seguían con su comida, casi nunca ofrecían hospitalidad y pocas veces los invitaban a beber. Lo que todo el mundo quería era establecer el contacto. Eran formales e incluso abstemios; comieron tortitas rellenas con unas sencillas ensaladas como guarnición, no tomaron dulces y su jarra de vino era de las pequeñas. Los visitantes se sentaban y cotilleaban durante un período de tiempo considerable, luego se marchaban tras estrecharles las manos de nuevo.

No vi señales de que a Ensamble y a Piro les efectuaran sobornos o pagos. La gente sólo quería presentar sus respetos. De la misma manera que en Roma un gran hombre público recibe a sus clientes, suplicantes y amigos en las habitaciones de trabajo de su casa con pilares a unas horas convenidas cada mañana, así esos dos canallas permitían que los granjeros se reunieran a su mesa diariamente. Nadie hizo entrega de ningún obsequio, aunque era evidente que allí tenía lugar un intercambio de favores. Por una parte, se vendía pleitesía de una manera que me repugnaba; por otra, los matones prometían no romperles los huesos a los suplicantes.

Los transeúntes que optaban por no detenerse y humillarse utilizaban el otro lado de la calle. No eran muchos.

Me había situado en el exterior de una caseta que vendía cerrojos. Por desgracia, mientras fingía examinar aquel intrincado trabajo en metales, estaba de pie a pleno sol. Sólo yo podía conseguir un trabajo en una provincia famosa por su fría niebla en la única semana de toda una década en la que el calor le provocaría un desmayo a un lagarto del desierto. La túnica se me había pegado al cuerpo a lo largo de los hombros y por toda la espalda. Tenía el pelo como una pesada alfombra de piel. La suela interior de mis botas estaba mojada y resbaladiza; una correa que nunca me había molestado antes me levantaba ampollas en el talón hasta dejarlo en carne viva.

Mientras estaba ahí de pie, reflexionaba sobre una complicación: Petronio. De haber estado trabajando solo, hubiera regresado a la residencia del procurador para solicitar que un grupo numeroso arrestara a Ensamble y a Piro y registrara su base. Entonces hubiese mantenido a los matones incomunicados tanto tiempo que algunas de sus víctimas quizá se tranquilizaran lo suficiente como para contar lo que sabían. El equipo de investigación del gobernador, sus duros *quaestiones*, podría mientras tanto haber jugado con esos bravucones, utilizando sus más horribles instrumentos de coacción. Los interrogadores, que allí debían de aburrirse, estaban entrenados para persistir. Si Ensamble y Piro sentían suficiente dolor y encontraban su aislamiento terrible, puede que hasta gritaran el nombre de la persona que les pagaba.

Parecía una buena solución. Pero aún oía aquellas lacónicas palabras de Petronio: «Déjalo, o soy hombre muerto...»

Fuera lo que fuese aquello que Petro estuviera haciendo, nos habíamos equivocado al imaginarnos algún devaneo o libertinaje. Ese zorro astuto estaba trabajando. Por alguna razón se estaba escondiendo. ¿Por qué? No había duda de que

el caso de Verovolco lo había intrigado, aunque yo no consiguiera verle atractivo alguno; a mí me desconcertaba, pero sólo continuaba con el asunto por lealtad a Hilaris, a Frontino y al anciano rey. Petronio Longo no tenía ese tipo de ataduras. Yo no tenía ni idea de por qué Petro habría de implicarse. Pero si estaba vigilando a esos dos baladrones, yo no haría un solo movimiento en contra de ellos sin consultarlo antes con él. Era un principio de nuestra amistad.

Seguía dándole vueltas a todo aquello cuando un transeúnte que no conocía el sistema de respeto local llegó con paso airoso y ligero: mi hermana Maya. ¿Qué estaba haciendo? Sin percatarse de los dos matones, pasó justo por delante del Ganimedes, por su lado de la calle. Eso significaba que yo no tenía posibilidad alguna de advertirla o de preguntarle qué estaba haciendo allí. Como quería seguir siendo discreto, lo único que podía hacer era observar.

Maya era muy atractiva, pero había crecido en Roma. Sabía cómo mantenerse a salvo al atravesar calles llenas de tipos detestables. Su paso era tranquilo y resuelto, y aunque miraba brevemente en todas las tiendas y puestos de comida, en ningún momento cruzó su mirada con la de otra persona. Con la cabeza y el cuerpo envueltos en un largo velo, había disfrazado su estilo personal y se había convertido en alguien que no llamaba la atención. Un hombre se inclinó sobre una barandilla y le dijo algo al pasar —un memo que por norma lo intentaba con cualquier cosa que llevara una estola—, pero mientras se me cerraban los puños, aquel oportunista recibió una mirada tan salvaje que retrocedió. Sin duda supo que se había topado con la orgullosa mujer romana.

Pero claro, el sereno desdén de mi hermana podía llamar la atención por sí mismo. Uno de los hombres que estaban con Empalmes y Piro se puso de pie. Al momento Piro habló con él y se volvió a sentar. Para entonces Maya ya había pasado de largo el Ganimedes.

Menuda ocurrencia: ¡que los matones tuvieran una noble consideración por las mujeres! Pero no importunaban a las mujeres para evitar atraer sobre ellos la atención pública que no querían. Las bandas que utilizan el miedo como herramienta de trabajo comprenden, si son eficientes, que se debe dejar que la vida normal fluya por las calles sin trabas. Las hay que llegan al extremo de darle una paliza a un conocido violador o de amenazar a un ladrón adolescente, una muestra de que ellos representan el orden, de que son personas que protegerán a los suyos. Ello implica que son la única fuerza de gobierno. Así, la gente a la que están amenazando cree no tener ningún lugar al que acudir en busca de ayuda.

Habían terminado de comer. Se levantaron y se fueron. Por lo que vi, nadie les presentó la cuenta. Y ninguno de los dos dejó dinero.

Los fui siguiendo durante las primeras horas de la tarde. Iban de un lugar a otro como candidatos a las elecciones, a menudo sin hablar siquiera con la gente, tan sólo

dejando que se sintiera su presencia. No parecían estar recaudando dinero. Eso mejor hacerlo de noche. Cuantas más preocupaciones, más dinero habría en la caja de las tabernas.

Pronto regresaron al Ganimedes y esa vez entraron dentro, sin duda para echarse una buena siesta romana. Abandoné. Deseaba irme a casa. Mis pies me recordaban dolorosamente las muchas horas que llevaba andando por ahí. Cuando vi una pequeña casa de baños, mis pasos me llevaron en esa dirección por sí mismos. Los detuve al ver que Petronio Longo ya estaba en el porche.

Desesperaba por hablar con él. Quería hablarle del tema de los gánsters y tenía que contarle lo ocurrido con sus hijas. Pero me tomé a pecho su advertencia.

De momento no me había visto. Me quedé quieto junto a una columnata pero que no llegaba a lo que en Roma se conocía como un gran soportal. Petro no hizo ademán de entrar en los baños, sino que se quedó hablando con un vendedor de entradas que había salido a tomar el aire. Parecían conocerse. Miraron al cielo, como si hablaran sobre si la ola de calor iba a continuar. Cuando el portero tuvo que volver a entrar debido a la llegada de nuevos clientes, Petronio se instaló cómodamente en un pequeño banco del exterior como si fuera parte integrante de los baños.

La calle presentaba una ligera curva y era tan estrecha que si cruzaba a la otra acera podría acercarme, pegado a la pared, sin que Petro me viera. De todos modos estaba ligeramente de espaldas. Un ordenado montículo de leños cortados para la caldera, de más de un metro de alto, estaba apilado —bloqueando la acera, claro— en los límites de la casa de baños. Eso hacía que la calle fuera casi intransitable, pero formaba una diminuta zona despejada a la puerta del local de al lado. Los baños no tenían nombre, pero la casucha de al lado tenía un cartel pintado con caracteres romanos en color rojo y se hacía llamar la Anciana Vecina. Crucé la puerta abierta y vi un oscuro interior cuyo propósito era imperceptible. A pesar del letrero, parecía más una casa particular que una propiedad comercial.

Fuera lo que fuese, me ofreció un práctico taburete roto en el que reposar mi cansado cuerpo a tan sólo unos pasos de Petronio; ahora podía tratar de llamar su atención. Hubiese sido lo ideal, pero justo en el momento en que me dejé caer fuera de la vista y me preparaba para toser fuerte, vi otra vez a mi dichosa hermana pequeña que se acercaba desde la otra dirección. Paró en seco igual que lo había hecho yo. Entonces, como era Maya, se echó hacia atrás la estola y caminó directamente hacia Petronio, que debió verla venir. Me arrimé al montón de leños. Si se trataba de una cita privada, ya no tenía forma de irme sin delatar mi presencia.

Pero, por la actitud de mi hermana, ya me había dado cuenta de que Petronio no la esperaba. Maya había tenido que prepararse para venir y hablar con él, y yo sabía por qué.

XXII

—¡Lucio Petronio!

—Maya Favonia.

—¿No vas a decirme que me pierda?

—¿Serviría de algo? —preguntó Petro con sequedad. Maya estaba de pie, mirando hacia donde yo estaba. Tuve que quedarme agachado. Por suerte no era muy alta—. Maya, corres peligro aquí.

—¿Por qué?, ¿qué estás haciendo? —Era típico de mi hermana: seca, directa, descaradamente curiosa. En parte era debido a la maternidad, aunque siempre había sido franca.

—Estoy trabajando.

—¡Ah, pero seguro que los vigiles no tienen jurisdicción en las provincias!

—¡Exactamente! —la interrumpió Petro con aspereza—. Cállate. Estoy fuera de los límites. Nadie debe saberlo.

Maya bajó la voz, pero no lo iba a dejar correr.

—Entonces, ¿te mandaron aquí?

—No preguntes. —Su misión era oficial. ¡Vaya, ese canalla se lo había tenido muy callado! Me oí tomar aire, más enfadado que sorprendido.

—Bueno, a mí eso no me interesa. Tengo que hablar contigo.

Entonces Petronio cambió su tono. Habló deprisa, con voz queda y afligida.

—Tranquila. No tienes que contármelo. Sé lo de las niñas.

Estaba tan cerca que noté la tensión de Maya. No fue nada con la emoción que percibí en Petronio. Algún vecino venía andando por la calle.

—Siéntate —dijo Petro entre dientes, pensando sin duda que de pie frente a él, agitada, Maya estaba llamando la atención. Creí oír el chirrido de las patas del banco. Había hecho lo que él le había dicho.

Cuando el hombre hubo pasado de largo, Maya preguntó:

—¿Cuánto hace que lo sabes? —La acústica había cambiado. Tuve que aguzar el oído para enterarme de lo que decía.

Se la veía más claramente trastornada ahora que el asunto había salido a la luz—. ¿Te llegó una carta?

—No, me lo dijeron.

—¿Marco te encontró?

—Antes lo vi. —Petronio hablaba con frases entrecortadas—. No le di oportunidad. Supongo que por eso me ha estado buscando.

—¡Todos nosotros lo estábamos haciendo! Así pues, ¿quién te lo dijo?

Petro emitió un leve sonido, casi una risa.

—Dos chiquillos.

—¡Oh, no! ¿No te referirás a los míos? —Maya estaba enfadada y avergonzada. Yo no me sorprendí. Sus hijos habían estado muy preocupados por saber dónde estaba su héroe; se habían enterado de la tragedia; formaban un extrovertido grupo siempre dispuesto a actuar de forma independiente. Petronio se quedó callado. Al final, Maya dijo con arrepentimiento—: ¡Y eso que les dije que no te molestaran! Oh... ¡lo lamento muchísimo!

—Me pillaron totalmente desprevenido... —Petronio pareció distante cuando empezó a hablar, de la forma en que lo hacen los afligidos, sintiendo la necesidad de recitar la manera en que se había enterado de la horrible noticia—. Vi a Mano. Estaba sentado en una piedra del bordillo con aspecto de estar deprimido. Anco debía de haberse alejado de él y me vio...

—¿Anco? ¿Te lo dijo Anco?

La voz de Petro se suavizó, aunque no mucho.

—Antes de que pudiera gritarle que se largara, se acercó corriendo. Yo pensé que se alegraba de verme. De modo que cuando subió al banco lo rodeé con el brazo. Él se puso de pie y me lo susurró al oído.

Maya se atraganto levemente. Yo mismo estaba acongojado. Anco tenía tan sólo seis años. Y Petronio no habría tenido ni idea de lo que se avecinaba.

—No tenías que haberte enterado de esto por los niños.

—¿Y eso qué importa? —bramó Petro—. ¡Dos de mis hijas han muerto! Tenía que saberlo.

Maya dejó que se aplacara el arrebato. A ella, lo mismo que a mí, debía de preocuparle lo que Anco había soltado, porque se cercioró de contarle como es debido los detalles a Petronio.

—Pues bueno, eso es, precisamente. Has perdido a dos; los muy estúpidos no nos dijeron a cuáles. La gente está intentando enterarse para decírtelo. Varicela. Supongo que ocurrió poco después de que abandonarás Italia. La carta no lo decía.

—Debí de contagiarme cuando me despedí de ellas. Y contagié a tus hijos —admitió Petronio—. Me siento culpable...

—Ellos sobrevivieron.

—Y yo también. —No era la clase de persona para decir que ojalá hubiera sido él el muerto, pero sonó muy parecido a eso—. ¡Así que tendré que vivir con ello!

—Lo harás, Lucio. Pero créeme, es duro. —Mi hermana, que como la mayoría de madres había visto morir a un hijo, habló con amargura. Se hizo un silencio y luego Maya repitió: —Lamento lo de los chicos.

—No tuvo importancia. —A Petronio no le interesaban sus disculpas—. Anco me lo dijo, entonces llegó Mario y se sentaron junto a mí, uno a cada lado, y se quedaron ahí, callados.— Al cabo de unos instantes añadió, obligándose a mostrar un poco de amabilidad en su voz—: Y ahora eres tú la que está sentada a mi lado y en silencio.

—Perdí a mi primer hijo. Sé que no hay nada más que pueda hacer por ti.

—No. —Raras veces había visto a Petronio tan abatido—. Nada.

Hubo un silencio bastante largo.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó Maya.

—¿Ya quieres irte? —A juzgar por su tono hostil supuse que Petro estaba encorvado sin moverse, con una sombría mirada fija hacia delante. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo Maya. Nunca había visto a mi hermana consolar a los afligidos. Especialmente a alguien al que, al menos por un breve espacio de tiempo, había acogido en su cama.

Eso ya no parecía ser relevante, y sin embargo ella había persistido en su búsqueda. Era la vieja desgracia de los Didio: ella se sentía responsable—. Tengo que llevar a cabo esta misión —explicó Petro, en un tono educado que no significaba nada—. Más vale que la termine de una vez. No me queda nada más.

—¿Te queda una hija! —exclamó Maya bruscamente—. Y está Silvia.

—¡Ah, Silvia! —La voz de Petro adquirió un nuevo deje. Al fin demostraba algún sentimiento, aunque no estaba claro si su tono compungido era una reflexión sobre su ex mujer, sobre él mismo o incluso sobre el destino—. Creo que tal vez quiera que volvamos juntos. Ya lo noté cuando la vi en Ostia. Ese novio que se echó es un perdedor, y ahora... —se desahogó, luego se contuvo—. Ahora tenemos una hija a la que consolar.

—¿Y qué es lo que tú quieres? —le preguntó Maya calmadamente.

—¡No puedo hacerlo! Forma parte del pasado. —Ya sabría cuántos hombres habían decidido permanecer firmes en semejante actitud sólo para acabar siendo disuadidos. El dolor y la conciencia se habían alineado para hacerle caer en la trampa. El rostro lloroso de su hija superviviente lo perseguiría.

—Entonces Silvia ha salido perdiendo en todos los sentidos. —Me sorprendió que mi hermana pudiera ser tan imparcial. Había sido ella, incluso, la que le había recordado que Arria Silvia lo necesitaba.

—¿Crees que debería? —preguntó entonces Petronio con brusquedad.

—No voy a decirte lo que pienso. Eres tú quien tiene que decidir. Pero —tenía que añadir Maya— no cometas un error por el hecho de sentirte culpable.

Petronio emitió un leve resoplido como respuesta. Si aquello lo ayudaba a tomar una decisión, no iba a revelar sus pensamientos. Siempre había sido muy reservado con su vida privada. Cuando compartíamos una tienda en el ejército había cosas que no podía ocultarme, pero desde entonces yo lo había tenido que adivinar. Se guardaba para él todos sus sentimientos, creía que el hecho de no darles rienda suelta ayudaría. Quizás esa actitud fuera la causa de no pocos problemas cuando vivía con Arria Silvia.

Maya debió de considerar que había hecho todo lo que estaba en su mano. Oí

movimiento. Debía de haberse puesto de pie otra vez.

—Ahora me voy. —Él no dijo nada—. Ten cuidado.

Petronio se quedó clavado en el banco, pero debía haber levantado la vista.

—¡Bueno, Maya Favonia! Entiendo a los niños. ¿Pero tú... por qué has venido?

—¡Oh... Bueno, ya me conoces!.

Salió otro breve rugido de forzado regocijo.

—No —replicó Petronio, en tono rotundo—, no te conozco. Y sabes muy bien que yo quería hacerlo... pero eso ya ha terminado, ¿no es cierto?

Mi hermana se marchó.

Cuando Petronio se levantó dando un salto brusco y entró en los baños yo también me dispuse a marcharme.

Hubiera ido tras él. Estaba sufriendo. Pero mi presencia allí sería demasiado difícil de explicar. Yo nunca había querido que se juntara con mi hermana, ni que ella lo hiciera con él, pero me inquietaba la escena que acababa de escuchar.

Mientras estaba ahí, indeciso, una tercera persona intervino.

—¡Por favor! —Un súbito susurro apagado que casi me pasó por alto—. ¡Por favor, Falco! —No estaba de humor para intromisiones. De todos modos, oír tu nombre en algún lugar donde no te lo esperas siempre te hace reaccionar.

Salí a la calle y levanté la vista. Por encima de mí, en una ventana de aquel vertedero que se llamaba la Anciana Vecina, vi el pálido rostro de Albia. No hizo falta que me explicara que tenía graves problemas. Y estaba apelando a mí para que la sacara de ellos.

Entonces me sentí atrapado. Nunca había oído hablar a Albia. No había duda de que estaba aterrorizada. Yo la había arrojado a las calles aquel día. Helena Justina le había prometido un refugio y sin embargo yo volví a poner en peligro a esa niña. No había más remedio. Tenía que entrar a buscarla en aquella oscura y lóbrega casa. La vieja desgracia de los Didio golpeaba de nuevo. Albia era responsabilidad mía.

XXIII

En cuanto crucé el umbral supe lo que era aquella casa. El pasillo de entrada seguía vacío. Una pequeña y gastada mesa auxiliar que aguantaba la puerta abierta me obstaculizó el paso. Un lugar en el que dejar el sombrero... si querías que te lo robaran. Sobre ella, un plato agrietado y sucio osaba pedir propinas. No había ninguna. Ni siquiera los habituales *quadrans* rotos para que la gente captara la idea. Sólo un clavo oxidado que algún gracioso había dejado de regalo.

La parte delantera de la casa debía de haber sido diseñada como tienda, pero las puertas plegables al estilo romano del frente estaban firmemente cerradas y trabadas. Miré adentro a través de un arco. Estaba desocupada y sólo se utilizaba para almacenar escombros y viejas camas de caballos. Fuera lo que fuese lo que allí ocurriera sería en el piso de arriba. Me moví con cautela por el pasadizo interior hacia un sombrío tramo de escaleras que subían y se adentraban en la oscuridad. El suelo era de tierra prensada. Choqué contra un trozo de mueble roto. Parte de un armario. Iba caminando despacio, de manera que me dio tiempo a sujetarlo a expensas de clavarme una astilla en la palma de la mano derecha. Logré amortiguar el ruido. Arriba debía de haber por lo menos dos habitaciones. Eso sería lo habitual en una tienda con vivienda. Aunque escuché, no obtuve noción alguna de cuántos ocupantes podría haber allí.

Las escaleras eran de madera. Crujieron y se balancearon al subir por ellas, como si la casa fuera poco sólida. La suciedad le daba un aspecto sórdido a aquel destartado inmueble, aunque no podía ser anterior a la Rebelión. No estaba mal: abandonado y en ruinas después de diez años. El techo no debía de ser muy alto; la estructura del edificio había estado todo el día absorbiendo el calor, así que fui hacia arriba y me sumergí en una atmósfera sofocante y mal ventilada. La primera estancia, con aspecto de buhardilla, formaba una antecámara sin duda utilizada para los propósitos que yo me temía. Aunque los camastros que había en el suelo estaban desocupados, un ligero olor a sexo contaba su historia. Tropecé con una lámpara, apagada, por supuesto. Quien quisiera examinar a su compañero de cama tendría que pagar un suplemento. Apuesto a que nadie se molestaba. La única luz era la que se filtraba desde las escaleras; no había ventanas.

Apenas podía respirar. Allí el comercio debía de ser rápido. Llamarlo burdel sería un ultraje lingüístico. Aquello era un albergue al cual las repugnantes prostitutas callejeras traían a sus poco exigentes clientes. No estaba nada claro cuál de los participantes en aquellos horrendos apareamientos sería el personaje más rudo, ni quién engañaba más a quién. Sabía que había violencia. Creía que había habido muertes. Tenía que rezar para que en aquellos momentos no hubiera ningún proxeneta dormido, con los brazos alrededor de un ánfora y un largo cuchillo a mano. Él me

vería antes de que yo me percatara de su presencia.

A tientas, descubrí dos puertas. Calculé cuál de ellas daba a la habitación con la ventana en la que había vislumbrado a Albia, Habían atrancado la puerta desde fuera, dejándola encerrada. No me sorprendió.

Sin hacer ruido, saqué el pesado travesaño de madera que mantenía la puerta cerrada. Con más cuidado todavía, empujé para entrar. La luz se filtraba por la ventana, pero a duras penas pude ver dónde estaba ella. Se había acurrucado hecha un diminuto ovillo, aun cuando sabía que yo iba a buscarla. Supuse que confiaba en mí, sin embargo el miedo la había paralizado.

Di un débil silbido.

—Vamos. Estás a salvo. Date prisa. —Fue como liberar a un gorrión atrapado. Primero la criatura se quedó inmóvil, luego echó a correr desesperada hacia la luz—. ¡Shh! —La niña huyó a toda prisa, abriéndose paso a empujones entre la jamba de la puerta y yo. Ya había desaparecido escaleras abajo. La dejé marchar. Cuando me giré para seguirla, la otra puerta se abrió de golpe. De pronto hubo más luz, la de una lámpara que humeaba terriblemente y que sostenía en alto una vieja bruja de un metro de alto con un mal aliento atroz y una feroz manera de gruñir. Creo que era una mujer, pero me sentí como un héroe que hubiera despertado a una asquerosa bestia mítica.

—¿Qué quieres?

—Vine a por una niña —respondí sinceramente. Tiré de la puerta tras de mí, como si Albia estuviera aún dentro—. La vi mirando por la ventana.

—Esa no.

—Me gustan jóvenes.

—¡Ella no!

—¿Por qué no?

—Pues porque no está enseñada. —Bueno, eso era sobre todo un alivio.

—Sabré cómo tratarla.

—¡He dicho que no!

La vieja era horrenda. Una enorme cara redonda con unos rasgos que parecían haber sido modelados por un mal alfarero que hubiera bebido demasiado con la comida. Unos brazos pálidos y fofos, trémula adiposidad en el cuerpo, cabello graso y gris. Sus sucios pies planos estaban descalzos. De un cordón que llevaba a la cintura colgaba un monedero repleto. Iba envuelta en varias capas de harapos mugrientos cuya tela endurecida se enrollaba alrededor de todo su cuerpo como los envoltorios del queso. Aquella envoltura parecía haber atrapado en su interior suciedad, excrementos de pulga y olores. Estaba marinada en mugre. Y la asquerosa madama desprendía el aroma de su inmundo negocio.

—¿Por qué no? —insistí—. ¿Qué tiene ésa de especial?

—El Captor la acaba de traer hoy.

—¿Quién es el Captor? Seguro que se trata de una persona razonable. ¿Puedo hablar con él?

—¡Por todos los dioses! ¿Tú de dónde sales? No hablará contigo. Márchate —ordenó.

Fingiendo ser un inocentón educado, volví a poner en su sitio la pesada tranca que sujetaba la puerta.

—¿Puedo volver más tarde?

—¡No! —gritó el hongo humano.

Como sabía que aún tenía que encontrar a la muchacha, me abstuve de contestar y me marché tranquilamente.

En realidad Albia estaba esperando. Cuando salí medio sofocado al aire fresco de la calle, ella gimoteaba. No había señales de que la hubieran golpeado, pero la habían desnudado; temblaba bajo una prenda interior rasgada, mas llevaba agarrado el vestido azul que los hijos de Hilaris habían buscado para ella, doblado ahora en un apretado paquete que asía con fuerza contra su huesudo pecho. Su única posesión en el mundo. Su primera experiencia agradable. Tal vez la única razón por la que confiaba en mí.

Le hice un gesto con la cabeza para que viniera conmigo. Fuimos hacia el porche de los baños, donde me detuve para limpiarme los pulmones; tenía que toser con fuerza o me entrarían arcadas.

—Apesta, chiquilla. —Sólo había estado un momento en el burdel, pero noté que yo también hedía. Yo podía esperar. En la residencia había unos buenos baños, pero tenía que dejar presentable a Albia antes de devolverla al cuidado de Helena. Tenía que hacerlo por mí.

—Nos vamos a casa. Ahora todo ha terminado. Será mejor que primero te laves un poco.

Petronio holgazaneaba junto a la caseta del encargado. Puesto que estaba haciendo guardia, no le hice caso; ésa era la norma.

Era la hora de los hombres en los baños con horarios alternos, según el sexo. No había manera de hacer entrar a Albia, y, por supuesto, no la iba a llevar yo. Convencí al encargado para que me diera esponjas y un cubo de agua caliente y llevamos a la chica al vestuario para que se lavara. No había clientes allí, entre los armarios, y eso al menos me evitó tener que preocuparme por si se escabullía por una puerta trasera.

—Si roba algo de ropa...

—No lo hará. —Tenía su preciado vestido azul.

Había un banco alrededor del vestíbulo donde se vendían las entradas. Dos mujeres jóvenes estaban allí sentadas haciéndose masajes de aceite de almendras en las uñas. Iban vestidas decentemente, con unos cabellos relucientes, bien peinados

hacia arriba y tenían buena pose; sin embargo daban la impresión de ser prostitutas. A menudo las amigas se sientan en parejas, vestidas igual, claro, de modo que tal vez en mi interior las calumnié. Parecía que estaban allí esperando por si las moscas, pero no me hicieron ninguna oferta, ni siquiera mientras esperaba a Albia cruzado de brazos. Tras observar mis negociaciones en silencio, se pusieron en pie y se marcharon.

Volví al porche de nuevo, dándole a Petro la oportunidad de salir paseando discretamente tras de mí.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—La protegida de Helena. —Nos quedamos uno al lado del otro, mirando hacia la calle y hablando con total naturalidad como si fuésemos dos desconocidos que intercambiaban unas palabras educadas mientras uno de los dos esperaba a un amigo—. Tengo algo que decirte, Lucio. —Tenía que fingir no saber nada de Maya—. Se trata de tu familia...

—Déjalo. Ya lo sé.

—¡Ah... ! Estamos desconsolados por ti. Eran unas niñas encantadoras.

Petronio no dijo nada. Noté que se obligaba a mantener un riguroso control de sí mismo. Al final dijo entre dientes:

—¿Qué te trae por aquí?

Podía actuar de ese modo si era lo que él quería. Necesitaba su consejo.

—Creo que acabo de tropezarme con un asunto de prostitución infantil.

—¿Has arrancado a esa chica del burdel, Falco? Podría ser una estupidez,

—Helena está protegiendo a esa pobre renacuaja. De entrada era mía.

—¡Eso explícaselo a ellos! ¿Te han visto?

—Me temo que sí. Lo llaman la Anciana Vecina. Me he topado con la abuela momificada de la vieja.

—Será un feroz enemigo —me advirtió Petronio.

—Podré arreglármelas. ¿Tú la has visto? —Su respuesta fue un gruñido—. ¿Quién es el Captor? —pregunté.

Petronio me lanzó una mirada penetrante.

—El proxeneta que va en busca de carne fresca. —Hizo una pausa—. Es peligroso. —Al cabo de un momento, me lo acabó de explicar—. Ya sabes cómo funciona. Se aprovechan de las niñas vulnerables. El Captor va por las calles recogéndolas. Se las lleva, las viola y les pega, les hace creer que son despreciables, les hace ver que no tienen otra alternativa, las instala en algún gris agujero y las mata haciéndola trabajar. Sólo obtienen beneficio los que mandan. A los clientes les cobran, les hacen pagar de más y les roban. La vieja bruja retiene la carne nueva entre sus sucias zarpas, hasta que acaba sometiéndose y entonces el chulo dirige el trabajo de las chicas hasta que caen rendidas.

Manifesté con ira mi indignación. Traté de convencerme a mí mismo de que

Albia no había formado parte de aquel negocio anteriormente. Cuando la secuestraron, ella ya sabía lo que le esperaba, pero aprovechó la oportunidad de pedir ayuda y yo la encontré justo a tiempo.

—Y dime —pregunté lentamente—, Longo, amigo mío, ¿estás en misión de vigilancia por asuntos de corrupción?

—Estoy de vigilancia —admitió lacónicamente.

—¿Corrupción?

—Corrupción. Y todo lo demás.

—¿Puedo osar preguntarte cómo es eso?

—No, Falco.

—¿Te incorporaste a la cohorte de Ostia?

—No funciona así. Los vigiles de Ostia no forman una cohorte aparte. Ostia está cubierta por miembros de las milicias romanas; los proporcionan las cohortes de forma rotativa. Yo sigo con la Cuarta.

—¿Entonces es Roma u Ostia la que se ha interesado por Britania? —pregunté con sequedad.

—Ambas, Falco.

—¿Y el gobernador no lo sabe?

—Creo que no. —El dejo de incertidumbre de Petro fue retórico. Lo sabía perfectamente.

—No tendrías que estar aquí. ¿Qué están tramando los vigiles, extendiendo su brazo hacia el extranjero? ¿Y a escondidas?

—Debía de ser un secreto. Si el prefecto de los Vigiles pidiera permiso para mandar aquí a sus hombres, la respuesta sería negativa. El ejército se ocupaba de todo en las provincias. El gobernador poseía toda la autoridad; Frontino se indignaría ante aquella maniobra artera. Aun suponiendo que los superiores de Petro lo hubieran mandado (y se suponía que lo habían hecho, puesto que sabían a donde escribirle), si lo pillaban trabajando allí, ellos negarían tener conocimiento de la misión.

El arresto sería el menor de los problemas que tendría con Frontino—. Te lo volveré a preguntar, réprobo: ¿cómo es eso?

Petronio estaba de pie con los brazos cruzados. Percibí en él un nuevo y sombrío humor, aunque seguía siendo él mismo. Un tipo grandote, generalmente tranquilo, sagaz, competente, digno de confianza. De hecho, era una lástima que rechazara a mi hermana. También era una pena que ella lo hubiese rechazado otras veces.

—¿Haces el papel de gorila en esta casa de baños? —aventuré—. ¿Y eso es una tapadera?

—Estoy buscando a alguien —admitió—. Quizá sean dos hombres. Sabemos que uno de ellos vino a Britania con toda seguridad, y el otro ha desaparecido de Roma. También están involucrados algunos secuaces, pero la operación consiste en atrapar a

la gran pareja.

—¿Estás hablando de una banda importante?

—Sí, unos auténticos cabrones. Nos llamaron la atención en Ostia, aunque tienen su base en Roma. Creemos que han elegido Britania como nuevo mercado regional. Han colocado a encargados, todo un equipo de desarrollo, y parece que ahora han venido los cabecillas para organizar las cosas. Así que yo también estoy aquí.

—¿Tú y cuántos más?

—Yo —dijo—. Sólo yo. —Me estremecí; tal vez él también lo hiciera.

—Mierda, Petro. —En ese momento me volví para mirarlo—. Es una misión condenada al fracaso. —Petronio Longo, un hombre de serena inteligencia, no discrepó.— Estoy contigo si quieres —comenté entonces. Podía responder o rechazar mi oferta.

—Tu presencia en esta provincia dejada de la mano de los dioses —confirmó Petronio en tono compungido— era la única ventaja que había cuando acepté el trabajo.

—Gracias. —Volví a dirigir la mirada hacia la calle—. Supongo que no debo decir que podrías habérmelo contado, delante.

—Eso es —respondió Petro—. No lo digas.

¿Quién sabe lo que estaría pensando ese granuja? Al menos parecía alegrarse de estar hablando conmigo. Yo también me alegraba.

—Pero, ¿por qué tú? —pregunté.

—Conozco Britania. Y es algo personal. —Me sorprendí. Petronio Longo estaba más sereno de lo habitual—. Quiero atrapar a uno de los capitostes. —Su voz era sombría—. Hace mucho tiempo que lo vigilo.

—¿Y aquí hay otro?

—Un nuevo socio. Un hombre al que aún no hemos identificado. Sabemos que existe, pero se ha mantenido en el anonimato. Espero poder ponerle un nombre mientras estoy aquí. Tendría que dejarse ver... un romano que está organizando una complicada red criminal de un tipo que nunca antes existió en Britania.

—¿Y qué me dices del que tú buscas?

—Podría estar en cualquier parte, pero creo que está aquí con su socio.

—¿Quién es?

Petronio Longo pensó en decírmelo, pero por alguna razón siguió su propio consejo. Mi trabajo raras veces incluía entrar en el mundo del hampa; supongo que el nombre no me diría gran cosa.

—Mientras no se trate esta vez del maldito Florio.

—¡Qué bromista eres, Falco! —Petronio me dio unas palmaditas en el hombro y luego esbozó una triste sonrisa. Florio había sido el inútil marido de su mal elegida y joven amante, Milvia. Ésta procedía de una de las peores familias. Su fallecido padre

había sido un importante mafioso; su madre todavía lo era. En cualquier caso, ella era una delincuente aún peor que el padre. Florio, su patético marido, no contaba. Para Petro, la pequeña Milvia formaba parte del pasado ..., razón por la cual dejamos el tema.

—¿Vives aquí? —pregunté señalando los baños con un gesto de la cabeza.

—No. Al otro lado del río. Hay una posada. —Una hospedería oficial para viajeros—. No está mal. Veo quién viene y va a la ciudad.

—¿Cómo puedo encontrarla?

—No aparezcas por ahí, Falco.

—No, no lo haré..., pero dime cómo encontrarla de todas formas. —Ya casi nos estábamos tomando el pelo como siempre.

—Cruza con el transbordador y la verás.

—Recordaré no hacerlo.

—Bien. ¡Entonces no nos veremos!

Albia salió. Su idea del aseo era pobre, pero se había vuelto a poner el vestido, que le tapaba gran parte de la mugre. Al parecer los olores del burdel no se iban tan fácilmente. Pero no había nada más que yo pudiera hacer sobre eso.

Petronio volvió a entrar. Conduje a Albia de vuelta por la calle estrecha, agachándome bajo la columnata para pasar más desapercibidos. Un error. De repente, la bruja de la Anciana Vecina saltó sobre nosotros desde una entrada. Antes de que yo pudiera reaccionar ella ya tenía sus garras sobre Albia.

La niña soltó un chillido. Fue un sonido asustado, pero lleno de resignación. Había sido una víctima durante toda su corta vida. El rescate parecía demasiado bueno para durar.

El asco me llenó la garganta de nuevo. Mientras la vieja trataba como una loca de arrastrar a la niña hacia el interior de su hedionda casa, yo agarré unas barrederas de un puesto de escobones. Normalmente no ataco a las abuelas, pero esa arpía era atroz y yo sabía cuándo infringir las normas. Golpeé a esa figura baja y obesa, azotándola furiosamente mientras le gritaba a Albia que escapara.

No sirvió de nada. Estaba demasiado acostumbrada a encogerse, demasiado habituada a recibir castigos. La guardiana de la casa de putas se la llevaba a rastras, en parte de un brazo y en parte del pelo. Al mismo tiempo, la vieja se las había arreglado para desarmarme de mis escobas. Cuando éstas cayeron rascando la acera a la puerta de una tienda de verduras, yo empecé a lanzarle a la secuestradora todo lo que pude agarrar: coles, zanahorias, manojos de espárragos verdes bien atados. Podría ser que a Albia la alcanzara alguna hortaliza voladora por accidente; ahora gritaba con más fuerza.

Había llegado el momento de dejarnos de remilgos. La madama soltó un gruñido, mostrando unos dientes podridos y un gañote manchado de vino. Había visto

gargantas más bonitas en sabuesos que chorreaban sangre. Salté sobre ella, le rodeé el cuello con el brazo y le eché la cabeza hacia atrás al tiempo que dejé que notara que ya estaba blandiendo mi cuchillo. Soltó a la niña. Los gritos de ésta no hicieron más que intensificarse.

Un codo se hincó en mis partes con la fuerza de un ariete de demolición. Unos talones dieron patadas hacia atrás y me golpearon con una fuerza terrible mientras que el otro codo me dejaba sin respiración con una serie de salvajes arremetidas en la cintura. Las dos manos volvieron y trataron de arrancarme las orejas. Luego me agarró con ambas piernas y se tiró hacia delante, derribándome a mí también con su enorme peso.

Intenté echarme a un lado rodando. Pero era ella quien llevaba toda la iniciativa. A mí me dejó desconcertado aquel enorme fardo de grasa maloliente. Tenía las piernas aupadas en aquellos troncos de árbol que eran sus muslos. El cuchillo estaba en algún sitio debajo de nosotros, sin lograr gran cosa. Quería que Albia fuera a buscar a Petro, pero en compañía de mafiosos teníamos que seguir fingiendo que no nos conocíamos. Si la muchacha hubiera escapado, yo hubiese relajado los músculos y me hubiese retorcido para liberarme, pero sabía que ella seguía allí cerca, corriendo y brincando consternada. Oía sus grititos ahogados.

Llegados a un punto muerto, la mujer y yo forcejamos, jadeantes. Yo había vencido mi retraimiento ante su edad y sexo. Era como luchar contra una babosa repugnante que hubiera surgido de algún negro lago a las puertas del averno. Mientras nos debatíamos, los harapos que llevaba se aflojaron, de modo que las puntas sueltas colgaban como las largas ramas de un hierbajo de Estigia. Ella se agitó y dio sacudidas. Me empujó, pero me aferré a ella clavando las uñas. Le hiqué una bota en la pantorrilla con fuerza suficiente como para romper hueso, pero sólo encontré carne y ella se limitó a proferir un gruñido airado. Unos mechones de pelo mugriento me azotaban los ojos. Le propiné un cabezazo en la testa. No sé lo que le hizo a ella, pero a mí me dolió.

De repente mi brazo derecho se soltó. Había perdido el cuchillo, pero lidié con la mujer con más fuerza. Tiré de ella agarrándola de los hombros y luego le estampé la cara contra el suelo una, dos y tres veces. Estábamos tumbados en la alcantarilla, de manera que la estaba golpeando contra el bordillo. Oía los resoplidos de mi propio esfuerzo.

La situación cambió sin previo aviso. Había llegado más gente. Tiraron de mí bruscamente para apartarme y recibí un aluvión de porrazos para dominarme. Vi que a la vieja la arrastraban hacia atrás, calle arriba, sujeta por sus piernas separadas. Ahora le tocaba a ella gritar; aquello sí que era tratar a alguien con dureza. Tras sacármela de encima a mí me lanzaron de cabeza, aunque había recuperado mi cuchillo. Fue inútil: un pie calzado con bota me pisó la muñeca enérgicamente y me

la inmovilizó. Tenía otro pie en el cuello que aplicaba la presión suficiente para amenazar con rompérmelo.

Me quedé tumbado en el suelo sin moverme.

—¡Levántate! —Sé reconocer la autoridad femenina. Me puse en pie de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—¡No hables! —El viejo tópico.

Todavía tenía el cuchillo; nadie hizo ningún intento para quitármelo. Por mi parte tampoco hubo ningún intento de utilizarlo..., no con un par de espadas que me pinchaban la espalda a través de mi rota túnica y una tercera arma, que brillaba justo delante de mí apuntándome al corazón.

Ya sabía qué podía esperar de todo aquello; había oído las voces. Una mirada a mi alrededor confirmó lo peor. Albia se había esfumado. La vieja estaba ahí tendida fuera de combate, tirada en el suelo cerca del burdel. Y a mí me capturaba una eficiente banda de jóvenes muchachas bien vestidas y peligrosamente armadas.

Mientras me obligaban a ir con ellas, vi a Petronio Longo en el porche de la casa de baños. Estaba observando cómo se me llevaban con una sonrisa sardónica apenas perceptible.

XXIV

La casa a la que me habían llevado las gladiadoras parecía pequeña, pero intuía que eran muy pocos sus ocupantes. La habitación en la que me dejaron estaba casi a oscuras. Se hacía de noche. Los débiles sonidos domésticos y los leves olores indicaban que la gente andaba atareada con la cena. A mí no me trajeron nada de comer. Para los informantes, el pasar hambre era la lacra de su oficio.

No me habían atado, pero la puerta o bien tenía el cerrojo echado o estaba atrancada. Mantuve la calma. Bueno, al menos de momento. Tras la captura, no habían ejercido ningún tipo de violencia sobre mí. Aquellas mujeres eran luchadoras, pero mataban de manera profesional: para engordar el monedero del ganador. Si me habían llevado allí por alguna razón, no parecía ser una que me requiriera muerto.

De todas formas no me fiaba. Eran luchadoras, y eran muchas.

Cuando llegó la fase de entretenimiento de su velada, en la que algunos de los comensales podrían haber llamado a unos volatineros, unos enanos ocurrentes o a unos flautistas, ellas vinieron a buscarme. La casa era elegante. Debía de contar con un comedor; pensé con nostalgia en sobras de comida. Pero ellas estaban esperando para divertirse conmigo en un pequeño jardín con columnatas. Llegué allí pasando por silenciosos pasillos de nivelado mosaico. Desde algún lugar llegaba la evocadora fragancia de las humeantes piñas de pino usadas en el ritual de la arena. Desde algún otro punto provenía un exasperante y ligero aroma de cebollas salteadas, utilizado con el fin exclusivo de torturar a hombres hambrientos.

Mis captoras se apoyaron con distinción contra las columnas mientras yo permanecía de pie en el centro como un chiquillo que ha hecho de las suyas. Si oyeron cómo me sonaban las tripas, aquellas chicas no hicieron ni caso, demostrando así que los gladiadores son inmunes a la crueldad. Debía de ofrecer un espectáculo lamentable: sucio y magullado, deprimido, desconcertado, exhausto y oliendo mal. Tales cualidades son habituales en mi oficio, pero puede que un grupo de luchadoras femeninas no lo considerara tan pintoresco. Pertenecían a una clase que era legalmente infame, excluida de todos los derechos de la sociedad. Los informantes tal vez sean vilipendiados, objetos de burla que nunca llegan a cobrar sus honorarios; no obstante, yo era un hombre libre. Tenía derecho a votar; a hacer trampas con mis impuestos y a fastidiar a mis esclavos. Esperaba que esas mujeres al margen de la sociedad no envidiaran demasiado todo aquello.

Estaba intranquilo por otro motivo. Todos los hombres saben desde la pubertad que las mujeres en la arena son depredadores sexuales que te agarran por los huevos.

A simple vista ocultaban cortésmente ese aspecto. Aunque las dos a las que había visto por primera vez en los baños habían tenido el aspecto de mujeres de vida alegre a la espera de algún cliente, al estar relajadas en casa con todo el grupo —en aquel

momento allí habían cinco o seis— parecían ninfas de los bosques que no pensaban en otra cosa que no fuera perfeccionar ecos difamatorios. Vestidos blancos lavados y planchados, melenas peinadas hasta la saciedad, dedos de los pies cuidados que asomaban en unas zapatillas para estar por casa bordadas con cuentas. Podrías hablar de poesía con aquellas bellezas... hasta que percibieras su arrogancia, sus músculos y sus cicatrices ya cerradas. Constituían un grupo curioso y variopinto. Altas o diminutas, rubias o de piel negra como el ébano: una buena variedad de taquilla. Había una de ellas que destacaba: una chica que pensaba que era un chico, o un chico que creía ser una chica.

Al principio no pregunté por qué no estaban encadenadas en unos barracones para gladiadores. ¿Cómo podían permitirse llevar una agradable casa de proporciones considerables? Entonces lo entendí. Sí, sus colegas sin formación debían de estar sometidas a desastrados lanistas en las escuelas de entrenamiento, pero aquéllas habían logrado independizarse. Aquéllas eran las luchadoras que habían triunfado. Las que habían fracasado estaban muertas.

—¿Estáis pensando en dejarme ir? —les pregunté mansamente.

—Amazonia ya viene para acá. —Fue una muchacha de color sumamente alta y delgada la que me habló primero.

—¿Y ésa quién es?

—Ya te enterarás.

—Suenan alarmante.

—¡Pues asústate! ¿Y tú quién eres?

—Mi nombre es Didio Falco.

—¿Y a qué te dedicas, Falco? —La clara insinuación me hizo pestañear. ¿O se trataba de pura sugestión? Abandonando el impulso de bromear diciendo que no era más que un haragán que andaba con niñas, se lo expliqué sin rodeos: que trabajaba para el gobernador y estaba investigando la muerte de Verovolco. Me pareció mejor ser sincero. Tal vez ya supieran quién era yo.

Intercambiaron unas miradas. No sabría decir si eso significaba que estaban impresionadas por mi posición social o si el nombre de Verovolco era significativo.

—¿Qué se siente al ser rescatado? —dijo con desdén una robusta morena.

—Da asco.

—¿Porque somos mujeres?

—No necesitaba ayuda. Me estaba defendiendo bien.

—¡Pues desde donde yo estaba no lo parecía! —exclamó ella, riendo. Todas soltaron una carcajada. Yo sonreí—. Bueno, está bien, señoras. Dejadme entonces que os dé las gracias.

—¡Déjate de encantos! —clamó el chico que creía ser una chica (o la chica que pensaba que era un chico).

Yo me limité a mirarlo (o mirarla) y a encogerme de hombros.

—¿Sabéis qué ha sido de la adolescente que estaba arrastrando esa arpía?

—Se encuentra a salvo —intervino una pulcra rubia de estilo griego. Tenía una nariz salida directamente del peristilo de un templo ateniense, pero una voz tan corriente como la de un pescador de buccinos del puerto.

—No la asustéis; hoy ya ha soportado bastantes cosas. Estaba bajo la protección de mi esposa.

—¡Pues tendrías que haberla dejado con tu mujer, perverso!

Ahora empezaba a entender por qué me habían atrapado: lo que esa dura asociación de mujeres había hecho era defender a Albia. Eso era estupendo... pero no estaba claro si me veían como a alguien que profesaba un trato injusto.

—No traté de convertirla en una joven prostituta. Lo que yo quería era sacarla de eso.

Tal vez se habían dado cuenta de ello. (Pero quizá no les importaba.) La griega apoyó el pie en una balaustrada, dejando al descubierto un buen trozo de magnífica pierna bien frotada con piedra pómez bajo una falda sin coser. Aquella acción, por lo visto inconsciente, me hizo tragar saliva conscientemente.

—Ahora está con nosotras. —Sería difícil explicárselo a Helena.

—Bueno, mi consejo es que os lo penséis dos veces. Albia no es una esclava. Convertir a un ciudadano libre en un gladiador de manera ilegal es un asunto grave. Podríais acabar todas despedazadas con los criminales. —Ése era el acontecimiento matutino en una arena, cuando a los convictos se les infligía un sangriento castigo: golpes y cuchilladas sin posibilidad de indulto. Los vencedores pasan directamente a otra pelea y al último lo mata el cuidador de la pista sobre la empapada arena roja—. Además —probé a decir—, ya la habéis visto, no es en absoluto idónea. No posee ni la complexión ni el cuerpo adecuados. También puedo deciros que no es veloz, no tiene inteligencia combativa, ni suavidad de movimientos...

Mientras yo repartía halagos a diestro y siniestro, desde algún lugar a mis espaldas me llegó una irónica salva de aplausos. Una voz dijo en voz alta: —¡Vaya! ¿Por qué no añades que tiene los pies planos, mala vista y que las tetas le estorban?

¡Roma! El acento, el lenguaje y la actitud me llevaron de regreso al hogar. La familiaridad me provocó un nudo en la garganta. Hasta me dio la sensación de que conocía esa voz.

Me di la vuelta. Hasta el momento había durado lo bastante en aquella confrontación como para sentirme completamente relajado. Eso estaba a punto de cambiar.

—Amazonia —me informó una de las chicas a mi izquierda. Al menos esas fuertes doncellas eran bien educadas. Cuando terminaban de aporrear gruesos postes de madera con sus espadas de entrenamiento, alguien debía de secarles el sudor con

una esponja y someterlas a una hora de lecciones de diplomática etiqueta.

Cuando mis ojos se encontraron con la recién llegada me quedé atónito. Unos ojos marrones muy abiertos me miraban alegremente. Amazonia iba vestida de blanco como las demás, lo cual destacaba su piel morena y sensual. Llevaba el cabello peinado hacia la parte superior de la cabeza y atado allí en una serpenteante cola de caballo de unos sesenta centímetros de largo; unos capullos de flor adornaban el recogido. Yo me esperaba una jefa de grupo altanera y sin sentido del humor, con planes para humillarme. Me encontré con un pequeño tesoro de cuerpo flexible, cálido corazón y un natural muy atractivo. ¿Era un instintivo reconocimiento masculino de una buena compañera de cama? No. Ya conocía a esa mujer. Dioses, hubo una época en mi turbio pasado en que la conocí bastante bien.

Había cambiado de profesión desde la última vez que la vi, pero no en muchas más cosas, supuse yo. Presentaba unas finas arrugas de más alrededor de los ojos y un aire de curtida madurez, pero todo lo demás estaba exactamente igual a como yo lo recordaba, y tal y como yo lo recordaba estaba todo en su sitio. Un destello en su mirada me dijo que ella también se acordaba de todo. Era una funámbula de Tripolitania. Creedme, era la mejor funámbula que hayáis visto jamás: una acróbata de circo magnífica ... e igualmente buena en otras cosas. De ninguna manera podría explicarle a Helena aquel encuentro casual.

Dudaba que la llamada Amazonia estuviera sorprendida de verme. Debía de haber estado escuchando un rato. Tal vez sabía exactamente quién era el lamentable cautivo al que iba a inspeccionar.

—Gracias por cuidar de él. Para todas vosotras... ¡éste es Marco! No es tan corto de entendederas como aparenta.

Bueno, no del todo. Marco y yo somos viejos, viejos amigos.

Me defendí débilmente.

—¿A quién se le ocurrió el *num de guerre*? ¿Amazonia? Hola, Cloris.

Ella se ruborizó. Hubo otra que se rió con disimulo, aunque en voz baja. Noté el respeto que le tenían. No había duda de que era su líder ... Bueno, eso era de esperar; hubo una época en la que ella hubiera podido conducirme por las praderas en flor durante todo el camino hasta el Elíseo.

—Ha pasado mucho tiempo, Marco, cariño —me saludó con una sonrisa rapaz la chica que yo conocía como Cloris.

Entonces sentí el miedo cerval de un hombre que acaba de encontrarse con una antigua novia a la que consideraba tan sólo un recuerdo... y descubre que ella aún está interesada en él.

XXV

—¡Vaya, vaya! ¡Esto sí que es todo un placer! —exclamó con una radiante sonrisa.

—¿Me has echado de menos?

—¿Por qué razón? ¿Es que te conocía o algo por el estilo? —bromeó.

—Ni te diste cuenta de que me había ido —repliqué incondicionalmente.

—Pero si fui yo la que te dejé, Marco, cariño. Si ella quería pensar eso, pues muy bien—. En realidad, a quien estaba abandonando era a tu malvada y anciana madre.

—Cuidadito, mi madre es una mujer maravillosa y te tenía muchísimo cariño.

Cloris me miró fijamente.

—No lo creo —dijo, con un tono peligroso. Ya estamos, pensé yo.

Me habían llevado a un recinto privado en el que había, desparramadas, unas pieles de animales muy caras. La mayor parte de ellas bastante aplastadas, lamento decir. A Cloris siempre le había gustado tener muchos sitios en los que tumbarse. Y siempre que se dejaba caer en una posición reclinada, su intención no era precisamente la de descansar. Aquella habitación había sido testigo de mucha acción de la que a ella le gustaba, si es que yo era quién para juzgar.

Estaba pintada con mucho dramatismo: paredes de un rojo oscuro salpicadas con detalles negros. Si te atrevías a mirar con detenimiento, las ilustraciones mostraban mitos violentos en los que personas infelices eran despedazadas o atadas a ruedas. La mayoría de aquellas pinturas eran diminutas. No me inquieté demasiado al mirar a los toros que arremetían fieramente a las víctimas enloquecidas; era una imprudencia apartar la vista de Cloris.

—¿Qué le ha pasado a la muchacha?

—Se ha vuelto a escapar. —Al menos Cloris nunca fue una chica que recurriera a subterfugios. Ése era el problema en los viejos tiempos: siempre le había gustado que mi madre supiera sin rodeos lo que estaba pasando. Mi madre siempre se escandalizaba puesto que yo, sabiamente, nunca le contaba nada.

—¿Has dejado marchar a la niña? —Demostré mi irritación—. Mira, si alguna de vosotras la ve otra vez, ¿la retendréis, por favor? Es una golfilla metida en problemas. Se llama Albia. No quiero que le suceda nada malo.

—Lo más probable es que corra derecha al burdel, esa pequeña idiota. —Me imaginé que, por desgracia, Cloris estaba en lo cierto—. ¿Por qué te interesa, Falco? ¿Es una testigo de tu caso?

—¿Del ahogado? —No se me había ocurrido, aunque era posible. Albia había estado rebuscando en las basuras por los alrededores de la Lluvia de Oro; bien podría ser que supiera algo—. Ni siquiera se lo he preguntado. No, mi esposa la recogió.

—¿Tu esposa, dices? —chilló Cloris. ¡Vaya! ¿Es que al final una bruja infeliz ha

cargado contigo? ¿La conozco? —inquirió con recelo.

—No. —De eso estaba seguro.

—¿Cómo se llama?

—Helena Justina.

—Helena es un nombre griego. ¿Es una esclava?

—Sólo en el caso de que su noble padre haya estado contando mentiras durante veinte años. Es un senador. Me he vuelto una persona respetable.

Sabía la clase de estentórea reacción que eso iba a causar. Cuando Cloris dejó de reírse, se enjugó las lágrimas de los ojos. Entonces volvió a la carga, sin poder contenerse.

—¡Caramba, es que no puedo creerlo!

—Créetelo —ordené con ecuanimidad.

El tono de mi voz puso fin a la histeria.

—No te pongas pedante conmigo, Marco, amor.

Le ofrecí una sonrisa. Era una farsa. Igual que lo habían sido un montón de cosas en nuestra relación. Sería una falta de tacto decir que estaba casado precisamente porque, en cuanto ella me dejó, encontré al fin el verdadero amor. Lo más probable es que Cloris, que era una chica expresiva, vomitase.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Qué es todo esto? —pregunté.

—Sabía utilizar la espada. —En su número de circo, Cloris las usaba de contrapeso, cuando no andaba agitando parasoles o abanicos de plumas. Al público masculino le había gustado el *frisson* de las espadas, aunque la mayoría prefería los abanicos porque parecía como si no llevara nada debajo. Pero yo sabía —porque ella me lo había contado— que vestía ropa interior de cuero para evitar que la cuerda le quemara en algún punto sensible. Su lema era: mantén tu equipo en perfectas condiciones. Esperaba que todavía lo siguiera—. Quería tener una oportunidad cuando te planté, cariño. Me convertí en una profesional de la pelea. Ya conocía a los organizadores; no tardaron en tomarme en serio. ¡Soy buena!

—Era de esperar.

Un extraño fulgor iluminó su rostro, medio fanfarroneando, medio incitando. Erguida, escarbó en aquellas arenas movedizas de pieles y empezó a intentar sacarse las botas: unas piezas de calzado altas, bien acordonadas, con unas suelas duras para dar patadas y gruesas correas a modo de protección. Con sus femeninos ropajes blancos, casi transparentes, el contraste era perturbador. Ésa fue siempre la atracción: una figura menuda, de niña, en alguien inesperadamente fuerte. Mientras retorció sus dedos desnudos yo empecé a sudar al recordar nuestros juegos eróticos. Cloris tenía unos pies acostumbrados a agarrarse a cuerdas y trapecios, podía utilizarlos para enroscarse con fiereza en cualquier cosa...

—Háblame de tu situación en Britania.

—¡Oh, Marco! Suena como si yo fuera el objeto de tu investigación.

—Sólo tengo curiosidad: ¿Por qué aquí precisamente?

—¿En Britania? Te oí hablar mucho de este lugar. Formamos un equipo sólo para venir aquí. Un montón de hombres aburridos con muy pocas ofertas de entretenimiento. Un sitio perfecto. Una arena flamante. Y lo mejor de todo: no hay grupos fijos de gladiadores masculinos que acaparen la acción y se confabulen para hacer que dejemos de trabajar.

—¿Quién es tu amañador, tu lanista?

—¡A la mierda eso!

Pregunta equivocada. Debería haberlo sabido. Cloris siempre había sido independiente. Ser presa de los representantes que ignoraban sus habilidades y que robaban el caché de las apariciones en público era algo que también la había sacado de quicio durante la vida circense. La verdad es que tener un entrenador no era su estilo.

—Podemos entrenarnos nosotras mismas —dijo—. Practicamos cada día y todas observamos los progresos de las demás. Las mujeres somos muy buenas analistas.

—Sí, recuerdo que solías emplear mucho tiempo analizando que era lo que me pasaba ... ¿Eres la jefa del grupo?

—¡Analizar tus defectos era demasiado agotador, cariño! —interpuso ella.

—Gracias. ¿Eres la jefa? —repetí con obstinación.

—No tenemos líder. Pero fui yo quien reunió al grupo. Me escuchan. Saben que soy la que tengo mejor equilibrio y forma física. Y domino dos estilos, reciario y gladiador, y además estoy mejorando también el estilo tracio.

Solté un silbido. No había muchos gladiadores masculinos que pudieran ofrecer tres estilos de lucha.

—¿Quieres ponerme a prueba? —sonrió.

—No. Ya me han golpeado bastante por hoy.

—Afirmativamente, el niño de mamá se ha cansado y ensuciado mucho con la señora gorda... Acércate y haré que te sientas mejor. —Cloris se estiró a modo de calentamiento, preparándose para pasar una hora de duros ejercicios conmigo. El mero hecho de pensarlo era desalentador.

Lo decía en serio. Creyó que quería lo mismo que ella, tal como hacen las mujeres. Se podría hacer un tratado filosófico sobre ello, pero yo estaba ocupado en mantenerme fuera de su alcance.

—Mira, me molesta mostrarme tan débil, pero estoy demasiado hambriento, Cloris. No te iba a servir de nada. No me podría concentrar.

—¡Vaya! No has cambiado nada. —Creyó que bromeaba. Disfrutó con la idea de un modo peligroso—. ¡Ha llegado la hora de decidirte!

—¡Vamos, Cloris! ¡No vas a decirme que «o jodes conmigo o comes»!

—¡Parece una buena elección! —Dio un salto y se lanzó hacia mí. Apenas pude tragar saliva, pues ella ya se estaba enroscando a mi alrededor de esa manera en que sólo una acróbata puede hacerlo. Me había olvidado de qué se sentía, pero el recuerdo volvió a surgir enseguida—. ¿Y bien? ¿Qué decides, cariño? —preguntó con una carcajada.

Di un suspiro que pudiera pasar por una muestra de un educado pesar.

—Mira, estoy muerto de hambre. ¿Podría cenar un poco, por favor?

Cloris me dio un puñetazo en los riñones, aunque fue un golpe flojo y propinado al azar que sólo me hizo daño a medias. Salió airada de la habitación. Yo me desplomé, sudando. Luego, tal y como yo había pensado que haría, mandó que me trajeran una bandeja. Elijo muy bien a mis antiguas novias. Cloris nunca tuvo malas intenciones.

—¡Después! —prometió de manera significativa cuando se alejó a grandes zancadas.

—«¡Oh, Mercurio, patrón de los viajeros..., sácame de ésta o haz que muera para no saber qué está ocurriendo!» En Roma era Procurador de los Gansos y los Pollos Sagrados. «¡Oh, Mercurio, nunca dejes que Cloris lo descubra!». En ese momento, yo mismo era como una tierna pollita en su jaula a la que están engordando. Me puse a masticar diligentemente. Me iban a hacer falta todas mis fuerzas.

No hay que meterse con un gladiador. Por otra parte, era una criatura maravillosa y sin duda yo lo sabía. En otro tiempo me hubiera dejado convencer sin oponer resistencia. Pero en esos momentos había demasiadas cosas en juego. Yo había progresado... mucho, estaba viviendo otra vida. Al encontrarme cara a cara con lo que se esperaba de la persona que era antes, me sentí incómodo. Ahora necesitaba ser fiel a ciertas cosas; tenía nuevos principios. Tal como Petronio Longo le había dicho a Maya antes: cuando tomas grandes decisiones no puedes volverte atrás. Lo sorprendente es la manera en que otra gente no se da cuenta de lo mucho que has cambiado. Tras la sorpresa acecha el peligro. Cuando esas personas creen que te conocen al revés y al derecho, empiezas a dudar de ti mismo.

Debía de estar impaciente. Apenas había terminado de comerme mis solitarias vituallas cuando dos de las mujeres vinieron a buscarme.

—¡Ah, Heraclea! ¿Vuelve a tener aspecto de estar preocupado?

—¡Sí, estoy asustado! —Sonreí con buen humor, como si pensara que me iban a agarrar para una orgía temática. Heraclea y su compañera intercambiaron unas miradas, sin duda enteradas de que Cloris tenía planes. No sabría decir qué opinaban ellas, pero sabía que no iban a intervenir.

—Tienes un problema —me avisaron. Incluso en ese punto era necesario un temor de lo más reverencial.

Cuando me llevaron de vuelta a la zona cerrada del jardín, Cloris me estaba

esperando. Me dio la bienvenida con una sonrisa radiante. Se enroscó a mi alrededor mientras me arrastraba hacia el jardín y me prometía: —¡Te tengo preparada una sorpresa maravillosa, cariño!

Lo mejor era aceptar la promesa con una sonrisa tolerante. Eso fue antes de que me condujera hacia el centro del grupo rodeando una estatua y yo me diera cuenta de lo traicionera que era dicha promesa.

Todas las mujeres estaban allí. Observaron silencio cuando Cloris me llevó ante ellas, aguardando a ver qué ocurriría. En el último minuto, aunque muy tarde ya para cambiar nada, oí otra voz femenina muy familiar. Cloris, colgada de mi brazo, me mordisqueaba la oreja mientras la expresión de mi cara sólo irradiaba pura culpabilidad. Helena estaba allí.

Albia, de pie y a su lado, debía de haberla encontrado de algún modo y haberle dicho que estaba prisionero. Audazmente, Helena se presentó en una casa llena de mujeres. Seguro que había salido hacia allí a toda prisa, puesto que incluso se había traído a las niñas. Había venido a rescatarme, pero sus ojos me dijeron que si hubiera sabido lo de Cloris de antemano me hubiese abandonado a mi suerte.

—¡Vaya, pero si está aquí! —exclamó Helena Justina, compañera de mi cama y de mi corazón. Utilizó la voz de sonsonete que se supone que tranquiliza a los niños pequeños que están inquietos en un entorno desconocido y que temen que uno de sus padres se haya perdido. Era una buena madre. Ni Julia, que estaba sentada sobre la hierba, ni el bebé que llevaba en brazos, percibirían ninguna de las emociones que Helena sentía. Ahora sí que estaba perdido, y lo sabía.

Ella ofrecía un aspecto impresionante. Una mujer alta de pelo oscuro entablando conversación con aquellas luchadoras profesionales, como si continuamente se moviera entre féminas que estaban al margen de la sociedad. Al igual que Albia a su lado, iba vestida de azul pero en varios tonos bien teñidos, y la tela le envolvía el cuerpo con una elegancia indiferente. Unos pendientes de perlas y lapislázuli indicaban que tenía dinero; la ausencia de cualquier otra joya denotaba que no experimentaba la vulgar necesidad de hacer alarde de su riqueza. Parecía una persona directa y segura de sí misma.

—¡Helena, alma mía!

Sus ojos oscuros se clavaron en mí. Su voz sonó cuidadosamente entonada.

—¡Tus hijas te estaban echando de menos, Marco! Y aquí estás tú, como Hércules, divirtiéndote entre las mujeres de la reina Onfale. Ten cuidado. A partir de entonces a Hércules siempre se le supuso un exagerado gusto por los vestidos femeninos.

—Yo llevo mi propia ropa —murmuré.

Me recorrió con la mirada.

—Ya lo veo —comentó en tono insultante.

Con los brazos abiertos y gritando de alegría, Julia Junila se acercó a toda velocidad para verme. Cuando abracé a mi pequeño rayo, ella ideó un escandaloso juego que consistía en bajar por el interior de mi túnica con la cabeza por delante. Ésta presentaba un cuello enorme en el que los hilos ya tenían largas carreras y los ribetes trenzados estaban rotos.

Aquella fue la humillación final. Yo me limité a quedarme quieto, transformándome en el equipo gimnástico de mi hija de dos años.

—¡Bueno! —exclamó entonces Helena al tiempo que su mirada buscaba a Cloris con resolución—. ¿Has terminado con él? ¿Puedo llevármelo a casa?

—¡Te has casado con tu madre! —me acusó Cloris sin molestarse en bajar la voz.

—No lo creo —dije—. A mi madre puedo manejarla.

Cansado de que me ahogaran, obligué a Julia a ponerse otra vez derecha. En esta ocasión, se calmó y se quedó tumbada mirando a las mujeres, con su cabeza llena de rizos apoyada en mi hombro de una forma particularmente atractiva. Varias manos se acercaron a ella para acariciarla y hacerle cosquillas, en medio de exclamaciones jubilosas.

La situación cambió. Cloris era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que a sus compañeras les había influido el hecho de vernos como familia; separarnos le hubiera causado más daño que otra cosa.

—Ha sido estupendo tenerte aquí, pero será mejor que te vayas a casa, Marco.

Cloris nos acompañó hasta la puerta. Hizo todo lo que pudo para empeorar aún más la situación.

—Bueno, al menos veo que hace buenos bebés. —Ello implicaba que Helena era tan sólo mi yegua reproductora.

Ninguno de los dos mordió el anzuelo—. Espero no haberte causado demasiados problemas, Marco, cariño —dijo dulcemente.

—Siempre fuiste un problema.

—Y tú siempre fuiste...

—¿Qué?

—Bueno... ya te lo diré la próxima vez que estemos solos. —A Helena le hervía la sangre, tal como ella pretendía—. Y ahora vete, cariño... —dijo Cloris articulando maliciosamente con los labios—. No seas demasiado dura con él, Helena, querida. Los hombres sólo son fieles a sus instintos, ya sabes.

Entonces, Helena Justina se esforzó todo cuanto pudo. De pie, en medio de la calle, dijo:

—Claro que sí. —Sonrió. Lo dijo con cortesía. Demostró así el poder de su educación—. Eso fue lo que lo trajo a mí.

Albia se había inclinado para desatar a *Nux*, a la que habían dejado fuera amarrada a un poste de madera. Me lanzó una mirada asustada y luego dejó que la

perra la arrastrara un buen trecho por delante de nosotros.

—Gracias por el rescate.

—¡Me dijeron que te habían secuestrado! —replicó Helena—. Si me hubieran dicho que te habías convertido en un complaciente juguete sexual no me hubiese entrometido.

—Cálmate.

—¿Quién era ésa exactamente, Marco, cariño?

—Una gladiadora que atrae mucho público llamada Amazonia. —Confesé—. En su profesión anterior era una funámbula del circo.

—¡Ah, es ella!

Siempre he tenido buen gusto —gruñí—. Por eso di contigo.

Helena Justina, empleando a fondo su educación, me hizo saber que no estaba muy convencida.

Me sentía como un hombre que acaba de tomar una decisión. Por alguna razón, eso siempre deprime.

No era de extrañar que me sintiera abatido. Llevaba a dos niñas cansadas a través de unas calles ensombrecidas de cuyo ambiente no me fiaba, al lado de una esposa sumamente callada.

XXVI

Llevé a las pequeñas a la habitación de los niños y yo mismo las acosté en sus cunas. Aquello parecía una estratagema. No pude evitarlo. Su madre, de forma harto significativa, se desentendió.

Encontré a Helena después, tal como esperaba, sola. Estaba sentada en una silla envolvente con fingida indiferencia. Era teatro. Estaba esperando que llegara y la encontrara. Yo había llevado a cabo unos apresurados preparativos. Hasta me bañé rápidamente; nunca discutas con una mujer si sabes que ella se ha perfumado dulcemente con canela y tú apestas. Para que mi aseo no pareciera demasiado calculado, salí entonces corriendo a buscarla descalzo y despeinado. El amante impaciente con su atractivo aspecto descuidado: aquella noche tendría que aplicar mis tácticas más sutiles.

Me agaché junto a un diván y me quedé derecho, con el codo apoyado en el reposabrazos del extremo.

—¿Quieres que te cuente cómo me ha ido el día?

Lo hice de forma escueta. Me atuve a los hechos. Poco después de empezar, cuando describía cómo me llevé a Albia, Helena interrumpió:

—Ni siquiera me consultaste.

—En eso me equivoqué.

—Eres el hombre de la casa —comentó ella con sarcasmo.

Seguí adelante con la historia. Ella escuchó, pero no me miró en ningún momento.

—Entonces fue cuando las chicas gladiadoras me tomaron bajo su custodia por la fuerza. El resto ya lo sabes.

Me senté, agotado. Daba gusto estar recién lavado y con una túnica limpia. También era peligroso, aquél no era momento de relajarse y quedarse dormido. Casi sería mejor que me desmayara en pleno acto sexual. Un tema en el que el cansancio no me impedía pensar... pero un placer que no iba a obtener aquella noche.

Cuando por fin Helena levantó la vista yo le devolví una mirada tranquila. El amor que había en mi expresión era natural, ella tenía que creerlo. Yo nunca había conocido a nadie como ella. Estudié su rostro, todos aquellos conocidos rasgos desde la muy prominente barbilla hasta las pobladas y fruncidas cejas. Tras llegar a casa se había vuelto a peinar rápidamente; eso lo supe por la nueva disposición de las nudosas horquillas de hueso. Vio que me daba cuenta de ello y quiso odiarme por ser tan observador. También se había cambiado los pendientes. Los colgantes de lapislázuli siempre le hacían daño en las orejas; en aquellos momentos llevaba unos más pequeños, de oro.

—¿Y tú quieres que te cuente cómo me ha ido a mí el día? —Luchadora como

siempre, Helena me desafió.

—Me encantaría.

—No voy a darte la lata con la tediosa rutina de obligaciones de la mañana y la tarde. —Gracias a Júpiter por eso.

—Siempre tengo gran curiosidad por tu amplio círculo social, Helena —le reproché con delicadeza.

—Eso no parece propio de ti.

—No, parece propio de un asno pomposo —dije—. Pero tú tampoco eres tú misma. Imagino que tienes cosas que contarme.

Helena tenía muchísimas ganas de lanzarme un cojín, pero observó su dignidad. Mantenía sus largas manos enlazadas con firmeza en su regazo para contenerse.

—¿Has averiguado qué estaban haciendo esas mujeres en la calle cuando te separaron de la pelea con la encargada del burdel? ¿O estabas demasiado atareado tonteando con Cloris para formular una pregunta útil?

Noté que los dientes se me apretaban.

—¿Acaso le has preguntado tú?

—Logré hacer algunas indagaciones mientras soportaba su compañía. —La verdad es que no dijo en tono glacial: «mientras tú retozabas en el nido de amor»—. Hay un hombre de negocios que está tratando de hacerse cargo del grupo. Las está avasallando y eso a ellas no les hace ninguna gracia. Trabajan sin necesidad de un representante y no quieren darle tajada a nadie.

Me pregunté si se trataba del gángster que Petronio estaba buscando.

—¿Cómo se llama?

—No lo pregunté. Lo único que quiere es explotarlas. Saben que también dirige algunos burdeles —me explicó Helena—. De manera que cuando intentaste ayudar a escapar a Albia ellas intervinieron. ¡Me dijeron que las necesitabas!

—Eso es una burla de mal gusto, tanto por tu parte como por la suya.

Helena Justina siempre había sido una persona justa. Se quedó callada un momento y luego asintió: —Albia me dijo que la vieja era horrible.

—Cierto.

—Albia está muy afectada por lo ocurrido. Aún tengo que lograr que me cuente toda la historia.

Se hizo el silencio. Antes Helena hubiera comprobado si estaba herido, examinándome por si tenía sangre o magulladuras. Aquel día no había ninguna posibilidad.

—¿Tienes algo más que contarme, flor?

Ella consiguió no exclamar ¡no me llames así! En lugar de eso, fingió no enterarse.

—¿Por qué trajiste a las niñas?

—No volvías a casa. Todas salimos a buscarte. —Nunca expresaba su pánico. Antes que mencionárselo a cualquiera de la residencia, prefería recorrer las calles ella misma. Cuando se encontró con Albia y supo que yo tenía problemas, debió de agarrar a las niñas y echar a correr.

—Estás loca, amor. La próxima vez habla con tu tío y hazlo como es debido.

—Aún permanecían ocupados a la hora de la cena. Nos visitó un grupo fascinante. —Aguardé para oír más—. Norbano vino otra vez, sin duda para revolotear alrededor de Maya. Creo que todos esperaban que ocurriera eso. Maya pareció bastante trastornada pero se lo tomó con buenos modales. Él se comporta como una persona muy agradable.

—Yo hago una distinción —observé secamente— entre cuando dices que alguien es agradable y cuando expresas que sólo lo parece.

—Norbano da la impresión de ser sincero —dijo Helena.

Si está interesado en Maya, espero que lo sea. Pero siempre cabe la posibilidad de que sea él el pez gordo que Petronio está persiguiendo.

Helena estaba entonces demasiado intrigada para pelear: —A mí me parece que Norbano es demasiado transparente. «Buscar oportunidades inmobiliarias», como dice que hace él, es como decir a gritos que he aquí un hombre que podría ser un chantajista. Si así fuera, disimularía su interés.

—Eso es lo que tú crees. Pero a esta clase de individuos les gusta dejarse ver en las recepciones de las más altas esferas. Rondan por los círculos legales y se engañan a ellos mismos creyendo que se han salido con la suya. Bueno, muy a menudo lo hacen.

—Ahí es donde conocen a personas influyentes —dijo Helena.

—¡Y a mujeres importantes! No todos ellos se pegan a chicas de gánsters con cabellos brillantes y fanegas de joyas. Algunos anhelan mujeres con fortuna y espléndido linaje. Las mujeres parecen buscárselo. Cuanto más gloriosa es la reputación que sus antepasados se esforzaron por conseguir, más rápido se malgasta. Si el emperador tuviera una hija viva, sería una buena presa.

—¡Me gustaría ver a Vespasiano ocuparse de ello! —Helena lo admiraba bastante. Me pareció que podría resultar un pésimo panorama.

—¿Quién más vino para presentarse a Frontino y al tío Gayo esta estupenda noche?

—Más importadores preguntándose si deberían haberse puesto toga... y un abogado con la esperanza de conseguir nuevos clientes.

—Si ahora Britania atrae a letrados sin escrúpulos, todo ha terminado. La civilización ha llegado... con su sufrimiento y sus costes.

—Él podría ser el delincuente —insistió Helena.

—Podría serlo, en efecto. ¿Tenía anillos hechos con pepitas de oro macizas?

¿Llevaba con él a unos hombres corpulentos con garrotes para que lo protegieran?
¿Cómo se llama?

—Popilio.

—Tengo que echarle una ojeada.

—¿No es trabajo para Petronio?

—¿Por qué tiene que ser él el único que se divierta? Si creo que este cortesano promete, entonces le daré un empujón a Petro en la dirección correcta.

—Tú sabes más que nadie.

—No seas así.

Parecía que no había nada más que decir. Confesé que estaba sumamente cansado y que debía irme a la cama. Aunque a primera vista hubiéramos hablado con normalidad, Helena no dio muestras de que fuera a venir conmigo.

Al llegar a la puerta, me di la vuelta y dije en voz baja:

—Nunca he hablado con nadie de la forma en que lo hago contigo. —Helena no dijo nada. Lo había empeorado todo—. No hice nada malo. Lamento que creas lo contrario.

Bien sabía yo cómo se había sentido ella. Fue entonces cuando finalmente empezó a demostrarlo.

—Bueno, Falco, la cuestión es que ambos sabemos que podrías haberlo hecho.

No pude decir nada. El asunto se había resuelto con su presencia. Pero si Helena no hubiese intervenido... ¿quién sabe?

Solo en la cama, me pasé horas sin poder dormir. Al final me desperté como atontado de un sueño ligero y me cercioré de que Helena hubiera entrado con sigilo en la habitación. Había ocupado una apartada silla en silencio. Aunque el asiento contaba con un escabel, la tenue luz que entraba por los postigos abiertos me dejó ver que ella estaba encorvada, abrazándose las rodillas. Para entonces ya debía de haberse dado cuenta de lo incómodo que era, pero cuando mi respiración cambió, ella dejó de moverse de forma inquieta.

Era bueno que estuviera allí. Pero era inevitable. Nos encontrábamos en la casa de otra persona. Había un montón de habitaciones a las que mudarse si te peleabas con tu marido, pero también había montones de esclavos chismosos haciendo incursiones por todas partes. A Helena le daría vergüenza que alguien se enterara de nuestra situación actual.

—Ven aquí. —Mi voz sonó más disgustada de lo que pretendía. No hubo respuesta. ¿Me sorprendía? Para la siguiente tentativa elegí mejor el tono—: Ven a la cama, amor... Si no tendré que ir a buscarte.

Eso no iba a aceptarlo. Lentamente se acercó arrastrando los pies y se metió en la cama. Aliviado, me quedé dormido un momento. Por fortuna me desperté enseguida.

—Acurrúcate conmigo.

—No —dijo ella, por orgullo.

Con un gruñido, me puse de lado y la abracé, apretándola contra mi corazón.

—Todo esto es por nada, amor.

Los hombres podrían alegar que semejantes situaciones siempre son por nada. Las mujeres dirían que las discusiones por nada son, en realidad, por todo.

Así que allí estábamos, tumbados, Helena aún rígida y resistiéndose. Hasta cierto punto tenía razón. Incluso entonces, cuando la arrullaba para que no sufriera, yo estaba pensando en otra mujer...; de modo que en cierto sentido la traicioné. Pero, ¿cómo no iba a acordarme? Cloris y yo nos habíamos entregado demasiado tiempo a la lujuria y el asunto había terminado mal, todo ello antes de que yo pudiera imaginarme siquiera conocer a alguien como Helena. Si entonces no hubiese dado la casualidad de que fui a Britania estando Helena Justina allí, ella y yo nunca nos habríamos conocido.

Yo era un hombre. Cuando me encontraba con una antigua novia me ponía tierno y nostálgico (¿las mujeres no lo hacen?). Pero era a Helena a quien tenía entre mis brazos esa noche y no tenía ningún deseo de que eso cambiara.

Al final dejé de recordar los viejos tiempos. Antes de sumergirme en el sueño, pensé con cariño en una mujer durante un ratito más. En esa ocasión, si traicioné a alguien, no fue a Helena.

XXVII

Por la mañana, el espíritu combativo seguía estando con nosotros como pesada borra mojada. Helena se levantó sola, se aseó con premura y desayunó en nuestra habitación. Lo hizo para evitar preguntas indiscretas en el bufé común. No me ofreció nada, pero dejó bastante en la bandeja por si lo quería. Enfurruñado, opté por bajar al comedor.

Por supuesto, Maya se había enterado del incidente con Cloris. Estaba en buena forma.

—Siempre he pensado que se trata de una arpía malvada. Y ahora trabaja en la arena..., es una vergüenza. ¿Vas a dejar que una mujer como esa amenace todo lo que has conseguido? ¿Qué te parecería, Marco, si Helena Justina se divorciara de ti?

—¡Es una pregunta estúpida! —La bandeja privada del piso de arriba se volvió cada vez más atrayente; demasiado tarde. Cogí un panecillo de un cesto y le hincé el diente.

No íbamos hacia el divorcio ni mucho menos. Bueno, todo lo que Helena y yo habíamos hecho para considerarnos casados fue decidir vivir juntos; para ponerle fin, lo único que ella tenía que hacer era dejarme. La ley romana es generosamente razonable en cuanto a esas cuestiones. Injustificadamente razonable, diría más de uno de mis clientes.

Mi hermana sonrió con aire de superioridad.

—Creía que nos habíamos quitado de encima a esa intrigante hacía años. No le digas a madre que la has visto.

—A ver si lo entiendes. Cloris es agua pasada, Maya. ¡Dejaré que seas tú quien le dé la noticia a mamá sobre tu muy obsequioso y nuevo pretendiente, el amante de la música!

—Me ha invitado a su villa, río abajo.

—¡Qué feo método de conquista!

—Tal vez vaya.

—Pues puede ser que te arrepientas.

Helena entró al comedor, elegante y lista para la acción. No cruzó ni una sola mirada con Maya; hay mujeres que se sumen en la reflexión con sus amigas cuando están afligidas, pero Helena rechazaba la conspiración femenina. Por eso me gustaba. Venía a mí con sus problemas: incluso cuando yo mismo era el problema.

—He estado pensando, Marco. Tendrías que hablar con Albia acerca de la muerte de Verovolco. Siempre estaba rondando por los bares, tal vez haya visto algo.

—Buena idea...

—Yo también vendré.

Sabía cuándo tenía que aceptar la ayuda matrimonial.

—Eso estará muy bien.

—No te engañes —dijo ella, sincera como siempre—. Voy a vigilar en qué andas metido.

Hice el peculiar y encantador gesto de levantar una ceja en plan jugueteón.

—¿Todo el día?

—Todo el día —confirmó ella con sobriedad.

Sonreí y me volví hacia Maya.

—A propósito, ayer vi a Petro.

—Qué suerte.

Noté que Helena pensó que lo que acababa de conseguir era aumentar la probabilidad de que mi hermana bajara flotando por el río Támesis en busca de pastelitos y fuertes oleadas de seducción en villa Norbano.

Entonces me di cuenta de que el hijo de Maya, Mario, había estado sentado bajo una mesa auxiliar dándole de comer a su perro.

¿Dónde estaba el mío?

—Dejé a *Nux* con Albia para que la consolara anoche —dijo Helena.

—Me lees el pensamiento, Helena. Será mejor que lo afrontemos. Pensamos igual: somos una pareja.

—¡Oh, eso ya me lo conozco! —bramó ella. Causó consternación entre los esclavos que fregaban el suelo del pasillo. Logré darle un buen puntapié al cubo de agua cuando pasamos andando junto a ellos—. Marco..., trata de decidir qué quieres en la vida para que así todos podamos seguir adelante.

Me paré en seco y la hice girar para que me mirara a la cara. El húmedo suelo embaldosado la hizo patinar ligeramente y tuve que agarrarla con fuerza.

—Me secuestraron. No pasó nada. No malgastes tus fuerzas preguntándote qué podría haber hecho. Estoy aquí.

Helena puso mala cara.

—Eso es fácil de decir cuando estás aquí a salvo. ¿Qué pasa cuando desapareces en los antros y barrios bajos?

—Has de confiar en mí.

—Confiar en ti es bastante cansado, Marco.

Sí, la veía agotada. Tenía dos hijas pequeñas, una de las cuales todavía tomaba el pecho. Nuestro intento de contratar a una niñera nos había causado más problemas que no tener ninguna. Pudo tomarse un respiro allí, en casa de su tía, que contaba con un práctico servicio doméstico, pero bien sabía —de hecho yo también lo sabía— que pronto volveríamos a nuestro hogar en Roma. Nuestras hijas, que exigían una atención constante, volverían a ser todas nuestras de nuevo, pues cuando yo salía a trabajar tenía que cuidar de ellas sola. Si alguna vez me ocurriera algo, Julia y Favonia quedarían exclusivamente bajo su responsabilidad. Nuestras respectivas

madres la ayudaban, mientras creaban más tensión discutiendo la una con la otra. En última instancia Helena pasaba mucho tiempo sola, preguntándose dónde andaba yo y en qué clase de peligro estaría metido.

Helena era una persona con mucha experiencia. Sabía que cualquier hombre podía apartarse del buen camino. Al ver a Cloris debió de pensar que mi día había llegado.

Sí, admití que debió de parecer como si yo también pensara lo mismo. Dificilmente podía culpar a Helena. ¿Cómo iba yo a prever que M. Didio Falco, un muchacho de triste fama en la metrópolis, acabaría siendo un buen chico?

Albia trataba por todos los medios de pasar desapercibida. No penséis que el hecho de rescatarla de la brutal mazmorra había servido para que la chica quedara agradecida. Durante esa etapa de mi vida de la que nunca hablaba, yo había sido explorador en el ejército. En los contactos directos con el enemigo —el enemigo, entonces, eran las tribus—, había tenido algunos tratos con el elemento de cara de haba de la sociedad britana. Aquella chusma del «no sé, no he oído hablar de ello y no he visto nada» era tan activa allí como en los delictivos barrios bajos al pie del Esquilino, en Roma, y el hecho de ser un pueblo conquistado les otorgaba a los britanos una escasa o nula disposición para la ayuda. Como rutina, hacían la vida difícil a cualquier romano, a menudo de manera muy sutil. Albia había asimilado todo aquello.

—Albia, tú y yo tenemos que hablar. —Mientras yo abordaba a la muchacha, Helena echaba a los críos. Se habían apiñado defensivamente alrededor de su recuperada amiga; yo tenía la esperanza de que aquellos inocentes no supieran nada de su aventura con la red de prostitución. *Nux*, convencida como siempre de que era la alegría de mi corazón, se apartó de Albia y se abalanzó sobre mí. Yo había cometido el error de sentarme. Trataba de ofrecer un aspecto conciliador. Cuando la perra vio que estaba accesible, saltó directamente sobre mí.

Una cálida lengua se puso a lamer unas ranuras anatómicas que tal vez necesitaran un lavado.

Albia no dijo nada.

—No pongas esa cara de asustada. —Fue malgastar saliva. La chiquilla se puso en cuclillas sobre un taburete, inexpresiva—. Basta ya, *Nux*... ¡Baja, perra tonta! Albia, la otra noche... —Daba la sensación de que hubieran pasado dos semanas, aunque sólo habían sido cuatro días—. Mataron a un hombre. Ocurrió en la Lluvia de Oro. Lo empujaron a un pozo, boca abajo. Se ahogó.

Albia seguía mirándome con la mirada dolida y vacía de los indigentes. Su rostro parecía más pálido que nunca y su espíritu aún más abatido.

—Aquí estás a salvo —le dijo Helena. *Nux* me abandonó, corrió hacia Helena y subió a su regazo. Helena dominó a la perra con la misma competencia de que se

servía para controlar a nuestras hijas—. Albia, cuéntale a Didio Falco si viste algo la otra noche.

—No. —¿Que no vio nada, o que no iba a contarlo?

Nux nos iba mirando a uno y a otro, intrigada.

—¿Estabas en la Lluvia de Oro o en algún lugar cercano aquella noche? —repetí.

—No. —Era inútil. Estaba intentando pescar con red la luz de la luna.

Cuanto más lo negaba, más dudaba yo de su palabra. Aunque las personas desesperadas no dijeran mentiras, ocultaban información. Pero si podían salirse con la suya, entonces mentían. La verdad era el poder. Poseerla les proporcionaba un último atisbo de esperanza. Contarla los dejaba expuestos por completo.

—¡Albia! —Incluso Helena intervino de modo cortante—. Nadie te hará daño si hablas. Falco arrestará a las personas que lo hicieron.

—Yo no estaba allí.

Aunque Albia era muy poco comunicativa, una cosa sí que noté: estaba absolutamente aterrorizada.

—Pues bien, no ha servido de nada. —Traté de no regodearme.

—Estoy muy enojada con ella. —Al menos Helena no me echó la culpa a mí—. Albia es una chiquilla estúpida.

—Sólo está asustada. Ha estado asustada toda su vida.

—¡Bueno! ¿Y acaso no lo hemos estado todos? —Viniendo de Helena Justina, eso fue una sorpresa. Me la quedé mirando fijamente. Ella fingió no haberlo dicho.

—¿Ahora puedo salir a jugar? —pregunté quejumbrosamente.

—Hay cosas que hacer, Marco.

—¿Qué cosa, querida?

—Echar un vistazo al abogado, pongamos por caso.

—¿A tu amigo Popilio? —Esperé en vano los halagos por haber recordado cómo se llamaba.

—No siento amistad por él, y no es mío.

—Bien. Puedo aguantar muchas cosas —bromeé—, pero no que te escapes con un letrado, ¡y no hay más de que hablar! ¿me oyes?

—¿En serio? —preguntó en tono desenfadado.

—Claro que sí. —Fruncí el ceño—. Cariño, sabes que no soporto a los abogados.

El día estaba mejorando. Era de suponer que Popilio fuese muy hábil (¿no lo son todos en su ámbito de trabajo?), pero yo lo pillé in fraganti justo cuando lo desplumaban.

Helena tuvo que dejarme salir para celebrar aquella entrevista. No obstante, vino conmigo. Esperé pacientemente a que primero le diera de comer a Favonia, cosa que me proporcionó la oportunidad de hacer comentarios despectivos referentes al deseo de que mis hijas llevaran una tranquila vida doméstica, y no se vieran arrastradas a

lugares nada apropiados como les había sucedido la noche anterior. Eso le permitió a Helena decir que, en ese caso, lo que ella deseaba era que yo les diera un buen ejemplo. Pinchándonos de ese modo, aunque sin malicia, salimos a toda prisa una mañana que aún era agradable y cálida hacia una pequeña casa alquilada en la que el abogado había establecido su negocio. A pesar de un llamativo letrero escrito con tiza en el exterior, y que prometía las mejores acusaciones al norte de los Alpes así como unos discursos de defensa diplomáticos y ordinarios, los clientes aún tenían que aprovecharse de los servicios que ofrecía. Busqué un aviso en el que pusiera que no se cobraba si no se ganaba, pero por supuesto no lo encontré.

Popilio se hallaba sentado tomando el sol en un patio donde aguardaba a todas aquellas personas que pidieran una exorbitante compensación por algún agravio. Mientras se hallaba sin nada que hacer, un empresario britano lo había encontrado. Un aspirante, de aspecto tímido, había entrado paseando desde la calle. El cabello le crecía en mechones, tenía unas piernas cortas y muy separadas y había expuesto una gran bandeja plana llena de alhajas de azabache tallado y otras bagatelas.

Había más vendedores de azabache como aquél que pulgas en un gato; siempre los hubo. En realidad los soldados de las legiones, cuando querían regalos para sus novias, se llevaban la mercancía de mejor calidad mientras se encontraban en la frontera. En muchas zonas del sur de Britania existían tantas posibilidades de comprar el auténtico material negro lavado con agua de mar, procedente de Brigantia, como de encontrar auténticos escarabajos de turquesa junto a las pirámides de Alejandría.

Me gustó la labia de aquel vendedor. Reconoció que había falsificadores en el oficio. Su impertinente premisa era que las mejores imitaciones eran tan buenas que valía la pena comprarlas por derecho propio. Le estaba prometiendo al abogado dejarle acaparar el mercado con la esperanza de que más adelante, cuando el material falsificado se convirtiera descaradamente en objeto de demanda, haría un gran negocio.

Helena y yo observamos con calma. Mientras Popilio iba a buscar el dinero para pagar su tesoro, nos colocamos bajo lo que podría haber sido una higuera de haber estado en el Mediterráneo. Allí era un arbusto desconocido. Alguien parecía ser consciente del concepto de patios umbríos con frescas pérgolas, aunque si mirabas con más detenimiento, el patio lo habían utilizado recientemente para guardar animales de tiro. Debían de haberlo limpiado un poco para el abogado cuando quiso alquilarlo.

El vendedor de azabache hizo un leve intento por despertar nuestro interés, indicando que debería comprarle alguna chuchería a Helena. Comprendió su error. Ella misma lo rechazó. Yo le hice un gesto con la mano para que se fuera, con más delicadeza.

—Lo siento, chico; he olvidado el monedero en el dormitorio. —Supo que me estaba burlando, pero se marchó andando tranquilamente con los beneficios que había obtenido del abogado.

Popilio era un tipo muy cuidado, de cabello color rubio rojizo. Treinta y pico de años, quizá. No demasiado joven para ostentar el rango profesional, pero daba la impresión de tener energía y ambición además de una cínica codicia con los honorarios. Hablaba con voz suave, propia de la flor y nata, que era difícil de ubicar. Yo diría que hacía muy poco tiempo que se había convertido en un hombre nuevo, tal vez con unos abuelos que lograron ascender a la clase media, provincianos incluso. Unos parientes lo bastante cercanos como para que, de niño, Popilio hubiese escuchado sus historias sobre la vida en el campo y quedara lo bastante hechizado para enfrentarse solo a una provincia remota. O eso, o se había fugado con los fondos de un cliente y había tenido que abandonar Roma a toda prisa.

—Éste es mi marido, Didio Falco —dijo Helena—. Te hablé de él anoche. —No me dijo que habían hablado de mí. Entonces me quedé atascado al no saber el papel que ella me habría asignado. Sonreí con timidez.

—Buenas, Falco. —Menos mal, Popilio no recordaba su charla con Helena durante la cena. Trataba por todos los medios de acordarse de quién era yo y a qué me dedicaba, aunque de Helena sí que se acordaba. Los celos son un arma de doble filo: esperé que no la recordara demasiado bien. Los abogados andan detrás de las mujeres con el mismo entusiasmo con el que beben. Yo lo sabía; había conocido a muchos en mi trabajo.

Hablamos un poco sobre lo que Popilio esperaba conseguir en Britania. Sugerí que fuera a la caza de esclavos y que demandara a la gente para que devolviera a los fugitivos, o por sentirse tentada de quedarse con las propiedades de otra persona. Él creía que la sociedad britana tenía una orientación no tan esclavista como para reportar un buen negocio de ese tipo. Hay esclavos condenados a trabajos forzados; trabajan duro hasta que se mueren, en lugares remotos. En el ámbito doméstico, si en una casa disponen de un par de insignificantes trabajadores para la cocina, ya es mucho. Los tratan demasiado bien, pues acaban casándose con el amo o la señora. No existe ningún aliciente en escapar, y hasta parece ser que los vecinos no abusan de ellos muchas veces.

—¡Ya sé! Lo que necesitas son grandes propiedades en las que la mano de obra sea dinero; si un tipo se pierde, eso representa una pérdida comercial.

—¡Mejor aún, podría exigir una indemnización por los caros contables griegos, los masajistas y los músicos! —Popilio se rió.

—Entonces, ¿has estudiado las posibilidades? —pregunté.

—Sólo estaba bromeando —mintió—. Mi misión es dotar a la provincia de un servicio legal de primera clase. Quiero dedicarme a ofrecer asistencia individual en el

ámbito comercial y marítimo.

Le dije que eso era digno de elogio. No parecía estar acostumbrado a la ironía.

—Perdona, Falco, no recuerdo lo que tu esposa me dijo que hacías.

A veces paso de marcarme un farol.

—Trabajo para el gobierno. Estoy investigando una muerte sospechosa que parece estar relacionada con unos gánsters.

Popilio alzó sus cejas ligeramente coloreadas.

—¿No habrás venido a visitarme por eso? —Si se hacía el ofendido era porque empezaba a calcular lo agraviado que tenía intención de estar desde un punto de vista económico.

—Observo a todo el mundo —le aseguré con delicadeza—. ¡Siento mucho desilusionarte, pero si te elimino de mi investigación no podrás cobrar honorarios por calumnias!

Popilio me dirigió una indiferente mirada de advertencia.

—No me molesto con las demandas por difamación, Falco.

Eso implicaba que si lo molestaba de verdad acabaría conmigo de una manera mucho más expeditiva.

Sonreí.

—¿Cuánto tiempo llevas en la provincia?

—Tan sólo un par de días. —No era tiempo suficiente para que fuera sospechoso... en caso de que fuera cierto.

—¿Alguna vez fuiste a parar a un antro donde sirven bebidas llamado La Lluvia de Oro?

—Nunca. Yo prefiero entretenerme solo en casa, con un ánfora de vino añejo.

—Muy sensato —dije—. Puedes adquirir una buena variedad de italianos, incluso aquí tan al norte. Deja que se asiente bien. Luego lo pasas por un colador de vino dos o tres veces... y lo tiras al sumidero. Los vinos de mesa de Germania y la Galia parecen soportar mejor la marcha de entrenamiento.

—Gracias por el consejo —replicó.

—No hay de qué —contesté.

No tenía sentido quedarnos allí sólo para hablar sobre sus hábitos gustativos. Los abogados son unos esnobs. Seguro que era partidario de cosechas más caras que las que a mí me parecía que merecían la pena de ser consumidas en casa con un salmonete frito. Los grandes vinos del Imperio no tenían posibilidad de viajar hasta Britania en condiciones, pero deduje que costaría mucho disolver sus prejuicios.

No vi indicios de que hubiera algún compañero viviendo allí con él, y si acababa de llegar, ¿qué nuevos amigos podía haber hecho? De manera que el quid de la cuestión era: cuando Popilio servía el precioso zumo de uva por las noches, ¿quién lo compartía con él?

Nos marchamos, ni mejor ni peor informados que al llegar. Fuimos andando despacio de vuelta a la residencia. Tanto Helena como yo íbamos reflexionando sobre el tipo de persona que aparentaba ser aquel abogado y cuál era su verdadero carácter. Yo no prestaba mucha atención a cuanto nos rodeaba y menos aún a los transeúntes.

Pero allí me encontraba, cuando una voz familiar me siseó desde un portal:

—¡Marco, cariño, ven aquí! Tengo que hablar contigo.

¡Cloris!

XXVIII

Estaba apoyada en el marco de una puerta como si llevara mucho tiempo allí, esperándome.

—¡Por los dioses del Olimpo, qué susto me has dado, desalmada! ¿Estás vigilando la casa del abogado?

—¿Qué abogado? Te estaba buscando, cariño.

Cloris hizo caso omiso de Helena. La mirada de esta última estaba fija en mí.

—¿De qué se trata, Cloris?

—Del britano del pozo.

Cualquier otra cosa podría haberla ignorado. Pero aquello tenía que investigarlo. Me volví hacia Helena, dejando la decisión en sus manos. Ella se encogió de hombros con enojo y dejó que me las compusiera. Cuando se fue sola dando grandes zancadas, un tonto habría interpretado su marcha como un signo de confianza. Yo no.

Cloris puso cara de estar satisfecha consigo misma.

—¡Fue fácil!

—Te equivocas. Date prisa.

—No podemos hablar en medio de la calle.

—Pues busquemos un bar.

—Mi casa está cerca de aquí.

Muy cerca no estaba.

—Iremos a un bar —dije lacónicamente.

Fuimos andando hasta un figón, bastante pulcro y ordenado, llamado La Cuna en el Árbol. Me dieron los habituales y poco apetitosos tentempiés fríos.

Nos sentamos en un banco de la calle. Nos encontrábamos a un buen trecho de los muelles; me pareció, pues, más probable estar fuera del territorio de los extorsionadores. Aún así, de manera instintiva comprobé que el propietario no estuviera apoyado en el mostrador que había por encima de nosotros, escuchando. Se había metido dentro.

—Pareces cansado —comentó Cloris, que ofrecía un aspecto inmaculado. Los artistas de la arena estaban en forma y sabían cómo presentarse—. ¿Tu altanera diosa es una calentona? Toda la noche arrugando las sábanas, ¿no es verdad?

—Empieza a hablar de una vez, Cloris.

—Ésta no es manera de dirigirse a una testigo.

—¿Testigo de qué?

—Del escenario de la muerte.

—¿Ah, sí? Mira, no me tomes el pelo sobre este tema.

—Das por sentado que no sé nada —se quejó. Tal vez estuviera perjudicándome por no prestarle suficiente atención. Sí, quizá fuera eso lo que estaba haciendo.

—De acuerdo. —Iba a hacerlo de la forma más adecuada—. Estoy investigando la muerte de un britano llamado Verovolco que vino de visita a Londinium, procedente de una tribu de la costa sur. Hace cuatro días se descubrió su cadáver con la cabeza metida en el pozo de una sucia caseta de las que sirven aguamiel y que está más abajo, en dirección al río. Parece ser que le robaron. Podría ser que la cosa no terminara ahí. Así, pues, dime, Cloris, ¿sabes algo que pueda ayudarme a encontrar a sus asesinos?

—¿Qué te parece: sé quién lo hizo?

—¿Quién?

—Hazme preguntas. Soy una testigo.

—A este paso lo que vas a ser es sospechosa... y el interrogatorio lo efectuará el siniestro escuadrón de tortura del gobernador.

—No voy a hablar con ellos.

Abrí la boca para decir que todo el mundo hablaba con los *quaestiones*. Entonces me detuve. No fanfarroneaba.

—Podrían matarme incluso —dijo Cloris con desdén—, pero lo único que les diría sería ¡que os jodan!.

—Encantador. En ese caso, no hay duda de que te matarían... Dime, pues, ¿dónde estabas aquella noche?

—Muy cerca.

—¿En el bar?

—No, pero estaba justo en el exterior mirando hacia dentro. —Había ventanas, aunque recordé que eran pequeñas y con barrotes.

—¿Qué te llevó hasta allí?

—Iba siguiendo a un hombre que nos había estado molestando.

—¡Qué valiente el tío! ¿Su nombre?

—Eso era algo que esperaba averiguar.

—Helena Justina me contó que hay un empresario que os presiona.

—No va a conseguir nada.

Suspiré pacientemente.

—Eso ya lo sé, Cloris. Pero también te conozco, mientras que él no está tan bien informado. ¡Estoy seguro de que harás que tome buena nota de su error! ¿Es romano?

—Es un hijo de puta.

—Eso ya lo deduje... O me ayudas o te callas. Si lo único que quieres es atormentarme, me voy.

Sonrió.

—Te ayudaré. Lo de atormentarte viene después.

—¡Oh, por favor! Sigamos.

Cloris se lamió los dedos para limpiárselos y miró hacia el cielo azul.

—Diré algo a favor de su esposa: ¡sabe cómo mantenerlo clavado al lecho conyugal! —Yo no dije nada. Mi comida permanecía intacta a mi lado, en el banco. En semejante compañía no iba a tocar el pan liso relleno... ni cualquier otra cosa, por cierto; sentía una marcada falta de apetito. Cloris continuó hablando, con el mismo recato con el que lo hacía todo—: Ese gran apostante (así, al menos, se considera él mismo) estuvo en nuestra casa dándonos la lata otra vez para que dejásemos que nos dirigiera. Lo echamos y luego yo salí tras él sin que me viera. Lo seguí por media ciudad hasta ese lugar de mala muerte, La Lluvia de Oro. Fuera, tuvo un apagado encuentro con esos otros cabrones, Piro y Ensamblés.

—Los he visto.

—Cerdos —los declaró Cloris sin mucho entusiasmo—. Tuvieron una charla y luego entraron todos en ese antro. Me acerqué a hurtadillas. Poco después llegó el britano. Mostró interés...

—¿Por el lugar?

—No, bobo.

—¿Por ti? Ése era Verovolco. Típico de él.

—Entonces, ¿lo conocías, Marco? —pareció sorprendida.

—Lo conocía. Por eso me vi involucrado en el caso después. ¿Pudiste zafarte de él?

—No tenía ninguna posibilidad.

—¿Por qué no? Llevaba un magnífico torques. —Eso me recordó que tenía que averiguar qué había pasado con él.

—Y una magnífica y desproporcionada opinión de sí mismo. ¿Cómo podía enamorarme de él después de haber estado contigo, cariño? —Cloris soltó una sonora carcajada—. Puede que alguna vez me haya quejado de ti, querido Falco, pero resulta que estás muy bien comparado con un peludo «britúnculo», mil veces mejor.

—Gracias por nada.

—Compénsame después... Él quería entrar en La Lluvia de Oro, pero de ninguna manera podía acompañarle allí. No quería que el gran tipejo me descubriera.

—Pero da la sensación de que el britano tenía un compromiso previo.

Ella asintió con la cabeza.

—Dijo que alguien lo estaba esperando.

—¿Qué ocurrió cuando Verovolco entró?

—Durante un buen rato no mucho. De todas formas tampoco podía verlo muy bien, la ventana era demasiado pequeña. Ya había decidido abandonar y marcharme. Entonces los oí discutir.

—Escucha, ¿tú dirías que ya se conocían de antemano?

—Eso parecía. Los vi a todos sentados a la misma mesa. Tu britano había ido directamente hacia ellos; sin duda eran las personas con las que había quedado en

encontrarse.

—¿Sobre qué discutían?

—No. Pero Verovolco se estaba llevando la peor parte. Hubo mucha palabrería y luego la cosa se puso fea. Parecía como si Verovolco se pusiera bravucón, pero no estaba a la altura. Nuestro poderoso aspirante a apoderado era el que mandaba. No hizo nada, se limitó a quedarse sentado a la mesa, pero vi cómo daba la señal con la cabeza.

—¿A Piro y a Ensamblés?

—Sí. —Hizo una pausa. Cloris vivía en el estrato más brutal de la sociedad; había visto mucha envidia e ira en acción. Aun así, se estremeció al hablar del asesinato—. Piro y Ensamblés agarraron al britano. Parecía como si lo hubiesen planeado. Cuando su jefe dio la señal lo levantaron de inmediato, le dieron la vuelta y se lo llevaron a rastras hacia la parte de atrás. Tendría que haber sabido que no podía fiarse de ese grupo, pero no tuvo ninguna posibilidad.

—Por supuesto no viste lo que ocurrió fuera, en el patio.

—No me hizo falta. Lo metieron en el pozo y lo dejaron allí. Al día siguiente todo el mundo se había enterado... De todos modos, vi la forma en que se reían cuando volvieron a entrar en el bar.

—¿Quién se llevó el torques?

—Piro, supongo. Es el encargado de recoger el botín.

—¿Pero no estás segura?

—No, no lo vi con claridad.

—Pues no te pases de lista —le advertí—. Dime solamente lo que viste con tus propios ojos. ¿Qué ocurrió después?

—¿Tú qué crees que ocurrió, cariño? El bar se vació como por arte de magia. Todo el mundo conoce la reputación de Piro y Ensamblés. Salí corriendo de allí al frente de la multitud. No iba a dejar que me sorprendieran espionando a esa gente. Si no te conociera, me olvidaría de todo. ¡Sé lo que me conviene!

Me quedé sentado sin decir nada.

Cloris había asimilado mi estado de ánimo.

—Es un mal asunto.

—Todo Londinium parece estar lleno de malos asuntos.

Cloris, necesito saber más cosas de este hombre, vuestro aspirante a apoderado...

—Sabía que preguntarías.

—Lamento ser tan predecible.

—Ah, tú no cambias... —No tenía ni idea de lo que había querido decir con eso—. Es un misterio —dijo—. Surge de la nada cuando quiere enfrentarse con nosotras. No sabemos dónde se aloja, aunque sabemos que procede de Roma. Era como si llevara la palabra Roma escrita en todo su cuerpo, y no me refiero a las partes

íntimas. Ni siquiera dice nunca cómo se llama. Exige que nos pongamos bajo su dirección y deja claro que será muy desagradable si seguimos diciendo que no.

—¿Puedes describirlo?

—Es una persona insignificante.

—Eso no sirve de mucho, Cloris.

—No..., ¡podría ser cualquiera! —soltó una risita—. No me preguntes. Sólo miro a los hombres con los que podría acostarme, cariño.

—Inténtalo, por favor.

—No es nadie, Falco. Si te cruzaras con él en la Vía Flaminia no lo mirarías dos veces.

—Entonces, ¿cómo logra ese discreto cabrón que te preocupes tanto?

—Amenaza silenciosa. Pero me las va a pagar.

—Ten cuidado. Deja esto para los profesionales. Estoy aquí para dar caza a esos rufianes... y, de hecho, mi viejo amigo Petronio también.

—Bueno, me alegra mucho oírlo —masculló burlonamente Cloris.

—¿Te acuerdas de Petro?

—Me acuerdo de los dos, haciendo el oso por ahí como un par de idiotas. Sonreí, pero estaba pensando con calma.

—Cloris, ¿estarías dispuesta a hacer una declaración sobre el asesinato?

—¿Por qué no? Por ti puedo hacer de testigo.

—Te lo advierto, si nos proporcionas una confesión formal será peligroso.

—¡Bueno, tú cuidarás de mí!

Lo intentaré.

—¿Ya está, cariño? —murmuró. Sonó como una chica a la que un hombre hubiera decepcionado en la cama.

—A menos que se te ocurra alguna otra cosa que sirva de ayuda.

—No. ¿Y bien, ahora vendrás conmigo a casa?

—Ya hemos tenido nuestra conversación.

—¿Y desde cuándo es divertido conversar?

—Lo siento. Tengo otras cosas que hacer.

Ella se puso en pie, sin forzar la situación.

—¡Entonces no me inmiscuiré! En otra ocasión...

Por lo visto ahora Cloris podía encajar un rechazo. Me acordé de cuando decir no hubiera significado un reto. Pero en aquellos tiempos ella sabía que lo que yo realmente quería era que me dejaran exhausto.

Se marchó contoneándose por la acera con el paso tranquilo de una atleta entrenada. Yo seguí sentado un momento.

De pronto aparecía un testigo. Aunque no todo eran buenas noticias. Podía arrestar a Piro y a Ensamblés cuando quisiera e interrogar a ese par... Eso era lo

único que podía hacer. Si no confesaban, no habría llegado a ninguna parte.

Tenía un testigo, en efecto. Al menos había descrito lo ocurrido aquella noche. Pero nunca podría utilizar su declaración. Cloris era una gladiadora... legalmente infame. Toda información que proviniera de ella era incluso peor que la información dada por un esclavo. Aunque nos proporcionara cien declaraciones no podría comparecer ante un tribunal. Cualquier abogado competente, especialmente uno deshonesto, se lo pasaría en grande con su alegato para la defensa si alguien con una profesión tan baja como la de Cloris —y además, mujer— era nuestro único testimonio.

Me puse en pie para marcharme. El propietario debió de notar lo; apareció tras el mostrador. Me pregunté cuánto tiempo llevaría ahí, pero no tenía el aspecto de persona que hubiese oído la historia que contó Cloris.

—¿Algo más, señor? —me preguntó con deferencia.

—No, gracias. —Yo aún no había tocado la comida—. La Cuna en el Árbol —dije al tiempo que levantaba la vista hacia su cartel, en el que una cuna amarilla entre unas cuantas largas y delgadas ramitas lo corroboraba de forma desvaída—. ¡Es un nombre poco corriente para un establecimiento!

Él se limitó a sonreír y murmuró:

—Se llamaba así cuando me hice cargo del local.

Los nombres que les ponían a los figones estaban empezando a interesarme.

XXIX

Como necesitaba pensar, volví a la residencia y entré a hurtadillas. Evité las zonas de la casa donde podría encontrarme a gente y me dirigí a un salón del piso superior, el cual tenía unas puertas que daban a un largo balcón sobre el jardín. Allí me acomodé en una amplia y baja hamaca situada en la sombra. Oía el sonido de las fuentes de abajo, y de vez en cuando el piar del mediodía de los pequeños y acalorados gorriones al salpicarse en las casi vacías pilas de la fuente. Con una bebida fría podría haber sido una manera idónea de pasar la tarde. Por desgracia, de camino hacia allí, no me había hecho con nada de beber.

El día era tan cálido que podría haberme encontrado en Roma. (¡Ojalá!) Se notaba la diferencia. La atmósfera estaba demasiado cargada de polen de flores y árboles, el aroma de las rosas de agosto subía desde el jardín situado debajo de mí entre los ligeros efluvios de la campiña cercana..., sin embargo, no se percibía el perfume de los pinos. Dominaba la sensación de estar en el estuario de un gran río, con las gaviotas, que a veces graznaban mientras iban en busca de comida alrededor de los barcos amarrados. Cualquiera se daría cuenta de que Londinium era un puerto. Y se notaba que era extranjero.

La hamaca en la que estaba tendido despedía humedad de su delgado armazón. Había estado almacenada hasta que aquella ola de calor se asentó, como si la gente temiera que el buen tiempo fuera efímero. El mobiliario de jardín tenía que ser portátil en Britania; cuando salió alguien para instalarse entre los arriates de abajo oí el sonido de las patas de las sillas al ser arrastradas por la grava, cuando se trajeron el equipo y se acomodaron.

Eran Maya y Elia Camila. Hubiera entrado en casa sin que me vieran, pero oí que habían estado hablando sobre cómo encontró Maya a Petronio para comunicarle la muerte de sus hijas. Tal vez fuera eso lo que había contribuido a mejorar su relación; aquel día mi hermana y la mujer del procurador chismorreaban con más franqueza que antes. Sus voces se elevaban con claridad hasta donde yo estaba sentado. Me negué a que me remordiera la conciencia por escuchar a escondidas, deberían haber sido más discretas.

—Era un mal momento, Maya (toma un cojín, querida), no lo culpes por mostrarse brusco.

—No, no lo hago. Es sólo que da la impresión de que le resulta más fácil tratar con mis hijos que conmigo.

—Quizá debiera preocuparte que acaso la única manera en que le sea posible tratar contigo sea a través de tus hijos.

—Sí. Bueno, eso es lo que soy... ¡una madre! —La seca réplica de Maya resonó en el cerrado jardín. Su voz se apagó —Es de la única manera que todo el mundo

espera que se me trate.

—Ha hablado una noble matrona. —Sonó como si Elia Camila hubiese sonreído con tristeza—. En cuanto tenemos hijos... Claro que, para una recién casada por vez primera, al menos hay un período en el que te relacionas con el otro satisfactoriamente. Eso nunca lo pierdes del todo.

Elia Camila ya tenía entonces bastantes hijos; había por lo menos un par de gemelos. Maya debió de hacer un cálculo, porque preguntó con socarronería:

—Tu primer bebé tardó mucho en llegar, ¿verdad?

—Flavia. Sí. Esperamos unos cuantos años hasta ser bendecidos con Flavia.

—Y no supiste por qué...

—Parecía inexplicable —asintió Elia Camila. Allí ocurría algo.

—Así, pues, ¿te cercioraste de que querías tenerlos? —Mi hermana podía ser tan directa que rayaba la grosería.

Para mi sorpresa, la esposa del procurador se lo tomó bien.

—¡Maya Favonia, no me acuses de prácticas arteras! —Pareció que le hacía gracia.

—¡Pero si no lo he hecho! —Maya también se reía—. Aunque me estoy preguntando... ¿Lo sabe Gayo Flavio?

—No esperarás que te responda a eso. —Elia Camila era una mujer inteligente. Sus modales educados la hacían parecer un tanto adusta, aunque yo siempre había pensado que era sólo una fachada. Al fin y al cabo era hermana del padre de Helena, y Décimo era una persona que me caía bien. Su retraimiento también escondía una aguda inteligencia. Educada en nuestra familia, Maya poseía un don de gentes más rudimentario: entrometimiento, insultos, acusaciones, peroratas y el eterno favorito: enfurruñarse y marcharse indignada.

—¿Y qué me dices de ti?—inquirió sin rodeos la mujer del procurador—. Tu primer hijo...

—Mi primer hijo murió. —Al igual que la mayoría de madres que habían perdido a un hijo, Maya nunca lo olvidó y nunca se había recuperado por completo de ello—. Supongo que por eso me dio tanta pena la situación de Petronio... Estaba embarazada cuando me casé. Era muy joven. Demasiado joven. Me cogió desprevenida.

Se quedaron un rato en silencio. Una señal de punto y aparte en la conversación.

—Y ahora tienes cuatro y eres viuda —resumió Elia Camila—. Tus hijos no están desamparados. Creo que puedes elegir. Podrías ser independiente, conseguir tiempo para ti misma de la manera en que no pudiste hacerlo de jovencita. Eres muy atractiva, estás rodeada de hombres que quieren hacerse cargo de ti... pero, Maya, no les corresponde a ellos elegir.

—¿Plantarlos a todos quieres decir? —Maya se rió. Yo empecé a darme cuenta que tras la muerte de Famia debía de haberse sentido muy sola. Él era un inútil en

muchos sentidos, pero gozaba de una gran presencia. Desde que murió, puede que ni siquiera Helena hubiera hablado con Maya de esa forma. Tal vez mi madre le hubiera dado buenos consejos, pero ¿qué chica escucha a su madre en materia de hombres? —. Norbano es muy atento —pensó en voz alta mi hermana. Imposible saber si se alegraba de ello.

—¿Vas a visitar su villa?

—No lo he decidido.

—Podrías llevarte la embarcación fluvial de mi marido. —Maya debió de poner cara de desconcierto, porque Elia Camila añadió de forma harto significativa—: De ese modo, si quisieras marcharte, tendrías tu propio medio de transporte.

—¡Ah! Todavía no estoy segura de si ir o no, pero gracias... Ha habido otros que me han rondado. Una vez me metí en un buen lío, allí en casa. —Oí que la voz de Maya se apagaba. Se estaba refiriendo a Anácrites.

Elia Camila no dio muestras de entender que aquélla era una referencia al hecho de que Maya fue acosada por el jefe de los Servicios Secretos. Podía estar perfectamente enterada del asunto. Yo no me hacía ilusiones. Cualquier persona de mi rango que llegara a una nueva provincia iría precedida de un informe del servicio de inteligencia. Por lo que yo sabía, el mismo Anácrites había contribuido al mío. Mi hermana, al haber suscitado su afán de venganza, también debía de ser una viajera de categoría especial.

Elia Camila hablaba entonces de su marido.

—Gayo y yo tuvimos problemas en una ocasión. No digo que nos separásemos públicamente, pero fui muy desdichada durante una temporada.

—Ahora nadie lo diría —comentó Maya—. ¿Estabais muy lejos de casa?

—Sí, y yo sentía un vacío muy grande entre nosotros.

—¿Qué ocurrió?

—Lo típico... Gayo pasaba demasiado tiempo fuera.

—¿Dónde? ¿En los bares o en los Juegos?

—Bueno, yo sabía que allí no había ninguna de las dos cosas.

—¡Vaya, decía que tenía mucho trabajo! —Maya, que se reía con ganas, ya sabía de qué iba todo aquello por Famia.

—Era cierto. —Elia Camila fue leal—. Tenía que recorrer grandes distancias, en busca de yacimientos de minerales preciosos.

—¿Cómo lo solucionaste? Porque deduzco que lo solucionaste, ¿no?

—De forma drástica. Le obligué a darse cuenta de que el problema existía: le dije que quería el divorcio.

—¡Qué arriesgado! ¿Hilaris no lo aceptó?

—No. Y yo tampoco, Maya. Nuestro matrimonio había sido concertado por familiares nuestros, pero fue un acierto. Estábamos enamorados. A veces más, a

veces menos; pero se nota, ¿no? Cuando algo está bien.

—¿Qué tratas de decirme con eso, Camila?

—Pues que deberías decir lo que piensas. No puedes confiar en que un hombre afronte las cosas, ya sabes. Maya, podrías perderlo antes de empezar siquiera. Hay mucho que perder si te dejas llevar por las circunstancias, pensando que todo el mundo comprende a los demás.

Un dejo pícaro se sumó a la voz de mi hermana:

—¿Estás hablando de Norbano Murena?

Elia Camila se rió entre dientes.

—No. —dijo—. Hablo de otra persona... y tú lo sabes.

Maya no le preguntó a quién se refería.

XXX

El arpista de Norbano se unió a ellas. Su tañido hubiera ahogado el ruido de la conversación de todos modos, pero ambas dejaron de chismorrear. Estaba claro que no iban a hablar de Norbano Murena; cualquier otro varón era también un tema prohibido. Si se suponía que el concertista tenía que volver con información para su señor, aquella perspicaz pareja ya lo tenía calado. Además, les había agitado la fiesta.

Helena llegó poco después. La oí plantar una silla entre los miembros del grupo del jardín. Se podía notar su irritación al arrastrar las patas.

—¿Dónde está nuestro muchacho? —se mofó Maya inmediatamente—. ¡Creía que estabas vigilando a mi hermano todo el día!

—Se encontró con una persona amiga suya.

—¿Alguien conocido?

Helena no respondió.

Yo aguardé un poco y entonces me levanté. Los demás estaban de espaldas a mí, pero Helena levantó la vista y me vio cuando bostezaba y me balanceaba, dejando claro que hacía horas que estaba en el balcón. Tal vez se sintiera culpable por dudar de mí. Pero tal vez no.

Me dirigí a nuestra habitación y ella vino casi al instante. No se dijo nada desagradable y de inmediato le narré todo lo que Cloris me había contado.

—He conseguido un testigo, pero no la puedo utilizar. De todos modos, si hace una declaración formal, puede que con ello empuje a Frontino a efectuar algún arresto. Quizá, si se filtra la noticia de que los culpables se hallan bajo custodia, aparezcan otras personas que se sientan lo bastante seguras como para prestar testimonio.

—El rey Togidubno querrá saber el motivo de esa pelea en el bar.

—Yo también quiero saberlo. Si Piro y Ensamble fingen que mantuvieron una discusión sobre la cuenta del vino, con eso no basta. Quiero relacionar el asesinato de Verovolco con la extorsión. Entonces Frontino podrá acabar con el chanchullo.

Helena frunció el ceño.

—Frontino te apoyará, ¿no?

—Sí, pero no olvides que su primera reacción fue minimizar el problema. Tengo que probar, más allá de cualquier duda, cuanto está ocurriendo.

—¿Y Petronio está trabajando en la misma línea?

—Sí... pero Frontino no debe saberlo. Si se entera, Petro se verá metido en un buen lío.

—¡Vaya dos! —se burló—. ¿Por qué nunca podéis hacer nada de una manera sencilla?

Sonreí abiertamente.

—Ven aquí.

—No juegues conmigo, Falco. —Sonó como si estuviera lidiando con Cloris.

—No, ven aquí. —La agarré. Estaba demasiado interesada en la historia de Verovolco para oponer resistencia. La sujeté con su nariz pegada a la mía. Entonces nos hallábamos conformes el uno con el otro—. Te quiero mucho, ya lo sabes.

—No cambies de tema —dijo Helena Justina con dureza, pero para entonces ya la estaba besando.

Me tomé mi tiempo. Lector, ve y lee detenidamente un pergamino muy largo sobre filosofía durante una hora. Está clarísimo que no necesitas saber qué está ocurriendo.

Bueno, ahora ya puedes regresar. Lo que pasó fue muy satisfactorio para un hombre que había estado luchando contra los celos durante toda la noche y la mañana... pero lo que podría haber ocurrido nunca sucedió. En lugar de eso, fuimos interrumpidos por un cauteloso esclavo del procurador que llamó a la puerta del dormitorio con muchísima timidez, buscándome. No quedó claro si esperaba encontrar una salvaje tempestad conyugal o pornografía a gran escala.

—¿Qué deseas? —pregunté con amabilidad. Estaba completamente vestido y casi no me ruboricé. Por supuesto, me había pasado la juventud siendo sorprendido con las manos en la masa por mi madre. Podía poner cara de inocente en un abrir y cerrar de ojos. Cloris podía dar fe de ello.

Olvidémonos de Cloris. (En aquellos momentos lo estaba intentando seriamente.)

—Un mensaje. —El esclavo me entregó la tablilla y salió corriendo.

Era del oficial de aduanas, Firmo. Quería que me dirigiera al transbordador enseguida. Alguien, venía a decir el mensaje, había sugerido que yo querría saber que habían encontrado otro cadáver.

XXXI

El cuerpo aún estaba tendido en la cubierta. Me estaban esperando antes de moverlo: Firmo, un par de sus subalternos y un hombre a los remos que llevaba el transbordador de un lado a otro cuando se lo pedían. Se hizo el silencio mientras yo asimilaba aquella visión. Los demás, como ya lo habían visto una vez, se quedaron mirándome a mí más que al espantoso cadáver.

Lo habían sacado del río aquella mañana, dijo Firmo. Sin embargo, ninguno de nosotros creyó que el hombre se hubiese ahogado. Eso me sorprendió. De alguna manera, después de Verovolco, había esperado encontrarme con una pauta. Pero no existía ningún paralelismo con el asesinato del pozo: a aquel hombre lo habían apaleado hasta matarlo. Alguien lo había agredido con una crueldad metódica. A juzgar por las enormes heridas que había sufrido, la cosa habría durado mucho. Podría ser que la paliza hubiese continuado incluso una vez muerto. No tenía espuma alrededor de los labios, aunque al estar en el río tal vez el agua se la había quitado. Miré en el interior de su boca y seguí sin encontrar ningún indicio que sugiriera que todavía estaba vivo cuando lo tiraron al agua. A Firmo y al barquero les pareció un consuelo.

El cuerpo se había enredado en el transbordador; yo creía que aquello había ocurrido poco después de que lo metieran en el Támesis. La muerte, también, debió de haber tenido lugar hacía muy poco. Tal vez esa misma mañana, por lo fresco que estaba el cadáver. No había tenido tiempo de hundirse del todo y tampoco había llegado al punto de abotargarse, lleno de gases. Aunque de aquella manera no era tan horrible, al barquero le afectó más el hecho de pensar que le había faltado muy poco para ver a los asesinos deshaciéndose del cuerpo.

La última vez que vi a alguien asesinado con tamaña ferocidad fue en Roma. Unos rufianes le infligieron una paliza a uno de los suyos.

Este muerto tenía unos cincuenta o sesenta años. No os puedo describir sus facciones; tenía el rostro terriblemente dañado. De compleción pequeña en casi todos los sentidos, poseía unos brazos y hombros bastante fuertes. Presentaba la piel rojiza y no había suciedad en sus manos, cuyas uñas y cutículas estaban bastante limpias. A lo largo de la parte interior de los dos brazos aparecían unas marcas de viejas cicatrices que tenían el aspecto de ser quemaduras de poca monta, como las que te haces si te rozas con una trébede o con el borde de un horno. Vestía ropas britanas, con la solapa en el cuello, tan común en las provincias del norte. Bajo la sangre había un leve rastro de algo, un fino lodo gris que se había pegado a las costuras y ribetes de su túnica marrón. No llevaba cinturón. Imaginé que sus torturadores se lo habrían quitado y lo habrían utilizado como un recurso más para golpearlo, y que la hebilla causó algunos de los pequeños cortes que se destacaban entre sus abundantes

moretones.

—¿Lo conoces, Falco?

—No lo había visto nunca... —Tuve que aclararme la garganta—. Aunque me atrevería a decir quién podría ser. Si este asqueroso poso que tiene por todas partes fue una vez polvo de harina, eso es una pista. Un panadero llamado Epafrodito desapareció, y su tienda quedó reducida a cenizas la otra noche. Está claro que había molestado a alguien. A alguien que debió de pensar que privarlo de su medio de vida no era suficiente castigo para él... o no bastaba para asustar a otras personas.

Me puse derecho y me acerqué al barquero, que todavía estaba impresionado.

—¿Qué has visto?

—Nada. Tan sólo noté que algo se enredaba en la embarcación. Imaginé que nos habíamos topado con un ahogado; volví remando con cuidado y Firmo me ayudó a soltarlo.

—He visto muchos, pero nunca había visto... —su voz se apagó debido a la consternación.

—¿Ibas hacia el otro lado con algún pasajero?

Se le abrieron los ojos.

En voz baja le dije:

—Si se trata del hombretón que se aloja en la posada, puedes hablar. —Yo ya sabía que Petronio Longo debía de haber visto el cadáver en algún momento; el mensaje de Firmo daba a entender que era él quien había aconsejado que me fueran a buscar—. No pasa nada. Él y yo formamos un dúo.

Firmo había estado escuchando.

—Ha regresado allí —intervino.

Le dije al barquero que sería mejor que continuara trabajando y lo convencí para que me llevara al otro lado del Támesis. Mientras cruzábamos serpenteando lentamente, virando primero arriba y volviendo después empujados por la corriente, miré hacia el ancho río gris y tuve aciagos pensamientos.

El gran río señalaba una frontera geográfica. Hasta el clima parecía diferente; cuando desembarcamos en la orilla sur, el calor que habíamos padecido en la ciudad era menos sofocante. Pero claro, entonces ya era última hora de la tarde.

La posada se encontraba muy cerca de las islas cuyas orillas estaban llenas de juncos, en la bifurcación de la gran calzada romana. Ésta era una vía militar como es debido, de anchura completa, que, como yo bien sabía, se adentraba hacia el oeste más allá de las colinas calcáreas y llegaba hasta el puerto de entrada en Rutupiae. Había sido la primera ruta que prepararon las fuerzas invasoras y por ella llegaban todavía fuerzas armadas; asimismo, por ella aún se transportaba la mayor parte de la mercancía que llegaba a Londinium por tierra. La posada era un establecimiento nuevo; parecía no tener más de un año. Un letrero advertía a la gente: LA ÚLTIMA

COPA DECENTES ANTES DE LA COLONIA. Encontré a Petro degustando con tristeza aquel brebaje.

El posadero se mostró muy reservado, pero debían de haberle advertido de que yo iba a venir. Fui conducido a una discreta mesa situada en un jardín trasero donde ya había dispuesta una segunda copa. Petro la llenó rápidamente para mí.

—¡Gracias! Me hace falta un trago.

—Te aviso, Falco, no servirá de nada.

Apuré la copa y empecé con otra, pero en esa ocasión le añadí agua.

—Eso fue un desastre. —La carne hecha papilla del panadero no dejaba de acosarme la memoria. Dejé mi taza en la mesa cuando me amenazó la náusea.

—¿Te suena?

—Me ha recordado enseguida a la banda de Balbino.

Petronio soltó un gruñido. Tenía un panecillo al lado. Había conseguido darle un par de bocados de forma automática. Ahora simplemente estaba ahí encima. Lo iba a desperdiciar.

—¡Qué tiempos aquellos! —Lo dijo con amargura—. Has tardado en venir.

—He tenido un día muy ajetreado. Tuve que visitar a un abogado malnacido, para empezar. De todos modos, estoy en la residencia. Puedes mandar un mensaje que llegue allí en pocos minutos. Luego los esclavos lo retienen según su capricho. Decir que es urgente sólo sirve para que se lo tomen con más calma.

Petro perdió el interés sobre aquello.

—Esto es macabro, Falco. —Debía de haberse pasado horas pensando. Entonces abordó el asunto—: Con tu hombre, el britano ahogado, el asunto parece claro: su pelea pudo haber sido cosa del momento. Hubo un altercado y él salió malparado. Fin de la historia.

—No, estaba planeado —interrumpí—. Te lo cuento ahora mismo. Sigue.

—Esta muerte ha sido una tortura lenta y deliberada. Su propósito no es otro que el de aterrorizar a toda la comunidad de forma sistemática.

—¿Y la intención era que se encontrara el cuerpo?

—¡Quién sabe! Si lo que querían era mantenerlo en secreto deberían haberlo hundido con un lastre. Tendrían que haberse deshecho de él en un punto más alejado, río abajo, lejos de los lugares habitados. No, lo que quieren es que parezca que se han desembarazado de él como si fuera basura. Quieren que las próximas víctimas a las que presionen sepan todo esto... ¿Has hablado con el barquero?

—Está conmocionado.

—Bueno, me dijo que la marea estaba cambiando. Parecía como si el cuerpo hubiera sido arrojado por la borda para que fuera río abajo durante un trecho, pero volvió flotando inesperadamente.

—Arrojado por la borda... ¿desde dónde? —inquirí.

—Una embarcación se dirigió río abajo. El transbordador había tenido que esperar a que pasara mientras venía a buscarme.

—¿Por qué no utilizaste el puente? —pregunté.

—Por la misma razón que tú, Falco. Hilaris me advirtió de que no se ocupaban del mantenimiento.

Sonreí, pero enseguida recuperé mi gravedad.

—Cuando le pregunté, el barquero negó haber visto nada.

—¿Lo culpas por ello? Supón que se trata de la batida de Balbino. ¿Tú saltarías con algo como: .¡Oficial! He visto la embarcación desde la que arrojaron a esa persona.? Te cerrarían los ojos para siempre.

—¿Y dónde te encontrabas tú en el momento crucial, Petro? ¿Viste tú el barco lanzándolo al agua?

—Vi el barco —admitió Petronio, enojado—. El típico fallo del testigo, Falco ... No estaba prestando atención. En ese momento no pensé que fuera importante.

—¿Era una embarcación grande o pequeña? —Teníamos que arrancárselo de la memoria mientras pudiésemos. Petronio cooperó con abatimiento. Se sentía contrariado porque él, el profesional, no se había fijado en una escena decisiva.

—Tirando a pequeña. Elegante, una embarcación fluvial privada..., de recreo, no comercial.

—¿De vela o de remos?

Se llevó la ancha palma de la mano a la frente.

—De remos. —Hizo una pausa—. También tenía una vela pequeña.

—¿Tenía nombre? ¿Banderas? ¿Una proa interesante?

Se esforzó mucho.

—Nada que se me quedara grabado.

—¿Se veía a alguien?

—No sabría decirte.

—¿Oíste algún ruido sospechoso de algo al caer al agua?

Hizo una mueca.

—¡No seas memo! Si lo hubiera oído habría prestado atención, ¿no? —Se le ocurrió algo— ¡Había alguien en la proa!

—Bien... ¿qué me dices de esa persona?

Se le había ido de la cabeza.

—No lo sé... nada.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué te diste cuenta de la presencia de la embarcación? ¿Y por qué tuvo que esperar el transbordador? El río es lo suficientemente ancho.

Petronio pensó.

—El barco estuvo detenido un rato. A la deriva —Puso mala cara—. Mientras lo

arrojaban al agua, quizá. Podrían haberlo deslizado por uno de los lados, por el que yo no podía ver.

—¡Por el Hades... qué estupidez... justo al lado del puente y del lugar por donde cruza el transbordador!

—Fue al despuntar el día, pero has dado en el clavo: fue una estupidez. Cualquiera hubiese podido verlos. A esos villanos no les importa.

—¿Había alguien más por ahí?

—Sólo yo. Empiezo pronto. Estaba aquí, de cuclillas en el embarcadero.

—¿Podrían haberte oído haciendo señales para llamar al transbordador?

—No. No me molestó en hacerlo. Estaba sentado tranquilamente, escuchando a las aves de los pantanos y pensando en... —Se detuvo. En las hijas que había perdido. Le puse una mano en el antebrazo, pero se la sacudió de encima—. Tengo acordado que de forma rutinaria me pasen a recoger con la primera luz del día. El transbordador aún estaba amarrado en el otro lado. Si la gente que había en la embarcación estaba absorta en deshacerse del cuerpo, tal vez no se percataran de que yo estaba mirando.

—De todas formas fueron muy descuidados. —Pensé en algunas cosas. La vida daba asco—. Sigo diciendo que el río es lo bastante ancho. ¿Por qué aguardó el barquero?

Petro vio adónde quería ir a parar.

—¿Te estás preguntando si sabe de quién es ese barco?

—¿Querría evitarse un encontronazo? ¿Estaba asustado entonces?... De acuerdo, ¿y qué me dices del cadáver?

—Chocó contra nosotros cuando cruzábamos. El barquero lo hubiera apartado de un empujón con la esperanza de que se hundiera. Yo le obligué a que lo pescara.

—¿Sabía de antemano que se trataba de una muerte violenta?

—Yo pensé que lo único que quería era evitarse problemas. Se quedó petrificado cuando vio que habíamos sacado del agua un cadáver en esas condiciones.

—¿Y Firmo? ¿Estaba allí por casualidad?

Sí. Vomitó en la bebida.

Nos quedamos un rato sentados en silencio. Estaba anocheciendo; si quería regresar al otro lado del río iba a tener que moverme. Me hubiera gustado quedarme y consolar a Petronio.

—Me siento mal marchándome. No me gusta que te quedes solo aquí.

—Estoy bien. Tengo cosas que hacer, muchacho. He de reparar algunas injusticias... atrapar villanos —me aseguró con un apagado tono de voz. Petronio nunca había sido un héroe piadoso. Era demasiado buena persona.

Antes de irme le conté las circunstancias de la muerte de Verovolco, de las que me había enterado aquel mismo día.

—Está claro que lo hicieron Piro y Ensamble... pero ojalá supiera de qué estaban hablando con Verovolco en el bar.

—Y quién era el hombre que les dio las órdenes. ¿Qué vas a hacer? —preguntó Petro.

—Informar de todo al gobernador, creo.

—¿Y qué hará él? —consiguió no parecer escéptico.

—Lo que yo le diga, espero. Ahora tengo que decidir qué es lo que tendría que hacer.

—¿A ti qué te parece? —Sabía que se moría de ganas de sugerirme la solución. Cuando éramos unos muchachos allí en Britania se hubiera entrometido y hubiese asumido el control, de haber podido. Pero ya éramos adultos. Ambos estábamos más tristes y cansados, por no decir que éramos más sensatos. Se contuvo y dejó que yo tomara la iniciativa en lo referente a mi caso.

—Creo que es hora de que arrestemos a Ensamble y a Piro. ¿Estás contento? ¿Eso te afectará a ti?

Petro pensó rápidamente y luego movió la cabeza en señal de negación.

—No. Ya es hora de aclarar las cosas. Siempre y cuando sepa lo que va a ocurrir. Pero ten cuidado —me advirtió—. Tal vez estés arrancando un soporte que haga que todo el maldito edificio se nos caiga encima.

—Me doy cuenta de ello.

Petro trataba de predecir la situación.

Si eliminas a sus principales recaudadores, entonces el grupo se verá obligado a reorganizarse. Tendrán que hacerlo rápido, o los lugareños empezarán a disfrutar de su libertad. En este lugar los malhechores se encuentran muy alejados de sus recursos habituales. Si pierden a un agente de crucial importancia será difícil que puedan reemplazarlo. Puede que cometan errores, que se hagan demasiado visibles. Además, estarán preocupados por lo que Ensamble y Piro puedan confesar.

—Nada en absoluto, créeme. —Era realista.

—Todo el mundo tiene un punto débil. Todo el mundo se puede comprar. —El dolor por la pérdida de unos seres queridos, o alguna otra cosa, estaban poniendo sentimental a Petronio. Los matones de los bandidos han de ser los hombres más duros de los bajos fondos delictivos, y si Ensamble y Piro habían venido desde Roma es que eran los peores de su especie—. Esto es el fin del mundo. Son las reglas de la frontera —insistió Petro—. Frontino podría hundirlos en una ciénaga y nadie haría preguntas. Si sus patrones les pagan la fianza sabremos exactamente quiénes son. De manera que podría ser que los abandonaran. Saben que pueden ser sustituidos; siempre hay algún individuo vendido que se ofrece para ser el nuevo recaudador. Piro y Ensamble lo saben, Falco: para ellos ésta será una ciudad muerta si las cosas se ponen mal.

—¡Oh, sí! ¡Estoy tomando notas —me mofé— para cuando interroguemos a esas criaturas! Los cuentos de cuna tendrían que hacerles morir de miedo. Quienquiera que fuese el que dejó molido a Epafrodito está claro que es un tipo nervioso...

Petronio suspiró.

—¿Entonces... qué sugieres?

—¿Qué puedo decir? Arrestar a Ensamble y a Piro y luego esperar, a ver qué pasa. No puedo hacer nada más, igual que tú.

—Es patético —dijo sombríamente.

—Sí.

Ambos sabíamos que eso era lo único con lo que contábamos.

Antes de marcharme para ir a ver al gobernador, le dije: —Pregúntame quién me contó lo de la muerte de Verovolco.

—¿Quién te lo contó? —inquirió Petronio, obediente.

—Una de esas chicas gladiadoras.

—¡Ah, ésas! —Petronio soltó una breve carcajada burlona.

Se había olvidado temporalmente de que vio cómo se me llevaban las luchadoras con vestido—. De modo que te capturaron a la puerta del burdel. Y ahora estás aquí, ileso. ¿Cómo escapaste de sus garras, afortunado de ti?

—Llegó Helena Justina y me llevó a casa sin ningún percance.

Volvió a reírse, aunque pudo leer la preocupación en mi cara.

—¿Y cuál de ellas fue la que cantó?

—Se hace llamar Amazonia, pero nosotros sabemos que no es así. ¿Recuerdas a Cloris?

Puso cara de perplejidad, aunque no durante mucho tiempo. Dejó escapar un grito.

—¡Bromeas! ¿Esa Cloris? ¿Cloris? —se estremeció ligeramente—. ¿Lo sabe Helena?

Moví la cabeza en señal de afirmación. Entonces, como los dos chicos que habíamos sido hacía años en Britania, ambos nos sorbimos los dientes e hicimos una mueca de dolor.

XXXII

Una calle soleada. No es exactamente una calle según los criterios romanos, pero recuerda un poco la misma forma. Es por la mañana, aunque no temprano. Lo que va suceder ha tenido que ser aprobado, planeado y controlado.

Un bar de un callejón trasero tiene un retrato con un Ganimedes de piernas cortas y cara de gamberro, el cual ofrece su torcida copa de ambrosía a algún invisible Júpiter loco por el sexo. Los camareros del Ganimedes se encuentran en medio de la calle, conversando con un camarero de otro local, El Cisne. Su cartel pintado muestra un enorme pato lujurioso inmovilizando a una chica desnuda. Todos los camareros hablan sobre un panadero muerto. Hoy en las calles todo el mundo habla de él. Mañana ya no será noticia, pero hoy, en esta espléndida mañana, su nefasta suerte es el tema de conversación principal.

Aun así, la mañana es resplandeciente. No hay una viva sensación de amenaza, sólo un débil mugido que proviene de un establo en alguna parte, el aroma de huevos fritos, un perro de suave pelaje y hocico alargado que se rasca. Entre los tejados de los destartados inmuebles se entrevé un despejado cielo azul, ligeramente más tenue que los cielos azules de Italia.

Al otro lado de la calle, enfrente de los bares, un cerrajero va hasta su puerta para hablar con un vecino. Tal vez estén hablando también de la muerte del panadero. Dirigen la mirada hacia el grupo de camareros que chismorrear, pero no se unen a ellos. Tras unas contenidas palabras, el cerrajero sacude la cabeza. Su vecino no se entretiene más.

El cerrajero vuelve a su barraca y un hombre se dirige hacia el Ganimedes. Es un hombre de mundo, seguro de sí mismo, que camina con aire desenvuelto. Cuando se acerca al bar, un pequeño grupo de soldados surge de la nada. De inmediato ponen al hombre contra la pared, con las manos arriba. Él deja que lo registren, riéndose. Ya lo ha hecho otras veces. Sabe que no pueden tocarlo. Hasta cuando se lo llevan sigue lleno de brío. Los camareros, que han visto lo sucedido, regresan de prisa a sus bares respectivos.

En el Ganimedes, los soldados les salen al paso y los arrestan. Un hombre —alto, de anchos hombros, cabello castaño, tranquilo— entra para registrar el tugurio. Otro —fuerte, eficiente, de pelo oscuro y rizado, apuesto— se identifica ante los soldados y sigue al primero hacia el interior del bar. Más tarde vuelven a salir, sin nada. Decepcionados, se enzarzan en una breve discusión, por lo visto sobre cuestiones tácticas. El bar se precinta. Un soldado se queda montando guardia.

La calle está tranquila.

En otro lugar, en una barbería, un cliente está sentado en la silla a medio afeitarse. Dos hombres vestidos de paisano pero con porte militar se acercan sin hacer ruido y

le hablan. Él escucha cortésmente. Se quita el paño de debajo de la barbilla al tiempo que se disculpa con el barbero, el cual retrocede con aspecto preocupado. El cliente se encoge de hombros. Le pone unas monedas en la mano a su barbero rechazando sus objeciones con un ademán y luego se va con los dos oficiales que han ido a buscarlo. Ofrece el aspecto de persona influyente que se ha encontrado con que es víctima de un grave error. Su porte afligido indica que es demasiado sofisticado y tal vez demasiado importante para crear un escándalo público por dicho error. Ya se solucionará. En cuanto su explicación haya sido aceptada por las personas que ostentan la autoridad, habrá problemas. Existe la ligera impresión de que algún idiota prepotente lo pagará muy caro.

El desconcertado barbero vuelve a su trabajo. El próximo cliente se yergue con calma pero no toma asiento para afeitarse. Pronuncia unas palabras. El barbero pone cara de sorprendido, luego de asustado; se va con aquel hombre, que tiene el cabello oscuro y rizado y un paso firme. El establecimiento también se cierra y es precintado.

Ahora hay otra calle que está tranquila. De momento la operación ha salido bien: Piro y Ensamblés, y algunos de sus socios, han sido puestos fuera de circulación por orden del gobernador.

XXXIII

Estuve mirando cómo detenían a los dos hombres. Petronio y yo habíamos registrado el Ganimedes: no hubo suerte. Si alguna vez habían guardado dinero o cualquier otra cosa, lo habían sacado de allí recientemente. En la habitación en la que Ensamble y Piro se alojaban tan sólo encontramos unos cuantos objetos personales.

Maldiciendo, hicimos planes. Petronio Longo presionaría al barquero para conseguir información sobre la embarcación que había arrojado al panadero al Támesis. También conseguiría la ayuda de Firmo para tratar de descubrir dónde tuvo lugar la agresión hecha al panadero. Teníamos la impresión de que debió de ocurrir cerca del río ..., probablemente en un almacén. Habría manchas de sangre.

Yo me encargaría de ver qué ocurriría con Ensamble y Piro. Los hombres del gobernador supervisarían los interrogatorios, pero yo esperaba ocuparme de los subordinados: dos camareros y un barbero, además de cualquier otro adlátere que trajera el ejército. Los soldados estaban arrestando al personal del bar en el que murió Verovolco. También se había mandado avisar a Cloris para que acudiera a prestar declaración ante el gobernador.

Seguí a los grupos de arresto de vuelta a la residencia. Los matones fueron colocados en celdas separadas. A ninguno se le explicó el motivo de su detención. Dejamos que sufrieran un rato. Se les interrogaría al día siguiente. Ninguno de los dos sabía que el otro había sido detenido —aunque podrían haberlo deducido— y aparte de las personas que vieron cómo se los llevaban, nosotros no informamos a nadie de que teníamos a Piro y a Ensamble bajo custodia. Los camareros y el barbero fueron sometidos a interpelaciones preliminares esa misma noche. Todos se negaron a decirnos nada. Podría ser incluso que el barbero fuera inocente.

La noticia debió de llegarles a toda velocidad a los jefes de la banda. El abogado de los matones vino a importunar al gobernador a media tarde, sólo unas pocas horas después de los arrestos. Ya conocíamos al abogado: se trataba de Popilio.

Frontino tenía consigo a Hilaris para solucionar aquella confrontación; yo me cercioré de estar también presente. Tuve la sensación de que Popilio había llegado demasiado pronto y de que exageraba el asunto. Frontino debió de pensar lo mismo y le pidió explicaciones:

—Son un par de delincuentes comunes, ¿no es cierto? ¿Por qué quieres verme?

—Me han dicho que los mantienen incomunicados, señor. Tengo que consultar con mis clientes.

Cuando le conocí, Julio Frontino parecía un tipo afable interesado en las crípticas ramas de las obras de ingeniería públicas. Cuando le otorgaron el gobierno de una provincia y de su ejército, se acostumbró enseguida a su papel.

—Tus clientes están bien alojados; se les dará comida y agua. Tienen que esperar

el procedimiento habitual de interrogatorio.

—¿Puedo saber de qué se los acusa?

El gobernador se encogió de hombros.

—No está decidido. Depende de lo que ellos mismos confiesen.

—¿Por qué están detenidos, señor?

—Un testigo los ha identificado en el escenario de un grave delito.

—¿Qué testigo, por favor?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿El testigo los acusa de cometer ese delito?

—Me temo que sí.

—No obstante, no está bien retenerlos toda la noche, pues necesitan tener la oportunidad de preparar su defensa. Yo he venido para pagar la fianza, señor.

Frontino miró al abogado con indulgencia.

—Joven... —Había una década de diferencia entre ellos, una década en años y un siglo en autoridad. Julio Frontino tenía el aspecto de general competente y de persona que trata de extender su influencia, cosa que significaba que también causaba impresión como magistrado superior—. Hasta que no lleve a cabo un examen y evalúe el caso no puedo fijar los términos de la fianza.

—¿Y cuándo concluirás el examen? —Popilio intentó parecer seco.

—Tan pronto como me lo permitan los asuntos de esta provincia —le aseguró Frontino con calma—. Nos encontramos entre los bárbaros. Mis prioridades son mantener segura la frontera de Roma y fundar una infraestructura decente. Cualquier civil que interfiera en ello habrá de esperar su turno.

Popilio supo que había perdido un terreno crucial, pero se había guardado su gran lanzamiento para la última tirada:

—Mis clientes son ciudadanos romanos libres.

—¡Es una cuestión de seguridad! —bramó Frontino. Nunca lo había visto gritar. Parecía disfrutar con ello—. No quedes como un idiota. Estos hombres permanecen bajo custodia.

—Gobernador, tienen todo el derecho de apelar al emperador.

—Cierto. —Frontino no iba a cambiar de opinión—. Si haces valer ese derecho, se irán a Roma. Pero no se van a ir antes de que yo los haya interrogado... y si descubro un caso del que hayan de responder, irán encadenados.

Cuando Popilio se fue, Hilaris rompió su silencio. Comentó pensativamente:

—No tiene experiencia en estos asuntos... pero aprenderá con rapidez.

—¿Pensamos que está detrás de todo esto? —preguntó Frontino.

—No, creo que no tiene la profundidad de razonamiento suficiente como para dirigirlo todo él solo.

—Hay dos agentes principales, asociados —tercié yo—. Aunque por lo visto

Popilio se ha mostrado demasiado para ser uno de ellos.

Hilaris sonrió.

—Veo que has hablado con Lucio Petronio acerca de los jefes de la banda, ¿no?
—De modo que la tapadera de Petro se había echado a perder.

—Es justo el hombre que necesitáis para esto —dije lealmente. Ninguno de los dos oficiales superiores pareció molestarse. Ambos tenían suficiente sentido común para darse cuenta de que Petro era una persona muy valiosa. La nimia cuestión de si los vigiles tenían derecho a mandarlo allí se consideraría más adelante, si es que se llegaba a considerar. Si realizaba una colaboración importante a la acción no habría represalias. Claro que, si no lográbamos hacer progresos, se le echaría la culpa a la secreta intromisión de Petro.

Frontino me miró.

—Averigua quién contrató a Popilio, si puedes.

Me apresuré a seguirle cuando se iba.

Me mantuve a distancia y seguí a Popilio durante todo el camino de vuelta a su casa, alquilada cerca del foro. Se me había ocurrido que esos asociados podrían aguardar para encontrarse con él en el exterior de la residencia, pero no se le acercó nadie. A pie, caminando con paso seguro, regresó directamente a su casa. Yo di dos vueltas a la manzana dando un paseo para darle tiempo a que se relajara y luego entré.

Estaba sentado a solas en el patio, en la misma mesa que ocupó la mañana del día anterior, escribiendo afanosamente en un pergamino.

—¡Falco!

Cogí un taburete y lo puse a su lado, aunque él no me había invitado a sentarme.

—Tenemos que hablar —le dije de manera informal, como si fuera uno de sus colegas abogados que hubiese acudido allí para negociar una reducción de cargos. Popilio apoyó la barbilla en una mano y escuchó. No era un joven idiota. Yo todavía no había decidido si Hilaris tenía razón, que a Popilio le faltaba presencia. El aspecto de persona de poca monta podía ser un simulacro; podía tratarse de un individuo de lo más corrupto.

Lo miré.

—Ésta es una empresa nueva para ti. ¿Me equivoco? —no hubo respuesta—. Te estás metiendo hasta el cuello. Pero, ¿sabes en qué te estás involucrando?

Popilio fingió sorpresa.

—Dos clientes retenidos bajo custodia, sin cargos.

—Vergonzoso —contesté. Entonces me puse más firme—. Es un asunto rutinario. Lo que no es habitual es la rapidez con la que apareciste gritando que era un ultraje. Un par de sinvergüenzas han sido detenidos. Eso es todo. Cualquiera diría que se trata de un gran espectáculo judicial político que implica a hombres famosos de

brillantes carreras y arcas repletas. —Popilio abrió la boca para decir algo—. No me vengas con la dulce historia —dije— de que todos los romanos libres tienen derecho a la mejor defensa que se puedan permitir. Tus clientes son dos matones profesionales que explotan a la sociedad y que están a sueldo de una banda organizada.

La expresión del abogado no cambió. Sin embargo, se sacó la mano de debajo del mentón.

—No exagero, Popilio. Si quieres ver una horrible muestra de su trabajo, hay un cadáver destrozado en el embarcadero del transbordador. Ve y echa un vistazo. Entérate de la clase de gente que te ha contratado. —No alteré mi tono de voz—. Lo que quiero saber es: cuando aceptaste representar a Ensamblés y a Piro, ¿sabías lo que se traían entre manos?

Popilio bajó la vista hacia sus documentos. Piso y Ensamblés debían de tener auténticos nombres formales. Serían los que él utilizaría.

—¿Acaso eres un asalariado cualquiera que trabaja a jornada completa para unos mafiosos? —pregunté.

—¡Ésa es una pregunta morbosa, Falco!

—Te encuentras en una situación morbosa. Supongamos que es cierto que viniste a Britania para dedicarte a la inofensiva jurisprudencia comercial. —Le metí prisa—. Hoy alguien te contrató y tu has aceptado los honorarios. En este caso se trata simplemente de librar a alguien de la custodia. Justicia para los que han nacido libres. Una ejemplar cuestión de derecho; sus principios morales no cuentan. Los tuyos quizá debieran hacerlo. Porque la próxima vez que tus jefes se sirvan de ti, que lo harán, el trabajo será más turbio. Después de eso ya les pertenecerás. No estoy sugiriendo que te hagan trabajar cometiendo perjurio, deformando la justicia o sobornando a los testigos en tu primer mes, pero créeme, todo llegará.

—Son acusaciones disparatadas, Falco.

—No. Tenemos como mínimo dos asesinatos muy desagradables. Tus enchironados clientes están estrechamente relacionados con una de las dos muertes; nuestro testigo vio cómo lo hacían. Yo mismo puedo situarlos en el establecimiento de la segunda víctima (una panadería que fue objeto de extorsiones) justo antes de que ésta desapareciera y mientras le prendían fuego a su edificio.

Popilio me miró calladamente, aunque creo que se lo estaba pensando muy bien. Me imaginé que los asesinatos eran una novedad para él.

Había recibido una formación muy completa. Era inescrutable. Me hubiese gustado arrebatarse el pergamino para ver qué había escrito en él. ¿Anotaciones sobre cómo lo había rechazado Frontino? ¿Sugerencias sobre cómo podía resultar el examen formal? ¿O sólo confeccionaba una lista de sus honorarios por horas para el cabrón adinerado que fuera a pagarle por su tiempo?

Así que, ¿era Popilio un aficionado al que habían tenido que contratar

apresuradamente, lo mejor que Britania podía ofrecerle a un rufián que se había topado con un problema inesperado? ¿O lo habían traído hasta allí y lo habían colocado como su representante legal? Y lo peor de todo (y que mirando a ese callado cerdo todavía parecía una incógnita), ¿era él mismo uno de los jefes de la banda?

—Ya te he escuchado, Falco —declaró Popilio con un tono de voz tan firme como lo había sido el mío.

Me puse en pie.

—¿Quién te paga para representar a Piro y Ensamble?

Sus ojos, de color avellana tras unas claras pestañas, parpadearon ligeramente.

—Me temo que eso es confidencial.

—Unos criminales.

—Eso es una calumnia.

—Sólo si no es cierto. Hay más celdas a la espera de otros asociados, recuérdalo.

—Sólo en el caso de que hayan hecho algo malo, ¿verdad? —dijo con sorna.

—Entonces te dejo con tu conciencia.

Hice lo que había dicho. Presupuse que tenía conciencia. Yo no vi ni rastro de ella.

XXXIV

Para los señores del crimen organizado la mayoría de las cosas obraban a su favor. En aquel mundo cínico en el que Petro y yo habitábamos, sabíamos que los señores del crimen ganarían siempre. Tenían el dinero de su parte. En Roma, los vigiles y las cohortes urbanas batallaban constantemente para mantener una paz precaria. Sin su ayuda, incluso en las provincias, el gobernador tenía una sola manera de luchar contra ellos. La utilizó. Nada más empezar, Frontino decidió traer al torturador oficial.

Sabía que aquellos artífices formaban parte del personal de las embajadas extranjeras. Me había imaginado que constituían un último recurso. La rapidez con la que allí se tomó la decisión me impresionó.

—¡Amico! —Hilaris me dijo su nombre con un apagado tono de voz. Frontino había aprobado formalmente servirse de aquel hombre, pero nosotros éramos los encargados de darle las instrucciones.

—¿Amico? ¿El amistoso? Me imagino que debe de ser un mote, ¿no?

—No me gusta preguntar. —Hilaris soltó una breve risita, aunque parecía serio—. Siempre tengo la sensación de que involucrarlo a él es como llevarle a un carretero una carreta con un rayo de la rueda roto. Siempre espero que Amico le dé un vistazo a la tarea (a los sospechosos, quiero decir) y luego sacuda la cabeza y me diga: «Procurador, tienes un verdadero problema...»

—¿No me digas que inspecciona al sinvergüenza que le está esperando en la celda y luego desaparece durante una hora mientras va a buscar el material...?

Hilaris se estremeció.

—Llegado ese punto, lo dejo solo. —Era un hombre bondadoso—. Siempre tengo la esperanza de que la mera amenaza de llamar a Amico les hará dar un grito ahogado y se darán por vencidos.

—¿Y lo hacen?

—Casi nunca. Es bastante bueno.

Así, pues, lo necesitábamos.

En cuanto apareció Amico vi exactamente qué quería decir el tío de Helena, hombre de conciencia sensible. El torturador tenía aspecto de haberse obligado a sí mismo a dejar otro trabajo, uno más interesante, uno que hubiera tenido un horario bien definido, a diferencia del nuestro, problemático y de última hora. Iba arremangado y había manchas en su túnica (¿de qué?). Escuchó nuestra petición con el aire cansino y ligeramente sufrido del que está tratando con idiotas. De haber habido honorarios de por medio, nos hubiese cobrado de más. Como estaba en la plantilla del gobernador, no se dio el caso.

—Los delincuentes profesionales pueden causar problemas —comentó para que

nos enteráramos de lo afortunados que éramos de contar con sus habilidades.

—¿Estás diciendo que no puede hacerse? —se inquietó Hilaris, como si el eje de su carreta no estuviera muy bien.

—¡Oh, no, se puede hacer! —le aseguró Amico de forma escalofriante.

Tenía un ayudante alto, delgado y zafio que no hablaba nunca. El joven miraba fijamente a su alrededor con manifiesta curiosidad y de alguna forma daba la impresión de que tal vez fuera un muchacho muy brillante. El mismo Amico tenía que ser inteligente. Los profesionales expertos en la tortura se cuentan entre las personas más agudas del Imperio. Su trabajo les exige cierta experiencia cosmopolita y ser instruidos, si es posible. Fiaos de mí. Yo ya había trabajado otras veces con ellos durante mi época de explorador en el ejército.

—Apuesto a que en su tiempo libre estudia cosmografía —le había sugerido antes a Hilaris.

—Nada tan frívolo como los planetas. Una vez tuve una larga conversación con él acerca de los principios de Demócrito y sobre si las deidades experimentan dolor o placer. ¡No pude seguirle!

En aquel momento Amico dio un resoplido (su única manera de expresar los sentimientos, aunque era probable que incluso ésta fuera provocada por alguna alergia estival).

—Empezaré con los camareros. Me encargaré de ellos esta tarde. —Yo mismo tenía la intención de interrogarlos, pero respeté dócilmente su voluntad—. El barbero puede que aguante. Detesto a los barberos. Son unos miserables alfeñiques que lloriquean en cuanto se vienen abajo... Y en cuanto a vuestros dos matones, me gustaría mantenerlos aislados una segunda noche y si es posible que duerman poco. Y nada de comida, por supuesto. Entonces dejádmelos a mí. Mandaré a Tito para que os avise cuando llegue la hora de venir a ver.

Hilaris y yo intentamos mostrarnos agradecidos.

—¿Qué es lo que queréis saber? —preguntó entonces Amico, como si se le hubiera ocurrido en el último momento.

—La verdad —respondió Hilaris con un amago de sonrisa.

—¡Ah, eres un caso, procurador!

—Alguien ha de tener valores —le reprendí—. Aquí está la lista: queremos información sobre los chantajes a propietarios de comercios; dos asesinatos: un britano ahogado en un pozo por motivos desconocidos y un panadero apaleado hasta morir por resistirse al chantaje; y los jefes de la banda.

—Se cree que son dos —indicó el procurador—. Un solo nombre ya será de ayuda.

Amico asintió con la cabeza. Aquellas trilladas tareas parecían intrigarlo mucho menos que los principios de Demócrito. Se llevó a su ayudante, el desgarbado Tito,

con el siniestro latiguillo:

—¡Trae la bolsa, Tito!

Debería haber mencionado la bolsa. Era enorme. Tito a duras penas pudo alzarla para echársela al hombro mientras salía tras Amico andando con aire arrogante. Tropezó con el marco de la puerta de refilón e hizo saltar un pedazo de arquitrabe, con un resonante estrépito que emitieron los pesados instrumentos metálicos que había en su interior.

Amico volvió a asomar la cabeza por la puerta. Flavio Hilaris, que estaba examinando la aplastada carpintería, soltó un fragmento de arquitrabe y dio un paso atrás con aspecto de estar avergonzado de sí mismo por haberse molestado por los daños.

—¿Queréis que lo haga sin dejar marcas? —quiso saber Amico.

Me pareció que Hilaris empalidecía. Encontró las palabras adecuadas:

—Los matones tienen un abogado.

—¡Vaya! —replicó el torturador, impresionado. Pareció alegrarse al saber de ese reto—. ¡Entonces tendré muchísimo cuidado!

Volvió a salir. Hilaris regresó a su asiento. Ninguno de los dos dijo nada. Ambos nos quedamos decaídos.

XXXV

Helena me encontró estudiando un mapa callejero. Se inclinó por encima de mi hombro para inspeccionar una tablilla de notas en la que yo había escrito una lista de nombres.

—La Lluvia de Oro, Ganimedes, El Cisne... El cisne debe de ser como el de Leda, que fue seducida por Júpiter en forma de gran pajarito blanco. La Lluvia de Oro sería su otra conquista, Dánae. Ganimedes es el copero de Júpiter...

—Sigues mi línea de pensamiento —asentí yo.

—¿Las bodegas que tus bandidos explotan ahora tienen todas nombres relacionados con Júpiter? ¡Vaya un tema! ¡Qué emocionante! —exclamó Helena con su característico estilo de burla distinguida—. Alguien hay que tiene muy buen concepto de sí mismo para habersele ocurrido esto.

—Como hijo que soy de un comerciante de antigüedades, me gustan las cosas que van en lotes —confirmé secamente—. También es muy útil para sus contables... porque tiene que haber contables en plural, por supuesto: ¡Identificad todas las cauponae enroladas bajo el signo de Júpiter!... Además, los propietarios que quieran resistirse a la presión se darán cuenta de lo poderosos que son los matones cuando vean que cada vez hay más y más bares bajo la férula de Júpiter.

—Podríamos ir a dar un paseo —decidió Helena—. Tenemos tiempo antes de cenar. Podríamos llevarnos el mapa y señalar los lugares. Ver hasta dónde llega el área de acción de los chantajistas.

Nux ya estaba dando vueltas a nuestro alrededor con excitación.

Pasamos un par de horas entrecruzando la red de calles desde la orilla del río hasta el foro. Nos deprimió a ambos. Figuraban todas las novias adúlteras de aquel dios permisivo: Io, Europa, Dánae, Alcmena, Leda, Niobe y Semele. ¡Vaya con el muchacho! A la siempre celosa reina de los cielos, Hera, no le gustaría nada venir a pasar una temporada de descanso en Londinium tras una festividad y ver que a todas aquellas rivales se les daba tanta importancia. Por la seguridad de aquella ciudad, yo mismo deseaba que el rey celestial hubiera mantenido más en secreto su divino pene. Las hermosas compañeras de cama sólo eran el principio. Había rayos adornando las tiendas de legumbres de inofensivo aspecto y los cetros reinaban en las cervecerías britanas. Los pintores que podían crear atractivos relámpagos debían de estar en el cielo. O más bien estaban gastando sus honorarios bebiendo tinto de la Baja Germania en la Bodega Olimpo que había en la esquina de la céntrica calle del Pez. Con ambrosía caliente o fría servida en un arenoso pan ácimo cada vez que era hora de comer, sin duda.

Los precios eran muy elevados. Bueno, no era de extrañar. La gente que dirigía aquellos jupiterianos mostradores de tentempiés necesitaba financiar sus pagos a la

cuadrilla de matones. Había alguien en alguna parte que estaba haciendo mucho dinero en aquella ciudad perdida en el fin del mundo, dinero sucio en grandes cantidades. En realidad, aquel paseo me hizo tomar conciencia de que a los jefes de la banda les iba a enfurecer el hecho de que Piro y Ensamblés, que eran los que recogían el dinero, hubieran sido encerrados por el gobernador... a instancias mías.

De vuelta a casa, Helena despachó a la esclava que había venido a rizarle el pelo y en vez de arreglarse se agachó junto a una ventana para aprovechar la luz de la tarde mientras marcaba nuestro mapa con pulcros borrones de tinta roja. Yo regresé de darme un baño templado, vi el aspecto que tenía el mapa y solté una maldición. Los puntos invadían el barrio comercial situado al este del puente y que se extendía a lo largo del Decumano Máximo hasta el foro.

Le hice llegar el mapa a Frontino, para que se deprimiera mientras lo afeitaban. Yo me senté en la silla envolvente. Helena se lavó rápidamente con una esponja, tomó un vestido de su arcón de la ropa y se prendió algunas joyas. Me acarició la mejilla.

—Pareces cansado, Marco.

—Me estoy preguntando en qué me he metido.

Se acercó a mí mientras se peinaba su fina cabellera. Tras un vago intento de sujetársela en lo alto, dejó que todo el recogido se viniera abajo. Como sabía que el peine se engancharía en mis rizos, me los arregló con sus largos dedos.

—Sabes que es un asunto de vital importancia.

—Sé que es peligroso.

—Crees que es lo correcto.

—Hace falta que alguien los detenga, sí.

—¿Pero te preguntas que por qué tú? —Helena sabía que, en ocasiones, yo contaba con que ella me devolviera la seguridad—. Porque tú tienes la tenacidad, Marco. Tú posees la valentía, las facultades intelectuales, la ciega ira que se necesita para enfrentarse a tamaña perversidad.

La rodeé con mis brazos y apoyé la cara en su estómago. Ella se quedó de pie, se agachó un poco sobre mí y deslizó una mano por el interior del cuello de mi túnica para masajearme la espalda. Me oí a mí mismo gemir cansinamente:

—¡Quiero irme a casa!

—Marco, no podemos irnos, no hasta que hayas terminado aquí.

—Pero es que esto nunca se termina, mi amor —me eché hacia atrás y la miré—. El crimen organizado sigue adelante. Un éxito no hace más que acabar con él temporalmente y abre posibilidades para nuevos chanchullos.

—No te desanimes tanto.

Sonreí con arrepentimiento.

—Estoy cansado. Hace dos noches que no duermo. Mi chica se peleó conmigo...

¿Me amas?

Me acarició la frente con el pulgar.

—Si no te amara no hubiese discutido contigo.

Entonces fue cuando opté por decirle... cuando tuve que decirle que era probable que aquella noche viéramos a Cloris en la residencia.

Helena me soltó, pero cuando tomé sus manos entre las mías no se opuso.

—No lo malinterpretes, amor. Cloris tiene que prestar declaración ante el gobernador y también se le ha pedido que eche un vistazo a nuestros invitados a la cena. Esta noche han sido invitados tanto Norbano como Popilio junto con otros recién llegados que podrían ser los jefes de la banda. Se trata de trabajo, Helena. No estoy jugando.

Helena dijo simplemente en voz baja:

—Lo que está haciendo es peligroso.

—Lo sé —fui escueto—. No parece saber que su condición social hace que su declaración como testigo no sirva ante los tribunales.

—Lo está haciendo por ti.

—¡Lo está haciendo porque le gusta sembrar cizaña! —Siempre le gustó. Las mujeres como ésa no cambian—. No estoy seguro de que sea consciente del peligro que arrostra.

—Su profesión está basada en el riesgo físico —señaló Helena.

—Sí, pero eso lo hace porque quiere. Disfruta con las emociones y gana mucho dinero. Ella y las otras chicas han venido a Britania porque pelear en el nuevo anfiteatro las hará independientes de por vida... si es que sobreviven. Pero lidiar con criminales callejeros es otra cosa. Las probabilidades de supervivencia son mucho peores. Si fuera una persona con ética le explicaría con detalle toda la verdad.

—Pero necesitas su información.

—Bueno, yo podría informar a Frontino de lo que ella me dijera, pero él no actuará basándose en habladurías.

—Ella vio lo que sucedió —insistió Helena—. Infame o no, si Frontino la entrevista en privado y la cree, entonces ella dará validez a las acciones que éste emprenda.

—Los veredictos en habitaciones cerradas no son mi escena favorita, Helena.

—¡Eres un republicano resentido! Yo también los desprecio, Marco, pero si tienen que existir prefiero que sea en una causa como ésta.

—Mala política. —Detestaba aquella situación. Los emperadores Claudios eran muy aficionados a ella y sometían a sus enemigos a juicios secretos en el palacio antes que enfrentarse a ellos en el Senado o en audiencia pública. Yo había tenido la esperanza de que, con nuestra dinastía Flavia, dicha práctica cayera en desuso. Se hacía para infundirles pánico a los cabecillas, para eliminar a rivales imaginarios tras

un rápido interrogatorio encubierto... con frecuencia basado en pruebas falsas. Los informantes, lamento decirlo, a menudo constituían los asquerosos instrumentos de tales juicios privados. Yo nunca había trabajado de esa manera.

Cuando nos dirigíamos a cenar, el procurador se asomó desde una oficina y me hizo una seña. Había permanecido al acecho de Amico. Helena fue delante, en tanto que Hilaris y yo mantuvimos una apresurada consulta con el torturador.

—Tito está guardando las cosas... —Vi que Hilaris empalidecía de nuevo cuando Amico informó—: Tengo las versiones de los camareros. Todas coinciden; el asunto es sutil y está bien ejecutado. Según parece, los dos hombres a los que tenéis presos dirigen un práctico servicio. Disuaden a los alborotadores y a los rateros que podrían llevarse la recaudación. Todas las bodegas agradecen la seguridad adicional y se alegran de contribuir con modestas sumas de dinero para obtenerla.

Hilaris y yo lo miramos sorprendidos.

—Bueno, ésta es la ridícula historia de hoy —se mofó Amico en tono desenfadado—. Mañana haré que las cosas se agilicen un poco. Creen que se han librado de mí. Cuando vuelva a aparecer con la bolsa, estarán dispuestos a contarme sus vidas en diez volúmenes de magnífica poesía. Pero el barbero no ha abierto la boca. Lo sabía. ¡Cabrones! —Entonces preguntó con inquietud—: ¿Hay alguna prisa?

—Todo parece estar al día —dijo Hilaris con un dejo cauteloso.

De pronto Amico desvió su atención hacia mí.

—¡Falco! ¿Tienes un testigo de alguno de los asesinatos?

Me pregunté por qué quería saberlo.

—Del asesinato del britano, probablemente. ¿Quieres los detalles?

—No. Sólo quiero advertir a esos malvados mentirosos de que puedo obtener una corroboración.

Me daba un poco de miedo decirle a aquel profesional que me estaba valiendo de Cloris. De todos modos, por su propio bien sería mejor que no dijera su nombre.

Hilaris invitó a Amico a cenar con nosotros. Él rechazó la invitación con brusquedad. Por lo visto los torturadores prefieren no hacer vida social.

Aquella noche teníamos más invitados que en otras ocasiones; tuvo que hacerse un bufé en lugar de una cena formal en triclinios. Salimos del comedor y pasamos a ocupar el jardín, con la música del flautista de la familia de Hilaria y el arpista de Norbano. El flautista era excelente, debía de haber dedicado muchas horas a practicar allí, en la aburrida Britania; el arpista, presumiblemente formado en Roma donde había más distracciones, sólo era aceptable. La noche continuó tranquila. Cualquiera que esperara unas atléticas bailarinas medio desnudas esperó en vano.

Debido al rasgueo del arpa y al sonido de la doble flauta la conversación no prosperó. Norbano rondaba alrededor de Maya como de costumbre. No obstante, en un momento dado se acercó a mí con bastante parsimonia; yo estaba sentado con

Helena y, al modo y manera antiguos, conversaba con mi mujer.

—Tendría que hablar contigo, Marco Didio. Sobre tu hermana... —Yo alcé una ceja. Su actitud era abierta, amistosa, incluso sincera. Se las arregló para no comportarse como un rastrero, y aunque era un hombre de negocios, claramente acostumbrado a hacer la mayoría de las cosas a su manera, fue escrupulosamente educado al tratar aquel asunto—. Seguramente habrás advertido que me gusta mucho estar en compañía de Maya. Pero si mis atenciones te ofenden, en ese caso, por supuesto, me retiraré. (Su triste sonrisa, dijo después Helena, fue un toque delicado.)

Le dije a Norbano con aspereza que mi hermana tomaba sus propias decisiones. Pareció complacido, como si le hubiese concedido el derecho de embarque. En realidad yo creía que la única manera de que ella le descubriera el juego era si nadie interfería. Pero claro, ya había hecho antes esa ridícula suposición con el cerdo de Anácrites.

Norbano Murena regresó con mi hermana, que me estaba mirando a distancia con recelo. Yo lo observé a él y mantuve una expresión neutral en mi rostro; era apuesto, seguro de sí mismo y, tal como las mujeres no dejaban de repetir, parecía buena persona. Vi que Maya lo encontraba una compañía grata. No la estaba avasallando. Tal vez ese tipo de hombre cortés, con dinero, que ha alcanzado su posición gracias a sus propios esfuerzos fuera precisamente lo que ella necesitaba.

En su recorrido por los senderos de grava hacia el asiento en el que Maya se había acomodado, Norbano había pasado por delante de Popilio. Probablemente ya se habían conocido la noche anterior, cuando el abogado se presentó por primera vez en la residencia (mientras yo estaba fuera y mis puntos débiles eran puestos a prueba por la querida Cloris). Ahora los dos hombres intercambiaron un leve saludo con la cabeza. No hablaron. Parecían meros conocidos.

Popilio se comportaba como el típico abogado fuera de servicio. Mientras alternaba alegremente ignoraba el hecho de que sus dos clientes seguían encarcelados en aquella misma casa. Esa noche Frontino y él habían estado charlando como si su disputa sobre Piro y Ensamblés nunca hubiera ocurrido. Al día siguiente Popilio volvería al ataque, en tanto que Frontino resistiría los embates del abogado con tanto encarecimiento como si no hubiese sido nunca el jovial anfitrión aquella noche.

Yo detestaba esa clase de hipocresía. Helena decía que en una provincia con un círculo social reducido era inevitable. Estaba justificando el sistema, aunque me daba cuenta de que en el fondo se mostraba de acuerdo conmigo. A ella la habían educado en un ambiente distinguido, pero como su padre, Camilo Vero, nunca había tratado de obtener un cargo público, éste había conseguido evitar tener abiertas las puertas de su casa. Privados de dinero y aislados, los Camilos reservaban su hospitalidad para la familia y los amigos.

—La vida con tus tíos puede que sea muy confortable —dije—, pero no me

acostumbro a estos constantes ágapes diplomáticos.

Helena sonrió, luego se mostró repentinamente alarmada cuando fuimos interrumpidos por un niño que gritó en la distancia:

—¡Julia tiene una abeja! —Oímos el sonido de otros niños que se largaban corriendo. Todos, menos los adolescentes, deberían de estar ya en la cama. Me levanté con calma, me excusé y fui a ver qué pasaba.

Mi hija mayor, que había quedado abandonada cuando los otros salieron corriendo, estaba completamente desnuda, salvo por sus pequeñas sandalias, en cuclillas junto a un estanque. En algún momento también había estado dentro del mismo. Tenía la piel fría y los oscuros rizos pegados en húmedos manojos. Tragué saliva al imaginar los peligros que corría una niña pequeña a la que le encantaba chapotear, pero que no sabía nadar.

La abeja, un ejemplar grande, parecía estar muerta. Estaba ahí en medio, sin moverse, mientras que mi hijita de dos años la miraba fijamente a unos centímetros de distancia. Hacía una noche magnífica y clara y todavía no había necesidad de encender las lámparas; me di cuenta de por qué se les habían escapado los niños al personal de la guardería. Empecé a reprenderla débilmente diciendo que el agua estaba en zona prohibida. Julia señaló con su dedo diminuto y dijo con firmeza:

—¡Abeja!

—Sí, cariño. No se encuentra muy bien —me agaché con diligencia y eché un vistazo. Sus sacos polínicos estaban repletos; había quedado agotada por el calor.

Julia agitó el puño hacia el insecto mientras yo trataba de apartarla suavemente del peligro del aguijón.

—¡Pobre abeja! —gritó.

Había llegado el momento de inculcarle el sentido de la amabilidad a mi hija, pues podía llegar a ser violenta. Lo probé poniendo agua en una hoja doblada. La abeja mostró cierto interés, pero estaba demasiado débil para beber. La hubiese dejado allí para que los jardineros la barrieran al día siguiente; sin duda para entonces ya estaría definitivamente muerta. Julia se apoyó en mí alborozada y confiaba en que sacara a la abeja de su apuro. Le dejé que sostuviera la hoja con cuidado cerca de la cabeza de la abeja mientras regresaba a las mesas de la comida. Busqué a Helena con la mirada, pero se había esfumado en alguna parte. Metí una cuchara para aceitunas en la miel que había sobre un banco con el equipo del camarero que servía el vino, y luego volví con Julia.

En cuanto puse la cuchara cerca de la abeja, ésta reaccionó. Julia y yo observamos embelesados cómo su larga y negra probóscide se desenrollaba y se hundía en la miel. Con una mano sujeté la cuchara para que no se moviera mientras que con el otro brazo mantenía a Julia bajo control. Estar alimentando a una abeja proporcionaba una sensación muy hermosa. Reviviendo visiblemente ante nuestros

ojos, empezó a agitar sus pesadas alas. Nos apartamos y nos sentamos. La abeja avanzó lentamente, probando sus patas; revoloteó una o dos veces. Entonces, levantó el vuelo de repente y se alejó zumbando con un vuelo potente, alzándose por encima del jardín.

—Ahora se ha ido a casa, a su cuna. ¡Y tú te vas a ir a la tuya!

Tomé a Julia en brazos y me levanté. Cuando me volví hacia la casa vi que Helena estaba en el balcón del piso de arriba. Había alguien con ella de pie entre las sombras, una persona discreta, cubierta con un velo: una mujer. Julia y yo las saludamos agitando la mano.

Mi hija se empeñó en que fuera yo quien la metiera en la cama. Logré evitar tener que contarle un cuento; por lo visto, el rescate de una abeja era suficiente por esa noche. Le eché un rápido vistazo a Favonia, que dormía profundamente. Luego salí corriendo a buscar a Helena. Volvía a estar en la fiesta, sola entonces. Hablamos en voz baja.

—¿Te vi con...?

—Amazonia.

El arpista ciego se había ido acercando demasiado y nos daba la serenata con insistencia. Le hice un gesto al chico que le hacía de lazarillo para que se lo llevara a otra parte. Los músicos siempre me han irritado.

—¿Dónde está?

—Se ha ido a casa.

—Me habría gustado hablar con ella.

—Te vio actuar como un buen padre —murmuró Helena—. Tal vez eso la desconcertó.

Por alguna razón me sentí incómodo. Los informantes somos hombres duros; en general no andamos por ahí rescatando abejorros cansados: somos famosos por hacer que las mujeres nos abandonen y por esperar que nuestros hijos sean educados como extraños. De todos modos, haciéndolo a mi manera, nunca me ocurriría que una desconocida quinceañera que se hubiese peleado con mamá se presentara ante mi puerta con su equipaje y sus malas costumbres. Julia y Favonia se pelearían directamente conmigo.

—¿Y bien? ¿Qué tenía que decir Cloris?

—Ha prestado declaración —dijo Helena en voz baja—. Luego le he mostrado a los visitantes. No ha servido de nada. No pudo reconocer al hombre que discutía con Verovolco en el bar.

Así, pues, no era Norbano, ni Popilio, ni ninguno de los empresarios que habían llegado a Londinium y se habían puesto en contacto con el gobernador. Aunque eso encajaba con lo que yo había dicho desde el primer momento, que los jefes principales tratarían de pasar desapercibidos, ahora no teníamos ni idea de quiénes

podrían ser, ni de dónde buscarlos.

Parecía una noche tranquila, tal como había dicho antes Hilaris. Demasiado tranquila.

XXXVI

Me llamaron y tuve que salir. En una oficina privada encontré a Lucio Petronio esperándome.

—¡Vaya! ¿Vienes a dar el parte?

—Hago de enlace, vago engreído.

—El maestro del encanto, como siempre.

—¡Cállate, Falco! Deja de hacer el tonto. He encontrado un almacén donde creo que debieron de atacar al panadero.

—¡Por todos los dioses del Olimpo! De entre todos los cientos de...

—¡Buscamos bastante! —dijo Petro con sentimiento—. Firmo y los chicos de la aduana ayudaron a reducir la búsqueda. Hay sangre en el suelo y fuera unas duelas ensangrentadas, e incluso un cinturón, escondidos de modo rudimentario.

—¡Maldita negligencia! ¿Qué había en el almacén?

—No gran cosa. Ahora Firmo y sus ayudantes vigilarán el lugar. La gente de los alrededores dice que el almacén se ha venido utilizando regularmente..., unas cajas extrañas que se llevaban en barco cada día.

—¿Dinero? No habrá mucho durante una temporada, con Piro y Ensamblés bajo custodia.

—No estés tan seguro. —Petronio era pesimista—. La banda ya los ha sustituido. Presencé una discusión en El Cisne que casi seguro era por los pagos. Creo que al propietario de ese lugar nunca le había hecho demasiada gracia el asunto. Ahora que sabe que los recaudadores están en la cárcel puede que haya tratado de evadir sus desembolsos.

—¿Qué ocurrió?

—Alguien le recordó su plan de financiación. El proxeneta de ese burdel, La Anciana Vecina. Le he estado vigilando. La Anciana Vecina forma parte del imperio de Júpiter, ¿sabes?

—¿Cómo es eso?

—Cuando Zeus cortejaba a Semele, su celosa esposa Hera se disfrazó de anciana vecina para poder así aconsejar a la chica que le hiciera preguntas al dios sobre su verdadera identidad.

—Menos mal que no le pasa a todo el mundo —comenté secamente—. Aborrezco estas majaderías míticas. ¿Qué te parece si detenemos al proxeneta?

—No me entusiasma mucho la idea, Falco. Si también lo ponemos fuera de circulación puede que no reconozcamos al próximo sustituto. —Petro adoptó un aspecto meditabundo—. Me recuerda a alguien. Pero todavía no sé a quién.

—Alguien debería seguirlo, averiguar adónde manda el dinero.

—Ya sabemos adónde va a parar. Primero a un almacén, luego se lo llevan en un

bote y lo mandan por barco hasta Roma.

Nos dejamos de discusiones y nos quedamos pensando.

—No me gusta todo esto —confesé.

—Muy inteligente.

—Escucha, el gobernador está utilizando a su torturador. Amico se está tomando su tiempo con las tenazas al rojo vivo; a mí me da la impresión de que todo va muy despacio. Tú y yo podríamos hacer que las cosas fueran mucho más deprisa con un pequeño interrogatorio bien hecho.

—Déjalo que juegue —me calmó Petronio—. Nosotros ya tenemos bastante que hacer... A propósito, un abogado vino a inspeccionar el cadáver. Dijo que lo mandabas tú.

—Popilio. Se encuentra aquí esta noche. Creo probable que sea uno de los integrantes de la banda. Pero si es inocente, lo que le hicieron a Epafrodito quizá provoque su abandono. Asegura estar representando a Piro y a Ensamble... o lo hará cuando el gobernador le deje hablar con ellos.

Petronio pareció intrigado.

—¿Quién le paga?

—Se niega a decirlo.

—Hay que vigilarlo —dijo Petro rápidamente—. Dile a Frontino que le prepare una relación de visitas.

—Díselo tú mismo. Ven y come con nosotros. Frontino e Hilari saben lo que estás haciendo en su provincia. Apuesto a que incluso la banda se ha percatado de tu buena presencia. Ya podrías dejar de merodear por ahí con esa túnica sucia.

Se unió al grupo, aunque no quiso cambiarse de ropa, cosa que provocó el inmediato comentario por parte de mi hermana cuando lo vio salir al jardín conmigo.

—Es un atuendo vergonzoso. Pareces un bulto que haya vomitado con la marea.

—Por debajo voy limpio —la tranquilizó Petronio, al tiempo que le echaba una astuta ojeada a Norbano acompañada de una mirada lasciva para enfatizar que él y Maya eran viejos amigos.— He estado trabajando en unos baños públicos. ¿Quieres comprobarlo? —le propuso, haciendo ver que se levantaba la túnica.

—No. Ya tengo bastantes críos que inspeccionar a la hora del baño —replicó Maya.

—No nos conocemos. —Norbano se presentó él mismo—. Lucio Norbano Murena. Trabajo en el negocio inmobiliario.

—Lucio Petronio Longo. Yo no. —Podía interpretarse como una grosería, o simplemente como un comentario gracioso. Norbano optó por sonreír.

Petronio, al parecer aburrido, se fue a buscar un plato de comida.

La compañía había mermado. Ya casi sólo quedábamos los de la familia, aunque Norbano había decidido incluirse. Popilio aún seguía allí también, enfrascado en una

conversación con el gobernador junto a la alberca ornamental. Tal vez antes fui injusto con él. Quizás aquella noche había venido con la intención de defender a sus dos clientes.

Me di cuenta de que Elia Camila miraba hacia Petro con preocupación. Habló con Gayo en voz baja; él asintió con la cabeza. En aquel momento Petronio estaba masticando, un poco apartado de los demás. Elia Camila esperó hasta que hubo terminado y luego fue a sentarse a su lado. La conversación se había convertido en un murmullo y logré oír lo que decían.

—Lamento muchísimo tu pérdida. Quizás éste no sea el mejor momento, pero no sé si vas a quedarte con nosotros esta noche... Hemos tratado de averiguar cuál de tus hijas ha sobrevivido para decírtelo. Sólo quería que lo supieras, querido. Petronila está viva y a salvo.

Petronio dijo algo, muy breve. Elia Camila se levantó silenciosamente y lo dejó solo. Me crucé con la mirada de Helena. Las lágrimas brotaron y ella me agarró la mano. Incluso Maya parecía estar al tanto de la situación a pesar de coquetear con Norbano, tal vez para distraerle.

Petronio se puso en pie. Para entrar en la casa hubiera tenido que pasar muy cerca de demasiadas personas. Se alejó caminando hasta un banco donde podía sentarse de espaldas a nosotros. Se dejó caer en él con la cabeza entre las manos. Todos sabíamos que no había podido contenerse. Hice ademán de dirigirme hacia él. Elia Camila movió la cabeza, sugiriendo que le dejara a solas.

Casi todos estábamos en silencio cuando Frontino y Popilio se acercaron tras haber dado una vuelta completa al jardín. Petronio, algo repuesto, acababa de levantar la cabeza y miraba fijamente la alberca. Popilio advirtió su presencia.

—¿Es ése el hombre que me mostró el cadáver esta tarde? —me preguntó el abogado. Yo estaba dispuesto a pararle los pies de un puntapié si trataba de acercarse a Petronio; era preferible a que fuera el mismo Petro quien arremetiera contra él.

—Es un amigo mío. Los cadáveres son su pasión. —Mi tono fue brusco.

—Creí que trabajaba en los muelles... ¿Cuál es su función oficial? —En esta ocasión Popilio se dirigió al gobernador.

—Testigo presencial —respondió Frontino con rudeza—. Vio cómo sacaban el cadáver del río.

Popilio no se lo tragó.

—¿Trabaja para ti, señor?

Frontino respondió con suavidad.

—Tiene excelentes referencias, pero pertenece a otro grupo de gente.

—¿Gente de Roma?

—No es ningún secreto. —O bien Frontino había bebido demasiado aquella noche, o estaba más enojado de lo que habíamos creído porque hubieran enviado allí

a un oficial sin la debida autorización. Antes de que pudiera detenerlo, lo soltó—: Es un miembro de los vigiles.

—¡Entonces —replicó el abogado, como si hubiera descubierto algo genial— se halla fuera de su jurisdicción!

—Cierto —asintió Frontino a la vez que separaba los mejores pasteles de almendra que quedaban y los ponía en una fuente. Estaba tranquilo y dijo, casi satíricamente—: Me indigna encontrármelo trabajando en mi provincia. Si descubre cualquier asunto sucio, confiscaré las pruebas, y si incrimina a alguien reclamaré todo el mérito. —Con su prominente barbilla por delante, se inclinó en el asiento en el que se había dejado caer. Antes de meterse un pastelillo de almendras en la boca, le dijo a Popilio con un tono de voz mucho más duro—: Cualquier persona, cualquiera, que me permita atacar con fuerza a los miembros del crimen organizado es bienvenida a Londinium.

Popilio mal podía reprender a Julio Frontino, legado de Augusto, por querer dirigir una ciudad limpia. El abogado agradeció a Elia Camila su cena y luego se marchó a su casa.

Norbano había estado observando, divertido.

—¿Un problema de jurisdicción? —inquirió.

Frontino sintió la necesidad de completar su anterior afirmación:

—Conozco a Petronio Longo. Yo lo traería aquí en comisión permanente, pero el prefecto de las cohortes urbanas no lo cederá; ¡es demasiado bueno!

—¡Vaya, de modo que se dedica a eso! —exclamó Norbano en tono melifluido. Yo me inquieté, pero él se volvió de nuevo hacia Maya.

Petronio se puso en pie. Regresó a donde estábamos nosotros y pasó de largo junto a Maya sin mirarla. Elia Camila se levantó de un salto, fue a su encuentro y le dio un breve abrazo. Se lo pasó a Helena, que todavía estaba llorando por él, de modo que también lo abrazó rápidamente y me lo pasó a mí. Tenía el rostro demacrado y sólo pude notar que sus mejillas estaban húmedas. Él aceptó nuestras condolencias pero estaba en otra parte, sumido en el sufrimiento; tenía puntos de referencia distintos y prioridades diferentes.

Siguió andando hacia la casa.

—Quédate aquí con nosotros, al menos por esta noche —le rogó Elia Camila mientras él se alejaba. Petro miró hacia atrás y asintió con un solo movimiento de la cabeza, luego entró adentro solo.

Norbano debía de haber observado aquella corta escena con más curiosidad aún. Oí que Maya se lo explicaba.

—Un amigo íntimo de la familia que ha sufrido una gran pérdida. Todos lo queremos mucho.

—Pobre hombre. —No podíamos esperar de Norbano que mostrara verdadera

compasión. Para empezar, debía de estar preguntándose lo íntimo amigo de Maya que podría haber sido aquel amigo al que ella quería tanto. Estaba claro que un buen invitado se hubiera despedido en un momento tan triste como aquél, de manera que Norbano lo hizo. Maya tuvo la gentileza de acompañarlo hasta la puerta.

En cuanto se alejaron lo suficiente como para no oírnos, le sugerí a Hilaris que hiciéramos seguir a Norbano. Todavía lo consideraba sospechoso. Era imposible que regresara a su villa río abajo después de haber anochecido; sería un peligro coger una embarcación. De modo que yo quería descubrir dónde se alojaba en la ciudad. Un discreto observador salió tras la silla de manos de Norbano cuando éste pidió que se la trajeran; por suerte se entretuvo en la puerta conversando con Maya, así que nuestro hombre se hallaba bien situado cuando Norbano abandonó la residencia.

Fui a tomar una copa de medianoche con Hilaris en su estudio, mientras comparábamos notas y nos relajábamos en privado. Siempre nos habíamos llevado bien. Estuvimos hablando mucho más tiempo del que percibí. Cuando lo dejé para reunirme con Helena en nuestra habitación todos los pasillos se hallaban sumidos en silencio, débilmente iluminados por lámparas de aceite de barro sobre mesas auxiliares o espaciadas a intervalos a lo largo del suelo. Los esclavos se habían retirado hacía ya rato.

Cansinamente me dirigí hacia las habitaciones en las que se alojaban los invitados de la casa. Para indignación mía, todavía, a esas alturas de la noche, me topé con el maldito arpista que merodeaba por allí con su lazarillo lleno de granos. Les dije que se largaran, con la promesa de hacer que Maya se los devolviera a Norbano al día siguiente. Podía hacerlo con educación, pero ya tendríamos que habernos librado de ese par de entrometidos.

Tenía muchísimas ganas de estar con Helena, pero primero fui a ver cómo estaba Petronio. Él y yo ya llevábamos quince años ayudándonos mutuamente a sobrellevar los problemas; Helena quería que yo le ofreciera consuelo. Eso significaba que, si estaba bebiendo, o me uniría a él o lo detendría. Si deseaba hablar yo escucharía. ¡Por el Hades, si el pobre muchacho estuviera durmiendo hasta lo arroparía y todo!

Pero Petro disponía ya de otro tipo de consuelo: descubrí a Maya tomándome la delantera. Cuando me acerqué a la puerta de Petro, vi que ella llamaba rápidamente y entraba. Para llegar a mi propia habitación tenía que pasar por delante. Maya, imprudente, se había dejado la puerta entreabierta. Tal vez pensó que la rechazaría. En cualquier caso, no podía seguir adelante sin que me vieran; una vez más me veía en la situación de escuchar a mi hermana como si fuera un espía.

—Petronio. —Maya lo llamó por su nombre. Más que nada se trataba de hacerle saber que estaba allí.

Una tenue luz procedente de una lámpara de aceite parecía estar situada en alto junto a su cama. Vi a Petro: se había desvestido y se había quedado con los pies

descalzos y una túnica interior de tela cruda; se hallaba de pie frente a una ventana, apoyado en el alféizar, dejando que el aire de la noche cayera sobre él. No se dio la vuelta.

—Esto no sirve de nada —le aconsejó Maya—. Duerme. Necesitas descansar.

—No puedo.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Nada. —Ahora sí se dio la vuelta. Le mostró unas manos vacías. Pero lo desbordaba la emoción—. Nada en absoluto. Recordar a Silvana y Tadia. Esperar que cese el dolor.

—Espero que pase pronto —dijo mi hermana.

Petronio maldijo de forma soez.

—¡Bueno, eso pone fin a la parte agradable de la noche, y con buen estilo masculino! —bromeó Maya.

—No quiero que la gente se muestre condenadamente amable..., me afecta. —Entonces dio un paso hacia Maya, de forma que en aquella pequeña habitación quedaron muy cerca el uno del otro—. No quiero que me compadezcan ni que me atosiguen ... y tampoco necesito tu crítico ingenio. ¡O te vas, Maya... o te quedas, maldita sea!

—¿Tú qué prefieres? —preguntó Maya, pero era una pregunta retórica, porque ya habían caído el uno en brazos del otro.

Cuando se besaron no fue como un joven amor que florecía ni como un arraigado cariño que se reafirmara. Aquello era algo mucho más sombrío. Ambos eran infelices y estaban desesperados. La manera en la que se habían reunido era deliberada y carnal; me dio la impresión de que nada bueno saldría de ello para ninguno de los dos.

Liberado por su propio ensimismamiento pasé por delante sin que me vieran. Hasta me las arreglé para cerrar la puerta con el gancho. Me dirigí a mi habitación, cabizbajo y deprimido.

Helena se pegó a mí cuando me metí en la cama y dejó caer la cabeza sobre mi hombro en el lugar acostumbrado. Yo la abracé cariñosamente y me quedé quieto, hasta que se durmió. No le dije lo que acababa de ver.

XXXVII

Apenas clareaba el día cuando me despertaron unos golpes frenéticos. Fuera, en el pasillo, se oían pasos apresurados. Hubo gritos de alarma; entonces escuché una breve orden y cesaron todos los ruidos.

Tratando de despertarme, abrí de golpe la puerta del dormitorio. Detrás de mí, Helena murmuró medio dormida cuando la luz de las lámparas del pasillo entró en la habitación. Un asustado esclavo estaba allí, esperando. Me explicó muy nervioso que los soldados que vigilaban a nuestros prisioneros creían que algo había ido mal.

Apareció Hilaris. Con el pelo alborotado, y ataviado con una bata de manga larga como si fuera un primitivo potentado oriental, confirmó lo peor: habían encontrado muerto a Piro.

Tras una hora de frenética actividad pudimos comprender algo de lo que había pasado. Tras un minucioso examen del cuerpo supimos más allá de toda duda que la muerte no se produjo por causas naturales. Piro era el matón con pelo en la barbilla, de complexión no muy robusta pero aun así musculoso, un espécimen de aspecto fuerte. Tendría unos treinta y cinco o cuarenta años, edad en la que muere mucha gente, pero había estado bien alimentado durante toda su vida y no padecía ninguna enfermedad evidente. No le habían dicho que el torturador iba a trabajar con él, pero aunque se lo hubiera imaginado, ninguno de nosotros creía que aquel animal hubiese muerto de miedo o se hubiera suicidado.

Los labios y la boca mostraban leves indicios de corrosión: veneno. Los soldados admitieron que lo habían encontrado desplomado, aunque aún estaba vivo en ese punto. Cuando trataron de reanimarlo le dio un ataque. Era incapaz de hablar y parecía estar paralizado. Por temor a ser castigados por no haberle vigilado más de cerca, ellos mismos se ocuparon de él... bueno, los soldados siempre creen saber más que los médicos. Murió. Entonces malgastaron lo que debieron haber sido un par más de horas debatiendo qué hacer.

Aquél era un domicilio privado. La única razón por la que los prisioneros habían sido retenidos en la residencia era para que estuvieran más cerca del gobernador cuando éste los sometiera a su interrogatorio de magistrado. Los habían encerrado en unas habitaciones sin ventanas que normalmente eran bodegas. Los soldados fueron alojados en un improvisado cuarto de guardia en el mismo pasillo, pero reconocieron haber cerrado la puerta, probablemente porque así podían recrearse con ilícitos juegos de mesa sin ser vistos. Dicho pasillo estaba clausurado de manera informal con una cuerda, pero estaba ubicado en el área de servicio de la casa. Eso lo situaba cerca de la cocina, fundamentalmente un ala pública. Contiguos a la cocina, al igual que en muchas otras casas, había unos servicios.

Los miembros del círculo privado en casa del gobernador utilizaban sobre todo

las otras instalaciones que había en el complejo de los baños, pero las visitas buscaban automáticamente la cocina sabiendo que sin duda había un retrete donde asentar las posaderas al lado. Fue lo que ocurrió la pasada noche. De hecho había utilizado aquel baño toda clase de gente, incluyendo a los soldados y a un transportista que había hecho entrega a última hora de un pedido de comida para la cena. Cualquiera de esas personas pudo haberse dado cuenta de que el cocinero había preparado unas bandejas con viandas sencillas para todos los prisioneros y de que dos de esas bandejas se habían quedado en una mesa auxiliar después de haberse pasado el aviso de que Piro y Ensamblés tenían que ser privados de comida y de sueño por orden del torturador.

Aquellas dos bandejas permanecieron allí varias horas, justo a la entrada de la cocina. Luego alguien se las llevó. El cocinero, concentrado en servir el banquete, no le dio ninguna importancia a su desaparición. Los soldados nos dijeron que se encontraron las bandejas en el pasillo de los prisioneros; supusieron que Amico había cambiado sus instrucciones, de modo que repartieron la comida. Piro se comió la suya.

Los camareros y el barbero, a los que les habían dado de comer más temprano, se encontraban bien. Ensamblés se había negado a comer: tenía miedo de que el gobernador hiciera que lo envenenaran..., lo cual no quiere decir que el resto de nosotros culpáramos a Frontino de lo que le había sucedido a Piro. Pero gracias a sus temores, Ensamblés siguió vivo. Se llevaron entonces su cuenco de comida para probarlo con algún animal callejero. Iba a morir; no me hacía falta esperar a ver el resultado.

El personal de la cocina había estado trabajando a toda máquina la noche anterior. Los invitados iban y venían. Aparte de farfullar varias veces «¡Es esa puerta de ahí, señor!», los empleados no les habían hecho ni caso.

Elia Camila tenía fe ciega en la probidad de su cocinero. Éste era un trinovante grandote de espeso bigote que tenía más aspecto de marinero que de jefe de cocina, aunque alguien lo había preparado bien. No podía haber conocido el tradicional conejo generosamente relleno de sesos de ternera y pollo, ni la sencilla crema romana o los dátiles asados de Alejandría. Imagino que la misma Elia Camila le había enseñado; ciertamente se volvió contra su marido cuando el severo interrogatorio de Hilaris hizo llorar al cocinero grandote.

Apareció el gobernador, furioso, naturalmente. Frontino dio órdenes de que trasladaran a Ensamblés al fuerte para mayor seguridad. Se olvidaba de un hecho importante: Londinium no poseía un fuerte seguro. Lo hice notar. Mandaron a Ensamblés con los militares de todas formas.

No había nada más que saber. Fui a buscar a Petronio. Tenía que saber que Piro había sido eliminado, presumiblemente por un cómplice de la banda. Yo necesitaba

hablar de las repercusiones de todo aquello.

Llamé a la puerta de su dormitorio con la intención de quedarme en el pasillo para evitar una situación embarazosa.

Desde nuestra época en el ejército, el hermético Petronio sabía cómo guardarse las mujeres.

Al no recibir respuesta, me obligué a abrir la puerta. Tal como ya había imaginado entonces, la habitación estaba vacía y la cama pulcramente hecha con la almohada y las mantas bien alisadas. Ya se había ido a montar guardia de nuevo.

Inquieto, decidí que me prepararía algo para desayunar; era probable que fuera un día atareado. Pero había olvidado que el cocinero estaba histérico. De momento sólo encontré un par de panes mal cortados y unos cuantos huevos correosos que debían de haber estado en la cacerola hirviendo algo más de una hora. Y lo que me dio aún más rabia: mi hermana se unió a mí mientras tomaba la penosa comida.

Siempre espero lo peor de las mujeres, pero, en contraste con nuestras otras hermanas (que eran un manojo de frescas), yo siempre había creído que Maya era una colegiala virginal, una joven decente y una esposa casta. Aunque Fania la había dejado embarazada, ella se casó con él. Y habían seguido casados.

Ahora la había visto embarcándose en una noche de salvaje desenfreno... aunque a la mañana siguiente apareció con el mismo aspecto que de costumbre. Dejó escapar un gruñido al verme y poco después estaba zampándose un desayuno ligero con su habitual silencio malhumorado. Eso me pareció problemático. ¿Qué sentido tenía que un hombre se desgastara haciendo el amor ardientemente en brazos de una mujer a la que había estado mirando durante años con anhelo, si la experiencia sólo la dejaba escarbándose los dientes con irritación para sacarse las migas de pan duro?

Aquello suscitaba otra duda. Petronio y yo creíamos en esa vieja frase en la que creen todos los chicos malos: «Siempre se notan.» Por supuesto, no era cierto.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Maya.

—Ese huevo está un poco negro... Encontré a tu arpista merodeando por un pasillo ayer por la noche, muy tarde ya. Deshazte de él, hermanita. Está espiando.

—Es ciego.

—No su lazarillo.

Maya guardó silencio. Podía imaginarme qué pensaba. El arpista iba a regresar a su casa, no había la menor duda. Sin embargo, cuando le pregunté con educación qué planes tenía para ese día, me dejó atónito.

—Bueno, creo que aceptaré la oferta de Norbano para ir río abajo hasta su casa en el campo.

¡Y a mí que me gustaba pensar que jugar con sus amantes era algo exclusivo de los hombres!

—Harías mejor en emplear un poco de tiempo con tus hijos —le dije con cierta

afectación en la voz. Mi hermana me lanzó una mirada feroz, otra más.

Quería salir cuanto antes a buscar a Petro para darle la noticia sobre Piro. Pero entonces se unió a nuestro desayuno otro madrugador invitado de la casa: el rey Togidubno.

—¡Esto sí que es una primicia! —bromeé con cortesía.

—Sí. Normalmente ya hace rato que os habéis ido cuando yo llego..., un privilegio de los ancianos. Pero hoy he oído el alboroto.

—Lamento que eso te haya molestado, señor. Para ser sinceros, puesto que no te había visto últimamente supuse que habías regresado a Noviomago.

—Tengo cosas que hacer —replicó el rey al tiempo que ponía mala cara ante las exiguas provisiones que había en el aparador—. ¿Acaso la muerte de este prisionero significa que estás perdiendo tu caso, Falco? ¿Qué hay de mi encargo de averiguar quién mató a mi hombre?

—Estoy haciendo progresos. —Bueno, sabía cómo mentir.

—Oí que el sospechoso estaba siendo torturado. ¿Murió bajo el tormento?

—No, aún no lo habían tocado.

—¿De modo que no conseguiste su declaración? —observó el rey agriamente.

—Lo conseguiremos... Tal vez pida ayuda a mi sobrino y a mis cuñados. En cualquier caso supongo que te alegrarás de que abandonen sus correrías por tu zona, ¿no? —Lario, mi sobrino de Estabias y los dos hermanos pequeños de Helena se estaban tomando unos días libres en Noviomago ... y andaban metidos en toda clase de aventuras juveniles. Se suponía que los Camilos me hacían de ayudantes, aunque no tenían formación y probablemente no era seguro valerse de ellos en un caso que involucraba a delincuentes profesionales.

—Nos las arreglamos para sobrevivir a su presencia —dijo el rey con una tolerancia digna de elogio. Los muchachos eran unos furibundos atacantes de locales nocturnos. Si había problemas a su alrededor, encontraban la manera de meterse directamente en ellos—. Quiero que Lario se quede y pinte para mí. —Mi sobrino era un artista de frescos de gran distinción. Lo habían llevado a Britania para trabajar en el palacio del rey. Quizás el hecho de pensar en el proyecto, del cual Verovolco había sido su oficial de enlace, volviera a recordarle a Togidubno la estancada investigación—. Mis hombres han estado haciendo averiguaciones, igual que tú, Falco.

—¿Han tenido suerte?

Sólo era una pregunta educada, pero el rey me sorprendió una vez más. El día se estaba volviendo agobiante.

Todo aquel tiempo, los atrebates habían estado compitiendo seriamente con Petro y conmigo... y habían logrado dar un golpe maestro. El rey dijo, vanagloriándose amistosamente:

—¡Creo que quedarás impresionado, Falco! Hemos convencido a la camarera de La Lluvia de Oro para que nos cuente todo cuanto sabe.

Me atraganté con mi taza de leche de cabra.

—¿Ah, sí?

—La tenemos en un piso franco —me dijo Togi con brillo en sus ojos—. Después de lo que le ha ocurrido a tu propio testigo, creo que será mejor que deje el nuestro a vuestra disposición, ¿no te parece?

XXXVIII

Los atrebates se las arreglaron para no sonreír con suficiencia. Había cuatro de los criados del rey, unos guerreros ágiles de cabello rojo y suelto. Con el calor del verano habían desechado sus coloridas túnicas de manga larga e iban con el torso desnudo (y quemado por el sol). Todos lucían brazaletes y cadenas de oro en el cuello. Había un puñado de lanzas apoyadas contra una pared mientras sus propietarios holgazaneaban en un patio. Ocultaban su trofeo en una granja situada al nordeste de la ciudad. Cuando me llevaron a verla se les animó un poco el aburrido día.

—Es evidente que tenemos que protegerla —me había dicho el rey—. En cuanto haya prestado declaración y colaborado a conseguir una condena, la instalaremos en una bodega de su propiedad en mi capital tribal, lejos de aquí. Tal vez no apruebes la manera en que la hemos tratado —sugirió Togidubno con mucho recelo.

Sonreí.

—Cuando lidias con gente que se dedica a comerciar con el vicio y la extorsión, parece justo responder con el soborno.

Él torció el gesto.

—¡No le estoy pagando para que mienta! ¿Sabes?

—Claro que no, señor. —Aunque lo estuviera haciendo, siempre que ella hablara con atrevimiento y se ciñera a su historia con la debida diligencia mi conciencia podría soportarlo. Ella seguía siendo demasiado corpulenta, demasiado fea y demasiado dura de mollera para mí. Seguía midiendo un metro veinte de altura. Pero le habían proporcionado ropa nueva, de manera que presentaba el aspecto de una propietaria de negocio de clase media: un papel que, con la promesa del rey sobre la nueva bodega en Noviomago, tenía intención de lograr.

La antigua camarera ya había asumido una expresión de gran respetabilidad. Me recordaba a mi madre cuando dejaba a un lado su ropa de trabajo para alguna festividad, se peinaba con un estilo elaborado (que no le quedaba bien) y de repente se convertía en una extraña. Mamá solía beber demasiado y ser indiscreta sobre los vecinos en tales ocasiones. De momento aquélla estaba sobria y sin duda quería parecer educada.

Cuando los guerreros atrebates, con una ligera expresión de pocos amigos en la cara, me llevaron allí adonde estaba, ella no me ofreció precisamente pan de canela y té de borraja, sino que se sentó con las rodillas juntas y las manos firmemente agarradas en su regazo con la intención de impresionarme con su nueva posición. Por lo visto tenía muchas ganas de llevar una vida en la que ya no tuviera que acostarse con los clientes; o como mínimo, dijo ella, no a menos que quisiera hacerlo. Casi daba la impresión de que algún abogado astuto hubiese estado hablando con ella sobre los derechos legales de las dueñas de tabernas. Como tal, yo creía que iba a ser

terrible. Parecía estar sumamente entusiasmada con la idea de que estaría al mando. Claro que muchos subordinados creen que pueden llevar los negocios mucho mejor que el jefe. (Esto desde luego era cierto en el caso de la legendaria *caupona* de Flora, una taberna regentada por mi hermana Junia, la cual poseía las mismas aptitudes que una cría de diez años en cuanto al servicio de comidas al público.)

—¡Nos volvemos a encontrar! —la desafié—. Supongo que no te acordarás de mí; soy Falco. Me gusta pensar que las mujeres me encuentran una persona imposible de olvidar, pero la modestia es una excelente virtud romana.

Ella soltó una risita. Ése era un rasgo nuevo y decididamente desagradable.

Ahora la llamaban Flavia Fronta. Una de las armas del arsenal del gobernador era extender la ciudadanía romana a los bárbaros favorecidos. A cambio, éste esperaba poblar su provincia con leales amiguitos del emperador que, de modo excesivamente obsequioso, fueran bautizados con su nombre. Tenía el don de funcionar. Y no costaba dinero.

—¡Así que Flavia Fronta! —Trataba con todas mis fuerzas de no recordarla como la mugrienta proveedora de sexo y mal genio que había visto dos veces en La Lluvia de Oro. Los atrebates me observaban. Únicamente habían concedido el acceso a su testigo con la condición de que ellos estarían presentes para comprobar que no le sacara nuevas pistas de modo injusto. Cosa que sometía mis métodos a un examen más riguroso de lo que a mí me gustaba—. Tengo entendido que ahora vas a prestar declaración sobre la muerte de Verovolco, ¿no?

—Sí, señor, eso fue terrible. —Casi me muero de risa ante su cambio de actitud. Ahora era una persona tranquila, respetable y consciente de sus deberes. La verdad, pensé que estaba mintiendo descaradamente.

—Cuéntamelo, por favor.

La civilización tenía mucha culpa. Ella había ideado un nuevo y pésimo acento al hablar. Con aquellas vocales afectadas, recitó la declaración como *si* le hubieran dado clases.

—Un britano que no había visto nunca vino a nuestro bar aquella noche y se sentó con Ensamble y Piro.

—¿Oíste de qué hablaban?

—Sí, señor. El britano quería participar en su negocio, que es bastante desagradable, como probablemente ya sabes. Ellos no quisieron dejarle entrar en el asunto.

—¿De modo que no eran todos amigos?

—No. Se habían reunido con él para recriminarle su interés. Se ofreció a trabajar con ellos, pero se rieron de él. Él dijo que era de esa provincia y que haría lo que quisiera en Londinium. No tardaron en demostrarle lo equivocado que estaba. Ya sabes lo que ocurrió. Le dieron la vuelta y lo empujaron al pozo.

—¿Ninguno de vosotros trató de impedirselo?

—Yo estaba demasiado asustada. El propietario no iba a entrometerse.

—¿Pagaba a Piro y Ensamblés a cambio de protección?

—Oh, sí. Lo tenían aterrorizado.

—¿Piro y Ensamblés son muy conocidos en tu bar? ¿Los consideras violentos?

—Sí, señor. Muy violentos.

—¿Y qué me dices del tercer hombre, su compañero?

—Viene algunas veces.

—¿Qué opinión te merece?

—Alguien al que hay que evitar cuidadosamente.

—¿Y quién es?

—Sólo sé que es de Roma, señor.

—¿Crees que es un cabecilla de la banda?

—Oh, sí. Todo el mundo sabe que lo es; fue él quien trajo a Piro, a Ensamblés y a otras personas a Britania. Siempre han trabajado para él. Lo dirige todo.

—Vamos a asegurarnos del todo... ¿Fue él el que dio las órdenes la noche que asesinaron a Verovolco? ¿Tú oíste que lo hiciera?

—Sí. Dijo: ¡Hacedlo, muchachos! Y lo hicieron.

—¿Salió al patio donde estaba el pozo?

—No. Se quedó sentado en la mesa como si tal cosa. Y sonreía —se estremeció Flavia Fronta—. Fue horrible...

—Lamento tener que pedirte que lo recuerdes. Ahora dime, cuando este individuo les dio la orden, ¿Piro y Ensamblés sabían exactamente lo que tenían que hacer? ¿Debían de haberlo acordado de antemano?

—Sí. El hombre no podía creer que aquello le estuviera pasando a él. Nunca olvidaré su mirada... —Su expresión de lástima por Verovolco parecía auténtica. Los atrebatos se miraron unos a otros, nerviosos a causa de la escalofriante y deliberada violencia que ella describía. Todos habían conocido a Verovolco, supongo.

Fruncí la boca.

—Este cabecilla es un sujeto diabólico. Nos hace muchísima falta saber quién es. Es una pena que no tengas ni idea de cómo se llama.

—¿Ah no? —preguntó la mujer, divirtiéndose.

Hice una pausa.

—Me dijiste que todo lo que sabes es que procede de Roma.

—Cierto —dijo Flavia Fronta—. Pero sí sé cómo se llama.

Por un momento creí que iba a decírmelo. Pero no iba a tener tanta suerte. Al trabajar en un bar del centro de la ciudad la dama había aprendido a sobrevivir. Compuso una enigmática sonrisa.

—¡Vamos, te crees que soy tonta! Si llevas a Piro y a Ensamblés a los tribunales,

sí, declararé. Cuando esté a salvo en mi pequeña bodega, lejos, en el sur, entonces te diré quién es el pez gordo.

Logré no perder los estribos. Me preguntaba si entregarle aquella bruja suficiente a Amico. Pero yo era de Roma; sabía lo fuertes que podían llegar a ser las mujeres. Ella era de las que se convertirían en la primera víctima que no responde y nos desbarataría los planes.

—Eres muy prudente —le dije con admiración—. Sin embargo, deja que te advierta. Piro está muerto. Murió anoche; al parecer esta banda tiene mucho poder y llegaron hasta él incluso en la residencia oficial. —Puso cara de preocupación—. Si ahora le ocurre algo a Ensamble, o si confiesa voluntariamente cuando lo torturen, te vas a quedar sin nada que negociar.

—Ahora parecía más preocupada—. Al rey Togidubno no le hará falta mostrar su gratitud; no habrá bodega en el sur. Si yo estuviera en tus zapatos... —Bajé la vista y sí, los atrebatos le habían comprado a esa tipa maloliente un estampado calzado nuevo en el que embutir sus deformes pezuñas— cooperaría enseguida.

Flavia Fronta me estaba observando pensativamente.

—Daremos con ese hombre de todos modos —fanfarroneé. Quizás hasta fuese cierto—. Pero lo que importa es la rapidez. Ahí es donde tu ayuda podría ser inestimable. —Ella siguió sin decir nada. Me encogí de hombros—. Por supuesto, la decisión es tuya.

Nunca subestiméis el atractivo que una decisión ejerce sobre aquellos cuyas vidas han carecido, hasta entonces, de toda oportunidad de decidir. Flavia Fronta se tapó la boca a medias con una mano nerviosa. Entonces susurró:

—Se llama Florio.

XXXIX

¡Florio! De modo que se trataba de la banda de Balbino otra vez.

Florio debía de ser el segundo hombre que buscaba Petronio, aquel al que ya había perseguido durante mucho tiempo. Casi parecía una cuestión personal: bueno, sin duda él y Florio tenían motivos para estar enemistados. Petro había dormido con la esposa de Florio, lo cual desembocó en la ruptura no del matrimonio de este último, sino del suyo propio.

Me devané los sesos para recordar cuanto sabía. Yo había conocido a Florio en aquellos tiempos en los que ejercía de adlátere despreciable e inofensivo. Su boda con la hija de un malhechor fue algo extraño; Florio, un tipo desgarrado, débil y desaliñado, que se pasaba la vida en las carreras, dio la impresión de haber sido escogido como el novio de Balbina Milvia sólo porque era un blandengue al que la familia podía mangonear. Todo parecía una estratagema para proteger el dinero del padre de ella. Si arrestaban a su progenitor, sus propiedades serían confiscadas, pero la ley romana observaba un gran respeto por el matrimonio; si los arcones con la dote de Milvia estaban etiquetados como «sábanas y cobertores para la novia y sus futuros hijos» probablemente serían sacrosantos.

Petronio y yo seguimos el rastro de Balbino, cuyas sanguinarias bandas habían estado aterrorizando a toda Roma. Lo eliminamos, provocando con ello el odio de su viuda. Entonces Petro lo complicó todo cuando decidió acostarse con la queridita Milvia. Ella era diez años más joven que él y creyó que iba en serio; incluso hablaba de casarse. Florio no se lo podía haber tomado muy bien si es que lo sabía, que probablemente sí, porque Milvia era lo bastante corta de luces como para contárselo todo. Si ella no lo hizo, lo habría hecho su rencorosa madre. Yo me había enterado de que entonces la madre hizo que la pareja de casados no se separara (para proteger el dinero), pero la vida en su casa debió de ser muy tirante desde entonces.

Si en realidad Florio no hubiera sido más que un estúpido bobalicón, no hubiese habido ningún problema. Pero me acordaba de haber visto cómo se enmendó tras la muerte de su suegro. Había llegado su momento. Inmediatamente Florio empezó a conspirar para hacerse con el poder. Los restos de la organización de Balbino, aunque debilitados, aún existían. Florio sería bienvenido. A los miembros de los bajos fondos les encantan los parientes de los señores del crimen; poseen un gran sentido histórico. Su suegra, Fláccida, esperaba revitalizar el imperio familiar y cuando Petronio Longo rechazó a la preciosa Milvia, incluso ella misma pudo haber apoyado entonces la nueva carrera de Florio. Estar casada con el matón principal le convenía. Siempre había afirmado ignorar la ocupación de su difunto padre... pero le gustaba muchísimo el dinero.

Florio se metió de lleno en el crimen organizado. Su fallecido suegro le había

enseñado cómo hacerlo. Su ascenso debió de ser rápido. La descripción de aquel tercer hombre ordenando a Piro y a Ensamble la desaparición de Verovolco mientras él se quedaba esperando cruelmente mostraba un personaje distinto por completo al despistado zoquete absorto en sus vales de apuestas que yo había conocido. Ahora Florio era un perfecto maleante.

Yo me reservé el meterme con los señores del crimen para ocasiones especiales, para aquellos días en los que quisiera jugar con el suicidio. Pero supongo que Petronio Longo no perdió de vista la reorganización de la banda. Quería terminar lo que ambos habíamos empezado. Tenía planeado hacerlos desaparecer. Probablemente ellos conocían sus intenciones.

Yo temía por él en Britania. Allí, Petronio se encontraba solo. Al menos en Roma, con las siete cohortes de vigiles respaldándole, habría tenido alguna posibilidad. Su mejor apoyo disponible en Londinium era yo. Y yo acababa de enterarme del aprieto. Tratándose de la vieja banda de Balbino, bastaba tan sólo una hora para que saltaran sobre una víctima y la destrozaran.

De manera que Florio estaba allí. Eso significaba que Petronio Longo estaba prácticamente ante las puertas del Hades, listo para entrar tras el guía con la antorcha boca abajo.

¿Qué debía hacer? Encontrarlo. Decirle que Florio estaba en Britania.

Lo suponía al corriente. Esperaba que sí. Tal vez ése fuera el motivo de que lo hubieran mandado a él. Así, pues, encontrarlo y proporcionarle algo de protección... pero ¿dónde se habría metido?

Consideré todas nuestras pistas. Al esbirro, Ensamble, se lo habían llevado para ponerlo bajo custodia entre las tropas mientras aguardaba al torturador. Los principales sospechosos, Norbano y Popilio, estaban siendo vigilados por los hombres del gobernador. Florio sería la prioridad de Petro. Atravesé la ciudad y me dirigí hacia los muelles. Me imaginé que Petro estaría en el almacén donde habían asesinado al panadero. Pero no se encontraba allí. Me encontré a Firmo, el aduanero, que me mostró de buen grado el que Petro y él creían que había sido el lugar del asesinato. Me condujo a uno de los muchos almacenes enormes que bordeaban la costa. Perfectamente camuflado entre la cerrada hilera de edificios idénticos, comprendí por qué la banda lo había escogido. Era de construcción sólida y resistente, muy seguro para el dinero o el contrabando. Era de fácil acceso, por vía fluvial o incluso por carretera. Pero también frecuentaban los muelles toda clase de personajes. Hasta los delincuentes habituales de Roma (que suelen observar unas costumbres y un estilo característicos) confluían. Allí abajo, junto al río, a nadie le llamaría la atención el frecuente movimiento de entradas y salidas. Y cuando mataran a alguien, nadie oiría los gritos.

—Petronio vino al clarear el día —dijo Firmo—. Quería hablar con el barquero,

pero está enfermo.

—¿Qué tiene? —pregunté, sabiendo ya la respuesta.

—Miedo.

—¿Petronio no ha tratado de localizarlo?

—Creo que sí. Pero no hubo suerte. Después de eso Petro ha desaparecido.

Lo miré fijamente.

—¿Entonces cómo vas a contactar con él si ocurre algo aquí en el almacén?

—Éste no es mi trabajo —objetó Firmo—. Tan sólo estamos montando guardia como un favor personal a Petronio.

—¡Su famoso encanto!

—Es un buen tipo —dijo Firmo. Bueno, eso ya lo sabía—. Está haciendo un buen trabajo que a ninguno de nosotros nos gustaría abordar. Tal vez sea un estúpido, pero se nota que es de los que piensan que alguien debería hacer lo que él hace y que si no es él acabará no siendo nadie.

—Cierto. —Rehusé entender su lógica, pero sus sentimientos estaban claros.

—El servicio de aduanas no cuenta con personal para esta operación —insistió Firmo—. Ni con ningún apoyo de los de arriba. —El simpático, bronceado y regordete oficial pareció estar resentido—. Nos ven como a meros empleaduchos que no hacen más que entregar las tasas. Sabemos lo que ocurre. Se lo decimos a los que mandan. Ellos se limitan a no hacernos caso y ni siquiera nos proporcionan las armas básicas. Le explicamos al gobernador que aquí se está desarrollando una operación a gran escala, Falco. Ese pobre diablo de panadero fue asesinado en mi territorio. Pero ya he dejado de sacar la cabeza por encima del parapeto de la fortaleza.

Le lancé una mirada.

Firmo no se arrepintió.

—No me pagan ningún plus de peligrosidad —dijo lisa y llanamente.

—¿No tenéis apoyo militar?

—¡Bromeas! Así, pues, ¿por qué tenemos que jodernos mis hombres y yo mientras que los soldados no hacen otra cosa que corretear por ahí y aceptar sobornos de todo el mundo?

¿Incluso de los criminales?

Firmo explotó.

—¡Particularmente de los criminales!

Dejé que despotricara. Si me contaba algo más era probable que yo también me pusiera nervioso.

—Si veo a Petronio le comunicaré que has venido —transigió Firmo.

Yo asentí con la cabeza.

—Gracias. Y ahora dime una cosa, Firmo. Si la acción delictiva tiene lugar en los muelles, ¿por qué mi amigo Petronio Longo pasa el tiempo en esa casa de baños que

hay varias calles colina arriba?

Firmo apretó los labios.

—Es una buena casa de baños... La manicura es excelente. Es rubia. Bueno, más o menos. —Lo confesó—. Está vigilando a alguien. Alguien que utiliza ese apestoso burdel que hay junto a los baños.

—¿Qué? ¿Como cliente?

—No, no. Trafica con los placeres de la carne. Ésa es su oficina local.

Entonces lo entendí.

—¿Y ese alguien ocupa un lugar importante en la banda?

Una mirada cautelosa nubló el rostro normalmente sincero del oficial de aduanas.

—Eso creo.

Me arriesgué.

—Sabemos quién es. Necesito encontrar a Petro para advertirle y para prestarle apoyo. Estamos buscando a un pez gordo llamado Florio.

—Pues me alegro por vosotros —comentó Firmo con voz serena. Ya lo sabía desde el principio. Me pregunté cuántas personas más también lo sabían y estaban demasiado asustadas para decirlo.

XL

Petronio no estaba en los baños. El encargado aceptó que yo era un amigo y me dijo que creía que Petro había regresado a la residencia. Allí, Helena me comunicó que se me había escapado.

—Puede que me equivoque, Marco, pero me pareció que estaba buscando a Maya. —Helena me observaba atentamente.

—¿La encontró? —pregunté en tono despreocupado.

—No, ya había salido.

Comprobé las habitaciones de ambos. La de Petro estaba tal y como yo la había visto aquella mañana, cuando quise contarle lo de la muerte de Piro. La de Maya presentaba el mismo aspecto que si un tropel de monos salvajes hubiese pasado por allí a todo correr; aunque eso era algo habitual en ella. Llevaba muy bien la casa, pero sus dependencias eran una pocilga. Había sido siempre igual desde que era una niña: ropa desparramada por todas partes, las tapas de las cajas abiertas y pinturas para el rostro secas, mezcladas en las conchas hacía semanas. En parte, eso era debido a que nunca pasaba mucho tiempo allí. Hasta que ese cabrón de Anácrites no hizo de ella una persona atormentada y de mal genio, era muy sociable, siempre entrando y saliendo.

En una mesa auxiliar había una planta en una maceta, un débil hierbajo britano, todo hojas.

—Me pregunto de dónde habrá salido. —Helena, con mirada de lince, se había dado cuenta. Había venido detrás de mí, curiosa por saber qué estaba pensando.

—¿Es nueva?

—¿Algún presente amoroso que Norbano le ha hecho a Maya? —especuló Helena.

—Así que ahora es la jardinería. ¿Tendrá más posibilidades con las plantas decorativas que con su siniestro arpista?

—Maya lo mandó de vuelta esta mañana —dijo Helena, como si pensara que yo podía tener algo que ver con aquello—. La planta puede que sea de otra persona...

—¿Y adónde ha ido? Espero que no esté practicando la vida campestre con Norbano en su villa.

—Lo dudo.

—Me dijo que iría.

Helena sonrió.

—Te dice un montón de tonterías. En cualquier caso, lo de esa villa parece bastante raro. Marco, el hombre que siguió el rastro de la silla de manos volvió esta mañana e informó al tío Gayo.

—¿Y dio la casualidad que tú estabas hablando con tu tío en el momento

oportuno...? —esboché una sonrisa burlona.

Helena volvió a sonreír, con serenidad.

—Norbano vive en la zona norte de la ciudad. Según sus vecinos se queda en Londinium cada día. Hasta se sorprendieron al enterarse de que tiene una villa en el río. Da la impresión de que nunca va por allí.

—¿Entonces por qué tiene tantas ganas de presumir de ella ante Maya? —¿Se trataba acaso de su nido de amor para las conquistas? Preferí no pensar en ello—. ¿Qué dicen de él esos vecinos?

—Que es un hombre normal y corriente.

—Los informantes saben que no hay ninguno que sea normal y corriente.

—Bueno, todos los hombres se creen especiales —replicó Helena.

Sonreí. Afortunadamente me gustaba que tuviera prejuicios.

—¿Y qué hay de éste?

—Norbano lleva una vida tranquila. Es agradable con la gente. Habla con frecuencia y con mucho cariño de su madre viuda. Acaricia a los perros. Come en un figón local. Es respetuoso con las mujeres del lugar y comunicativo con los hombres. En general es una persona apreciada, un buen vecino, dicen.

—Me gusta mucho ese detalle sobre la madre. —Entonces le expliqué a Helena que las personas tranquilas siempre albergan oscuros secretos. Cuando los asesinos o los campeones mundiales de la estafa son detenidos, sus vecinos siempre sueltan un grito de sorpresa. Primero niegan que una persona tan dulce pueda haber hecho algo terrible. Luego ellos mismos les sacan punta a sensacionales historias sobre cómo arrastró a tal adolescente por un callejón o que siempre tenía una mirada extraña... Helena comentó lo cínico que me mostraba aquel día.

Bien, tal vez Norbano rebosaba antigua nobleza. Pero, aunque así fuera, yo no quería que mi hermana se acurrucara contra él en alguna casucha britana. Entré en la silenciosa habitación de Maya y me senté en la cama, con la vista fija en la planta. Helena se quedó en la puerta, observándome pensativamente. Le conté lo que había descubierto aquella mañana sobre Florio.

—No lo conoces, ¿verdad?

Ella movió la cabeza en señal de negación.

—No. Sus parientes ya eran gente vil y peligrosa. Petro recibió la visita de Milvia una vez, cuando vivía con nosotros.

—Eso debió de haber sucedido justo después de que la esposa de Petro lo echara. Helena hizo una mueca—. Y dime, Marco, ¿no fue su temible madre la que entró sin llamar en otra ocasión, bramando que nuestro Lucio tenía que dejar en paz a su querida florecilla? Como si nosotros no estuviéramos tratando por todos los medios de que hiciera precisamente eso... ¡por su propio bien!

—Ojalá Petro hubiera seguido el consejo.

—La madre era un espantajo —rememoró Helena—. Era todo amenazas y veneno. ¡Y Balbina Milvia! Una de esas chicas a las que detesto..., ojos brillantes y montones de joyas envidiables. Demasiado guapa para ocuparse en aprender buenos modales o cultivar la inteligencia.

—¡Mal sexo! —exclamé.

Helena pareció impresionada.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Te lo contó Petronio Longo durante alguna asquerosa borrachera?

—En realidad no. Nunca me ha hablado de sus amantes. —Petro y yo habíamos lanzado miradas lascivas a muchas mujeres en las tabernas a lo largo de los años; sabía cómo pensaba—. Pero se nota que Milvia tan sólo está interesada en sí misma. Quería a Petronio porque el hecho de tener un amante secreto la hacía sentirse importante.

Helena siguió creyendo que había dado con una prueba de algún lujurioso juego de chicos. Nunca había confiado plenamente en que yo no tuviera por ahí alguna aventura. Cloris era la sospechosa del momento, claro está. Con el ceño fruncido, retomó nuestra discusión original.

—Tú pensabas que Milvia era problemática.

—Y tenía razón.

—Y en cuanto al marido, que era un inútil.

—Ahora ya no. Todo ha cambiado en la banda de Balbino. A la madre se le notan los años. ¿Quién sabe dónde estará su terca mujercita? Pero Florio se ha metamorfoseado, y ha pasado de ser un trozo de cartílago suelto a ser uno de los más serios comerciantes que hay en el mundo. Su forma de tratar a Verovolco demuestra que ya no tolera que nadie se interponga en su camino.

Helena estaba preocupada.

—Florio hizo que te atacaran una vez. Luego pillaron solo a Petro y quedó maltrecho.

—Una advertencia.

—¿Y aun así Petronio sigue decidido a atrapar a Florio? Pero Florio sabe exactamente con quién está tratando: Petronio Longo, miembro del equipo investigador de los vigiles, que convirtió a la dulce y rica mujercita de Florio en una adúltera... y que luego ni siquiera la quiso, sino que la volvió a dejar plantada en su casa.

—Estoy seguro de que primero se lo hizo pasar bien a Milvia —dije yo. Fue automático. Entonces pensé en él besando a mi hermana la pasada noche en medio de aquel lúgubre panorama y me repugnó.

—¿Qué pasa? —preguntó Helena. Le dije que nada moviendo la cabeza. Al cabo de un momento lo dejó correr y dijo —: Esta gente quiere vengarse.

—Cierto. Y no van a abandonar.

Me puse de pie. Dejé de preguntarme dónde estaba mi hermana. Por ahí, divirtiéndose en algún lugar de encuentro con el falso y refinado Norbano, mientras que su amante de la noche anterior se encontraba metido en graves problemas.

Decidí volver sobre mis pasos hacia los baños. En algún momento aparecería Petro. Sin embargo, como ya era bastante tarde, primero me quedaría a comer allí. Hilaris debía de estar igualmente hambriento después de habernos levantado al alba cuando hallaron el cadáver, puesto que también nos lo encontramos husmeando en el comedor. Por eso dio la casualidad de que Helena y yo estuviésemos con él cuando llegó un mensajero confidencial proveniente de las tropas. Iba muy apurado buscando al gobernador. Hilaris sabía que Frontino todavía estaba escribiendo diligentemente los despachos, pero antes de hacer pasar al mensajero a la oficina indicada, Hilaris hizo que nos contara a qué se debía el alboroto.

Ensamblés se había escapado.

Todos fuimos corriendo a ver al gobernador. Frontino escuchó la noticia con esa neutralidad que los buenos oficiales aprenden a mantener. Debía de estar furioso, pero esperó a considerar detenidamente las consecuencias antes de salir disparado.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

Sólo sé lo que me dijeron que le contara, señor. —Hábilmente el mensajero dejó que la culpa recayera sobre otros.— De alguna manera el prisionero logró zafarse de los soldados que lo escoltaban y lo perdieron.

—Eso fue a primera hora de la mañana. ¿Cómo es que yo acabo de enterarme?

—Intentaron volver a capturarlo, señor.

Frontino se quedó sin habla. Perder a un prisionero crucial era algo inexcusable. Pero a mí me parecía típico; podía imaginarme a un negligente puñado de veteranos ahí afuera riéndose entre ellos: «—Bueno, le diremos al viejo que lo sentimos, no le importará...»

—Te advertí sobre las tropas.

—Lo hiciste. —Frontino fue seco. En una frontera provincial, la negligencia en el cumplimiento del deber era un delito castigado con la decimación: uno de cada diez hombres, escogidos a suertes, serían aporreados hasta morir por sus deshonorados colegas. La cosa no terminaría ahí. Los efectos sobre la moral serían nefastos tanto allí como arriba en las fronteras, cuando los rumores llegaran volando.

Había un asistente rondando por ahí. Frontino dio las órdenes en tono brusco, sin apenas detenerse a reflexionar.

—Tráeme al comandante. Antes de que venga quiero que se despoje al destacamento de sus armas y corazas y que se los encadene. Serán vigilados por soldados de alguno de los otros destacamentos, no de su propia legión. Desarma a su centurión y tráelo ante mi presencia. Quiero que todo legionario que esté de servicio

salga en una patrulla de búsqueda. Quiero que las tropas se pongan en permanente estado de alerta. Y, no tengo ni que decirlo, quiero al prisionero de vuelta.

Eso era esperar mucho, pensé yo.

—¡Hoy! —añadió. En aquellos momentos Julio Frontino veía a su capital provincial sumida en la anarquía. Por suerte era una persona práctica y la acción lo ayudaba a sobrellevar las cosas. Aun así, pocas veces lo había visto mantener un silencio tan hermético.

Yo aún estaba más deprimido. Pero ya había actuado en contra de la banda de Balbino con anterioridad.

XLI

Al salir, me detuvo un mensajero que había mandado el torturador.

Amico, irónicamente llamado Amistoso, compensó el hecho de haber perdido la oportunidad de agujerear a Piro y a Ensamblés. La había emprendido con los camareros mediante un candente juego de manicura, luego casi volvió del revés al recalcitrante barbero con un artilugio que traté de no mirar.

—Lamento no poder intentarlo con ese Ensamblés —se apenó cuando lo fui a buscar a las entrañas de la residencia—. Me parece una perspectiva interesante. Espero que me lo traigan de vuelta. ¿Sabes cómo adquirió el mote, Falco?

—Me imagino que estás a punto de contármelo... y que será algo desagradable.

Él se rió con satisfacción. Tal vez su alegre disposición contribuía a poner nerviosas a sus víctimas; el contraste con su otra faceta, la que infligía dolor, me llenaba de inquietud.

—Ensamblés quería castigar a dos propietarios de un figón, dos primos que llevaban un bar conjuntamente y que se negaban a pagar. Una noche fue y cortó a los dos hombres por la mitad, de arriba abajo. Luego ató el lado izquierdo de cada cuerpo con el derecho del otro. Dejó los resultados apoyados contra el mostrador.

—¡Por Júpiter!

—Eso es apropiado. Júpiter es uno de los favoritos de esta banda —asintió Amico calurosamente—. Hay muchos letreros con el mismo tema mítico. Apropiado, puesto que el mejor y más grande es el dios patrón de las uvas y el vino. Además, así todo el mundo ve cuántos negocios han pagado.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta.

—Pero no se ven todos —me reprendió Amico—. Ahora voy a ello... Primero te diré lo que tengo. —Era un pedante rindiendo informes. La organización funciona de este modo: hay dos jefes iguales, ambos ocupados en crear una comunidad delictiva britana. Uno se encarga de los establecimientos deportivos (los burdeles, las apuestas, y de organizar peleas para los gladiadores). El otro recauda el dinero de los locales de comida y bebida del vecindario. Han venido desde Roma, pero tienen planeado irse cuando su imperio esté establecido. La intención era que Piro y Ensamblés se encargaran de este sector por ellos.

—¿La banda dispone de un abogado domesticado, un tal Popilio?

—No lo han mencionado. Lo que sí tienen son lugares de almacenamiento, barcos, pisos francos, y hasta unos «baños francos», y un gran grupo de fornidos luchadores. Unos cuantos matones que trajeron aquí, criminales avezados que se encontraban con que Roma era demasiado peligrosa para vivir en ella cómodamente. A otros los están reclutando de entre los lugareños. Los chicos malos acuden de prisa para unirse a ellos. Así es como conocieron al hombre que murió.

—¿Te refieres a Verovolco? Sí, era un fugitivo... cómo atraen a los individuos de la zona? No me digas que ponen un anuncio para contratar personal en una columna del foro: «Tiempo libre, vituallas y bebida, abundantes palizas a la población».

Amico se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que deben de hacer correr la voz. Puedo preguntar.

—No tiene importancia. Suponiendo que volvamos a atrapar a Ensamble, ¿de qué se le puede acusar?

—Mató al panadero a golpes. Piro había ido a buscarlo, estaba bebiendo en una taberna llamada Semele.

—Una de las damas favoritas de Júpiter.

—¿Pero sabía el panadero que la banda la regentaba o lo pillaron desprevenido? —se preguntó Amico—. Piro le prendió fuego a la panadería, por supuesto; ése era su trabajo. Luego estuvo presente durante el asesinato en el almacén, aunque fue Ensamble el que lo llevó a cabo.

—Eso es definitivo. ¿Dónde están las pruebas? ¿Testigos?

Amico sacudió la cabeza en señal de negación.

—Esto es de segunda mano, pero lo obtuve de boca de los camareros del Ganimedes.

—Los camareros no causarán buena impresión en el tribunal.

—No, pero tú puedes agregar más cosas a esta información. Si alguna vez los detienes, algunos de los bravucones de refuerzo presenciaron la muerte. También llevaron el cuerpo al barco y se deshicieron de él. Los camareros oyeron todo esto cuando Ensamble informó a uno de los dos jefes. Al otro no hacía falta decírselo; se trataba de su barco. Estaba en el almacén cuando se perpetró el asesinato. Había ido para llevarse algunos cofres con dinero a través del río, así que aprovechó para sacar de allí al panadero muerto. Una buena manera de tener la casa limpia. Mejor que un contenedor. —Me estremecí; hasta el torturador frunció la boca con desaprobación—. Bueno. —Amico estaba llegando a un punto especial—. Se me pidió que consiguiera nombres.

—Bien, comparémoslos —sugerí, sabiendo que eso lo irritaría.

Amico anunció, con bastante pomposidad:

—A mí me dieron el nombre de Florio.

—Gayo Florio Opico, para ser precisos —repuse.

El torturador chasqueó la lengua, como si estuviera mal que yo obtuviera mi propia información... sobre todo si la mía era mejor que la suya.

—Éste es el malvado, Falco. Todos coinciden en que es vengativo, cruel y en que está decidido a evitar cualquier intento de intromisión por parte de las autoridades.

—Suena bien. Florio dio la orden de matar a Verovolco.

—¡No, un momento, Falco! —Amico levantó una mano—. Mis fuentes dicen otra

cosa. Afirman que fue un accidente.

—¡Tus fuentes parecen estar mal de la cabeza!

—Según ellos, a Verovolco lo despreciaron como rival potencial y no lo quisieron como colega. Él había tratado de introducirse en el mercado, y creía que era un tipo duro, pero los insensibles gánsters romanos consideraban que no era más que un payaso aficionado. Lo metieron en el pozo únicamente para darle una lección.

—La muerte es una lección muy severa —comenté.

—Mis fuentes lo cuestionan —insistió Amico.

—Tus fuentes mienten. Yo vi el cadáver, recuerda.

Amico me lanzó una mirada desagradable; no tenía ningún problema en llevar a algunos hombres al borde de la muerte, en hacerlos gritar de dolor y en dejarlos lisiados de por vida y mentalmente destruidos, pero no le parecía bien que yo inspeccionara a los que ya habían muerto.

Estaba empezando a irritarme.

—Vamos, hombre... «¿Un accidente?». —me mofé—. ¡El abogado debe de haberlos preparado! A Verovolco lo metieron dentro y lo ahogaron.

—El barbero...

Yo solté una áspera carcajada.

—¡Ah, sí, tu terco y resistente hombre de la navaja!

El torturador sonrió abiertamente. Le gustaba pensar que era una persona ascética, pero estaba mostrando un goce intenso.

—El barbero fue como un gatito en cuanto di con el truco adecuado...

—No me lo cuentes.

—Ay, Falco, eres demasiado sensible. Oyó a Florio y al otro pez gordo discutiendo sobre el incidente poco después. Por lo visto, Florio opta por llevar la cabeza rapada para hacer creer a la gente que es un cabrón duro.

—No lo hacía cuando le conocí —dije con un gruñido.

—Florio mantuvo que lo que había ocurrido fue un juego; dijo que todos se fueron riendo, esperando que el britano saliera de ahí mojado y avergonzado. Luego se quedó petrificado al enterarse de que habían encontrado muerto a Verovolco.

—«Todo fue un terrible error; mi cliente está horrorizado...» Vuelves a parecer su abogado.

—Vamos, no seas cruel, Falco.

—¡Lo siento! No me gusta insultar a los expertos, pero estoy trabajando en el asesinato de Verovolco a petición del viejo rey. No puedo decirle a Togidubno que su criado murió a consecuencia de un juego alegre que acabó mal.

—Entonces dile que lo hizo Florio. —La ética adquiriría matices muy sutiles entre los torturadores—. Debe de ser culpable de otros delitos, Falco. Y tienes un testigo que dice que fue él quien ordenó éste.

—¿Qué sabes tú de mi testigo? —pregunté con recelo.

—Has sido poco cauto. Te proporcionó la información una gladiadora llamada Amazonia, en un bar llamado la Cuna en el Árbol.

Me quedé horrorizado.

—¿No me digas que es uno de los establecimientos de la banda? Pero si ya lo pensé, comprobé el nombre. ¿Qué tiene que ver una cuna balancín con Júpiter?

Amico era persona culta, un lector con ánimo de aprender, que sabía más que yo de mitología. También le gustaba alardear de ello.

—Según la antigua tradición, el dios Júpiter era hijo de una deidad, Cronos. Este se comía a sus hijos, una manera salvaje de evitar la profecía según la cual un día sería reemplazado por su propio hijo. La madre de Júpiter escondió al bebé recién nacido en una cuna dorada colgada de un árbol entre la tierra y el cielo, para que su celoso padre no pudiera encontrarlo en ninguna parte, ni por tierra ni por mar.

—¡Oh, mierda!

—Os oyeron hablar a ti y a la chica, Falco.

—Entonces ella está en peligro...

—Claro que nunca podrías presentar a una gladiadora en los tribunales. Aun así, Florio querrá eliminarla. —Amico parecía contemplar esta perspectiva de una manera mucho más flemática que yo.

—¡Tengo que advertírselo... enseguida!

—Una cosa más. —La actitud del torturador se volvió tan insensible como yo la había visto—. Este tal Florio sabe también que un oficial romano lo está siguiendo. ¿Eres tú, Falco?

—No. Es un miembro de los vigiles.

Amico aprobaba a los vigiles en la misma medida en que me desaprobaba a mí. Petronio era un profesional, un empleado paramilitar equiparable al mismo torturador; yo era un informante, es decir, un lastre de clase baja. Mi nuevo anillo ecuestre no hacía otra cosa que convertirme en un farsante con ínfulas.

—Florio ha jurado que se las va a pagar. —Amico vio la cara que puse—. Es amigo tuyo, ¿no?

—El mejor.

Me dirigía a toda prisa a buscar el equipo cuando me encontré con Helena. Como si me hubiese leído el pensamiento, venía corriendo hacia mí con mi espada. Tras ella venía una inconfundible integrante del grupo de gladiadoras, la chica que quería ser un chico. O quienquiera que fuera.

—¡Marco! Puede que Cloris tenga dificultades...

—Necesitamos tu ayuda —dijo aquel duendecillo andrógino de pecho plano y ojos límpidos.

—¡Decidme qué ha ocurrido! —Mientras yo hablaba, Helena me ayudaba a

abrocharme la espada.

—Ese hombre que quiere controlarnos ha pedido reunirse con Amazonia. Ella está nerviosa. Cree que podría volverse violento.

—Y tiene razón —reliqué con gravedad—. Se llama Florio. Está al frente de una de las peores bandas criminales de Roma, son extremadamente peligrosos. Y lo que es más, Florio sabe que me hizo una declaración en su contra.

La mensajera soltó un chillido.

—Bueno, ella trató de darle largas. Pero ahora él dice que presionará a los programadores de la arena. No volveremos a entrar en el reparto a menos que cooperemos. Ella tenía que hacer algo al respecto. Quedó en encontrarse con él en la arena esta tarde.

—¿Se ha ido allí? ¿Fue sola?

—No lo sé...

—¡Ve a buscar a todo tu grupo! Le va a hacer falta alguien que sepa luchar. —A Helena le dije entre clientes—: Es probable que Florio aparezca acompañado de su banda. Avisa al gobernador y a tu tío. Vamos a necesitar soldados. Si no se fían de la guarnición, diles que manden a auxiliares de su escolta personal.

Helena estaba pálida.

—¿Y qué pasa con Petronio?

—Cuéntale lo que pasa si lo ves. Pero ha estado montando guardia en esa supuesta oficina que hay en el burdel junto a los baños. Apuesto a que Petro sabía desde el principio que se trataba de un lugar que Florio frecuentaba. Lo conozco bien, verá salir a Florio y lo seguirá.

—Iré yo misma a explicárselo a Petro —decidió Helena.

No tenía tiempo para discutir.

—Ándate con muchísimo cuidado. Llévate a Albia; ella sabe dónde es.

XLII

La arena se encontraba en el sector noroeste de la ciudad. Era nueva. A su alrededor se extendía una zona sin edificar en la que aun no vivía ni trabajaba nadie. Sobre el terreno desigual del lado de la ciudad había una hilera de tenderetes al estilo de los de los mercados que en aquellos momentos tenían los mostradores tapados en su mayoría, aunque cuando hubiera un espectáculo sin duda todos contarían con maquinadores comerciantes que los atendieran. Había uno o dos que obstinadamente ofrecían comida ligera y estatuillas de gladiadores, aun cuando aquel día sólo pululaban por la zona unos cuantos visitantes ocasionales. Un oso encadenado, que quizá nada tuviera que ver con las bestias de la arena, era tristemente expuesto cerca de una de las entradas. Le habían extraído los dientes. Ningún organizador que se precie lo pondría en la pista. Al verse privado de sus colmillos se estaba muriendo de hambre.

Un portero dejaba entrar a los curiosos a «ver la arena» por una pequeña propina. Debía de haber corrido el rumor de que las gladiadoras estaban entrenándose. Los habituales fanáticos del sexo que no tenían vergüenza ni trabajo que hacer habían acudido tranquilamente para echar una miradita a los músculos y a las faldas cortas. Parecía como si aquellos excéntricos fueran allí a babear cada día.

¡Por todos los dioses, si hasta había turistas! Teníamos que sacar de ahí a esa gente. No hubo manera. Los paseantes se negaron a marcharse en cuanto se olieron que estaba en marcha una operación oficial. La gente está chalada. Se olvidan de su propia seguridad y lo que quieren es papar moscas. Y estaba claro que teníamos el lugar vigilado. ¡Oh, por el Hades! ¡Oh, dos veces por el Hades! Florio no se acercaría si se daba cuenta de que le esperaba un comité de recepción.

Aquel anfiteatro de Londinium no era nada comparado con el sólido monumento que Vespasiano estaba creando como regalo personal para la gente de Roma. El emperador había vaciado el lago de la Casa Dorada de Nerón y tenía planeado construir el mayor lugar de entretenimiento del mundo. Allí en Roma teníamos a cuatro equipos de mamposteros trabajando a toda máquina. Se había abierto toda una cantera en el camino hacia Tibur; doscientos carros de bueyes cada día bloqueaban las carreteras de la ciudad al transportar el mármol travertino para el revestimiento. El extremo sur del foro era un caos, lo había sido desde la subida al trono del emperador y todavía lo sería algunos años más. A todos los esclavos capturados durante la pacificación de Judea los estaban matando a trabajar.

Por contraste, la arena de juguete de Londinium se alzaba en un lugar inhóspito y estaba hecha de madera. Yo me esperaba que tuviera el aspecto de haber sido armada a golpes por un par de sujetos que fueran carpinteros en su tiempo libre, pero era un trabajo de expertos. Aquellos sólidos y resistentes maderos tallados eran sin duda una

joya de la sencilla esquina en cola de milano y la unión de media vuelta en cuña. Nosotros, los romanos, le habíamos enseñado a Britania el concepto de un comercio organizado de la madera; introdujimos aserradores decentes, pero también trajimos almacenes de edificios prefabricados que podían montarse rápidamente in situ. Lo empezó el ejército; algunos fuertes llegaron en forma de kit (vigas ya cortadas con los correspondientes clavos para ensamblarlas) listos para ser levantados ante las narices de los bárbaros, al parecer durante la noche. Una fuerza armada permanente de alguna relevancia adquirió su propia arena para tener contentos a los muchachos. Aquel edificio significaba que Londinium ya era entonces una legítima parte del imperio y que indudablemente iba en alza.

Yo había llegado allí desde el foro. Tras cruzar el arroyo anduve con mucho cuidado por un camino de acceso lleno de estiércol de mula y me aposté a la sombra de la entrada este mientras examinaba el escenario. Para mi sorpresa, alguien había importado y plantado un pino piñonero romano a unos seis metros de la entrada. Allí, tan lejos de casa, el pino había arraigado y debía de proporcionar piñas para ceremonias rituales.

El despreciable y asqueroso individuo que buscaba las propinas de los visitantes me echó un vistazo, escupió y decidió no pedirme el dinero de la entrada. Yo lo fulminé con la mirada de todos modos. Hizo ademán de escabullirse. Yo lo llamé para que volviera.

—Ve corriendo a los barracones. Diles que manden un destacamento urgentemente. Diles que hay disturbios.

—¿Qué disturbios?

—Unos muy graves que van a empezar mientras tú vas corriendo a buscar a las tropas.

Atravesé el arco y me adentré en el oscuro pasaje bajo las gradas sin hacer caso de las vías de acceso para la audiencia. Los peatones contaban con escaleras propias para subir a los asientos y tenían vetado el acceso a la pista. Veía la arena delante de mí a través de unas enormes y ceremoniales puertas dobles que en aquel momento estaban abiertas. Junto a ellas, a mano derecha, había una pequeña portezuela, a la que conducía un camino muy hollado, que sin duda utilizaban discretamente los encargados cuando orquestaban los espectáculos. Ésa estaba cerrada. La arena presentaba la requerida forma oval. Quizá tuviera unos mil pasos de largo allí, en el eje mayor, que iba de oeste a este. Antes de entrar, comprobé las proximidades del acceso interior. Había una antecámara a cada lado, ambas vacías. Una de ellas, que probablemente se utilizaba como zona de descanso de los luchadores antes de los combates, contaba con un pequeño santuario que aparecía entonces iluminado con una única lámpara de aceite. La otra debía de ser la cámara en la que retenían temporalmente a las bestias salvajes; tenía un sólido panel deslizante que daba acceso

a la pista. Estaba bajado. Probé la polea, que se movía con suave facilidad para un rápido manejo. Con una sola mano la levanté unos pocos centímetros para dejarla caer enseguida.

Regresé al pasillo principal y atravesé las enormes puertas abiertas. Estaban colocadas sobre un monumental umbral de madera que crucé con cautela.

En el área central debían de haber cavado la tierra más de un metro, instalado el sistema de desagües y echado una pesada capa de arena; habría una profunda base bien apretada con unos cuantos centímetros de material más suelto arriba que se podía rastrillar. Alrededor del ovoide, apoyadas sobre sólidos postes de madera, se extendían tal vez de quince a veinte gradas con asientos hechos con tablones. No las conté. Una barrera para la multitud contenía a los espectadores de la primera hilera de asientos. Por debajo de ella discurría un pasillo despejado que daba toda la vuelta por el interior. Por la parte de dentro se alzaba una alta empalizada de madera cortada a cuadrados. Ésta encerraba completamente la parte central, de manera que ni las enfurecidas bestias ni los luchadores pudieran escapar, ni tampoco saltar dentro los fanfarrones enloquecidos de entre la multitud.

El único acceso a la arena propiamente dicha estaba allí donde yo me encontraba, o justo enfrente, al otro extremo. Parecía quedar muy lejos. Por lo que yo podía ver tenía las puertas cerradas. Quizá fuera el lugar por donde arrastraban los cuerpos para sacarlos de ahí. Como no había espectáculo, aquel día el otro extremo no funcionaría.

Sobre mí descollaba entonces el portalón este. Los luchadores desfilarían hacia el interior de la arena a través de aquellas dos imponentes puertas que se abrían hacia dentro mediante grandes bisagras y pivotes metálicos. Los ansiosos combatientes, con un nudo en el estómago, atravesarían la oscura entrada y emergerían a la vorágine de luz y ruido.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. La última vez que pisé un anfiteatro fue aquel espantoso día en el que vi cómo mi cuñado, el desafortunado marido de Maya, era destrozado por los leones en Lepcis Magna. No quería recordarlo. Allí, de pie sobre la arena, se me hacía muy difícil olvidarlo: los gritos del gentío en el anfiteatro animando a las bestias, los rugidos de los leones, los aullidos de la muchedumbre. La indignación y la incompreensión de Famia, y luego sus espantosos chillidos.

Aquel día hacía calor, aunque no tanto como cuando el sol del norte de África caía sobre campo abierto. Aquella otra arena, repleta de pintorescos personajes, se encontraba en las afueras de la ciudad, en una costa achicharrada por el sol frente a los azules destellos del sur del Mediterráneo. En aquel momento, excepcionalmente, la atmósfera de Londinium era más desagradable y bochornosa y se aproximaba una tormenta que cambiaría el tiempo, quizás aquella misma noche. Me corría el sudor por debajo de la túnica, aun cuando me hallaba inmerso en la densa sombra bajo la torre de entrada. A menos de un metro, por encima de mí, la arena ofrecía un aspecto

abrasador. Olvidaos del destello dorado de la mica; allí había unos trozos de suelo oscuros y sórdidos. Ya pueden los encargados quitar la sangre con los cepillos, que los repugnantes rastros del pasado siempre persisten. La intensa luz del sol hace que emane un fétido olor a reciente y no tan reciente carnicería.

Dos figuras se movieron al otro lado de la arena. Me concentré en la acción.

El acompasado sonido del choque de las espadas resonaba dentro del óvalo vacío. Todo anfiteatro suena de una forma extraña sin el rugido de la multitud. Allí, al nivel del suelo, al mirar al frente a lo largo de toda su longitud hasta las puertas cerradas del otro extremo, quedé sobrecogido por la inmensa distancia. Entonces se podía dar un grito que justo llegara al otro lado; si se llenaban todos los asientos eso sería imposible.

Amazonia y su amiga daban vueltas en círculo. Iban vestidas con una parodia del atuendo gladiatorial masculino: unas faldas blancas y cortas de altos costados con unos anchos cinturones que les llegaban por debajo del busto. De haber una audiencia completa probablemente llevarían el pecho desnudo, para excitarla. Aquel día tanto piernas, hombros como antebrazos iban acorazados. ¿Era habitual cuando se entrenaban? A veces debían de practicar con todo el peso de las perneras y el peto. No distinguí de cuál de las chicas se trataba; llevaba un yelmo que le tapaba toda la cara. De las dos lejanas figuras, Cloris parecía inconfundible. Mantengo que, de haberme encontrado más cerca y si ella no hubiera estado oculta tras una máscara de bronce con una hendidura para poder ver, hubiese comprobado el color de sus ojos. (Según Helena, lo que hubiera hecho sería fijarme en la medida de sus pechos.) En cualquier caso, Cloris llevaba aquella característica, larga y oscura trenza. Y reconocí las botas, pues había visto cómo se las sacaba mientras amenazaba con violarme.

Blandían las espadas, las entrechocaban y las volvían a blandir: armas con hojas de verdad, no espadas de madera de las que se usan para practicar. De vez en cuando una de ellas se volvía de espaldas. Esperaba hasta notar que se le avecinaba una arremetida y entonces levantaba el arma hacia atrás para encajarla, o bien giraba de golpe para pararla de cara, riéndose. Había brío en ese entrenamiento. Lo que se oía eran verdaderos resoplidos de esfuerzo. Vi que enseñaban los dientes con exultación tras cada maniobra realizada con éxito. Eran buenas, tal como Cloris había dicho con alardeo. Disfrutaban del ejercicio. Actuaban como un equipo, por supuesto. Los profesionales trabajan para lucirse. Programados por parejas, su arte parece más peligroso de lo que en realidad es. Su habilidad consiste en coreografiar lo suficiente como para llamar la atención, mientras que al mismo tiempo improvisan para causar entusiasmo. Sangre, sí, pero no la muerte. A la hora del espectáculo se conocen lo bastante los unos a los otros como para permanecer con vida..., por regla general.

Me pregunté si ellas habrían luchado en serio con otros contrincantes. Debían de haberlo hecho. De lo contrario se las consideraría mediocres, y aquellas chicas eran

muy populares. El público las aceptaba como profesionales. Me preguntaba también si mi ex novia, esa chica ágil y de pies ligeros, habría matado alguna vez a alguien. Me preguntaba si alguna de sus compañeras de grupo había muerto.

Cloris le había preparado una buena encerrona a Florio. En aquel momento se encontraba protegida por la mera distancia. La única manera de entrar a por ella sería atravesando una puerta. Trepar y saltar la barrera de seguridad sería imposible; además, carecía de sentido. Allí en medio ella vería venir a cualquiera, fuera cual fuese la dirección por la que se acercara. ¿Habría reparado en mí? Si estaba buscando a Florio tendría que haberme visto. No estaba seguro de ello. Las dos chicas parecían estar absortas en su entrenamiento y yo no era tan tonto como para llamarlas. Atraer su atención mientras estaban trabajando a ese ritmo sería buscar que un golpe de espada se clavara accidentalmente en la carne.

Había demasiada gente sentada en las gradas. Además de los hombres había parejas y hasta un pequeño grupo de tontas niñas en edad escolar que, claro está, miraban a los hombres. Arriba, en el palco presidencial, divisé a una mujer que estaba completamente sola, muy envuelta en una estola; no podía tener frío con el tiempo tan agobiante que hacía, así que debía de hacerlo para preservar su anonimato. Parecía estar concentrada en la pareja del centro... Tal vez fuera una compañera aspirante que anhelaba unirse al grupo, o quizá sólo estaba cegada de amor lésbico hacia una de ellas.

Decidí no moverme de las puertas. Si Florio entraba por detrás de mí, no quería desconcertarlo. Todo estaba tranquilo. Empecé a dar la vuelta por el interior y seguí andando.

Acaricié el pomo de mi espada pensativamente. La llevaba puesta al estilo militar, arriba en el lado derecho, bajo el brazo, lista para desenvainarla mediante un rápido giro de muñeca. Se trataba de mantenerse alejado del escudo, pero yo no llevaba escudo. Aun viniendo del extranjero, no había traído protección de ese tipo en lo que yo pensaba que era un viaje para auditar una obra en construcción. Por otro lado, una espada podía ser discreta, pero un escudo era demasiado evidente. En Roma, ir armado por la ciudad era ilegal. Allí en las provincias las armas personales se toleraban como única alternativa (Marte el Vengador, tú trata de hacer que un germano o un hispano deje su cuchillo de caza en casa), aunque cualquiera que actuara de un modo sospechoso en las calles sería detenido por los legionarios y despojado de sus armas, sin hacer preguntas.

Bueno, cualquiera menos los matones, que mediante la intimidación o los sobornos conseguían poder llevar el equipo adecuado sin ningún impedimento. Si don Dinero es poderoso caballero, don Dinero Sucio reina.

También compra mucho apoyo, como estaba a punto de descubrir.

Me llamó la atención un movimiento. Una puerta distante se había abierto

parcialmente.

Al principio fue imposible distinguir qué ocurría o cuántos recién llegados había en la ensombrecida entrada. Di un paso adelante, sin moverme del perímetro, en esa dirección. Las dos chicas del centro siguieron con sus ejercicios pero cambiaron ligeramente de posición, de modo que ambas podían observar la alejada puerta.

—¡Amazonia! —gritó la voz de un hombre. Las muchachas se quedaron quietas; la del peto hizo un gesto de bienvenida, animándolo a que se reuniera con ellas en la arena. No pareció haber respuesta. Las dos aguardaron. Yo me alejé de la pared y empecé a andar con suavidad hacia ellas.

Por fin una figura masculina apareció por el portalón. Vi que era un hombre delgado, bronceado y con la cabeza afeitada. Vestía unos elegantes pantalones de cuero marrón oscuro y botas de peón; en sus brazos desnudos llevaba, atados, unos brazaletes de cuerda que hacían resaltar los músculos. Ofrecía el mismo aspecto que cualquier bravucón chiflado de la Suburra, y es un aspecto que da miedo.

No era nadie que yo reconociera... o, al menos, eso creí al principio.

Por detrás de él, a pocos pasos de distancia, venían otros cinco. Se desplegaron en fila hacia los lados, andando con calma. Las probabilidades parecían aceptables, de momento. Eran dos para cada uno de nosotros si me unía a las mujeres. Los matones iban vestidos como cualquier otra persona de la calle, pero incluso a aquella distancia me di cuenta de que portaban todo un arsenal. Tenían espadas y dagas metidas en sus cinturones y un par de ellos empuñaba unos bastones. Se acercaron andando despacio, comportándose como el séquito de indisciplinados esclavos de un hombre rico que causarían problemas sólo porque podían salirse con la suya. No me dejé engañar por su actitud. Aquellos hombres sabían exactamente lo que se traían entre manos, y era un mal asunto.

Me acerqué de inmediato atravesando la pista. Cloris y su amiga habían cambiado ágilmente de posición. Se acercaron la una a la otra, en guardia y con las espadas en alto, listas para oponer resistencia.

El tipo de los pantalones de cuero se detuvo lo bastante cerca como para poder hablar sin esfuerzo. Los matones se desplegaron en abanico a ambos lados de él y se acercaron. Permanecieron a cierta distancia de las dos gladiadoras, pero si las chicas echaban a correr hacia cualquier parte del perímetro les darían caza con facilidad. Aminoré el paso porque no quería precipitar nada que no pudiera controlar.

El matón más próximo me estaba observando. Se encontraba a unas veinte zancadas de la pareja del centro y a la mitad de esa distancia de mí. No tenía ningún sentido atacarlo; bueno, todavía no. Era un bestia altanero de prominentes pantorrillas que nunca había aprendido a bañarse. Podía percibir la suciedad incrustada en su piel, y su cabello lacio estaba tan apelmazado por su propia grasa como la apestosa lana de una oveja vieja.

—¡Amazonia! —Al repetir su nombre, el autócrata de cabeza rapada gritó en un tono un poco más apaciguado. Su acento lo catalogó: Roma. Allí nació y allí le enseñaron corrupción. Era una voz suave, inquietantemente débil. Pero aun así sonó arrogante y despectiva. Ése tenía que ser Florio.

No se había acercado más de lo necesario, protegido por sus hombres. Si las chicas intentaban llegar a él sin duda las detendrían. No lo intentaron. Tampoco respondieron. Un intenso silencio llenó el anfiteatro. Todo estaba tan sosegado que oí el leve tintineo de la cota anillada cuando uno de los guardias trasladó el peso de su cuerpo involuntariamente. La informal vestimenta de diario era un disfraz; por debajo de su túnica aquel bruto iba acorazado de un modo profesional. Los demás se quedaron inmóviles.

—Peleáis bien. Me ha impresionado la demostración. ¡Pero os hace falta tener una organización detrás vuestro y yo os la quiero proporcionar! —anunció el aspirante a apoderado. El tono de su voz seguía siendo áspero, aunque de algún modo poco convincente. De todos modos, contaba con mucho apoyo. Haría falta coraje para decirle que no.

La figura con el yelmo y la trenza oscura se arriesgó y sacudió la cabeza en señal de negación. A su lado, los minúsculos movimientos de su amiga evidenciaban que estaba buscando en los matones la menor señal de un ataque sorpresa.

—Dejad las armas.

Ninguna de las dos chicas reaccionó.

—Es hora de que hablemos... —Trataba de engatusarlas con el pretexto de que aquello seguía siendo un asunto de negocios. Entonces lo echó a perder—: Os superamos en número y tenemos ventaja...

No exactamente. La otra chica le tocó el brazo a Amazonia y ambas echaron un vistazo a sus espaldas. Por la puerta por la que yo había entrado avanzó corriendo un grupo de sus colegas, tan sólo tres o cuatro, pero suficientes para equilibrar las cosas. Se pararon sólo para arrastrar los enormes portones y cerrarlos y luego cruzaron la arena a toda prisa, todas ellas ataviadas con el vestuario de combate y armadas con tridentes o espadas cortas. Enseguida se abrieron en abanico a ambos lados de la pareja central para cubrirla.

En aquel momento estábamos empatados.

El Hombre que debía de ser Florio se envalentonó.

—Oh, vamos, dejémonos de juegos, chicas. ¡Poned los brazos a los lados!

Entonces se oyó una voz que denotaba verdadera autoridad:

—¿Para qué? ¿Para matarlas salvajemente, Florio?

El grito de la mujer había resonado en la arena procedente de algún lugar alto. Nos sorprendió a todos. Las cabezas se volvieron. Los ojos trataron de hallar su origen. La voz había venido del palco presidencial. Su dueña estaba de pie, con las

piernas separadas, encima de la baranda del balcón donde se colocaban las banderas en las ocasiones solemnes. Mantuvo el equilibrio allí arriba sin ningún esfuerzo, a mucha distancia.

Aquella debía de ser la mujer que yo había visto antes sola, envuelta toda en una estola. Ahora se había despojado de su envoltura y supe que era la auténtica Cloris. Con ese sentido de la teatralidad del que se había servido durante toda su carrera, lucía las piernas desnudas, enfundadas en unas botas, bajo una falda increíblemente corta. Ella también llevaba el pelo peinado hacia atrás con tirantez y trenzado luego en una larga y delgada cola.

—Puedes contarme tus mentiras a mí —dijo con sorna la fuerte aparición.

—¿Pero qué es esto? —bramó Florio al tiempo que, enojado, lanzaba alternativas miradas del señuelo a la verdadera jefa del grupo.

—Dímelo tú. —Cloris parecía fría y muy segura de sí misma. Creía haberse mostrado más hábil que él—. ¿Por qué esa tropa de matones? ¿Por qué exiges que dejen las armas? ¿Por qué vienes aquí comportándote bruscamente y amenazando a mis chicas si en realidad se trata de una reunión de negocios y de verdad quieres trabajar con nosotras?

Trató de marcarse un farol.

—Baja y podremos discutir las cosas.

—¡Creo que no! —se burló ella. Ésa era mi Cloris. Concisa y rencorosa.

Allí arriba corría más peligro del que había previsto. Hubo movimiento entre los desperdigados espectadores y en aquel momento un par de figuras con malas intenciones se dirigían zigzagueando entre las hileras de asientos hacia el palco presidencial. Agité los brazos frenéticamente para advertir a Cloris. Ella lanzó una rápida mirada de soslayo, no demasiado desconcertada.

—¡Oh, sí! Manda a tus recaderos para que me atrapen —dijo con aire despectivo, allí, de pie como la Victoria Alada de Samotracia, pero con mejores piernas. ¿Iba armada? No pude distinguirlo. Podía tener cualquier cosa en el palco. Tratándose de Cloris podría ser un abanico de plumas de avestruz y un par de palomas blancas. Pero claro, en su nueva y violenta profesión, podría ser que las palomas estuvieran adiestradas para sacarte los ojos a picotazos.

—Bueno, yo te quiero —contestó pantalones de cuero—. Y voy a conseguirte...

—¡Primero tendrás que atraparme! —gritó Cloris.

Debía de estar perfectamente preparada para ello. Cuando aquellos dos se acercaron con la intención de entrar en el palco, Cloris dio un salto desde el balcón. Tenía una cuerda por la que se deslizó con el rápido movimiento de una artista de circo que ha terminado su número en el trapecio y regresa de nuevo a la tierra. Tenía los pies cruzados para regular su descenso y sostenía un brillante brazo por encima de la cabeza, blandiendo una espada.

La cuerda bajaba directa hasta el pasillo y se ocultaba tras la barrera de seguridad. Cloris desapareció.

Enfurecido, Florio les farfulló algo a sus hombres. Fui consciente de que la pelea estaba a punto de empezar. Me preparé para tomar parte en ella en apoyo de las chicas. Los hombres se aproximaron a ellas. Cuando resonó el primer choque de espadas surgieron nuevos acontecimientos.

Florio estaba intentando retirarse. Vi que retrocedía por detrás de sus hombres cuando éstos se ponían en guardia ante las gladiadoras. Ese cobarde iba a mantenerse al margen aun cuando iba armado. Aparté de un golpe el arma de uno de los matones y me alejé rápidamente de él para salir corriendo tras Florio.

Se dirigía de vuelta a la puerta oeste por la que había llegado. Pero había alguien más que venía en esa dirección: alguien que gritó con aire de triunfo. Era otra voz que yo conocía y Florio también. Se detuvo a poca distancia. Ya frente a él, el gángster de los pantalones y la cabeza afeitada reconoció la alta figura vestida de marrón de Petronio Longo. Eso podría no haber detenido a Florio, pero Petro, que ignoraba que yo estaba allí como su fiel aliado en la lucha, se había buscado otro amigo. Revolviéndose nerviosamente en su pesada cadena, se paró en dos patas y se alzó por encima incluso de Petronio.

—Quieto ahí, Florio... ¡o suelto el oso!

Todavía había unas quince zancadas de distancia entre ellos, pero Florio titubeó y acto seguido obedeció.

XLIII

Mi buen amigo Petronio Longo tenía muchas cualidades excelentes. Era fuerte y astuto, afable compañero, valorado oficial de la ley y el orden y hombre respetable en cualquier barrio que honrara con su presencia. Siempre se burlaba de mi perro, pero él había dado refugio a unos gatitos pulgosos para sus hijas y lo había oído hablar con devoción de una vieja tortuga de tres patas llamada Tridente, su mascota cuando era un muchacho. De todos modos, yo no tenía ningún indicio para suponer que pudiera manejar a un gigantesco y malhumorado oso de Caledonia que tan sólo estaba parcialmente domado. Y estaba en lo cierto. Tal vez hubiera recibido una rápida lección por parte del propietario antes de entrar en la arena, pero el oso ya había visto una oportunidad para reafirmar su carácter impredecible.

Petro animó a la criatura a que avanzara hacia Florio. Esa mole peluda, pariente cercano de las alfombras que Cloris esparcía en el suelo de su tocador, realizó una corta incursión, gruñó y luego se dio la vuelta y jugó con su cadena, amenazando con arrastrar a Petro y hacerle perder el equilibrio. Florio se rió, una risa socarrona fuerte y burlona. Fue un error. Petro le dijo algo al oso entre dientes y éste se giró y echó a correr hacia el gángster. Petro soltó más cadena. Florio le chilló a su escolta. Algunos de los matones dejaron de luchar con las gladiadoras y corrieron a salvarlo. Cuando les hice frente vi que las mujeres estaban haciendo un excelente trabajo practicando la esgrima con los otros matones. No me necesitaban. Tanto mejor. Estaba ocupado arremetiendo a cuchilladas contra los seguidores del gángster. Un hombre dio un chillido de advertencia. Todos nos giramos a mirar. El oso volvió a correr hacia Florio. Petro tiró con fuerza de la cadena pero el animal iba muy deprisa. No tenía dientes, pero con uno de sus zarpazos podía causar daños serios, puesto que se hallaba entonces a un par de pasos de distancia del gángster. Florio estaba histérico de miedo.

Entonces la escena cambió de nuevo. A través de la puerta oeste llegó un estrépito de cascos. Unos hombres a caballo entraron al galope (sin duda los refuerzos de Florio), iban dos y tres en cada montura. El número de maleantes ascendió peligrosamente, pero entonces hubo más movimiento en el borde de la arena: unas cuerdas cayeron desde la empalizada de seguridad con unas figuras deslizándose por ellas con celeridad, más mujeres armadas que habían surgido de entre los inofensivos visitantes. Bajaron agitándose por las sogas en varios puntos al tiempo que lanzaban un fuerte grito desafiante.

La mayoría de los jinetes pasaron junto a nosotros y se dirigieron al centro a toda velocidad. Estallaron enfrentamientos en todas direcciones. En aquel momento había casi tantos combatientes como en los mejores espectáculos por los que se pagaba entrada. Intenté aquilatar la situación. Aún no estaba todo perdido. Las mujeres

poseían habilidad y determinación y por alguna razón los recién llegados no las atacaron. En lugar de eso estaban cabalgando en círculos, hostigando a los matones que ya se encontraban allí. Petronio y su peludo aliado de largo hocico habían evitado la huida de Florio; yo me enfrenté a los guardaespaldas más próximos a él para que Petro pudiera hacerlo prisionero. Dos sucesos desbarataron el esperanzado plan. Primero, un jinete solitario se acercó a Florio por la espalda. Florio se dio la vuelta esperando que lo rescataran del airado oso. Entonces empalideció. Yo estaba enfrente, de modo que vi lo que lo había alarmado: el jinete, un hombre verrugoso, de anchos hombros y cara de pocos amigos, era Ensamblés.

Eché a correr hacia ellos al tiempo que le gritaba a Petronio. Bajo mis pies la arena estaba lo bastante apretada para poder correr, pero es una superficie extraña para aquellos que no se han entrenado en ella. Vas despacio. Los pies se te cansan y debilitan enseguida. Eso le dio tiempo suficiente a Ensamblés para frenar su montura con tanta fuerza que ésta se empinó justo por encima de Florio. Ensamblés, sabiendo que su jefe lo había intentado matar con veneno, tenía intención de tomar represalias, lógicamente. Ello explicaba por qué los recién llegados luchaban contra sus supuestos aliados; ahora nos enfrentábamos a una guerra de bandas.

Florio trató de alejarse desesperadamente. El oso soltó un rugido y se le echó encima. Aquella vez Petronio se vio arrastrado a un lado, aunque instintivamente se aferró a la cadena. Yo intentaba atacar a Ensamblés, pero un hombre a pie no puede competir con la caballería.

Por la puerta abierta del oeste llegó entonces a todo correr un nuevo contendiente. Aquello sería muy emocionante para una multitud que mirara: una chica luchando desde un ligero y rápido carro de guerra británico de dos caballos. Era Cloris. Portaba una conductora, en tanto que ella aparecía inclinada por encima de uno de los lados de mimbre con la espada desenvainada. Fue directa a por Florio. Ensamblés tuvo que esquivar el carro. Saltó de su caballo echando maldiciones, pero alcanzó a Florio y lo agarró. Debatiéndose entre evitar a Ensamblés y eludir las punzantes zarpas del enfurecido oso, Florio acabó dándole la espalda a aquél, quien lo sujetó pasándole un brazo por encima del pecho al tiempo que lo aporreaba con el puño que le quedaba libre. La conductora hizo girar la biga alrededor de ellos describiendo un estrecho círculo, buscando una oportunidad para acercarse. Entonces, en medio de aquel caos, cometió el error de pasar demasiado deprisa sobre la cadena del oso. Una de las ruedas dio una violenta sacudida y se levantó del suelo. El carro se torció, se alzó y estuvo a punto de volcar. Cloris, que no se lo esperaba, salió despedida. Perdió la espada pero fue a buscarla gateando. Al verse libre, el oso dio un salto y se encaramó a los caballos. La aterrorizada conductora dio un grito y se arrojó al suelo por un lado, fue a parar encima de Petronio y lo derribó temporalmente. La biga siguió adelante a toda velocidad en dirección al combate principal que tenía lugar en el

centro de la arena, y parecía entonces que el enorme oso negro estuviera conduciéndola como si de un espectáculo de circo se tratara.

Aparte de aquella disparatada escena, se produjo una repentina y tensa pausa. Ensamble estaba arrastrando hacia atrás a Florio. Petro, Cloris y yo nos estábamos reagrupando para enfrentarnos a él.

Entonces cambió la luz. Los cielos se cerraron y oscureció como si fuera un presagio.

Yo tenía la boca seca y no veía la manera de que aquello pudiera acabar bien. Bajo aquella nueva y fantasmagórica media luz, luchar sería aún más peligroso.

Mientras me acercaba con gran esfuerzo hacia Ensamble y Florio, Petro también empezó a caminar tras ellos, a paso tranquilo, con sus largas piernas. Más de un ladrón había sido atrapado y derribado creyendo que Petro no se estaba esforzando en una persecución. Estaba acortando las distancias, pero Ensamble era consciente de que tenía problemas. Se dio la vuelta, utilizando a Florio como escudo humano, dispuesto a pelear con Petro por la posesión del jefe de la banda.

En la batalla principal, los matones todavía parecían estar luchando unos con otros, aunque alguno de ellos se había separado del montón para apoyar a su jefe. Eso partía la acción en dos, lo cual era bueno, pero todavía había trabajo para las chicas. Una mirada rápida me dijo que aquellos encantos eran excelentes. Lo que les faltaba en peso lo compensaban con el entrenamiento y el manejo de la espada. De una patada y una sacudida derribaban a un hombre, antes incluso de que hubiera empezado a combatir con ellas. No eran nada escrupulosas: si una arteria cortada detenía a un oponente, no malgastaban energía con un golpe mortal que requiere fuerza, sino que hundían la hoja en un miembro accesible y luego se apartaban de un salto mientras la sangre salía a borbotones. Las que pude observar estaban acabando metódicamente con todo aquel que se les venía encima.

Petro y yo hubiéramos hecho trizas a Ensamble, y si Florio acababa muerto, bueno, no habría quejas. Sin embargo, nuestros planes se vieron frustrados: el carro sin conductor dio un brusco viraje en nuestra dirección, con sus caballos enloquecidos por el miedo al babeante oso. Fuera de control, pasó traqueteando entre nosotros y nuestra presa. Tratamos de agarrar las cabezas de los caballos de un salto, pero nos apartaron de golpe. Oí maldecir a Petro.

—¡Pero si fuiste tú quien trajo a ese corredor peludo! —me quejé.

—No sabía que era un fanático de las bigas.

En aquel momento algunos de los guardaespaldas se abalanzaron sobre nosotros. Como ni siquiera estaba seguro de si iban a por Florio o a por Ensamble, me enfrenté a dos de ellos. Sin armadura, aquello no tenía ninguna gracia. Ya había acabado con uno de ellos antes de que Petro se uniera a mí. Allí cerca, Ensamble y Cloris le estaban dando duro. Florio estaba en el suelo y Ensamble lo sujetaba con el

pie. Había otros matones que acudieron en su ayuda. Cloris luchaba sin descanso. Aquellos gorilas no tenían ningún remilgo a la hora de atacar a mujeres. Seguían avanzando hacia Cloris; yo la estaba perdiendo de vista. Petro y yo hicimos un gran esfuerzo y liquidamos a nuestros oponentes con unos salvajes golpes de espada.

Cloris no tenía intención de dejarnos participar en su lucha contra Ensamblés. Cada vez que daba un golpe soltaba unos agudos gruñidos a causa del esfuerzo. Hasta ese hueso duro de roer que era Ensamblés parecía preocupado.

Estaban llegando más esbirros. El carro volvió a virar hacia nosotros y dio la vuelta sobre su eje, cortándoles el paso. El oso saltó, rozándome con una ijada pesada y caliente y abalanzándose sobre uno de los guardaespaldas. Percibí su fétido olor y oí un chillido. El hombre cayó al suelo. Hubo gritos, abucheos y frenéticos gruñidos.

Una voz de mujer pegó un grito y vi caer a Ensamblés. Cloris lo acuchilló con fuerza; ése ya estaba listo. Escurriéndose de manera lamentable por debajo de ellos, Florio se libró del grupo y escapó. Los matones estaban luchando contra el oso. Lo superaban en peso y en número. Le dieron patadas y cuchilladas a la criatura, que se defendía ferozmente. Cloris salió corriendo detrás de Florio. Petro y yo salimos de entre toda aquella turba y nos fuimos tras ella.

Cloris y Florio se hallaban ya a medio camino de la puerta del este. Llamaron la atención, de modo que cuando Petro y yo llegamos al centro de la arena unos hombres salieron corriendo para interceptarnos. Yo iba en cabeza, alcé la espada y solté un tremendo grito. Eran demasiados para mí solo, pero estaba peleando como un loco.

—¡Falco! —Petronio se dio cuenta de que estábamos en desventaja.

Casi le corté la cabeza de cuajo al bestia que tenía más cerca mientras él se quedaba ahí con la boca abierta. Aún no sé cómo lo hice. Pero me sentí bien. En mi siguiente arremetida fui a por dos a la vez. En ese punto los esbirros empezaron a dispersarse. Me quedé solo durante un momento, luego percibí que Petronio estaba a mi lado.

Estaban ocurriendo más cosas.

Un traqueteo de cadenas señaló la apertura de la enorme trampilla para los animales en la puerta este. Se abrió de pronto; nuevas figuras salieron a la carrera en medio de un frenético ruido de aullidos caninos.

—¡Cuidado! —me gritó Petro. Si se trataba de sabuesos entrenados para la arena, eran asesinos. Tratamos de escapar hacia el borde de la pista. Algunos de los matones fueron menos afortunados. La jauría cayó sobre ellos, ávida de sangre. Para mi gran asombro, entre los perros vi la menuda y pálida forma de la jovencita a la que rescatamos, Albia, con los ojos desorbitados y animándolos. Corriendo detrás, como un destello azul, apareció mi querida Helena. Tras ella avanzaba pesadamente el perrero, agitando los brazos, resoplando a causa del esfuerzo y protestando de una

manera que indicaba que no se había separado de sus perros por voluntad propia. Helena se volvió para reprenderlo, en defensa del secuestro.

Petronio y yo habíamos perdido a Cloris y a Florio en el tumulto. Petro fue el que los vio primero. Casi en la puerta, Florio seguía adelante sin ser consciente de cuán cerca estaba Cloris. Él se creía a salvo. Entonces Cloris le saltó encima por la espalda. Lo oímos soltar un grito ahogado. Cayó al suelo y tragó arena.

Cloris ya se había vuelto a levantar. Sin compasión, tiró de Florio para ponerlo en pie con la espada en su cuello. Estaba furiosa.

—¡Levántate, cabrón!

Un retumbar de truenos perturbó aquella tarde de verano. Daba la impresión de estar más oscuro que nunca.

—Nosotros nos lo llevaremos... —ordenó Petronio mientras los dos nos acercábamos corriendo sin resuello. Él se consideraba un tipo galante, lo cual significaba no supeditarse nunca a las mujeres.

—¡Que te jodan! —gruñó Cloris. Yo me doblé en dos, recuperando el aliento. Habíamos recorrido a toda velocidad casi toda la longitud de la arena después de pelear duro.

—Esa rata es mía. —Petro nunca aprendería. Estaba sudando copiosamente en aquella temperatura sofocante y se pasó el antebrazo por la frente.

—No, lo quiero yo —insistió Cloris.

—¡Hace años que voy tras él!

—¡Y ahora yo lo he capturado! —Cloris retrocedió, arrastrando al gángster como si fuera un saco de cebada. Lívido en sus garras, Florio sí que parecía entonces el fardo estúpido e insignificante de siempre. Unos pantalones de cuero no convierten a un pelele en un semidiós. Podría haberse afeitado la cabeza, pero seguía teniendo la misma personalidad que un trapo mugriento. Tenía tanto miedo que babeaba.

—¿Cómo está tu esposa, Florio? —lo provocó Petronio.

—¡Ésta me la pagaréis, vigiles!

Allí afuera en la arena las gladiadoras estaban ya retozando con los esbirros de Florio. Las espadas brillaban y las mujeres se reían con aspereza. Los caballos enloquecidos corrían a su antojo. Los perros andaban a la caza por todas partes, demostrando que no tenían pedigrí como mastines, sino que eran unos canes britanos callejeros de corazón sencillo, con sarna, pulgas y con mucha afición a divertirse. Clavaban los dientes en la ropa de los bandidos y agitaban la cabeza en el aire, como cuando *Nux* daba tirones a una cuerda jugando.

Helena venía hacia nosotros, alejando a Albia de la zona de peligro. Incluso bajo aquella extraña luz pude ver claramente que a la pequeña rebuscadora de basuras, a la que le brillaban los ojos de excitación, no le hacía ni pizca de gracia la vida en casa del audaz Falco. Entonces vio y reconoció a Florio. Debía de estar en el burdel

mientras ella se encontraba prisionera. Debía de haberle hecho algo. Albia se quedó inmóvil y empezó a gritar.

Sus desgarradores chillidos nos sorprendieron a todos. Yo me tapé los oídos un momento. Florio hizo caso omiso de la muchacha. Aprovechando el momento, dio una sacudida y se soltó. Cloris reaccionó al instante, pero él le propinó un brutal puñetazo en la cara y le arrebató la espada. Ella se cortó la muñeca cuando instintivamente trató de recuperarla. Antes de que nadie pudiera detenerlo la había acuchillado en el vientre mediante un furioso golpe circular. Florio, que normalmente dejaba que los demás mataran por él, se tambaleó y pareció asustado.

Con un murmullo de sorpresa, Cloris se desplomó en el suelo. Había sangre por todas partes. Me arrodillé junto a ella y, a tientas, traté de contener la hemorragia, pero Florio la había desgarrado mortalmente y nadie podía volver a empujar el intestino que se desenmarañaba. Era una tarea inútil. Yo seguía allí de rodillas, incrédulo y con ganas de vomitar.

—Se está muriendo —dijo Petronio Longo ásperamente. Por una vez estaba equivocado y yo lo sabía. Ya estaba muerta.

XLIV

El enorme estruendo de la tormenta nos dio un susto del Hades a todos. Unos violentos relámpagos hendían los cielos. La lluvia torrencial nos impidió la visibilidad cortándonos la respiración... y justo entonces Florio aprovechó la ocasión y escapó.

—¡Dejadla! —ordenó Helena. Se quitó la estola, cuyo tejido ya estaba empapado a trozos, y cubrió a Cloris con la tela azul mientras yo me limpiaba las manos y los antebrazos en la arena. Allí en la pista había un montón de cuerpos, la mayoría de ellos masculinos. Las mujeres estaban empezando a mirar hacia nosotros; una o dos echaron a correr. En la otra puerta distinguí unas cuantas túnicas rojas: los soldados habían llegado, al menos unos pocos. Algunos de ellos estaban hablando con los esbirros; la mayoría estaba examinando despreocupadamente el oscuro cadáver del oso muerto.

—¡Marco! —me exhortó Petro.

—Nosotras nos ocuparemos de ella —repitió Helena dándome un empujón—. ¡Vamos! ¡Perseguid a Florio!

Petronio ya estaba en marcha, de modo que, como en un sueño, lo seguí.

Ahora ya sabíamos que estábamos en Britania. Juro por todos los dioses que la debilidad que empezaba a sentir por dicha provincia quedó erradicada con aquella primera y tremenda arremetida de la lluvia. Las tormentas en el Mediterráneo tienen el don de acontecer por la noche. ¿Por qué, cuando el tiempo cambiaba en los climas del norte, siempre daba la casualidad de hacerlo por la tarde?

No era probable que ningún edificio de la ciudad tuviera un sistema de desagüe tan bueno como el del anfiteatro, pero la mera cantidad de agua que caía a mares sobre la tierra nos dejó chapoteando a través de torrentes, incluso estando guarecidos bajo la puerta. Los surcos de drenaje ya rugían con el agua. Arriba, las cortinas de lluvia dejaron vacías todas las gradas. El pasillo entre la barrera del público de la primera fila y la empalizada de seguridad se había inundado casi al instante.

En todo Londinium no había ningún otro lugar, a excepción del río, en el que pudiéramos estar más expuestos a mojarnos. Petronio y yo salimos por la puerta tambaleándonos, con la ropa adherida al cuerpo y el pelo lacio y pegado a la cabeza, mientras unos riachuelos de agua nos caían en cascada por encima. Me pareció que podría ahogarme con lo que me corría por la nariz. Tenía los ojos llenos de agua. Mis pies estaban atascados en las botas, que eran un peso muerto y que a duras penas podía levantar del suelo empapado.

Miramos detenidamente a nuestro alrededor, pero Florio había desaparecido. Unas figuras borrosas y encorvadas que se cubrían la cabeza lo mejor que podían corrían en varias direcciones en medio de la lluvia y la niebla. Petro intentó

preguntarles, pero se lo quitaron de encima. Si Florio había encontrado o le había quitado una capa a alguien, nunca lo reconoceríamos.

Los relámpagos seguían atravesando rápidamente el cielo, oscuro como boca de lobo, e iluminaban nuestros graves rostros. Petronio extendió el brazo en una dirección y salió disparado. Yo me volví hacia la derecha. Me dirigiría a campo abierto, un paseo inútil. Otro terrible retumbo de truenos restalló por todas partes. De haber habido algún portal, me hubiera apresurado a cobijarme y lo hubiera dejado todo.

El camino que salía de la arena llegaba a una carretera. Me hice daño en la rodilla nada más pisar la superficie de grava, pero seguí adelante cojeando mientras la lluvia aumentaba. Aborrecía ese lugar. Aborrecía el clima. Aborrecía la maldita sociedad mal dirigida y vulnerable que había dejado entrar a Florio, y a la administración que no hacía nada para controlar sus tejemanejes. Aborrecía a los urbanistas que situaban las arenas en emplazamientos remotos. Aborrecía la vida.

Marco Didio Falco, que siempre era el más alegre en las reuniones.

Torcí hacia el sur y me encaminé a una zona urbanizada. El primer sitio al que llegué tenía aspecto de ser un local industrial, con un ruido que parecía ser de maquinaria en funcionamiento. Abrí a medias una puerta. Debía de tratarse de una rueda de molino. Estaba muy oscuro, pero oía el ruidoso traqueteo de las paletas y el fluido roce del agua al alzarse y caer luego en un depósito. Era un sonido vacilante.

Podía haberme guarecido, pero tal vez pasaran horas antes de que escampara. Todavía albergaba ligeras esperanzas de alcanzar a Florio. Llamé en voz alta, pero nadie respondió, de manera que salí y me sumergí de nuevo en la tormenta.

Agotado por el esfuerzo de correr bajo semejante tiempo, encontré entonces un lugar más prometedor: en medio de la oscuridad se divisaba un grupo de edificios. Al acercarme, con la cabeza gacha para protegerme de la tormenta, por una vez la fortuna me sonrió. Aquel lugar ofrecía un aspecto comercial. Había alguien de pie en la puerta abierta, mirando hacia fuera, pero se echó a un lado para dejarme entrar. El calor me dio de lleno. La civilización aguardaba. Entonces lo comprendí: a los visitantes de la arena se les había provisto de unos baños públicos.

Cautamente como siempre, busqué algún letrero con el nombre. Había un burdo fresco sobre la mesa en la que cobraban la entrada. Se llamaba Los Baños de César. Bueno, eso al menos sonaba bien.

XLV

—¡No se permiten espadas!

—¡Tengo que registrar este lugar, en nombre del gobernador!

Quería bañarme. Quería despojarme de mis prendas empapadas, soltar el arma de mi puño mojado, quitarme las pesadas y caladas botas y luego sentarme en una repisa caliente, dejar que el insidioso vapor me envolviera mientras dormitaba. Si mi conciencia me permitiera abandonar, con mucho gusto podría quedarme allí durante días.

—¿Es oficial? ¿Tienes una orden? —Nadie tenía nunca órdenes de registro en las provincias. ¡No las tenían ni en Roma, por el Hades! Si los vigiles aporreaban alguna puerta, ansiosos por echar un vistazo, el propietario dejaría entrar a esos bravucones y empezaría a ahorrar para pagar las cosas que rompieran.

Agité la espada con enojo.

—Esta es mi orden. Si quieres discutir puedes mandar un mensajero a la residencia del procurador.

—¡Qué dices! ¿Con el tiempo que hace?

—Entonces cierra la boca y muéstrame el interior como haría el encargado de unos baños que quisiera conservar su licencia.

Probablemente tenían tantas ganas de que se construyeran casas de baños en Britania que tampoco existía un sistema de licencias. ¿Quién lo iba a supervisar si no había vigiles? Una legislación sin responsables de hacerla cumplir no es una buena base.

Las licencias de los locales comerciales era algo con lo que sí contábamos en casa, con pomposos senadorcitos que se pavoneaban como si fueran ediles, muriéndose de ganas de hacer ascender sus togados traseros en el *cursus honorum* y preocupándose mientras tanto con entrometidas inspecciones sobre el horario de apertura, el libertinaje de los plebeyos y las precauciones contra incendios. El soborno de su escolta normalmente trasladaba la inconveniencia calle arriba, a la próxima víctima.

Allí, un lugar donde la burocracia todavía tenía que echar las raíces principales, el sencillo poder del lenguaje parecía causar impresión. No puedo decir que me acompañaran por ahí como si fuera un inspector de sanidad, pero se me permitió deambular por las salas caliente y fría sin que me molestaran.

Daba la sensación de que pasaba mi vida de informante en constantes registros de baños de suelos húmedos; eran traicioneros si ibas con prisa y llevabas botas. Costaba mucho concentrarse mientras te deslizabas por unas resbaladizas baldosas de cara a una pared llena de protuberancias, atravesada por tuberías de aire caliente. Al menos el estruendo de la tormenta quedaba amortiguado por los gruesos techos de

mampostería. Aparte del goteo y el borboteo de rutina, aquel lugar era un remanso de calor y silencio.

No era precisamente silencio lo que yo esperaba encontrarme. Se trataba de un espacioso conjunto de salas calientes, sin embargo no había clientes. Aquel oscuro establecimiento carecía de la sociabilidad que los baños romanos quieren ofrecer. No había nadie en absoluto debatiendo sobre filosofía, discutiendo sobre los Juegos, intercambiando cotilleos o pegando puñetazos contra los sacos rellenos a modo de ejercicio. Era otro fracaso de las lecciones de urbanidad del legado judicial en Britania. Llegados a eso, los aceites corporales olían a rancio.

—¿Esto siempre está así de vacío? ¡Es un lugar grande!

—Se supone que va a llegar un nuevo fuerte.

—¡Quién sabe cuándo va a ser eso! ¿Cómo te ganas la vida? ¿Quién utiliza los baños?

—Sobre todo los soldados. Les gusta el bar de al lado. Estuvieron aquí antes. Los llamaron a todos para unas maniobras. —Eso debió de ser cuando el gobernador ordenó a las tropas que salieran en busca de Ensamble.

Se me ocurrió algo. El tabernero que me había ayudado a entretener al centurión, Silvano (daba la sensación de que hubieran pasado unas seis semanas), había hablado de que iba a buscar el agua a una casa de baños.

—¿Hay un antro militar que utiliza tu agua?

El propietario asintió con un movimiento de la cabeza.

—Tenemos un pozo con un molino de agua y una noria —me informó con orgullo—. No hay nada parecido a nuestro sistema en ningún lugar al norte de la Galia.

—¿Está cubierto?

Con un gesto señaló en la dirección por la que yo había venido.

—Tuvimos que construir el pozo allí donde hay agua.

—Oh, ya he visto las instalaciones de tu manantial. —Eso había quedado atrás con la tormenta; perdí interés—. Dime, ¿por dónde queda ese bar? —le pregunté.

—Justo ahí al lado —contestó el encargado de los baños, como si estuviera sorprendido de que yo no lo supiera—. Se llama César. Igual que nosotros. —Bueno, eso les ahorra a los borrachos tener que acordarse de dos nombres.

Dejé los Baños del César y di unas cuantas zancadas apresuradas a través de un enorme charco que se iba extendiendo hacia el Bar del César. Al entrar, ¿a quién os parece que vi bebiendo de una jarra con aspecto melancólico? ¡A mi querido amigo Lucio Petronio!

Se levantó a medias, con aspecto preocupado. Inmediatamente todo mi dolor por Cloris resurgió.

—¿Estás bien, Falco?

—No.

Pidió otra taza y me empujó hacia un banco.

—Llora. Hazlo ahora. Se refería a que lo hiciera allí estando con él, no con Helena. Ya era bastante malo que me hubiera visto consternado, empapado hasta los codos con la sangre y los intestinos de una antigua amante. Bajé la mirada hacia mi ropa. Al menos la lluvia había lavado un poco aquel desastre. En cuanto a llorar, eso es algo que elige su propio momento.

Petronio apoyaba los codos en una mesa, sus botas estaban en el suelo para que se secaran y sus pies desnudos descansaban sobre una toalla. Parecía deprimido, aunque extrañamente cómodo. Había perdido a su presa en medio de aquel diluvio y había escurrido el bulto. No podía discutirlo puesto que yo había hecho lo mismo.

—Lo encontraste, claro está —lo reté al tiempo que me sacudía el agua del pelo.

—Lo encontraré —dijo Petro con voz ronca: estaba obsesionado.

Bebí y me limpié la boca.

—¡Parecía distinto! Fue toda una impresión. Yo lo recuerdo como un zoquete borracho con padrastrós en las uñas y pelo lacio que soñaba con abrir su propia cuadra de carreras, cosa que nunca hubiera hecho.

—El poder lo ha espabilado —gruñó Petro—. Ahora opta por la ropa elegante.

—¡Esos malditos pantalones partos!

Petronio se permitió esbozar una sonrisa irónica. Tenía un gusto más conservador que yo, si es que eso era posible. —Las perneras eran de un estilo un poco hortera. Le quedarían muy bien a un apestoso mulero del Brucio.

—Así como un cencerro alrededor del cuello... Me fijé en que su anillo ecuestre tenía tres veces el tamaño del mío. —Extendí la mano y miré el fino aro de oro, significando que me había visto arrastrado a la clase media. Florio portaba una barra que le cubría toda una articulación del dedo.

—La diferencia está —dijo Petro— en que tú nunca llevarías uno si por ti fuera. Helena te compró el tuyo. Quiere que el mundo sepa que tienes derecho a tal honor, y tú haces lo que ella te dice porque te sientes culpable.

—¿Culpable?

—Culpable por ser un tipo desaliñado cuando ella se merece algo mejor. Pero Florio... —Petro se detuvo; no quería molestarse en expresar todo su desprecio. Una vez vi a Petronio coger el anillo del mafioso suegro de Florio y aplastarlo con el talón de su bota.

Desanimado, sirvió más vino.

—¿Es Florio el chulo del burdel? —pregunté de pronto.

Petro se echó hacia atrás. Me di cuenta de que no era una idea nueva.

—¿Te refieres al Captor? Sí, es él. La antigua banda siempre se encargó de las prostitutas de Roma, no lo olvides. Tenían burdeles, tanto por lo que éstos suponen como por la delincuencia que en ellos se mueve. No se trata únicamente de manicuras

que hablan con sus amigas todo el día o de adivinas que no saben distinguir Cáncer de Capricornio. Me refiero a los robos. Estafas. Juego ilegal. Asesinos a sueldo. Todo ello, además de la habitual depravación.

—¿Y Florio busca él mismo a los nuevos talentos?

—Y es el primero que los pone a prueba —afirmó Petronio. Ambos habíamos dejado de beber—. Todas las potras de su más que notable establo han sido desvirgadas por Florio personalmente.

—¿Violadas?

—Repetidas veces si es necesario. Para aterrorizarlas y que de ese modo hagan lo que se les dice.

—Esa chica que atrapó, la que está con nosotros, tendrá unos catorce años.

—Algunas son más jóvenes.

—¿Has estado observando y no has hecho nada para acabar con ello? —Lo fulminé con la mirada—. ¿Eras consciente de que estabas vigilando a Florio directamente?

—Al principio no. Como tú has dicho, tiene un aspecto muy distinto.

—Tu amigo de la aduana me dijo que utiliza el burdel como oficina cuando viene a la ciudad. ¿De modo que cuelga sus botas como es debido en algún otro lugar?

Supuse que en La Anciana Vecina le alquilaban un poco de espacio —confirmó Petro—. Pasó de aquí para allá justo por delante de mí unas cuantas veces antes de que yo me diera cuenta de quién era. Entonces lo descubrí enseguida como el propietario, y que estaba muy enfrascado en las actividades del local.

—¿Y por qué otro lugar anda?

—Río abajo. Posee una embarcación —me dijo Petro—. Fue el barco lo que me alertó. ¿Te acuerdas que vi a alguien en la proa aquella mañana cuando se deshicieron del cuerpo del panadero?

—Dijiste que había algo que te preocupaba.

—No lograba entender qué era. Solté un grito al darme cuenta de que era él. La forma en que estaba ahí apostado, sin hacer casi nada... —Petro puso mala cara—. Seguramente observaba cómo sus hombres arrojaban el cuerpo por la borda. Típico de Florio. Disfruta mirando. Toda la familia es así. Se regodean con el sufrimiento, a sabiendas de que son ellos los que lo han causado.

—La sensación de poder y de misterio. Apuesto a que Florio espía a los clientes cuando están con las chicas del burdel.

—Seguro.

Nos quedamos en silencio. Habíamos perdido a Florio y el tiempo era demasiado deprimente para poder soportarlo. Nada ocurriría porque nos quedaríamos sentados a reflexionar tranquilamente.

Aún seguíamos considerando las cosas cuando la puerta se abrió de golpe.

Después de que los recién llegados lograran cerrarla de nuevo dando un portazo, el tabernero les dijo amablemente.

—No se admiten mujeres.

Puesto que eran Helena y Albia las que habían entrado dando traspiés, Petronio sonrió y le dijo que aquellas pobres mujeres empapadas venían con nosotros. El camarero supuso que eran prostitutas y que estábamos comprando sus servicios, pero nosotros las tratamos con cortesía de todos modos.

En cuanto me vio, Helena se acercó a mí con la misma preocupación que había mostrado Petronio.

—¡Oh, Marco!

—Estoy bien —mentí. Aun de pie, Helena me rodeó con sus brazos; eso casi acabó conmigo. Contuve las lágrimas.

—Sus amigas se la han llevado. Nadie podía hacer nada. Ya lo sabes.

Cuando me soltó recobré la calma. Ella se sentó a mi lado.

Albia se había tranquilizado de su histeria y en aquellos momentos se mostraba callada y hermética. Helena le escurrió el pelo, luego las faldas. La niña se limitó a quedarse sentada. Helena le puso detrás de las orejas el desordenado pelo a Albia y le secó la cara lo mejor que pudo con la toalla de Petro.

—¿Y Florio? —preguntó Helena en voz baja.

Petronio llenó su jarra con cara de malhumor.

—Lo hemos perdido. Pero ésta es una provincia sin salida situada en el fin del mundo. No tiene adónde ir.

En mi opinión, eso era optimista.

Nos quedamos todos sentados un tanto aletargados, con el cansancio metido en los huesos a causa del clima. Si nos quedábamos ahí mucho tiempo acabaríamos todos congelados. Nuestras ropas empapadas no se estaban secando, sólo se volvían cada vez más pesadas y más frías sobre nuestros cuerpos.

Pero nos quedamos, porque Helena tenía un proyecto urgente. Rodeó a Albia con el brazo y con dulzura:

—Te alteraste mucho cuando reconociste a ese hombre. Quiero que me cuentes (sería lo mejor, querida) lo que sabes de él.

—Sabemos que dirige ese burdel que se llama La Anciana Vecina —expuso Petro en tono sereno, para hacer que la muchacha empezara a hablar.

—¿Tú querías ir allí, para empezar? —le preguntó Helena.

—No lo sé. —Parecía que Albia temiera meterse en problemas con cualquier cosa que decía o hacía—. Yo no sabía adónde me llevaba.

—¿Sabías quién era ese hombre?

—No.

—¿No lo habías visto nunca antes?

—No.

—¿Y cómo te abordó?

—Se acercó y fue amable conmigo cuando estaba sentada allí donde Falco me dejó. —Albia hizo una pausa y luego admitió con vergüenza—: Me dijo algo porque estaba llorando.

Me aclaré la garganta.

—Fue culpa mía. Me había enfadado. Albia tal vez pensó que la había abandonado allí y que no iba a volver.

—Pero volviste, claro está —dijo Helena, más para tranquilizar a la muchacha que para aplaudir mis honestas intenciones.

—Quizá no me conocía lo bastante bien para poder estar segura de que lo haría.

—De modo que Albia parecía una desgraciada jovencita que se hubiese escapado de casa.

—Eso fue lo que me preguntó aquel hombre —saltó Albia apasionadamente—. Le dije que no tenía casa.

Helena frunció los labios. La estaban afectando fuertes sentimientos.

—Bueno, a ver si nos entendemos bien: te estoy ofreciendo un hogar, si es que lo quieres, Albia.

A la muchacha se le inundaron de lágrimas sus azules ojos. Petronio me dio un codazo en las costillas pero no le hice caso. Helena y yo no habíamos discutido sobre el tema en privado. Llevarse a Roma a una niña salvaje y exponer a nuestras propias hijas a una influencia desconocida era algo que requería ser considerado detenidamente. Hasta la impetuosa Helena Justina abogaba por los tradicionales consejos familiares. No obstante, toda matrona romana sabe que los consejos domésticos fueron ideados por nuestras destacadas madres sólo para que las opiniones de la matrona de una casa prevalecieran.

Yo me mostré conforme. Sabía comportarme como un patriarca romano.

Helena se inclinó hacia la niña:

—Cuéntame qué te ocurrió cuando fuiste a La Anciana Vecina con Florio.

Hubo un prolongado silencio. Entonces Albia habló, con una energía sorprendente.

—La mujer gorda me dijo que tenía que trabajar para ellos. Yo nunca pensé que volvería contigo y con Marco Didio. Creí que tenía que hacer lo que me decían.

Helena logró no reaccionar airadamente, pero vi que se le tensaban los músculos alrededor de la boca.

—¿Y el hombre?

—Me hizo hacer lo que se tiene que hacer.

Helena entonces abrazó a la muchacha, medio vuelta de espaldas a mí. Petronio se apretaba las manos con fuerza, no fuera a romper algo. Yo apoyé la palma de la

mano en la espalda de Helena.

—¿Ya sabías qué era eso, Albia? —murmuró.

—Sabía lo que la gente hacía.

—¿Pero te había ocurrido a ti alguna vez?

—No. —De pronto la niña empezó a llorar. Las lágrimas cayeron, casi sin sollozos. Su profunda pena y amargo desconsuelo eran estremecedores.— Yo hice que ocurriera...

—No. ¡Eso ni lo pienses! —exclamó Helena—. No puedo cambiar lo que te han hecho, pero ahora estás a salvo con nosotros. Te ayudaré a que le cuentes esta historia al gobernador. Entonces se podrá evitar que el hombre y la vieja hagan daño a otras chicas como tú. Sabrás (y tal vez eso te ayude, Albia) que has luchado contra él. Contra él y contra todos los de su calaña. —Al cabo de un momento, Helena, con voz fuerte, añadió—: No todos los hombres son así, te lo prometo.

Albia levantó la vista. Su mirada iba de Helena a mí.

—Los hombres y las mujeres pueden ser felices juntos —dijo Helena—. No lo olvides.

Albia me miró fijamente. Aquella era la comunicación más larga que cualquiera de nosotros había tenido con ella, de modo que lo que vino después era comprensible. Debía de haber estado dándole vueltas durante la mayor parte del tiempo que había estado con nosotros.

—Vosotros encontráis a las personas. ¿Encontraréis a mi familia?

Aquella siempre fue la pregunta más dolorosa que se le podía plantear a un informante. O bien no podías encontrar a los desaparecidos, y nunca tenías muchas posibilidades de hacerlo, o los encontrabas y todo salía terriblemente mal. Nunca supe de ningún caso que resultara satisfactorio. A partir de ahí me negué a hacerme cargo de tales peticiones por parte de mis clientes.

—No puedo decirte otra cosa que la verdad, Albia. No creo que pueda hacerlo —le dije.

Dejó escapar un grito de protesta.

La hice callar y seguí hablando sin interrupción.

—Ya he pensado en ello por ti. Creo que los miembros de tu familia debieron de morir todos durante los enfrentamientos y el incendio que tuvieron lugar cuando la reina Boadicea atacó Londinium. Por aquel entonces tú debías de ser un bebé. Si alguien hubiera sobrevivido, habría tratado de encontrarte. —Probablemente eso era cierto. Si habían huido abandonando a la niña era mejor que ella no lo supiera.

—Desaparecieron, Albia —dijo Helena—. Ámalos... pero tienes que dejar eso a un lado. Si eliges venir con nosotros te llevaremos lejos y podrás olvidar todo cuanto ha pasado desde entonces.

Sus palabras no surtieron el efecto deseado. Albia no podía estar más decaída.

Petronio y yo dejamos que Helena se ocupara de la niña lo mejor que pudiera. Nos dirigimos a la puerta y nos quedamos mirando la tormenta. Petro dio unos saltitos sobre un pie mientras se volvía a atar una de sus botas.

—Quedará marcada para toda la vida. Os va a costar salvarla.

—¡Ya lo sé! —Y eso si no teníamos que enfrentarnos al hecho de que Florio le hubiera contagiado alguna enfermedad o la hubiera dejado preñada. Eso únicamente lo sabríamos con el tiempo. Helena tendría que observarla detenidamente y con tacto.

En aquellos momentos Petronio Longo quedó sumido en el silencio. A mí ya me absorbía mi propio sufrimiento. Él, yo lo sabía, estaba pensando que de algún modo, en algún lugar, atraparía a Florio.

XLVI

Al fin, la tormenta cesó de forma repentina.

El dueño o camarero salió a mirar el cielo, que se iba despejando. No era el hombre que yo recordaba. Aquél había sido un galo calvo vestido con una túnica azul y un feo cinturón. Se mostraba tranquilo y profesional. Ese otro era un tipo desaliñado, enjuto y nervudo que había tardado una eternidad en atendernos y que parecía no saber qué tenía en existencias.

Aquel cambio en el personal me dejó preocupado. En el fondo esperaba que reapareciera mi conocido, pero eso no iba a suceder. No me caía bien, pero el pensar que su puesto lo había usurpado aquel incompetente me dejó un mal sabor de boca. Me obligué a hacerlo notar.

—La última vez que vine aquí había otra persona sirviendo.

Los ojos de aquel hombre se vidriaron ligeramente.

—Se marchó.

—¿Era de esos que necesitan ir cambiando de aires? —No era la impresión que me había causado en su momento. El otro hombre, el que me había ayudado a hacerle pasar la borrachera a Silvano, había venido a Britania para iniciar una empresa exitosa. Parecía estar asentado en el bar de los soldados, dispuesto a quedarse como residente a largo plazo. Así, pues, ¿dónde estaba ahora? ¿Quién lo había echado?

El nuevo tabernero se encogió de hombros. Entonces fue cuando me fijé en que habían descolgado el viejo letrero con la cabeza del general de nariz aguileña. Alguien lo estaba repintando.

—¿Te cambias el nombre? ¿Cómo te vas a llamar ahora?

—No lo he decidido —respondió tratando de escaparse por la tangente, como si mi detenido escrutinio le resultara odioso. Entonces me di cuenta de lo que significaba todo aquello.

—Tienes muchos para escoger —repliqué en tono grave—. En un día como hoy, El Relámpago sería un buen nombre.

—Es cierto —terció Petronio, que entendió a qué me refería; habló en un tono amenazador—. Algo que tenga que ver con Júpiter siempre es popular. —Dirigiéndose a mí, dijo entre dientes—: ¡Si se han extendido tan al norte de la ciudad, Frontino ha de tomarlo en cuenta!

Si en verdad se trataba de un nuevo encargado instalado allí por la banda de Florio, sabía que estábamos enterados de la absorción del negocio, pero se limitó a lanzarnos una mirada de desprecio.

Avisé a Helena de que debíamos marcharnos. Ella tenía frío y estaba incómoda, y sugirió que podríamos entrar en calor en los baños de al lado. Si nos esforzábamos en volver a la residencia, habría allí agua caliente y ropa seca, pero teníamos todos

demasiado frío como para dejar pasar aquella oportunidad. No sólo se trataba de un capricho. Petronio y yo podríamos planear el próximo movimiento.

Así, pues, decidimos volver por la calle inundada; el alcantarillado estaba tan lleno de agua que había rebosado. Nuestro grupo anduvo en silencio. Yo ya estaba pensando.

Florio no volvería al burdel. No si pensaba que Petronio debía de estar vigilando el lugar. El gobernador podría asaltarlo sin peligro y detener a la vieja bruja, junto con algún adlátere. Entonces podríamos registrar el río en busca de la embarcación de Florio y descubrir cualquier otra guarida que tuviera.

De momento, Florio trataría de pasar inadvertido.

Tal vez.

Cuando entramos a los baños le guiñé el ojo al encargado, quien entonces se vio regateando. Petronio Longo se había hecho cargo de la situación; quería un descuento para grupos, lo cual era algo exagerado tratándose sólo de cuatro personas. Aun así, los vigiles esperan que se respete su posición, igual que hacen los gángsters como Piro y Ensamblés. Lo único que el encargado podía hacer era farfullar débilmente sobre la alta calidad del servicio y la cantidad de agua caliente que tenían...

—¡Tienen una noria! —exclamé alegremente—. Y a un esclavo muy cansado que la hace rodar.

—¡Mirón! —replicó el encargado de los baños—. ¡A las piernas de Mirón no les pasa nada! Se mueve a buen ritmo.

No era eso lo que yo recordaba. Traté de no hacer caso, pero el comentario me fastidió. Suspiré.

—Resérvame una almohaza, quiero comprobar una cosa... —No se lo dije a Petro, pero de pronto me di cuenta de que podía haber perdido a Florio por un pelo.

No tardé en volver en una escapada al edificio en cuyo interior había visto la noria. Cuando hacía buen tiempo parecía estar muy cerca. Me detuve en el exterior de la casucha. Aquello era una estupidez. Estaba persiguiendo a alguien peligroso. Debería de haber traído a Petronio conmigo. Desenvainé la espada. Empujé la puerta muy suavemente y entré.

Me di cuenta enseguida de que la noria estaba rodando con mucho más brío que antes. El hombre del molino debía de tener energía de repuesto. Había poca luz, incluso ahora que la tormenta había amainado, pero podía distinguir el mecanismo. El sistema de extracción era espectacular. Lo habían instalado en el interior de un enorme pozo revestido de madera, tan ancho, que dentro hubieran podido meterse dos personas con los brazos extendidos. Aunque podrían haberse ahogado si lo intentaban. No podía ver el fondo del hueco. Recordando pasados terrores, me mareé sólo con mirar dentro. Si a Verovolco lo hubieran arrojado allí habría desaparecido de la vista y nadie lo hubiese encontrado nunca. Hecho que me habría ahorrado un

montón de disgustos.

Una cadena de hierro, colocada alrededor de una rueda que la hacía funcionar, descendía a las lóbregas profundidades de ahí abajo y sacaba el agua en una larga línea de cangilones rectangulares de madera. Al lado había un molino de tracción humana, el cual mantenía girando la rueda superior y los cangilones dando vueltas. Alcancé el molino, me agarré a uno de los travesaños y me aferré ahí. El mecanismo tenía unos tres metros de alto y lo accionaba un hombre que, supuestamente, se pasaba todo el día andando con obstinación. Entonces, sacudido por la presión que yo ejercí al frenar su rueda, se detuvo. Era un esclavo con aspecto de insecto palo, con una cinta en la cabeza, que pareció ofendido de que hubiese irrumpido en su soledad.

—Tú debes de ser Mirón. Tienes un mal día, ¿no? Lamento molestar otra vez. Dime, Mirón, ¿quién te dijo antes que te tomaras un descanso en tu trabajo?

Mirón observó mi espada. De todos modos, estaba animado.

—¿Vas a pagarme para que te lo diga?

—No. Voy a matarte si no lo confiesas.

—¡Vale, está bien! —Un pragmático.

—Es un mafioso —le advertí—. Tienes suerte de seguir vivo. Lleva la cabeza afeitada y unos pantalones ridículos, ¿me equivoco?

Mirón asintió con la cabeza y suspiró.

—Ni siquiera tuve un descanso como tú dices..., él entró aquí conmigo de un salto. ¿Fuiste tú el que abrió la puerta? Estaba aquí metido, con la mano tapándome la boca.

—Mejor que te la pusiera en la boca que en el culo.

—¡Pues yo no le veo la gracia! Me dio patadas y me obligó a seguir andando para que todo pareciera normal.

—No ibas a tu ritmo habitual.

—Porque el maldito no hacía más que estorbar.

—¿Adónde se fue luego?

—Ni lo sé ni me importa. Me dio una paliza y me dijo que mantuviera la boca cerrada y no dijera que lo había visto. ¿Por qué debería hacerlo? Tú volverías a pegarme... Si lo atrapas dale un porrazo de mi parte. Me las arreglo muy bien sin todo esto.

—¿Lo conoces? Se llama Florio.

—Lo había visto antes. Vino con otro tipo, quería invertir en la casa de baños. Saben que se va a construir un fuerte, diría yo. Entonces sí que me harán trabajar. — La banda estaba extendiendo sus tentáculos por todas partes, y eran rápidos a la hora de encontrar oportunidades para invertir. Mirón añadió—: Se hacen llamar la Compañía Júpiter. ¡Suena bien!

—¡Divino! ¿Quién era el otro hombre?

—No lo sé. Un tipo muy amable. La verdad es que me trató con cortesía.

—No dejes que te engañen, Mirón. Cualquiera de ellos te cortaría el pescuezo.

—¡Sí, claro! —exclamó Mirón, que debía de ser un caso—. ¡Pero el que no era Florio se disculparía amablemente antes de hacerlo!

Volví a los baños y busqué a mis compañeros. No tenía sentido deprimirlos revelándoles que Florio me había engañado. Les dije que era hora de irnos. Yo estaba demasiado alterado para bañarme.

Estábamos todos agotados, y de camino a casa un error humano nos alejó de la ruta directa, llevándonos hacia la zona cercana al foro. Temblando, seguimos adelante, en tanto que el cielo cada vez estaba más despejado y la lluvia tan sólo dejaba una ligera neblina. No salió el sol. En cambio, la brisa rugía a nuestro alrededor. El aire, que tendría que haberse aclarado, estaba cargado de vaho, saturando la atmósfera de humedad. También obstruía los pulmones. Todos nosotros respirábamos con dificultad.

A medida que el camino que seguíamos iba ascendiendo, nos dimos cuenta enseguida de que nos encontrábamos en la parte posterior del centro cívico.

—Ésa es la casa del abogado —dijo Helena. Asentí con la cabeza. No podía importarme menos—. Deberías abordarlo —me ordenó.

—¿Cómo? ¿Ahora? ¿Para hablarle de qué?

—De sus clientes. Piro y Ensamblés. Puede que no sepa la suerte que han corrido... o si lo sabe, podrías preguntarle cómo se ha enterado.

Yo estaba cansado, mojado, tenía frío y el ánimo por los suelos. Me habría gustado ser uno de esos informantes chapuceros que no hacen caso de los cabos sueltos. Ni en broma. Con frecuencia le había dicho a Helena que todo cuanto me hacía falta era olfato e intuición, pero ella me obligó a utilizar el método de seguir las pistas con obstinación. Para ella, el hecho de estar empapado y rendido no era ninguna excusa. Me arrastró hacia el interior de la vivienda de Popilio. Tuvimos que llevarnos a Albia, y Petro también vino porque sentía curiosidad.

Popilio pareció alegrarse de tener compañía. Bueno, ya se sabe, los abogados son gente muy sociable.

—Soy Falco, y ya conoces a Helena; Albia viene con nosotros. En realidad Albia está considerando presentar una reclamación por daños contra los que te han contratado... —Los ojos color arena de Popilio se alzaron de pronto. Apuesto a que en aquel momento se preguntaba si Albia lo contrataría; no iba a preguntárselo durante mucho tiempo en cuanto llegara a la conclusión de que ella no tenía dinero—. Y éste es Petronio Longo, miembro de los vigiles romanos.

Parpadeó ligeramente mientras yo recitaba de un tirón las presentaciones. Acordándose sin duda de que Frontino había revelado lo que hacía Petro, Popilio lo miró con dureza. Petro se limitó a devolverle la mirada. Los vigiles están

acostumbrados a ser menospreciados. Son gente ruda y cruel y están orgullosos de ello.

—¿Puedo ofreceros un refrigerio?

—No, no te molestes.

—La jovencita parece atribulada...

Pero Helena se llevó a Albia a un lado y se sentó con ella.

Petronio siguió mirando de forma corrosiva, en tanto que yo me preparaba para enfrentarme a Popilio.

—Una pregunta, Popilio: ¿ya has conseguido ver a tus dos clientes?

—No. En realidad puede que tenga que enfadarme con el gobernador, si este retraso continúa...

Petronio irrumpió en carcajadas.

—¡Yo no lo intentaría!

Enarqué una ceja y miré a Popilio.

—¿Nadie te lo ha dicho?

El abogado entonces se puso en guardia. Me lanzó una mirada inquisitiva, sin decir nada.

—Piro ha muerto —le dije sin rodeos—. Anoche sufrió un colapso. Al parecer fue envenenado.

Lo consideró brevemente.

—Estoy impresionado.

—Si vas a sugerir que el gobernador preparó su muerte —añadí—, quítatelo de la cabeza.

La mirada de Popilio quedó ensombrecida por la cautela.

—¿Por qué tendría que sospechar del gobernador? ¿Por qué iba Frontino a... — insistía en preguntar las cosas de forma distinta.

—Para no complicarse la vida. Eliminar a un delincuente difícil sin necesidad de pruebas ni de correr el riesgo de juzgarlo.

Popilio daba la impresión de estar realmente desconcertado.

—No me parece que eso sea lo habitual. ¿Y qué riesgo corre al juzgarlo? — preguntó.

—El riesgo de que el criminal pueda salvarse.

Se rió.

—¿Es eso un cumplido a mis alegatos? Así, pues... —Popilio abandonó aquella postura— al hombre que conoces como «Ensamble», ¿qué le ha ocurrido? Debo verle.

—Primero tendrás que encontrarlo —se mofó Petro.

—¿Qué ha sucedido?

—Escapó a la custodia —admití con gravedad.

—Quizá fuera la propia banda la que eliminó a Piro —añadió Petro, actuando como un profesional—. Para evitar que hablara. Tal vez Ensamble haya creído que él también ha perdido valor para ellos, de modo que, una vez libre, la emprendió en su contra.

—Espera, espera... —interrumpió Popilio—. Retroceded un poco. ¿Me estáis diciendo que mi cliente se escapó?

—¿Lo organizaste tú, Popilio? —inquirí satíricamente.

Popilio respondió:

—Tú compórtate como un profesional y cuéntame qué está pasando.

Nos sentamos uno a cada lado y le hablamos como si fuéramos maestros de escuela.

—A uno de tus clientes apresados le quitaron la vida mientras se encontraba bajo custodia...

—Ensamble salvó la piel al no comer de lo que había en la bandeja envenenada...

—Entonces, mientras lo trasladaban a un lugar más seguro, de alguna manera las tropas se las arreglaron para perderlo.

—Lo hicieron con sobornos —decidió Petro rotundamente.

—¿Y quién es el principal sospechoso de haberles pagado? —le pregunté.

—Yo te diría que buscaras a un abogado deshonesto, Falco.

—Reconócelo —le aconsejé a Popilio—. Si trabajas para unos gángsters se supone que tú eres el que amaña sus tratos.

Popilio soltó un gruñido.

—Yo sólo he aceptado a unos clientes en un caso en el que la intervención legal estaba justificada.

—Bueno, pues ahora los has perdido a los dos. —Fui adusto—. Piro fue envenenado... y a Ensamble lo han matado en el transcurso de una refriega.

—¿Estás seguro de eso o se trata de rumores?

—Lo he visto. ¿Exactamente cómo se pusieron en contacto contigo para que aceptaras llevar el caso?

Popilio respondió con franqueza:

—El esclavo de alguien me trajo una carta. Explicaba resumidamente su posición como prisioneros y me preguntaba cuáles serían mis honorarios.

—¿Quién firmaba la carta? —quiso saber Petronio.

—Era anónima. Los consabidos «amigos del acusado»... Suele ocurrir. En general no se desea que la persona en cuestión se sienta después avergonzada y en deuda con ellos.

—¿Y cómo les respondiste? —volvió a saltar Petro—. ¿También fue por carta?

Popilio movió la cabeza afirmativamente. Entonces pregunté con cinismo:

—¿Cómo podías estar seguro de que te pagarían?

Esbozó una sonrisa.

—Mis condiciones fueron que se me pagara por anticipado.

—¡Vaya, muy hábil! Así que el pago en efectivo y por adelantado llegó, ¿no? — Volvió a asentir con la cabeza—. ¿De modo que —dije resumiendo— nunca tuviste ningún trato directo con ellos y aun no sabes quiénes son los que te han contratado?

Popilio me miró fijamente. Entonces fue cuando optó por sorprendernos. Se echó hacia atrás, con las manos encajadas en el cinturón.

—No exactamente —replicó—. Sé quién me ha encargado el trabajo. Y lo que es más importante para vosotros, quizás... él no sabe todavía que le he seguido la pista.

Petronio y yo nos miramos mutuamente. Antes incluso de que Popilio continuara hablando, comprendimos lo que iba a hacer. Nos supo mal que pretendiera hacernos perder los prejuicios... pero su alegato final nos lo advertía: iba a decirnos el nombre.

Éramos unos tipos tradicionales; nos quedamos asombrados. Pero era cierto: teníamos delante a un abogado honesto.

XLVII

Incluso Helena había dejado de murmurarle a Albia. Helena tenía unas orejas maravillosas. Aquellos bien proporcionados caparazones eran perfectos para los pendientes de perlas, incitaban a mordisquearlos y eran capaces de aislar los chismes susurrados en el otro extremo de una bulliciosa sala de banquetes. Alzó un dedo para que la niña se quedara callada.

Petronio Longo colocó las palmas de sus manos sobre los muslos y respiró lentamente.

—¿Tienes intención de hacer algo noble, Popilio?

—No soy tan estúpido como parece creer —contestó el abogado con tranquilidad.

Una sonrisa a medias se concretó en el rostro de Petro.

—¡Seguiste al esclavo!

—Por supuesto —confirmó Popilio con una ligera inflexión—. Cuando a los abogados atienden clientes anónimos constituye una práctica habitual.

Petronio se estremeció.

—¿Y a casa de quién regresó el esclavo?

—A la de Norbano Murena.

Petronio y yo nos reclinamos en nuestros asientos y dejamos escapar un lento silbido. Popilio ofrecía un aspecto meditabundo. Hablaba en voz baja, casi con tristeza, como si meditara sobre los designios del mundo.

—Es el vecino perfecto, según me han dicho. Un hombre decente con una anciana madre a la que adora. Ella no se encuentra con él en Britania, si es que la dama existe en realidad. Lo cual considero que está por demostrar; por cierto.

Tanto Petronio como yo sacudimos la cabeza expresando nuestro asombro.

—¿Y por qué nos lo cuentas? —inquirí.

—Debería ser evidente —replicó el abogado con hipocresía.

—¿Aborreces y desprecias a los gánsters?

—Tanto como cualquiera.

—¿Pero aceptas su dinero?

—Cuando existe una justificación desde el punto de vista legal, sí.

—Entonces, ¿por qué delatar a Norbano?

En aquellos momentos Popilio sí que parecía estar ligeramente avergonzado, pero fue un estado de ánimo pasajero.

—Me contrataron. Acepté el caso.

Yo seguía sin entenderlo.

—Me habéis dicho que Piro fue envenenado por esos canallas —explicó Popilio. Luego nos demostró que la conciencia de un abogado es sensible—: Me han pagado

por mis servicios y voy a defender sus intereses. Lo que le ha ocurrido a Piro es un ultraje. No puedo permitir que nadie mate a mi cliente y se salga con la suya.

XLVIII

Así que Florio estaba asociado con Norbano Murena.

Había una sensata manera de actuar (ir a casa, informar al gobernador, ponernos unas túnicas secas y descansar mientras el gobernador asumía los riesgos). Pero también existía la manera por la que optamos Petro y yo.

Yo le echo la culpa a Helena Justina. Fue ella quien me recordó que Norbano también vivía en la zona norte de la ciudad, allí cerca. Popilio nos dio la dirección. Nos prestó su silla de manos para llevar a Helena y a Albia de vuelta a la residencia. Cuando se ofreció a escoltarlas él mismo, yo me negué.

—¡De modo que puedo ser un abogado honesto, pero tú no te fías de mí! — exclamó con brillo en los ojos.

—No si se trata de mi esposa —repliqué.

Las indicaciones del abogado nos llevaron a una casa muy cuidada a orillas del arroyo principal. Allí se alzaban varios santuarios dedicados a las Tres Diosas Madres, unas prominentes deidades britanas que se hallaban entre frutas y cestos de lana y que por su aspecto parecía que fueran a darle un fuerte tortazo en las orejas a cualquiera que mostrara falta de respeto. Un par de edificios distintos de la vecindad utilizaban el suministro de agua para la pequeña industria, entre ellos una alfarería y un local de metalurgia decorativa. Seguramente era allí donde vivían los vecinos que pensaban que Norbano era tan buena persona.

Petronio y yo nos acercamos en silencio. Caminando con discreción, dimos toda la vuelta a los límites del lugar. Estaba tranquilo. No había nadie por ahí, que nosotros viéramos. Pero si aquello era el cuartel general de una importante banda de delincuentes, podría haber gente armada por todo el terreno al acecho para tendernos una emboscada.

—Llama tú a la puerta —dije—. A mí me conoce.

—A mí también.

Nos estábamos comportando como dos traviesos colegiales que planearan molestar al portero y salir corriendo. Sin embargo, no hicimos ni un solo movimiento. Estábamos evaluando la situación. En primer lugar, en tanto que Norbano no tenía ningún motivo para suponer que conocíamos su juego, aquella casa se hallaba cerca de la arena y no demasiado lejos de la choza de la noria. Existía la posibilidad de que Florio estuviese escondido allí. Si lo hubiéramos relacionado con Norbano antes, podríamos haber registrado la casa a tiempo.

Sin embargo, en aquellos momentos la cuestión no era si Florio había acudido allí tras la refriega —ambos creíamos que era casi seguro—, sino si se encontraba todavía en el edificio.

—Creo que acudiría corriendo a su socio, recobraría el aliento y luego seguiría

adelante con rapidez —dijo Petronio. Yo estuve de acuerdo. Pero aun así teníamos que acercarnos a ese antro con cuidado. Si Florio y Norbano se encontraban allí, en realidad haría falta algo más que nuestra presencia para iniciar la operación. Incluso Norbano debía de ser mucho más peligroso de lo que a simple vista parecía.

Ya habíamos hecho planes para contemplar la peor de las eventualidades. Helena Justina iba a pedirle al gobernador que mandara algunos soldados. Pero, ¿vendrían? Ya había solicitado apoyo antes, cuando me fui para unirme a Cloris en el anfiteatro: cuando aparecieron unos cuantos soldados desgastados los disturbios ya habían concluido. Petro y yo podíamos pasarnos el día allí sentados esperando que llegaran refuerzos.

Decidimos investigar por nuestra cuenta. Por supuesto que lo haríamos sin pensarlo dos veces de encontrarnos en casa, en el Aventino.

Esperamos un rato. Eso nos permitió familiarizarnos con el lugar. Nos quedamos apoyados en la pared de la casa de al lado y observamos diligentemente la residencia de Norbano. No entró ni salió nadie. Es lo que ocurre en la mayoría de las casas excepto a ciertas horas del día. Aquél no era uno de los momentos de ajetreo. No había actividad.

Al final me tocó entrar a mí. Petronio quedó en esperar fuera y vigilar, por si alguien ponía pies en polvorosa por la parte de atrás. Para tranquilizarme me dijo que si alguien me atacaba él vería quién había sido. Mi respuesta a eso fue bastante corta.

Abrió la puerta, con mucha rapidez, un esclavo de la casa completamente inofensivo.

—¡Buenas! Soy Didio Falco. ¿Está aquí mi hermana?

¿Por qué me seguía sintiendo como un colegial? Tal vez porque había hecho esa pregunta numerosas veces en un lejano pasado, cuando mi madre, inútilmente, me mandaba por ahí a reunir a mis frívolas hermanas. Al menos ahora el resto de mi historia había cambiado:

—Mi hermana es Maya Favonia. Ella y tu amo son amigos. —En realidad me preocupaba bastante que Maya pudiera estar con aquel sinvergüenza.

—No está aquí.

—¿La conoces?

—No la he visto nunca.

—¿Se encuentra Norbano en casa?

—Ha salido.

—¿Cuándo esperas que vuelva?

—Más tarde.

—Bueno, mira... No sé si te gustará hacerlo, pero él, muy amablemente, me prometió mostrarme su casa. Estoy pensando en alquilar un sitio similar y quería ver cómo es por dentro. No quisiera haber hecho el viaje en balde, así que, si es posible...

Por supuesto que lo era. El esclavo, un britano que venía junto con la propiedad alquilada, supuse yo, se mostraba dispuesto a enseñármelo todo. Pero la verdad es que su amo no pondría objeciones, ¿no? Todo el mundo decía que Norbano Murenla era un hombre muy agradable.

—¿Puedo decirle a mi amigo que entre también? —Petronio Longo fue tan bien recibido como yo. Le guiñé el ojo triunfalmente. Él me dio una patada en el tobillo.

Examinamos el lugar. Incluso miramos en las edificaciones anexas. Bueno, uno tiene que saber cuáles son las instalaciones para los establos y el taller cuando toma algo en arriendo. Nos sentíamos muy orgullosos de nosotros mismos. El esclavo no tenía ni idea de quiénes éramos.

La casa, pequeña según los parámetros del Mediterráneo, estaba dispuesta alrededor de un patio diminuto que recibía muy poco el sol. Algunas partes eran de adobe y cañas; las demás estaban construidas con ladrillo, con un tejado en condiciones, de tejas combadas. Las mejores habitaciones incluso tenían láminas de talco traslúcido en las ventanas y estaban adornadas de forma sencilla con frescos. Había unos paneles pintados separados por urnas y candelabros muy bien delineados; unos pájaros de largo pico, de origen un tanto incierto, se hacían reverencias unos a otros por parejas en unos frisos veteados de color ocre. El mobiliario y demás elementos de la decoración eran sobrios pero adecuados, menos masculinos y de un estilo más recargado de lo que me esperaba. Todo estaba limpio y bien cuidado.

Para ser el palacio de un gángster el lugar carecía de ostentación. Eso era sensato. Londinium no había crecido mucho desde los días en que era un campamento de comerciantes en medio de los pantanos. Sería indiscreto instalar un mármol imponente y exquisitas obras de arte cuando, hasta el momento, incluso el gobernador sólo contaba con unas pocas zanjas abiertas en el emplazamiento de lo que iba a ser su cuartel general.

—Norbano también posee una villa río abajo, ¿no es cierto? ¿Sabes si es de alquiler o de propiedad?

—La villa se está construyendo sólo para él. —De modo que ahí era donde invertía parte de sus beneficios.

—¿Está al otro lado, en la orilla sur? —preguntó Petro.

—Sí, señor. Cerca del santuario religioso que hay en una colina nada más salir de la ciudad.

Petronio conocía el lugar; su expresión era sardónica.

—Se trata del nuevo complejo para los templos del Culto Imperial, Falco. ¡Nuestro amigo Norbano ha montado su tienda para estar bien cerquita del emperador!

—No, él está río abajo —le corrigió el esclavo con aires de superioridad—. La finca imperial posee todo el terreno alto.

En cambio, Norbano tendría acceso al agua y a sus servicios. Apuesto a que eso le convenía. Podría darse rápidamente a la fuga en caso de que hubiera problemas.

—¿Y hoy dónde está? —pregunté inocentemente—. ¿En su villa?

—Me temo que no sabría decírtelo, pero mantenemos la casa a punto; duerme aquí casi todas las noches.

Para entonces ya habíamos vuelto a ser conducidos hacia la salida y estábamos listos para marcharnos.

—¿Y qué me dices de su amigo? —inquirió Petronio. Vi que tenía intención de arriesgarse—. ¿Ves mucho a Florio?

El esclavo hizo una pausa, sí, aunque fue imperceptible. Quizá se agudizó su mirada, pero respondió con soltura:

—Sí, solía venir de visita, pero hace varios días que no lo veo.

Bueno, eso confirmaba que los gánsters estaban asociados. Pero también les diría a ellos que conocíamos su juego. Seguro que el esclavo iba a informar de lo que habíamos dicho.

Petronio ya estaba ansioso por obtener resultados. Se había arriesgado demasiado, de una forma obstinada; él era experto en ese campo, pero yo estaba intranquilo. Renunciar a su posición de incógnito podría acarrearle algo inesperado.

La puerta estaba abierta. Nos estaban echando.

Cuando salíamos, los dos nos apartamos para dejar entrar a unos recién llegados. Eran una pareja conocida: el arpista ciego y su chico. El muchacho me puso mala cara y luego le dirigió a Petronio una mirada aún más asesina.

Petro y yo pasamos junto a ellos, los saludamos fríamente con la cabeza y seguimos adelante.

Tras dar unos pasos volví la vista atrás y vi que el chico de la fría mirada nos estaba observando; en concreto era Petronio quien parecía suscitar su interés. Eso me preocupó.

—Van a informar de nuestra presencia. Puede que a Norbano le parezca que nos hemos acercado demasiado.

—¡Bien! —gruñó Petro.

No reconocí que había visto al arpista espiando a Maya la noche anterior cuando ésta se dirigía a la habitación de Petro. Mi propio papel en aquel incidente sería difícil de explicar: Pero sí que dije:

—Estoy preocupado por Maya. Tengo que advertirla contra Norbano.

—Buena idea.

Al cabo de un rato le pregunté directamente:

—¿Hay algo entre mi hermana y tú?

Petronio me miró de reojo. Luego se encogió de hombros. Su voz sonó fuerte.

—Será mejor que se lo preguntes a ella. ¡Y si por casualidad te dice cuáles son

sus intenciones podrías hacerme saber su respuesta!

—Vaya, de modo que está siendo ella misma –comenté sin rodeos. Entonces me arriesgué a preguntar—: ¿Estás enamorado de Maya?

Petronio Longo me dio una palmadita en la espalda.

—No te preocupes por eso –fue su tirante respuesta — Sienta lo que sienta, es algo que lleva allí mucho tiempo. Nunca le había importado a nadie. No parece haber ningún motivo para que tenga que importar ahora.

Pero encontré que, por el bien de ambos, a mí sí me importaba.

Anduvimos en silencio por las calles empapadas de lluvia de aquella informe, vacía y vulnerable ciudad. Había caído la tarde. El oscuro cielo amenazaba más lluvia. Los inmigrantes salvajes, los empresarios y todos los locos bichos raros que querían hacer fortuna estaban encogidos de miedo en sus casas. Los britanos con cara de pudín originarios del lugar se hallaban sentados al calor de sus humeantes hogueras, tratando de descubrir como abrochar la tira de una sandalia. Yo esperaba que el legado judicial les hubiera enseñado a esos nuevos ciudadanos que el cuero muy mojado tiene que dejarse secar lentamente, y rellenarse con trapos para que conserve su forma...

Cuando Petronio y yo casi llegábamos ya a casa del procurador, oímos por fin el sonido de botas al marchar. Los legionarios venían hacia nosotros. No nos habían ayudado cuando los necesitábamos. Nos miramos el uno al otro y, de común acuerdo, nos situamos bajo el toldo que había en el exterior de una tienda de aceite de oliva, donde permanecemos sin ser vistos hasta que los soldados pasaron de largo.

XLIX

El día me pareció muy largo. Horas antes me habían despertado al alba con la muerte de Piro, y desde entonces había estado en constante actividad. Habíamos hecho progresos. Los dos maleantes principales estaban identificados. Lo único que teníamos que hacer era esforzarnos por encontrar su paradero. Petro podría estar convencido de que estábamos en el fin del mundo, donde no podían esconderse en ninguna parte, pero yo no estaba tan seguro. El breve conflicto con Ensamble había acabado con su muerte en el anfiteatro. Pero Florio y Norbano podían disponer de enormes recursos. A partir de aquel momento nuestra tarea podría ser difícil. De manera que, cuando volví a la residencia, estaba decidido a descansar. Encontré a Helena en nuestra habitación. Mandó traer unas bandejas de comida y nos quedamos juntos, en la intimidad, con nuestras hijas durante toda la tarde. Nadie nos molestó. Sí que pensé en hablar con Maya de Norbano, pero estaba demasiado cansado. Acabaríamos peleándonos. Al día siguiente, decidí, tal vez lograra ser más diplomático.

Petronio se había ofrecido voluntario para informar de la situación al gobernador. Puesto que Petro tenía que hablar con Frontino acerca de su propia posición clandestina en Britania, dejé que fuera solo. Él describiría las identidades de los gánsters y nuestro frustrado reconocimiento, y si discutía con Frontino sobre la acción a seguir —lo cual era muy probable, conociendo a los vigiles— era su problema.

La única queja que yo quería plantearles a los mandamases era su fracaso a la hora de proporcionar apoyo militar. Igual que me pasaba con el tema de Maya, estaba demasiado enojado para abordar el asunto en aquellos momentos..., vamos, que estaba demasiado agotado físicamente para comportarme con educación. Helena dijo que ella le había mencionado el problema a su tío, quien se había sorprendido. Según él, se habían dado rápidas órdenes para que las tropas acudieran a la arena y luego, más tarde, cuando Helena volvió a casa con Albia, se suponía que se había mandado más apoyo a casa de Norbano. Cuando le dije a Helena que allí nadie había aparecido se puso furiosa. Tras quedarme dormido, estoy seguro de que se escabulló y reprendió a Hilaris por haberme dejado solo ante el peligro.

Puede que eso ayudara a Petronio Longo. Su discusión con el gobernador debió de haber sido realmente convincente, pues obtuvo una escolta en toda regla para un plan con el que aun contaba. A la mañana siguiente me enteré de que, casi al anochecer, Petro cruzó el río y se dirigió cabalgando a la villa de Norbano. Estaba convencido de que tenía que registrarse aquella misma noche, de manera que partió tintineando a lomos de un caballo bajo la fantasmagórica luz de las antorchas. Yo sabía por qué: decidió que era Florio y no Norbano el que se había estado ocultando

allí.

Mucho más tarde Petronio volvió a Londinium, decepcionado. Su grupo de búsqueda no había encontrado ningún indicio. La villa parecía haber sido desmantelada. Dejaron allí a un guardia con órdenes de llevar a cabo un minucioso registro a la mañana siguiente, con la luz del sol, y de esperar allí por si volvía alguno de los dos gánsters. Petronio fue cabalgando la mayor parte del camino de vuelta a la ciudad, pero estaba demasiado oscuro para cruzar el río, razón por la cual se dirigió al mesón de la orilla sur en el que había estado alojado y pasó allí la noche. Eso estuvo bien porque, de haber recibido en persona el mensaje de la mañana siguiente, estoy seguro de que se habría escabullido para ocuparse del asunto él solo. Me refiero al mensaje que Popilio trajo para Petro de parte de los dos cabecillas de la banda.

Popilio llegó a la hora del desayuno. Parecía sentirse incómodo. Puesto que Petronio se hallaba ausente, el gobernador ordenó al abogado que dijera lo que tuviera que decir. Con preocupación, Popilio repitió el mensaje de Norbano y Florio. Cuando lo oímos, reconocimos que había actuado de intermediario de forma correcta. Popilio se había dado cuenta de que la situación era desesperada. También nosotros.

El texto era cruel. Era una demanda de rescate, aunque no por dinero. Los de la banda decían que tenían a Maya. Se ofrecían a devolverla... a cambio de Petronio.

L

Cundió el pánico. Una rápida búsqueda puso de manifiesto que mi hermana no se encontraba en ningún lugar de la residencia. Nadie la había visto durante todo un día. La casa era grande y la gente iba y venía a su antojo. Además, con tanta agitación para identificar a los gánsters, nadie la había echado de menos. Su habitación estaba igual que cuando Helena y yo entramos en ella el día antes por la mañana; Maya no había dormido allí la pasada noche. Por si fuera poco, aunque los gánsters no los mencionaron, no pudimos encontrar a ninguno de sus hijos.

Todo cuanto recordábamos era que Maya había estado considerando si aceptar la invitación para visitar la villa de Norbano. Me pregunté entonces si la noche anterior Petronio había estado preocupado por algo más que por darle caza a Florio. ¿Habría ido a registrar allí de noche porque tenía miedo de que hubieran atraído a Maya a la guarida de la banda? Claro está que ella no sabía que Norbano era un villano. Maya compartía la opinión general de que su admirador era «una buena persona».

Elia Camila admitió con preocupación que le había dado permiso a Maya para utilizar la embarcación del procurador. El barco, una sólida barcaza de fondo plano capaz de navegar hasta la costa, no estaba amarrado. La tripulación tampoco se encontraba.

Localizamos a Petronio. Su reacción inmediata fue la de ponerse hecho una furia conmigo por «darle» tanta libertad a mi hermana.

—¡Vamos, no seas ridículo! —Aterrado por ella, yo también monté en cólera—. Maya hace lo que quiere. Nunca me escucha, ni a mí ni a nadie. Si tratara de detenerla con el patético argumento de ser su guardián, aún se comportaría de una forma más desafiante... y es probable que primero me pegara un puñetazo en el ojo.

—Se ha puesto en el lugar equivocado de forma involuntaria— murmuró Helena—. Ella no sabe con quién está tratando.

—Tengo miedo de su reacción —gruñó Petro—. Maya dirá lo que piensa, y las confrontaciones agresivas con criminales violentos son condenadamente peligrosas. Si la maltratan... —se calló de repente.

—Puede que Norbano siga siendo encantador —trató de tranquilizarlo Helena. La idea de que Maya estuviera disfrutando de una cita amorosa con Norbano no nos produjo ninguna alegría ni a Petro ni a mí—. De todas formas, Lucio, no los encontraste en la villa. Piensa que está a salvo. Quizá a Norbano le gusta de verdad.

—Lo preparó todo. —La reacción de Petro fue más sombría—. La estaba utilizando como cebo desde el principio.

—Florio. —Yo iba por delante de él. Bueno, era obvio—. Norbano la abordó porque era un desconocido. Florio tenía que mantenerse a distancia; podrían haberlo reconocido. Pero Florio está detrás de este asunto. Norbano podía visitar al

gobernador sin ningún peligro. Al principio se trataba de averiguar qué sabía Frontino sobre la banda de chantajistas Júpiter, pero cuando se te identificó como miembro de los vigiles, Petro...

—¡El imbécil del gobernador tendría que haberse callado la boca! Era lógico que Floro comprendiera enseguida que si quería culminar con éxito su operación britana tendrían que quitarme de en medio.

Estuve de acuerdo.

—Florio planeó todo esto con mucho cuidado como medio para llegar a ti. En cuanto supieron que sentías afecto por Maya, supieron qué hacer.

—El arpista —dijo Helena—. Lo trajeron para que espicara ... y no debió de tardar mucho en enterarse de que Petro estaba muy unido a Maya y a sus hijos. Los niños no dejaban de hablar de ti, Lucio.

—La preocupación que más comentaban los chiquillos era el motivo por el que habías desaparecido, cuando estabas de incógnito —refunfuñé—. La banda tuvo que entender inmediatamente el porqué. Puede que hayan sobornado a las mal concebidas tropas de Londinium, pero tu ya eras otro cantar.

—Y podían llegar a ti a través de Maya —dijo Helena.

Petronio lo negó con la cabeza.

—No veo por qué tendrían que pensar eso.

—No te engañes —repliqué lacónicamente.

—Ella me trata como...

—¡Oh, vamos, no seas burro! Todos sabemos lo que pasa. De todas formas, el arpista la vio ir a tu habitación aquella noche.

—¿Qué? —Helena clavó en mí unos ojos acusadores. El mismo Petronio, que normalmente se mostraba relajado, se mordió la lengua y no hizo ningún comentario, pero su enojo era evidente. Ahora los dos sabían que yo fui testigo. Mi discreción sobre el incidente no me valió ninguna corona de laurel.

Conteniendo su furia, Petronio trató de quitarle importancia.

—Sólo fue una aventura...

Ahora le tocaba a Helena perder los estribos.

—¡Por Juno! Lucio Petronio, ¿cómo puedes tener tan pocas esperanzas? Todo el mundo ve muy claro lo que Maya siente.

Él lanzó una mirada fulminante.

—Yo no.

—¡Vaya, en ese caso déjame que te lo explique! —Helena empezó a dar vueltas por la habitación. Tenía los nervios a flor de piel y estaba sumamente preocupada por Maya—. Bebes demasiado, flirteas demasiado, tienes un trabajo peligroso —dijo de un tirón—. Supones un riesgo para una mujer que desea vivir bien, pero Maya Favonia suspira por correr ese riesgo. Tú debes de ser el hombre más excitante que la ha

cortejado nunca. —Petronio parecía asustado. Helena lo hizo bajar de las nubes—: ¡Y ha habido muchos! Maya te quiere, pero no desea que la defraudes. Sus hijos te quieren, pero ella no desea que los decepcionen. Y ahora, si no haces algo —añadió Helena con más calma, parándose en seco—, morirá por tu culpa.

—Eso no sucederá.

—¿Entonces por qué —exigió saber Helena, furiosa— estás ahí sentado sin hacer nada?

—Porque así es el juego —respondió Petronio lisa y llanamente. Él estaba, en efecto, sentado (en una silla que Maya había usado a menudo). Tenía el rostro crispado, pero la noche anterior debía de haber dormido y yo lo había visto peor en muchas otras ocasiones. En tono grave, explicó—: La entregarán y me cogerán a mí a cambio. pero primero Florio tiene que jugar conmigo. —Tenía razón. Florio lo humillaría y lo torturaría con el miedo por Maya. Sólo entonces Florio lo pescaría a él—. Si no sufro no tiene gracia. Estoy aquí sentado porque ahora tengo que esperar a que ese cabrón mande instrucciones.

Petronio se quedó muy callado y tranquilo. Sabía muy bien lo que le aguardaba si se entregaba a la banda de Florio. Con Maya en juego, se sacrificaría.

LI

Nos dejaron un día y otra noche para que sufriéramos.

Mientras esperaba el próximo mensaje, Petronio se quedó en la residencia. Comía frugalmente, descansaba y de vez en cuando afilaba su espada. No le permitirían utilizarla. Lo querrían desarmado. Aquella rutina obsesiva no era más que el método del antiguo legionario para no volverse loco antes de la acción. Yo hacía lo mismo.

Vivía mis propias tensiones. Desde el momento en que Helena comprendió lo grave que la situación era para Petronio, me hizo responsable de salvarlo. Sus ojos oscuros me suplicaron que hiciera algo. Tuve que apartar la mirada. Si hubiera habido algo que yo hubiese podido hacer, ya estaría hecho.

Por fin los círculos oficiales entraron en acción. No estaba del todo seguro de si lo aprobaba, pero era tranquilizador que hubiera algún movimiento independiente del de los gánsters. El gobernador asumió personalmente el control. Hizo que, sin llamar la atención, los soldados registraran todos los lugares que se supiera que estaban relacionados con el imperio de Júpiter. A diferencia de las habituales y ruidosas redadas dirigidas por organismos gubernamentales, las tropas iban en pequeños grupos y tan sólo les faltaba llevar zapatillas de piel para amortiguar sus pisadas. Uno después de otro, examinaron con minuciosidad todos los bares y demás locales abiertamente relacionados con los matones. La casa de Norbano y la villa río abajo ya habían sido inspeccionadas y precintadas.

Al reconstruir las pruebas del *modus operandi* de la banda, a Frontino le pareció que solían reunir sus ganancias en el almacén que había en el muelle por razones de seguridad, luego Florio acudiría desde la villa para transportarlas río abajo en su pequeño bote. Era probable que una embarcación mayor, transoceánica, entrara en el estuario y cargara a bordo los cofres de dinero en el embarcadero de la villa antes de zarpar rumbo a Italia. Puesto que el grupo de búsqueda de Petro no había encontrado nada en la villa la noche anterior, la embarcación debía de haber salido muy recientemente y no habría llegado aún a Roma. La armada, la pomposamente llamada Flota Britana que patrullaba las aguas del norte, había sido puesta sobre aviso, aunque bien pudiera ser demasiado tarde para interceptar el último envío. Se había formado un cordón entre Britania y la Galia aunque, siendo realistas, la banda ya podría haberlo atravesado sin ser detectada. Se mandó un mensaje a casa para los vigiles. Tanto Roma como Ostia estarían alerta. Sería una agradable ironía si Florio y Norbano caían acusados de cargos relativos a las tasas de importación. Pero el castigo consistiría tan sólo en una cuantiosa multa, de modo que eso no le convendría a Petronio.

Sabíamos que Florio aún se hallaba en Britania. Suponíamos que Norbano también. La idea que más apoyaba Petro era la de detenerlos en el almacén donde

habían matado al panadero. Sus contactos de la aduana decían que lo habían abandonado, pero él se aferraba a su teoría. El gobernador creía que podría apresar a esos piratas en el burdel. Estaba convencido de que sería allí donde, en el último minuto, intercambiarían a mi hermana por Petronio.

—Parece razonable —asintió Petronio en su tono seco. Me miró con una expresión que yo recordaba de cuando años atrás, en nuestra época en las legiones, los centuriones nos proporcionaban una información de la que desconfiábamos. El creía que el gobernador se equivocaba. Florio ya sabía que Petronio había mantenido el burdel bajo vigilancia; no era probable que volviera a aparecer por allí.

Petronio y yo seguimos esperando en la residencia. Habíamos dejado de afilar nuestras espadas.

El próximo mensaje llegó a media tarde. En esa ocasión no se sirvieron de Popilio, sino de un carretero que saltó de una carreta de reparto que pasaba y que agarró al mayordomo de la residencia por el cuello de la túnica. En un ronco susurro, le dijo al esclavo: —¡El cambio será en los Baños de César! Longo tiene que estar allí dentro de una hora. Díselo... solo y desarmado. ¡Si intenta cualquier cosa lo pagará la mujer! —El hombre desapareció y dejó al mayordomo casi dudando de que hubiera sucedido algo. Por suerte aún fue lo bastante sensato como para informar de ello enseguida.

De ninguna manera Petro iba a ir solo. Tampoco podía ir desarmado. Era un tipo corpulento, con una complexión inconfundible; habíamos descartado la posibilidad de mandar un señuelo. No había más que hablar.

Los gobernadores provinciales no se ponen firmes de un salto sólo porque algún delincuente dé la orden. Julio Frontino analizó las pruebas con cautela antes de decidir también que aquello iba en serio.

—El lugar está lejos del río, si intentan darse a la fuga. Pero está cerca de la casa de Norbano; tal vez escondieron a Maya Favonia en algún lugar que se nos pasó por alto. —Se irguió—. Tal vez estuviera en esos baños, o en el bar de al lado desde el principio.

Petro y yo no hicimos caso. Sabíamos que no nos iban a mandar directamente al lugar donde tenían retenida a Maya. A Petronio lo harían acudir a un lugar de encuentro, tal vez pasando por varias paradas, y luego llevarían a Maya al último punto, en caso de que la banda creyera que la situación no entrañaba peligro.

—Me gustaría situar a un grupo de búsqueda en esos baños. —Afortunadamente, Florio se dio cuenta por sí mismo de que eso lo pondría todo en peligro—. Tenemos el tiempo justo para reunir al grupo de apoyo en el lugar —nos dijo—. Estaremos listos y en posición antes de que vosotros dos lleguéis.

Asentimos con un movimiento de la cabeza. Ambos conservábamos nuestra anterior expresión de escepticismo en el rostro. Vi que Helena nos miraba con

curiosidad.

Cuando ya había pasado casi una hora, Petronio y yo nos peinamos como si fuéramos dos chicos que van a una fiesta, revisamos los cinturones y las correas de las botas y, con aire de gravedad, nos hicimos el uno al otro el saludo del legionario. Salimos juntos, uno al lado del otro. Detrás de nosotros, a una distancia prudencial, venía Helena en la silla de manos de su tía que llevaría a Maya de vuelta a casa si lográbamos realizar el intercambio. Mi papel consistía en observar cuanto ocurriera y encontrar la manera de rescatar a Petro inmediatamente después del cambio.

Caminamos con paso seguro, hombro con hombro. No nos fijamos demasiado en si nos seguían u observaban; sabíamos que los hombres del gobernador andarían pisándonos los talones y suponíamos que la banda también tendría observadores. Íbamos a un paso que diera tiempo a que los mensajeros nos atraparan. Fue lo que sucedió en cuanto doblamos a la izquierda, en el Decumano, cuando nos dirigíamos hacia el puente para cruzar el arroyo.

Fue el perrero el que nos salió al paso. Inconfundible, con su jauría de perros callejeros flacos y sarnosos corriendo alrededor de sus piernas.

—¿Quién de vosotros es Petronio?

Nos detuvimos y Petro admitió con educación que ése era su nombre.

—Entonces escucha esto. —Los sabuesos nos acariciaron con sus largos hocicos, y con sus babas nos mojaron ligeramente las túnicas y las tiras de las botas—. Me encargaron que te dijera: «El punto de encuentro ha cambiado. Ve a La Lluvia de Oro». ¿Tiene sentido?

—¡Oh, sí! —Petronio casi se puso contento. Me había apostado que la primera cita sería un farol. Por suerte yo me mostré de acuerdo, de modo que no perdí dinero. Ya nos estábamos jugando bastante.

El gobernador y sus hombres estarían esperando por los alrededores de los Baños de César, tratando de esconderse detrás de las balizas y los abrevaderos. Petronio se vería obligado a abandonar el apoyo y meterse en problemas en algún que otro lugar.

Ejecutamos un giro de infantería en dos etapas rápidas. Cualquiera que nos estuviera viendo habría quedado impresionado por nuestra precisión al marchar. Entonces, en vez de ir hacia el noroeste nos dirigimos al sudeste. Volvimos atrás y pasamos junto a la silla de manos, uno por cada lado, y saludamos educadamente a Helena mientras ella se nos quedaba mirando preocupada.

—Nuevo destino. No te preocupes por nosotros. Ya nos lo esperábamos.

Luego pasamos junto a un tipo atribulado, el hombre del gobernador que nos seguía, que trataba de hacerse invisible en un portal mientras le entraba el pánico debido a nuestro cambio de planes.

—¡Ahora toca ir a La Lluvia de Oro! —anunció Petro en voz alta, con la esperanza de que aquel hombre se diera cuenta de que no volvíamos a casa a por un

pañuelo del cuello que se nos había olvidado: alguien debía informar al gobernador de que las cosas eran más complicadas de lo que él había previsto. Podría ser que aún nos mandaran varias veces más a sitios distintos.

Llegamos a la estrecha carretera lateral por la que habíamos de meternos y enseguida nos detuvimos a la entrada del camino que llevaba a la mugrienta taberna. No estaba iluminado y en él reinaba el silencio. A mitad del camino distinguimos La Lluvia de Oro, cuya puerta quedaba perfilada por el tenue brillo de las lámparas de aceite. Nos quedamos ahí, parados, observando. No se produjo ningún movimiento.

Nos vimos entonces en un aprieto que ambos temíamos: atascados en el extremo de un callejón desierto mientras anochecía rápidamente, con la certeza de que alguien nos estaba esperando en algún lugar de esa callejuela con la intención de sorprendernos y matarnos. Se trataba de una emboscada. Tenía que serlo. Ese tipo de situaciones siempre lo son.

LII

Era un atardecer tranquilo, con una capa de nubes que todo lo cubría. Hacía fresco. La tormenta había hecho descender la bochornosa temperatura, aunque todavía se podía ir sin capa cómodamente. Sin embargo, la humedad empezaba a imperar. La neblina del cercano río y de los pantanos nos dejaba la piel y el pelo pegajosos. En Britania y a finales de agosto la caída de la noche varía según el clima. De haber hecho buen tiempo aún tendríamos mucha luz. Pero se avecinaba lluvia en las inmediaciones. En la angosta entrada escudriñamos en medio de la oscuridad las sombras que podían estar al acecho.

Petronio se sorbió los dientes y soltó una maldición.

—¡Típico!

El callejón parecía no tener salida. No me acordaba. Yo sólo había ido y venido por un mismo sitio.

—Estoy nervioso.

—Yo también.

—Te toca salir a escena.

Se quedó pensando un momento.

—Tendrás que esperar aquí y cubrir este cruce. Si entramos los dos no quedará ninguna salida a nuestras espaldas.

—Entonces quédate a la vista todo el tiempo que puedas.

—Me harán entrar en el bar.

—No, no entres a menos que hagan salir a Maya. —Sabía que no me haría caso si creía que ella estaba dentro.

No hicimos ningún movimiento.

Los edificios adyacentes se hallaban sumidos en la oscuridad. Era difícil saber si se trataba de viviendas o locales comerciales. Ante la ausencia de terrazas para tomar el sol o balcones con jardineras en los que haraganear, la población había desaparecido igual que las navajas en la arena. No estaba presente ninguno de los aromas que hubiera esperado percibir en Roma. Ni resinas, ni hierbas aromáticas, ni guirnaldas de flores o sutiles aceites de baño invadían aquellas frías calles. Tampoco parecían estar funcionando ni los hornos de la panadería pública ni las parrillas de las viviendas. Al mirar detenidamente la hilera de tejados no pude ver otra cosa que tejas combadas y de caballete. Las ventanas estaban cerradas con ajustados postigos de madera. Eché un vistazo atrás. A cierta distancia, por el más ancho camino de carro, vi el palanquín de Helena. Sus porteadores, armados discretamente, estaban en posición, inmóviles. Siguiendo las instrucciones, Helena permaneció oculta tras las cortinas corridas.

—Si te arrojan al maldito pozo, recuerda: aguanta la respiración hasta que yo

venga a sacarte.

—Gracias por el consejo, Falco. Nunca se me hubiera ocurrido.

Era una ciudad tranquila. No parecía haber nadie más en la vecindad. No había obreros haciendo adoquines ni batiendo cobre que trabajaran de noche en sus casetas de artesano. Faltaban los viandantes. Allí donde, tras la puesta de sol, Roma hubiera registrado una completa cacofonía de carros de reparto con sus ruedas avanzando pesadamente, sus cargas traqueteando y sus conductores maldiciendo divinamente, Londinium no aplicaba ningún toque de queda y sin embargo permanecía en calma.

Silencio. Silencio, y entonces una fina y deprimente lluvia que arrastraba el viento. Londinium, el lugar donde Petronio y yo habíamos visto lo peor del dolor humano cuando éramos unos jóvenes aguerridos. Lo que antaño fuera desierto de cenizas y sangre, ahora se había convertido en una ciudad de escasas ambiciones e inmenso terror.

—Bueno, aquí estamos de nuevo. Londinium. Este maldito lugar.

—La próxima vez procuraremos no acercarnos.

—Me contentaré con que haya una próxima vez para algo.

—¡Tú siempre tan optimista! —exclamó Petronio con una sonrisa. Entonces, de repente, algún dispositivo oculto en su alma hizo que se decidiera; se puso derecho, me rozó el codo a modo de informal despedida y se fue.

Anduvo con paso tranquilo mientras miraba constantemente a todas partes. No dejó de moverse, pero fue a un ritmo suave. A mitad de camino del bar cruzó de izquierda a derecha y se detuvo al tiempo que se volvía hacia a un lado para observar con detenimiento las paredes de la casa de enfrente. Vi el pálido resplandor de su rostro cuando miró en mi dirección, luego cambió y supe que había dirigido la mirada hacia el otro extremo del callejón. Me dirigí hacia la esquina con la intención de escrutar el otro lado de la calle.

Algo estalló a mi lado desde un alféizar. Mientras me frotaba la cara noté aire, oí ruido, sentí un miedo abyecto. Una vieja, escuálida y horrible paloma gris había levantado el vuelo desde el antepecho de una ventana al verse molestada.

Petronio y yo nos quedamos inmóviles hasta que pasó aquel momento de pánico.

Levanté el brazo. Él me devolvió la señal. Si iban a atacarnos en el callejón tenía que suceder ahora. Pero nada se movió.

Petronio avanzó en silencio hasta la puerta del bar. Volvió a pararse. Accionó el picaporte de la entrada. Debió de ceder. Empujó suavemente para que se abriera la puerta. Una tenue luz procedente del interior lo envolvió. No obstante, nadie apuntó una lanza o arrojó un cuchillo.

—¡Florio! —Petro soltó un inmenso bramido. Lo debieron de oír a tres calles de distancia, pero nadie se atrevió a salir para ver quién era el que desafiaba a ese mafioso—. Florio, soy Petronio Longo. Voy a entrar. Llevo una espada pero no la

utilizaré si cumples con tu palabra.

Sumamente nervioso, yo no dejaba de volver la mirada hacia todas partes en busca de problemas. Ahora, pensé yo, ahora saldrán de su escondite y lo atraparán. Esperaba percibir el sonido de una flecha surcando el aire o el rápido movimiento de una sombra al saltar algún observador oculto. Nada se movió.

La puerta de la bodega había empezado a cerrarse. Petronio la empujó con el pie para que se abriera de nuevo. Volvió la mirada hacia mí. Iba a entrar. Aquella podía ser la última vez que lo viera. ¡A la mierda con esa idea! Sin despegarme de la pared empecé a bajar por el callejón para ir tras él.

Petro había desaparecido en el interior. De pronto volvió a salir y su figura quedó perfilada allí, en la puerta, lo bastante cerca como para verme venir.

—Aquí no hay nadie. Absolutamente nadie. Me juego lo que quieras a que Maya no ha estado aquí en ningún momento. Nos han tendido una trampa como a unos idiotas.

Apenas había terminado de hablar cuando nos dimos cuenta de la razón que tenía. Al igual que yo, él también debió de oír ese sonido que conocíamos perfectamente de los viejos tiempos: el bien engrasado silbido de muchas hojas de espada desenvainadas al mismo tiempo.

Ninguno de los dos pensó, ni por un momento; que aquello sería un fácil rescate.

LIII

Si hay algo que me gusta es encontrarme atrapado en un callejón sin salida de una lúgubre provincia en una noche sombría, mientras un desconocido contingente militar se prepara para destriparme.

—Mierda —dijo Petronio Longo entre dientes.

—Mierda en un palo —maticé yo. Teníamos graves problemas. De eso no había duda.

Me pregunté por todo el Hades dónde se escondían. Luego dejé de preocuparme. Fueron saliendo en tropel de ninguna parte hasta llenar el callejón. Los robustos muchachos de rojo se acercaron corriendo hasta nosotros desde, al menos, dos direcciones distintas. Otros se nos echaron encima por la parte trasera del bar. Algunos de ellos saltaron por encima de los barriles de forma llamativa. Unos pocos se escurrieron por ahí, boca abajo, en el suelo. A ninguno de aquellos muchachos le pareció necesario dejarse caer de los aleros o balancearse en un dintel, aunque creo que eso hubiera embellecido el espectáculo. ¿Por qué contenerse? Con tan sólo dos objetivos, ambos sorprendidos y asustados, su oficial habría tenido posibilidades de añadir efectos dramáticos. Dirigido de forma adecuada, el fallecimiento de M. D. Falco y de L. P. Longo podría haber sido una gran función teatral.

En lugar de eso, perezosamente, los soldados se limitaron a empujarnos contra la pared, a gritarnos y a mantenernos quietos colocando sus espadas en lugares que preferíamos que no nos cortaran. Por todo el cuerpo, quiero decir. Petronio y yo soportamos todo aquello con paciencia. Para empezar, sabíamos que se trataba de un gran error por su parte, y por otro lado éramos conscientes de que no teníamos otra elección. Los legionarios se mostraban amenazadores; todos ellos esperaban claramente una excusa para matarnos.

—¡Ojo, muchachos! —Me aclaré la garganta—. ¡Estáis dejando en ridículo a toda vuestra maldita cohorte!

—¿Cuál es vuestra legión? —le preguntó Petro al soldado más próximo.

—La Segunda Adiutrix. —Deberían de haberle dicho que no se comunicara con nosotros. Si lo habían hecho, era vergonzosamente desmemoriado. No obstante, toda cohorte cuenta con algún imbécil que se pasa toda su vida de servicio castigado, comiendo pan de cebada.

—Estupendo. —Petro disfrutaba con su sarcasmo. Eran unos aficionados. Los aficionados pueden ser muy peligrosos.

Fuera cual fuese su vestimenta, sabían cómo conferir el factor urgencia a una noche tranquila en una ciudad sin salida. Petronio y yo observamos y nos sentimos como unos viejos hastiados.

Llegaron nuestros refuerzos. Helena Justina había salido airadamente de su silla

de manos y exigió hablar con el oficial al mando. A Helena no le hacía falta formar un tribunal para parecer un general con su toga púrpura. Petronio se volvió hacia mí y alzó las cejas. Ella intervino de inmediato.

—¡Insisto con toda la fuerza en que soltéis a estos dos hombres ahora mismo!

Un centurión apareció de entre la multitud de soldados que correteaban: Crixo. ¡Tenía que pasarnos a nosotros!

—Vete de aquí, señora, o tendré que arrestarte.

—¡No lo creo! —Helena fue tan contundente que vi cómo él retrocedía unos pasos—. Soy Helena Justina, hija del senador Camilo y sobrina del procurador Hilaris. No es que eso me dé derecho a interferir en un asunto militar... ¡pero te aconsejo que seas prudente, centurión! Estos dos son Didio Falco y Petronio Longo y están realizando un trabajo de vital importancia para el gobernador.

—Vete —repitió Crixo. No se fijó en que ella sí que había tomado nota de su rango. Por lo visto su carrera no significaba nada—. Mis hombres están buscando a dos peligrosos criminales.

—Florio y Norbano —dijo Helena con sorna—. Éstos no son ellos... ¡y tú lo sabes!

—Yo seré quien decida eso. —El poder fácil contribuye a los odiosos tópicos.

—Lo sabe perfectamente bien —dijo Petronio en voz alta, arrastrando las palabras—. No te preocupes por nosotros, cariño. Esto es un asunto de hombres. Falco, dile a tu autoritaria esposa que vuelva corriendo a casa.

—Tiene razón, amor —asentí dócilmente.

—¡Entonces me iré a dar de comer al bebé como una matriarca consciente de sus deberes! —replicó Helena dando un resoplido—. No vengas tarde a casa, cariño —añadió con sarcasmo.

Como si el enfurruñarse formara parte de su carácter, se fue de allí furiosa. Deshacerse de la hija de un senador era un problema que los soldados no habían considerado previamente, e incluso aquellos renegados rehusaron hacerlo.

La dejaron marchar. Peor para ellos.

Esperaron hasta que ella se hubo marchado para ocuparse de nosotros. Yo la miré mientras se alejaba. Alta, arrogante y aparentemente dueña de sí misma. Nadie sabría cuán preocupada estaba. Para entonces los soldados habían traído unas antorchas, de modo que la luz se reflejó en su fino y oscuro cabello cuando pasó airada junto a ellos, con un movimiento brusco de la cabeza y volviéndose a echar por encima del hombro uno de los extremos de su ligera estola. Uno de sus pendientes brilló, eran los de oro y granates en forma de lágrima. Se había enganchado en la delicada tela; con gesto impaciente, ella lo soltó con aquellos largos y sensibles dedos que nuestras hijas habían heredado.

A mí se me hizo un nudo atroz en el estómago, que no desapareció hasta que ella

se hubo alejado sin problemas. Si aquella era la última vez que la veía, nuestra vida en común había sido buena. Pero me daba muchísima pena pensar en el dolor que ella sentiría si me perdía entonces. Si me alejaban de Helena, mi fantasma regresaría furiosamente desde el averno. Todavía nos quedaba mucho por vivir.

Nunca ocurriría. Petro y yo estábamos acabados. La atmósfera se había vuelto aún más inquietante. Unos rostros jóvenes, sombríos a causa del miedo y la falsa bravuconería, nos miraban fijamente. Aquellos soldados sabían que estaban equivocados. No podían cruzar su mirada con la nuestra. Crixo, el loco cabrón al mando, debió de darse cuenta de que si Petro y yo sobrevivíamos y le explicábamos al gobernador lo sucedido allí esa noche, el juego habría terminado. Se acercó y se quedó frente a nosotros mostrando su fea dentadura.

—¡Estáis muertos!

—Si vas a matarnos, Crixo —dijo Petronio con calma—, al menos dinos por qué. ¿Estás haciendo esto para la banda de Júpiter?

—¡Eres muy astuto!

—¿Florio te ha pagado o te ha presionado? ¿Te dijo que nos mataras? Creía que quería acabar conmigo en persona.

—No pondrá objeciones. —Me pareció que Crixo estaba decidiendo las cosas sobre la marcha. Eso implicaba decisiones precipitadas. Decisiones que para nosotros sólo podían ser malas.

De nada sirvió consolarnos pensando que si nos mataba no podría librarse. Helena había ido a buscar ayuda. Dentro de un momento hasta Crixo comprendería que dejarla marchar había sido un error fatal.

El centurión estaba loco y sus jóvenes e inexpertos hombres se estaban poniendo histéricos. La Segunda Adiutrix era una legión nueva, formada a toda prisa desde cero con soldados de la marina; eran una creación Flavia que había entrado precipitadamente de servicio para llenar vacíos urgentes en el ejército después de que otras legiones más antiguas hubieran sido masacradas o se hubieran corrompido hasta el punto de ser irrecuperables. Entonces, aquellos muchachos novatos y dementes se empujaron unos a otros con una actitud que tomaban por camaradería; luego se abalanzaron hacia delante y empezaron a darnos empujones de un lado a otro. Tratamos de no responder con represalias. Se rieron de nosotros. Desarmados, no teníamos ninguna posibilidad. Nos estaban provocando para que hiciéramos algún movimiento y así poder despedarnos.

No éramos tan tontos como para tener esperanzas de escaparnos. En efecto, la situación empeoró bastante. Oímos el paso acompasado de más soldados que se acercaban y, por si acaso se nos levantaba el ánimo, la Segunda Adiutrix dio la bienvenida a los recién llegados alegremente. Crixo insultó cariñosamente al otro veterano centurión, Silvano. Éste y sus hombres nos miraron a Petro y a mí con el

ceño fruncido.

Y entonces sucedió lo inesperado. No oí que se diera ninguna orden, pero los muchachos que acababan de llegar desenvainaron rápidamente sus espadas y cayeron sobre los descuidados hijos de puta que nos retenían. Al minuto siguiente nos volvieron a agarrar, pero esa vez nos vimos arrojados de mano en mano callejón arriba hasta dejar atrás el conflicto.

La pelea fue disciplinada y sucia. La centuria de Crixo se recuperó de la sorpresa y se defendió. Todo duró más de lo que debiera haberlo hecho. No obstante, poco a poco, los hombres de Crixo fueron rodeados y despojados de sus armas. El mismísimo Crixo, que luchaba como un bárbaro enloquecido por la cerveza, fue vencido, tirado al suelo y arrestado. Silvano le leyó la orden, que provenía directamente del gobernador. Crixo era el rebelde que había «perdido» a Ensamble. Había andado por ahí desde entonces, cuidándose mucho de evitar los barracones, pero sus buenos tiempos habían terminado. Hay centuriones, famosos por corrupción y por aceptar sobornos, que sobreviven muchos años, pero él se había pasado de la raya.

Lo que no estaba claro era si Silvano también se había dejado sobornar alguna vez. Aquella noche había tomado una decisión. Nosotros sólo podíamos considerarla acertada.

Parecía haber un motivo para ello. Se acercó y habló con nosotros.

—Oí que estuviste en la segunda, Falco.

Tomé aire. Ése era el quid del asunto, el bochorno por el que había evitado pasar cuando lo conocí. Reconocer haber estado sirviendo en la Segunda Augusta durante la Rebelión podía conducir a amargas acusaciones.

—Sí —dije con ecuanimidad.

Pero Silvano me dedicó una sonrisa compungida, llena de dolor compartido. Cansinamente, extendió un brazo para agarrarnos de las muñecas, de la manera en que se saludan los soldados, primero a mí y luego a Petronio. Eso era algo que yo no había considerado. Silvano también estuvo en la Segunda Augusta.

Fue uno de esos momentos en los que lo único que quieres es desplomarte de alivio. Petronio y yo no podíamos ni pensar en hacerlo. Todavía teníamos que encontrar y rescatar a Maya.

Petronio se dirigió resueltamente hacia el postrado Crixo.

—Hazte un favor a ti mismo. Explícame qué te dijeron que hicieras. Se supone que soy un rehén para intercambiar por la hermana de Falco. El único propósito de Florio era capturarme y hacerme sufrir, así pues, ¿por qué te mandó a ti a hacer el trabajo?

—¡Sabe que soy más competente! —dijo el centurión con desdén.

Aparté a Petro de un empujón. Estaba demasiado enojado; empezaba a perder el

control.

—Eres tan competente que ahora estás encadenado, Crixo —señalé—. Dime, ¿cuál era la intención esta noche?

—No lo sé. —Lo miré fijamente. Él bajó la voz—. No lo sé —repitió.
Lo creí.

LIV

Nos detuvimos a reconsiderar las cosas.

—¿Y ahora adónde?

—¿Al Bar de César, después de todo? —sugirió Petro.

—No están en el César —interrumpió Silvano.— Me encontraba allí cuando el gobernador me hizo venir después de que la esposa de Falco llegara a toda prisa.

Petronio esbozó una sonrisa burlona.

—Falco sabe cómo elegir a una mujer con carácter.

Silvano puso una cara muy indicativa del elevado estilo de lenguaje con el que mi chica se había dirigido a Frontino.

—¿Qué tal es cuando te tiras un pedo en el dormitorio o dejas las botas embarradas sobre la mesa, Falco?

—No tengo ni idea. No lo he probado. Bueno, ¿adónde vamos? —le reiteré a Petronio.

Tomaron la decisión por nosotros. Un soldado acudió a toda prisa para informar a Silvano de apremiantes acontecimientos en el muelle. Los de aduanas habían percibido actividad cerca del almacén que estaban vigilando, aquel en el que el panadero fue golpeado hasta morir. Les había dado la impresión de que el botín se había reunido a toda prisa, dispuesto para ser enviado por barco, y creyeron que la banda estaba planeando largarse. Cuando fueron a investigar, a los miembros de la banda les entró el pánico y los atacaron, hiriendo gravemente a Firmo. Luego la pandilla de malhechores había invadido la aduana, que en aquellos momentos se encontraba sitiada.

Fuimos por el camino que conocía, de modo que no descubrimos si ese callejón junto a La Lluvia de Oro realmente no tenía salida. No iba a volver allí. Me repelen los lugares en los que ha faltado muy poco para que me maten.

Tuvimos que andar tan sólo unos pasos. Ojalá hubiésemos ido allí primero.

Río abajo, los soldados relevaron rápidamente a las fuerzas aduaneras que combatían. Un largo tramo de la zona del muelle se declaró de acceso prohibido para el público. Empezaron a sacar barcos de sus atracaderos. Se registraron las bodegas. Hicieron varar a los transbordadores. Se despejó el puente. Los pequeños botes que diariamente se utilizaban para desplazarse cerca fueron conducidos corriente arriba y amarrados. Por las calles que rodeaban los embarcaderos llegaron más tropas y aguardaron órdenes pacientemente.

Petronio y yo nos quedamos en el muelle de madera repleto de cosas amontonadas y apiladas. Estábamos de espaldas a las oscuras y rizadas aguas del gran río, frente a la larga hilera de apretujados almacenes. Pronto ya no quedó ni un solo barco amarrado; los habían hecho alejarse a todos, tanto los que se hallaban en los

profundos fondeaderos donde se descargaban las mercancías como incluso los que estaban en el canal. Nos encontrábamos mirando fijamente la aduana, un bello edificio de piedra. Allí no había ningún movimiento.

Silvano estaba desplegando a sus hombres: algunos a lo largo de las fachadas de los almacenes, otros en la carretera que llevaba al foro, y otros encaramados por los tejados. Fueron rápidos y silenciosos. En cuanto estuvieron en posición se quedaron inmóviles. La Segunda siempre fue acreedora de algo mejor que su reciente reputación. Ellos eran la antigua legión del emperador, y eso se notaba.

El lugar, pues, perfectamente rodeado, tenía todas las salidas cubiertas.

—¿Hay algo que te preocupe? —le di un golpe suave con el codo a Petro mientras permanecía de pie, absorto.

—Nos convocaron en La Lluvia de Oro —respondió con recelo—. Todavía me pregunto por qué.

—¿Crees que no se trataba tan sólo de que Florio pagara a la Adiutrix para que nos matara?

—No es su estilo, Falco. Florio sabe que voy tras él, y él quiere atraparme a mí. Es algo personal. Necesita verme sufrir. Luego quiere acabar conmigo él mismo. Tiene a Maya; podía haberse quedado conmigo. Esto no tiene sentido.

Petro era un oficial demasiado bueno para pasar por alto sus dudas. Yo confiaba en su instinto.

—Otra cosa —le advertí—. Si en realidad presionó a Crixo para que nos matara, ahora Florio no espera tener que llevar a cabo lo que ha puesto en manos de otro. Él cree que estamos muertos... —se me apagó la voz. Si piensa que Petronio está muerto, de nada le sirve ya retener a Maya.

Incapaz de enfrentarse a la idea de lo que podrían hacerle a ella, Petro se buscó un poco de acción. Firmo estaba tendido en la pasarela y un médico lo atendía. Tenía un corte profundo en el costado, por el que había perdido mucha sangre. No preguntamos si se salvaría; estaba consciente, de modo que intentamos parecer optimistas.

Petro se arrodilló junto a él.

—No hables demasiado. Sólo dime quién entró en el edificio, si puedes.

—Unos quince o veinte —dijo Firmo con voz ronca.

Alguien le pasó a Petro un frasco con agua que él sostuvo contra los labios del herido—. Gracias... Armas pesadas...

—¿Viste si había mujeres con ellos?

Firmo estaba perdiendo el conocimiento. Por el aspecto que tenía, eso podría ser lo último que supiera de cualquier cosa.

—¡Firmo!

—Un par de prostitutas —respondió Firmo con voz áspera, consumiéndose

rápidamente.

Petronio se puso de pie.

Silvano vino a informar.

—Tenemos controlado todo el escenario. Podemos tenerlos inmovilizados aquí durante semanas. Se ha levantado una tienda, un par de casas más adelante, por si necesitáis beber algo caliente. —Bajó la mirada hacia el oficial de aduanas y soltó una maldición entre dientes.

Petronio parecía distante. Silvano —ancho, lento y ahora extrañamente respetuoso— lo estaba observando. Petro empezó a andar hacia la aduana. Yo informé rápidamente a Silvano de que la situación del rehen tenía que resolverse. El ya se había enterado por boca del gobernador. Todos los soldados debían de estar enterados de que Petronio Longo se había ofrecido voluntario para entregarse a Florio. Ellos habían trabajado en aquel territorio. Sabían cómo era la banda de Júpiter. Conocían el destino que Florio debía de estar planeando para Petronio.

Cayó la noche. Las tropas reunieron antorchas e inundaron el muelle con una suave luz a lo largo de un buen tramo en ambas direcciones. El resplandor parpadeaba sobre el lado izquierdo del río. Una grúa proyectaba una larga y dilatada sombra que atravesaba las tablas en línea recta. De vez en cuando éramos conscientes de unos rostros inmersos en los pozos de oscuridad más allá de nuestra zona. Debía de haberse congregado una multitud.

Petronio estaba entonces de pie entre las sombras, en el lado de la calle opuesto a la aduana, justo enfrente de la entrada. No tenía sentido esperar más. Silvano hizo una señal a sus hombres para que estuvieran alerta y luego se dirigió abiertamente hacia la puerta de pesados paneles. La golpeó con el pomo de su daga.

—¡Eh, los de dentro! Soy el centurión Silvano. Tenemos rodeado el edificio. Si Florio está ahí, puede negociar con Petronio.

Tras un silencio, alguien habló desde el interior.

Silvano se volvió hacia nosotros.

—Me están diciendo que retroceda.

—¡Hazlo! —Un leve tono de impaciencia tiñó la orden de Petro.

Silvano volvió a situarse fuera de su alcance.

—¡De acuerdo!

Durante un momento, que pareció una eternidad, no ocurrió nada. Entonces, la gente de dentro abrió una grieta en la enorme puerta. Una cabeza, unida al hombre que sostenía la puerta, comprobó el exterior. Unos cuantos tipos Musculosos salieron corriendo a la calle para cubrir el espacio externo. Contaban con un arsenal que ninguno de nosotros se esperaba: dos ballestas sobre ruedas, que empujaron rápidamente al otro lado del umbral y que armaron para guardar la entrada, además de unas cuantas ballestas de mano, poco comunes. Oí a algunos soldados soltar un

grito ahogado. Aquello era un arsenal asombroso. La mayoría de aquellos legionarios a marchas forzadas rara vez habían estado tan cerca de la artillería y nunca cuando ésta se hallaba en manos enemigas.

—¡Que no se mueva nadie! —La advertencia de su centurión apenas era necesaria.

Un soldado de mente rápida le pasó un escudo a Petronio. Yo dudaba que ni siquiera el triple laminado le protegiera de las flechas de una ballesta a corto alcance. Pero sirvió para tranquilizarnos al resto de nosotros. En teoría.

Había un balcón a la altura del segundo piso, por encima de la entrada al edificio de aduanas. Una figura hizo allí su aparición. Petronio caminó en línea recta hacia un punto central, a unos doce pasos de distancia frente a la puerta, y miró hacia arriba. Las dos ballestas fijas continuaron rastreando toda la zona; contaban con las habituales estructuras metálicas, maniobradas sobre ruedas, y se apuntaban fácilmente haciendo girar sus barras deslizantes alrededor de unas juntas universales. Eso no era nada bueno. Mientras tanto, los hombres armados con las ballestas de mano provistas de resortes tensores amenazaron a Petro. Si disparaban, moriría en el acto.

—¡Florio! —Su voz era fuerte, viril, y no parecía demostrar miedo—. Aún estoy aquí, ya lo ves. Crixo te ha fallado y se encuentra bajo custodia.

—¡Eres duro de pelar! —se mofó Florio con su inconfundible voz. El balcón estaba oscuro, pero nuestros hombres estaban acercando algunas antorchas, de modo que su figura y su cabeza afeitada se perfilaron de manera extraña e inquietante contra una puerta abierta.

—No estoy preparado para irme —respondió Petro—. No mientras tú estés vivo. Teníamos un acuerdo relacionado con un intercambio.

Florio se volvió a medias y masculló algo a un compañero invisible que había detrás de él.

—¡Deja de fastidiarme! —gritó Petro—. ¡Entrégala!

—Espera ahí. —Florio volvió a entrar.

Esperamos.

Florio reapareció.

—Seguiremos adelante.

—Voy a entrar —se ofreció Petro—, pero primero quiero ver a Maya Favonia.

Florio fue cortante.

—Puede acercarse el centurión.

—Él no la conoce. Su hermano la identificará.

—¡El centurión!

Silvano avanzó con valentía para hacerlo. Dejaron que se acercara casi hasta la entrada y una vez allí le dijeron que se detuviera. Algo estaba pasando en el interior

del edificio. Oímos a Silvano hablar con alguien de dentro, a quien no veíamos. No hubo ninguna respuesta audible. Inmediatamente le hicieron señas para que se alejara. Regresó junto a Petronio y yo me uní a ellos.

—Sí que tienen a una mujer ahí dentro. —El centurión habló rápidamente y en voz baja—. Está atada y lleva puesta una capa o algo parecido encima de la cabeza. Se la sacaron un momento. Tiene el pelo oscuro y la cara magullada... —Nos miró con preocupación—. Diría que la han golpeado, pero no os inquietéis; he visto cosas peores cuando los muchachos pierden los estribos con sus novias después de una noche de fiesta ... Le pregunté si era Maya y movió la cabeza afirmativamente. Vestido rojo. Parece estar molida; será mejor que la saquéis de ahí lo antes posible.

—¿Cuántos son? —pregunté entre dientes.

—Suficientes —gruñó Silvano.

Quise acercarme más, pero ellos ya habían pensado en eso. Aquellas dos ballestas estaban orientadas de manera que cubrían un amplio arco. Nadie podía aproximarse.

Arriba en el balcón, a salvo de un asalto repentino, claro está, Florio empuñaba una de las ballestas. No había duda de que eso hacía que se sintiera bien. La agitó en el aire frente a Petronio, alardeando, y luego apuntó directamente hacia él y con lentitud hizo girar el trinquete. Ahora la flecha saldría disparada en cuanto él apretara el gatillo. Con el rostro inexpresivo, Petronio no se movió.

—Estoy preparado. Hazla salir.

—Tienes que entrar tú.

—Haz salir a Maya y yo entraré al mismo tiempo.

Florio habló con alguien del piso de abajo. En la puerta que daba a la calle aparecieron dos figuras. Una de ellas, con el pelo oscuro y lacio y un porte atractivo, era la de Norbano Murena. Llevaba consigo a una mujer que estaba medio desplomada contra él. Una figura baja y con buen tipo, ataviada con un vestido color carmesí, y que tenía la cabeza y los hombros envueltos en un tejido parecido al de las vendas. Vi que llevaba los brazos fuertemente atados a la espalda.

—¿Dónde están los niños? —bramó roncamente Petronio.

Hubo una muy breve pausa.

—Los mandamos de vuelta —afirmó Norbano en tono suave. Parecía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que oí aquella voz cortés y refinada—. Los enviamos a la residencia.

—¡Pero Maya! —insistió Petronio—. ¿Me están diciendo la verdad?

Norbano le dio un tirón del brazo al mismo tiempo que la ponía más erguida. Ella asintió con un movimiento de la cabeza. Tapada de esa forma, debía de sentirse desorientada. Fue un movimiento lento; poco pude deducir de él excepto que, tal como había dicho Silvano, ella necesitaba nuestra ayuda desesperadamente.

Ya hacía dos días que no veía a mi hermana. Le podía haber pasado cualquier

cosa. A juzgar por el estado en que se encontraba entonces y recordando el modo en que Florio trató a Albia, probablemente así había sido.

—Ahora la soltaremos —anunció Florio—. Falco, acércate a la grúa. Ella vendrá hacia ti. ¡Longo! Tú ve hacia el otro lado y luego entra.

Toqué suavemente a Petro en el hombro y entonces nos separamos de inmediato. Entendí lo que se proponían. Maya y Petronio se cruzarían a cierta distancia el uno del otro al caminar en sentido oblicuo en distintas direcciones. Él no tenía posibilidad de agarrarla. Si intentaba algo les podrían disparar tanto a Maya como a él.

Yo llegué a un punto alejado de Petronio. Norbano masculló algo y luego empujó la figura vestida de rojo hacia mí. Pareció ordenarle que caminara hacia delante. Ella así lo hizo, con paso vacilante, incapaz de saber adónde se dirigía o por dónde pisaba. Instintivamente yo empecé a andar hacia ella, pero Florio hizo girar su arma y me apuntó con ella. Me detuve. Él se rió. Puede que fuera un tanto nervioso, pero no había duda de que disfrutaba del poder.

—¡Vamos, ahora! —le gritó Florio a Petro—. No intentes nada, Longo. Entra ahí.

Petronio avanzó al tiempo que observaba a la rehén. La mujer seguía andando hacia el otro lado de la calzada y con sus pequeños pies tanteaba el suelo que tenía delante con aire de inseguridad. Petronio ajustó su avance al mismo paso que ella. Al final quedaron uno al lado del otro, equidistantes respecto al edificio, a unos cuantos pasos de distancia. Petronio se detuvo y dijo algo.

—¡No hables! —bramó Florio frenéticamente—. ¡Ten cuidado... u os mataré a los dos!

La rehén siguió adelante. Yo empecé a andar hacia ella. Florio tenía la ballesta apuntando a Petro, que permanecía parado: parecía estar pensando. Florio lo instó a seguir con unos desenfrenados movimientos de su arma y finalmente giró sobre sus talones para apuntar a la mujer. Petronio volvió a avanzar. Los hombres que había abajo empezaron a retroceder hacia la entrada, algunos por delante de él pero otros acercándosele por la espalda.

Se estaban uniendo en un apretado grupo de depredadores. Florio ordenó a Petronio que dejara el escudo. El hizo lo que le decía, agachándose para depositarlo en el suelo. En cuanto se irguió de nuevo, Florio gritó otra orden; Petro, valiéndose de ambas manos a la vez, se despojó tanto de su espada como de su daga y las dejó caer al suelo. Con la cabeza alta y en silencio, se había dado la vuelta para seguir a Maya con la mirada mientras que Florio le hacía señas furiosamente para que entrara en la aduana.

Estaban abriendo más la puerta. Fuera, yo me encontraba a dos pasos de aquella mujer menuda vestida de rojo, con los brazos tendidos hacia ella.

De repente, Petronio dio un respingo y me gritó algo.

En aquel preciso instante cayeron sobre él. Los malhechores lo agarraron

arrastrándolo hacia dentro. La pesada puerta se cerró de golpe. Petronio había desaparecido.

Le arranqué la venda a la mujer y comprendí lo que había dicho.

—¡Ésta no es Maya!

LV

La mujer resultó ser una pálida prostituta medio muerta de hambre que temblaba de los nervios. Dijo que la habían obligado a llevar a cabo la suplantación de identidad. ¡Claro, qué iba a decir! Por suerte para ella, Silvano la apartó de un tirón cuando arremetí contra la mujer.

Mientras ella pestañeaba bajo la luz de las antorchas, yo maldije mi estupidez. Petronio conocía a mi hermana mejor que yo. Se había dado cuenta (demasiado tarde, quizá) de que aquella mujer era un señuelo: la altura era la adecuada, pero no lo eran ni la figura ni la complexión. El vestido que llevaba era de un tono claro, mal teñido, y estaba hecho con un tejido de burda trama. Incluso teniendo en cuenta ciertas dificultades, hasta la forma de andar era completamente distinta.

Le grité furiosamente a esa farsante de ojos hundidos que me dijera dónde estaba mi hermana. Afirmó no saberlo. Aseguró que nunca había visto a Maya. No sabía nada de los niños. Ninguno de ellos había estado en el almacén; tampoco estaban en la aduana.

Se la llevaron.

Alguien logró cruzar el cordón militar y se unió a nosotros: Helena. Se quedó a mi lado en silencio, con una capa en las manos que yo sabía que pertenecía a mi hermana...; no es que nos fuera a servir de nada, pero...

Si la mujer que había hecho de señuelo estaba en lo cierto, la banda no tuvo a Maya en ningún momento, de manera que el intercambio nunca había sido posible. Ellos no hubieran perdido nada si Crixo hubiese matado a Petro en La Lluvia de Oro y nosotros, creyendo que tenían la sartén por el mango, habíamos dejado que lo atraparan innecesariamente. Entonces, ¿dónde estaba Maya, por el Hades? ¿Y cómo podíamos sacar de ahí a Petronio antes de que Florio lo matara?

Los soldados se morían por entrar en acción. Yo estuve de acuerdo. En lo único que pensaba entonces era en rescatar a Petronio. Podría ser demasiado tarde ya.

Florio era consciente de lo que había logrado. Apareció una vez más en el balcón, en esa ocasión nos mostró triunfalmente a dos de sus hombres que tenían a Petro agarrado entre ambos. Presentó entonces nuevas exigencias. Quería un barco y que se abriera paso para que sus hombres y él mismo pudieran subir a bordo sin ningún percance.

Fue en aquel momento cuando el gobernador se unió a nosotros.

Ya no era yo quien tenía que tomar las decisiones. A Frontino ya debían de haberle informado de todo. Evaluó la situación rápidamente. La vida de un oficial romano corría peligro, pero habían tomado un edificio público y si permitía que los criminales hicieran lo que quisieran de esa manera, su capital provincial caería en un estado de postración y caos.

—No puedo tolerarlo. Entraremos.

Me controlé lo mejor que pude.

—Si atacas el edificio matarán a Petronio.

—No te engañes —me advirtió Frontino—. Tienen intención de matarlo de cualquier modo.

Estábamos tardando demasiado. Frontino me dejó e hizo un grupo aparte con los oficiales de su estado mayor.

—Podías haberlo mantenido alejado de la escena —le dije a Silvano entre dientes.

—No es ningún inútil. No quiso ni oír hablar de irse a casa a tomarse un té de borraja y esperar a ser informado más tarde. Yo no quiero que esté aquí, Falco, créeme. No puedo arriesgarme a perderlo a causa de una maldita saeta de ballesta.

—¡Oh, cuanta consideración a un legado imperial!

—Consideración hacia mí mismo —Silvano sonrió—. ¡Piensa en la cantidad de informes que se tendrán que redactar si dejamos que eliminen a un legado de Augusto!

Entonces supe definitivamente que era un miembro de la astuta Segunda.

Mientras que el gobernador le daba vueltas al asunto de forma burocrática, la banda perdió la paciencia. Quizá vieron a Frontino y se imaginaron lo inflexible de su postura. Tal vez la cantidad de soldados que estaban llegando hizo que perdieran las esperanzas de poder negociar su huida. Un postigo se abrió de golpe; una ballesta disparada por la abertura casi mató a Silvano.

Todos corrimos a ponernos a cubierto. Silvano ordenaba desesperadamente a sus hombres que alejaran a Frontino de la zona de peligro. No había más remedio. Los legionarios iban a luchar para recuperar el edificio de aduanas.

—Podemos prender fuego para obligarlos a salir o abatirlos.

—Intentad salvar el edificio —dijo Frontino secamente—. Ya tengo que cumplir bastantes exigencias con mi presupuesto de obras.

No teníamos ni idea de lo que estaba ocurriendo dentro. Sólo me quedaba esperar que la distracción de un ataque disuadiera a Florio de los planes que pudiera tener de torturar a Petro.

Quería ayudar, pero me rechazaron.

—Quítate de en medio. Ya no estás en el maldito ejército. Déjanoslo a nosotros, Falco.

Silvano dio la orden. Unos troncos surgieron de la nada; bajo una lluvia de proyectiles, los soldados se abalanzaron sobre la entrada principal y empezaron a golpear la puerta. Formando el clásico testudo, debajo de unas paredes y un techo de escudos, lograron aproximarse lo suficiente para meterse por las ventanas y trepar hasta el balcón. Las ballestas fueron disparadas, pero son armas de largo alcance. En cuanto los legionarios se acercaron corriendo, ya estuvieron más que en igualdad de

condiciones con los malhechores. La rapidez de su reacción al primer disparo pareció pillar desprevenidos a los mafiosos, y los chicos de rojo pronto irrumpieron en el edificio y cayeron sobre ellos.

Dentro se entabló una intensa pelea. Silvano y sus hombres fueron implacables. Unos diez de esos matones, sangrando copiosamente, fueron detenidos. Un puñado de ellos murió. Norbano fue capturado. Los soldados se apresuraron a recorrer las oficinas con la prioridad de buscar a Petro. Hombres uniformados corrían en todas direcciones. Pero en medio del caos nuestras presas escaparon. Yo mismo registré el edificio; eché un vistazo a todos los prisioneros y a las filas de muertos y heridos para asegurarme: increíblemente, Florio logró zafarse de nosotros. No había ni rastro de él. Ni rastro de Maya. Ni rastro de Petronio.

Las legiones no se andan con remilgos. La sistemática paliza a uno de los gánsters capturados mientras los demás miraban enseguida proporcionó información.

—¿Dónde... está... Florio?

—En el almacén...

—¡Mientes!

—No..., tiene allí una carga de mercancía, para llevársela a Roma.

Era difícil de creer. ¿Cómo podía habernos eludido?

Habíamos apostado soldados por todo el muelle y a otros por todo el suburbio. Silvano y yo salimos disparados hacia allí, seguidos por los pesados pasos de los legionarios. Los tablones de madera retumbaron peligrosamente cuando nos dirigimos a toda prisa hacia el almacén.

Los anchos portones se abrían hacia fuera, tal y como sucede en la mayoría de almacenes para evitar que haya un espacio inútil en el interior. Eso hacía difícil irrumpir por la puerta. Silvano señaló con el dedo hacia arriba: en el tejado del almacén se hallaba un grupo de soldados que se apresuraba a sacar tejas. Inclinandose hacia delante para escuchar, uno de los legionarios del tejado nos comunicó por signos que abajo estaba todo muy tranquilo. El y sus compañeros siguieron entonces levantando tejas.

Fruncí el ceño.

—Algo pasa... Estoy preocupado. Tenemos que hacerlo bien. ¿Por qué encerrarse dentro cuando estamos nosotros rondando en el exterior? Cuanto más tiempo se queden dentro, peor lo tendrán. No pueden resistir un asedio. Créeme, no tienen intención de hacerlo.

—No hay ventanas ni más puertas que ésta... y estamos en el tejado. A menos que hayan desaparecido en medio de una nube como por arte de magia, todavía tienen que estar ahí dentro. —Silvano era un hombre obstinado que se tomaba las cosas al pie de la letra. Me acordé de cuando nos mostró el cadáver de Verovolco. Fue tan

servicial como tenía que serlo, pero no tomó ninguna iniciativa.

Afortunadamente, en nuestro caso no hacía falta iniciativa. La mera fuerza bruta atravesó las puertas. Aquel enorme lugar estaba vacío.

Helena Justina se acercó y me tocó el brazo.

—Escucha, ¿cómo pudo Florio entrar por esta parte de los muelles con todos los soldados de guardia?

—Éste es el almacén de la banda, cariño. Aquí mataron a ese panadero...

—¡Y saben que los de la aduana lo estaban vigilando! Serían tontos si volvieran aquí. Marco, disponen de un montón de dinero. ¿Por qué iban a limitarse a un solo almacén? Apuesto a que tienen más, y mientras todos vosotros estáis buscando por esta zona, ¿os habéis dado cuenta de que las naves se extienden también río arriba? También podría ser que la banda estuviera utilizando algún local en la otra orilla, más allá del embarcadero del transbordador.

Helena tenía razón. El barquero sabía algo de Florio.

Volví a salir corriendo por el muelle. Crucé la calle junto a la aduana gritando a los legionarios que me ayudaran. Había un embarcadero para el transbordador al otro lado de la carretera que llevaba al foro. A continuación había más hileras de almacenes que se abarrotaban a lo largo de otro muelle más.

Mientras Silvano y yo habíamos ido corriendo en la dirección equivocada, sus hombres debieron de haber seguido amenazando a los prisioneros y encontramos a un grupo de soldados que irrumpían por las puertas de varias naves. La siguiente fase de nuestra búsqueda nos llevó tanto tiempo que no quiero ni pensarlo. Uno tras otro se fueron abriendo los almacenes. Al final, con la nueva información obtenida de los prisioneros, los soldados se reunieron en el que creían que era el lugar que buscábamos. Con Helena pisándome los talones, me abrí paso hacia dentro, haciendo caso omiso de las astillas.

Estaba oscuro como boca de lobo. Alguien me pasó una antorcha desde fuera.

—¡Petro!

No hubo respuesta.

—¡Petronio!

Aquel lugar estaba repleto de cosas robadas. Empecé a abrirme camino entre arcones y fardos. Como era más delgada, Helena me agarró la antorcha y me adelantó entre los montones de mercancía, adentrándose a toda prisa en la oscuridad al tiempo que también gritaba su nombre. A nuestras espaldas los soldados todavía estaban rompiendo la puerta para entrar.

Helena fue la primera en encontrar a Petronio. Su grito hizo que se me helara la sangre en las venas.

—¡Marco, Marco, ayúdame..., rápido!

LVI

Petro no había respondido porque no podía hacerlo. Cada gramo de su ser estaba en tensión. Al límite de su resistencia, incluso nuestra llegada hizo que casi flaqueara. La esperanza era la última distracción que necesitaba.

Florio lo había dejado completamente atrapado. Se había tomado su tiempo para montar todo aquello. Petronio estaba atado por la cintura con varias cuerdas largas amarradas formando una estrella, de manera que no podía cambiar de posición. Con los brazos por encima de la cabeza, se aferraba desesperadamente a una anilla que había en el extremo de una larga cadena. Ésta subía y pasaba por una polea situada en un brazo de carga. En el otro extremo Florio había sujetado un enorme cajón de embalaje lleno de balasto. Ya sabéis qué es el balasto: rocas, lo bastante grandes para hacer que un barco se mantenga firme durante una tormenta. Vi que las piedras formaban un gran montón ahí encima. El cajón se encontraba en peligroso equilibrio justo sobre Petro y sobresalía por el extremo de una pasarela. Una barra de hierro lo sujetaba hasta la mitad. Si Petro soltaba la cadena, o la aflojaba unos centímetros, el cajón se caería de sus soportes y se le vendría encima. El juego consistía en que Petronio aguantase lo máximo posible sabiendo que cuando se le agotaran las fuerzas moriría aplastado.

Los nervios se le marcaban en la frente. Las gotas de sudor le brillaban en el rostro. Su boca no era más que una estrecha línea apretada, tenía los ojos cerrados con fuerza; estaba llegando al límite.

Helena y yo nos lanzamos a su lado y tiramos de la cadena. Yo metí una mano por la anilla; ya no había espacio para más. Era casi imposible agarrar el frío y resbaladizo metal de la cadena en sí. Petronio respiró, pero no osó abandonar. Yo pesaba menos que él, si bien yo sí que sabía cómo utilizar mi peso; Helena no era ninguna pluma, pero nunca había sido de esa clase de mujeres poco femeninas que se entrenan en un gimnasio. Los soldados que venían detrás de nosotros debían de haberse distraído con los arcones del botín. Grité pidiendo ayuda, pero no podíamos esperar.

—Helena, trae ese rollo de cuerda. —Ella obedeció, aunque cuando soltó la cadena noté que ésta casi se escapaba de una sacudida. Apenas podía hablar para darle instrucciones; por suerte ella era inteligente. Le hice una tensa señal con la cabeza y pasó la cuerda por la argolla que estábamos sujetando y se apresuró a asegurarla. La pasarela de arriba se apoyaba en unos enormes postes de madera. Helena pudo enrollar la cuerda en el más cercano. Tuvo el tino de hacer girar varias veces ambos extremos y luego intentó atarlos.

En aquellos momentos había soldados que corrían por la pasarela. Otro apareció a nuestro lado. Los de arriba estaban buscando la manera de contener la presión del

cajón en equilibrio. Petro y yo seguíamos allí aferrados, temerosos de creer que estábamos a salvo. Todavía no lo estábamos. El soldado que estaba más cerca empezó a cortar desesperadamente con su espada las cuerdas que sujetaban a Petronio. Llegaron más hombres. Nerviosamente, Petro y yo soltamos la cadena. A pesar de nuestra gran preocupación, la soga de Helena aguantó. Unos brazos agarraron a Petronio cuando éste se tambaleó. Un soldado y yo lo arrastramos a un lado en cuanto le liberaron de la mitad de sus ataduras. A punto de desmayarse, Petronio cayó al suelo. Entonces, el poste de madera crujió de forma alarmante. De repente la cuerda cedió.

El cajón se estrelló contra el suelo provocando una lluvia de polvo y piedra. En medio de un ruido ensordecedor, aquellos enormes trozos de escombros no se nos cayeron encima por unos centímetros. Petronio estaba tumbado en el suelo gimiendo con la boca abierta, mientras la sangre le volvía a circular por brazos y manos. Tosiendo, Helena y yo lo sostuvimos mientras le dábamos un masaje en sus maltrechas extremidades y su dolorida espina dorsal. Tenía la túnica empapada y el cabello castaño pegado a la cabeza debido al sudor.

—Por todos los dioses. Esta vez ha ido de un pelo, muchacho. —Esperé a que dijera ¡Por qué tardaste tanto!, pero estaba demasiado impresionado para poder hablar. Apoyó la cabeza en mi hombro, con los ojos cerrados, aunque poco a poco su respiración se fue haciendo menos dificultosa. Un soldado trajo una botella de agua. Le dimos un poco.

Por encima de su cabeza mi mirada se cruzó con la de Helena. Ella alargó la mano y me acarició la mejilla. Me volví y le besé la palma cuando ella la apartaba. Petronio se obligó a recuperarse lo suficiente para sonreírle.

Me miró con ojos escrutadores. Yo le informé de lo mejor y lo peor.

—Atrapamos a casi toda la banda. Tenemos a Norbano, pero Florio se ha escapado de alguna forma. ¿Cómo salisteis de allí, por el Hades?

—Uniformes —dijo Petro con voz ronca. Señaló con el brazo y vi una conocida tela color carmesí que habían tirado junto a un fardo—. Túnicas rojas.

—¡Crixo! —El malvado centurión había proporcionado el único disfraz que le permitiría a Florio llegar a casi todas partes sin que se fijaran en él si se producía un considerable caos a su alrededor.

—Va a coger un barco. —Petro seguía inquieto—. Tiene uno escondido río arriba. Han cargado más dinero...

—No hables —murmuró Helena.

—No os preocupéis por mí... ¿dónde está Maya?

—Aún no lo sabemos. Pero no está aquí.

Petronio trató de adoptar una postura más erguida. Se sostuvo la cabeza entre las manos, con los codos apoyados en las rodillas. Dio un gemido de frustración y

sufrimiento.

—No creo que la tuvieran en ningún momento.

—Ellos dijeron que sí —le recordé.

—Dijeron muchas cosas.

Mucho antes de lo debido, Petronio ya se había puesto en pie con gran esfuerzo. Le ofrecí el hombro para que se apoyara en él. En cuanto lo sacamos fuera, Helena trató de envolverlo en la capa de Maya; él no pensaba tolerarlo, pero cuando le dijo de quién era, Petro tomó la prenda y se la echó sobre un hombro, acariciando con la mejilla los pliegues de lana.

Caminamos por el muelle para volver con los prisioneros de la aduana. Petronio tomó nota de todos ellos. Conocía a algunos de Roma. Silvano estaba organizando grupos de búsqueda para encontrar a Florio y a otros miembros de la banda que faltaban. El embarcadero aún estaba precintado, por si acaso los obligábamos a salir. Las tropas estaban registrando todos los almacenes. Un grupo de soldados se había apiñado alrededor de una de las abandonadas *ballistae* y prorrumpieron en exclamaciones de admiración ante su sofisticado diseño.

—Es un condenado artilugio automático de repetición..., mirad, puedes llenar este cilindro y disparar toda una descarga de proyectiles sin tener que recargar... — Me hizo gracia ver a Frontino entre ellos.

Al final el gobernador consiguió apartarse del arma y dispuso que los prisioneros fueran trasladados y retenidos en un lugar seguro, todos menos Norbano. Petro quería hablar con él.

En cuanto se desalojó la aduana y se pudo hacer uso del edificio llevamos allí a Norbano. Petro recogió su espada al entrar. Primero apartó de un puntapié otra arma que después levantó del suelo, una de las atroces ballestas de mano.

—¡Siempre quise tener una de éstas!

—Mira, tiene un trinquete de los más rápidos y un gatillo perfecto... y alguna amable persona la ha dejado preparada. Debió de ser el servicial Florio. Probémosla —dije, amenazando a nuestro acusado con un gruñido. Ni siquiera lo habíamos atado. ¿Para qué molestarse? Norbano pareció aceptar su destino, y en el exterior el muelle aún estaba lleno de legionarios. Algunos de ellos se habían quedado allí dentro, pero Petronio les dijo que se retiraran; el hecho de hacer que se vayan los testigos siempre es alarmante para un prisionero.

—Nos quedaremos aquí a oscuras, apartados de la vista pública —le dijo Petronio a Norbano en tono agradable—. Por si se me olvidan los buenos modales. —Los vigiles eran bien conocidos por sus duros métodos de interrogatorio.

—Podrías amarrarlo a un poco de balasto —sugerí—. Como Florio hizo contigo... ¿o sería demasiado bueno para él? —Le propiné un inesperado puntapié a Norbano. Fue una patada muy, muy fuerte—. ¿Dónde está Maya?

—No tengo ni idea. —El hombre de negocios parecía el mismo de siempre. Enterarnos de que era un maestro del crimen debía de haber alterado nuestra percepción. Ya sabíamos que su labia y su afable sonrisa eran traicioneras y, no obstante, él siguió actuando tal y como cabría esperar de su personaje. Era real. Así es como algunos jefes de bandas consiguen mantener su autoridad: aparte de recurrir al asesinato de vez en cuando, irradian un encanto irresistible.

—¿Llegaste a tenerla retenida en algún momento? —quiso saber Petronio. Él era el profesional; dejé que tomara la iniciativa.

—Fue un pequeño engaño. —Norbano se estaba frotando la pierna allí donde yo le había dado. Normalmente no recorro a la brutalidad, pero mi hermana seguía desaparecida y no me arrepentí.

—¿Fue a tu villa?

—No te sabría decir.

—Florio estaba allí. ¿La vio?

—Creo que no.

—¿Dónde está él ahora?

—Tendrás que averiguarlo por ti mismo.

—¿Admites que erais socios?

—Yo no admito nada de nada.

Petronio buscó mi mirada. Aquél iba a ser un largo asunto. Tal vez no pudiéramos sacar ninguna información útil. Helena apareció en la puerta. Petronio hizo una pausa, no quería dejar que ella viera las oscuras acciones que se estaban tramando.

—Marco... —Parecía poco dispuesta a estar cerca de Norbano, o poco dispuesta a ver cómo lidiábamos con él.

—A menos que sea algo urgente, no puedo ir.

Le había dicho que regresara a la residencia junto con el gobernador, pero siempre se me pegaba después de que yo hubiera corrido algún peligro.

—No importa —dijo Helena rápidamente.

—No, espera, ¿de qué se trata?

—Una embarcación.

—¿Que se va?

—No, que llega. Está avanzando con dificultad con un mástil roto. —Parecía no venir al caso.

—Mientras no sea Florio que se escapa.

—No, no te preocupes —me aseguró Helena, y se retiró.

Me pareció oír voces nerviosas en el exterior, pero las pesadas puertas tapaban casi cualquier sonido. Petronio y yo reanudamos nuestro interrogatorio.

—Lo de Júpiter fue un buen detalle —le dije a Norbano con admiración—. El patrón del vino, de las mujeres y del clima. Y también un símbolo de poder... Pero

ahora descubres, Norbano, que el mito era pensar que eras tú el que tenía algún poder.

Petronio dejó a un lado la ballesta y con la palma de la mano empujó a Norbano por la oficina en la que lo reteníamos. Fue un movimiento suave, alentador; no había ninguna necesidad todavía de que nos pusiéramos dramáticos.

—Quiero saber... —La voz de Petro era tranquila. Eso lo empeoraba—. Quiero saberlo todo acerca de tu infame imperio... aquí y en Ostia y Roma. Norbano, vas a contarme todos los chanchullos, todas las amenazas respaldadas con violencia, todas las horribles y sucias artimañas. Quiero enterarme de la inacabable relación de propiedades, la sórdida adquisición de figories, los obscenos burdeles de niñas, las despiadadas palizas a personas inocentes, y las muertes.

Una bocanada de aire hizo parpadear las antorchas. Por un momento noté un aire frío. No me di la vuelta para mirar.

—No tengo nada que decir —dijo Norbano con una sonrisa, sin dejar de ser el apuesto, fino y cortés hombre de negocios—. Tus acusaciones no serán válidas ante un tribunal una vez que mis abogados tomen cartas en el asunto. No tienes ninguna prueba en mi contra.

—Las tendré —replicó Petronio. Lo había visto en acción en un buen número de ocasiones, pero nunca tan impresionante como en aquellos momentos—. Háblame de Maya Favonia.

—¿Para qué? La conoces muy bien.

—Lo bastante para preocuparme si cae en manos de hombres como tú. —Petronio mantenía el control—. Pero oigamos cuál es tu interés por ella. ¿O todo era una estratagema para ayudar a Florio a que me atrapara? Tú sonreías como un tonto a los pies de Maya, agasajándola con música y ofreciéndole viajes a tu casita en el campo, pero, realmente te importa en lo más mínimo?

El tipo se encogió de hombros y sonrió. Entonces dejó de sonreír.

—Es un solterón, un solitario que venera a su madre —me burlé—. No le interesa ninguna otra mujer. El insistente intento de seducción era falso.

Había oído entrar a alguien en la habitación, a mis espaldas. La luz se hizo más intensa cuando Helena Justina se unió a nosotros sosteniendo en alto una tea embreada. A su lado, cuando me volví para ver de quién se trataba, estaba mi hermana Maya.

Tenía buen aspecto. Un poco cansada, pero radiante. Con la moral alta, estaba espléndida. Su vestido color carmesí aparecía desaliñado, como si lo hubiera llevado durante días, sin embargo resplandecía con una brillantez de la que había carecido aquel trapo rojo que cubría a la prostituta que sirvió de señuelo. Sus rizos oscuros caían libremente. Los ojos le brillaban.

Dirigió la mirada directamente hacia Petronio.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Una pequeña aventura. ¿Dónde —preguntó Petro, vocalizando con cuidado— has estado, Maya?

Maya le dirigió una breve mirada a Norbano.

—Me llevé a mis hijos a navegar por el río. Tomamos prestada la embarcación del procurador. Fuimos corriente abajo y se desató esa terrible tormenta; un rayo cayó en el mástil. A los niños les pareció maravilloso. Nos pasamos un día entero remendando los daños y luego, cuando a duras penas logramos regresar, no nos dejaron tomar tierra durante mucho tiempo debido a alguna operación secreta. Deduzco que erais Falco y tú con alguno de vuestros juegucitos, ¿no?

—¿Dónde están los niños?

—Se han ido a casa con el gobernador. —Maya, con una delicadeza poco habitual, hizo una pausa—. Parece que me he perdido algo.

Algunos de nosotros estábamos mudos de asombro.

Helena se hizo cargo de la situación.

—¡Escucha, Maya! Norbano es uno de los cabecillas de los criminales a los que Petronio está persiguiendo. El otro se llama Florio y es él quien vivía en la villa a la que estaban tratando de llevarte. El objetivo era utilizarte, querida Maya, como rehén, para llegar a Petro. Afirmaron tenerte en su poder y Lucio creyó que era cierto. De manera que se entregó a cambio de ti y casi lo matan de un modo horrible...

Maya soltó un grito ahogado.

—¿Que te entregaste?

—Es un viejo truco del ejército —dijo Petronio, a la defensiva.— Una estratagema tan estúpida que tienes la esperanza de que salga bien.

—¿Y casi te matan?

—¡Ah, Maya, me consideras un héroe!

—Eres un idiota —dijo Maya.

—Lo dice con cariño —medió Helena, con una mueca.

—No, lo dice en serio —replicó Petronio. Parecía contento. Era como si la presencia de mi quisquillosa hermana le hubiera levantado el ánimo.

Norbano cometió el error de reírse para sus adentros.

—¡Tú! —Maya apuntó el dedo en su dirección, furiosamente—. ¡Tú puedes responderme! —Se abrió paso a empujones dejando atrás a Helena para acercarse a él—. ¿Es cierto entonces? ¿Lo que oí decir a mi hermano? ¿Les mentiste? ¿Los amenazaste? ¿Trataste de matar a Petronio? ¿Todo el tiempo que estuviste rondándome sólo me estabas utilizando?

Intenté contenerla: fue inútil. Petro se limitó a apartarse con su mirada de admiración.

—¡Estoy harta de hombres como tú! —Maya golpeó a Norbano en el pecho con los puños. Eran verdaderos golpes que hacía descender desde los hombros con los

dos puños cerrados y juntos, como si estuviera sacudiendo una alfombra polvorienta colgada de una cuerda de tender la colada. Era una mujer robusta, acostumbrada al trabajo duro en la casa. Si hubiera tenido un palo le habría roto las costillas.

A Norbano eso lo sorprendió por completo. Ya se sabe, los hombres buenos que ponen a sus ancianas madres en pedestales psicológicos no saben nada de las mujeres de verdad. Lo más parecido a ellas que llegan a conocer son unas fulanas emperifolladas y ávidas de glamour que fingen que tales hombres son maravillosos.

—Estoy harta de que me utilicen. —Un golpe de izquierda a derecha—. Harta de que jueguen conmigo. —Un golpe de derecha a izquierda—. Harta de que un malvado canalla manipulador me arruine la vida...

—Déjalo ya, Maya —protesté inútilmente.

Norbano estaba recibiendo el castigo por todos los hombres que había habido anteriormente en la vida de mi hermana, hasta por su marido, y sin duda también por Anácrites, cuyo acoso la había conducido hasta Britania. Mientras él se tambaleaba bajo aquella lluvia de golpes, yo me acerqué y tiré de mi hermana hacia atrás para alejarla de Norbano. Petronio no hizo ningún intento por calmarla. Creo que se estaba riendo.

—¡Se escapa! —chilló Helena cuando Norbano aprovechó su oportunidad.

Petro y yo soltamos a Maya. Norbano se lanzó hacia Helena. Ella blandió la antorcha contra él. Él hizo saltar la ardiente tea por los aires. Al tratar de evitarlo, Helena soltó una palabrota, algo inusitado en ella, y volvió a gritar—: ¡Se va a escapar!

—¡No de mí! —Maya había encontrado y alzado la ballesta, preparada para disparar. Entonces quitó el dispositivo de seguridad, apretó el gatillo y alcanzó a Norbano en la espalda.

LVII

El retroceso la hizo trastabillar, pero de algún modo consiguió no caerse. Se quedó boquiabierta y soltó un grito ahogado de horror. Aún sostenía el arma, alejándola de ella, como si le aterrorizara que fuera a disparar otra flecha. Por un momento nadie más pudo moverse.

Norbano estaba en el suelo. Centenares de derrotados miembros de las tribus de aquella provincia podían atestiguar que sólo hace falta el impacto directo de una sola flecha de la artillería romana. Ni siquiera comprobamos que diera muestras de estar vivo.

—¡Oh! —susurró Maya.

Suelta eso —murmuró entonces Helena—. No se va a disparar otra vez.

Maya vaciló al bajar el arma. Petronio se acercó a su lado. Él parecía estar más impresionado que nadie. Claro que, si estábamos en lo cierto acerca de sus sentimientos, la luz de su vida acababa de demostrar una personalidad aterradora. Cogió el arma que ella tenía agarrada sin fuerza y me entregó a mí el mortífero aparato.

—Tranquila —le dijo con dulzura. Sabía que estaba conmocionada—. No pasa nada.

Maya estaba temblando. Por una vez, su voz apenas fue audible.

—¿No?

Petronio esbozó una sonrisa y le dirigió una mirada de arrepentimiento.

—Estoy aquí, ¿no es cierto?

Allí fue cuando Maya dejó escapar un entrecortado sollozo y se derrumbó en sus brazos. Creo que aquella fue la primera vez, al menos desde que se hizo mujer, que vi a mi hermana permitiendo que otra persona la consolara. Petro la envolvió en su propia capa con ternura y luego la abrazó.

La mirada de Helena se encontró con la mía y ella se enjugó una lágrima. Entonces señaló el cadáver y dijo, articulando, para que le leyera los labios:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Decirle al gobernador que hace falta retirar el cadáver de un rufián.

Respiró hondo. Helena siempre se enfrentaba a una crisis con pensamiento logístico.

—No debemos contarle a nadie, nunca, quién lo mató.

—¿Y por qué no, eh? ¡Estoy orgulloso de ella!

—No, no —terció Petronio—. Los niños aún tienen que hacer frente a la muerte de su padre. No les hace ninguna falta saber que su querida mamá se dedica a dejar secos a mafiosos profesionales las tardes de paseo.

La querida mamá forcejeó tratando de liberarse de su envolvente apretón.

—Déjalo —dijo él—. No voy a soltarte. —Maya se quedó quieta. Clavaron su mirada el uno en el otro. Petro bajó la voz— Creí que te había perdido, Maya.

—¿Y eso hubiera importado? —le preguntó ella.

—Casi nada —observó Petronio Longo, que normalmente no era dado a conceptos poéticos—. Bueno... tal vez lo suficiente como para romperme el corazón.

LVIII

Él la miró fijamente. Ella no dijo nada. Maya era así.

—¿Y qué me dices de ti? —se atrevió a inquirir Petronio—. Suponte que fuera yo el que hubiese desaparecido...

—Cállate —dijo Maya. Entonces hundió el rostro en el pecho de Petro y lo abrazó con fuerza entre sollozos. Petronio inclinó la cabeza de modo que sus rostros quedaron muy próximos cuando ella levantó de nuevo la mirada.

No había duda de que Maya había preparado aquel discurso con anterioridad:

—Me llevé a los niños por el río para pasar un rato con ellos y hablar de cuando volvamos a casa —dijo—. Y ahora tengo que hablar contigo.

—Estoy dispuesto a escuchar —replicó Petronio. No era del todo cierto. Por el contrario, la manera que ese granuja tenía de escuchar era demostrarle a Maya que le gustaba muchísimo besar.

Helena me dio un fuerte golpe en las costillas, como si creyera que me estaba riendo. Ni en broma. Acababa de ver cómo mi mejor amigo se lanzaba a una vida llena de riesgo y cómo mi hermana se avenía a ello. Por ambas razones estaba demasiado impresionado para mofarme.

Finalmente salimos fuera. Los legionarios estaban empezando a retirarse. A los prisioneros ya se los habían llevado. Le dije a Silvano entre dientes que Norbano Murena estaba muerto. Discutimos qué hacer con el cadáver.

—¿En qué sentido va la marea?

—Está bajando —dijo.

—¿El reflujo? Eso irá bien.

Silvano entendió lo que quería decir. Nos prestó a un par de muchachos para la tarea. Petronio y yo volvimos a entrar en el almacén con ellos y sacamos de ahí a Norbano, agarrándolo uno por cada extremidad. Llevamos el cuerpo hasta el borde del muelle, justo debajo de lo que Hilaris había llamado en una ocasión el puente provisional permanente. Lo balanceamos todos juntos unas cuantas veces para coger el ritmo y lo soltamos. Norbano Murena se deslizó una corta distancia por encima del Támesis y luego cayó al agua. No le habíamos puesto ningún lastre. Nadie quería que se quedara por ahí, en la zona del puerto, y que un día volviera a salir a flote. Mejor que la corriente lo arrastrara hasta el estuario y lo hiciera encallar en el lodo de los pantanos.

Si aquella ciudad se convertía algún día en una gran metrópolis, habría un montón de cadáveres que acabarían en el río. Mediante el juego sucio o la tragedia, Londinium sería un gancho para los ahogados. Algunos de ellos podrían incluso terminar flotando en el agua por accidente. Durante los siglos venideros aquel gran río vería muchos: a los muertos recientes, a los que habían muerto hacía tiempo, y en

ocasiones a los vivos, personas ebrias de alcohol o angustiadas o quizá simplemente descuidadas, todos ellos empujados al olvido por las fuertes y oscuras corrientes. Norbano podía sentar un precedente.

Mientras observábamos cómo se tambaleaba y desaparecía, llegó el procurador Hilaris, ansioso por examinar su dañada embarcación. Hacía años que la tenía (yo mismo la había tomado prestada alguna vez); la utilizaba para navegar a lo largo de la costa sur rumbo a sus casas de Noviomago y Durnovaria. Maya se acercó corriendo para explicar lo sucedido durante la tormenta. Petronio se pegó a ella. Vi a Maya enroscar su mano en la de él. Ya no podían soportar estar separados.

Pusimos a Hilaris al día acerca de los malhechores. Él no hizo ningún comentario sobre lo que le había ocurrido a Norbano, aunque debió de haber visto las medidas que tomamos para deshacernos del cuerpo.

—¡Bueno, has limpiado la ciudad, Marco! Sabía que podía confiar en ti. —Sus palabras parecían frívolas, pero cualquiera que pensara eso lo subestimaría—. Y gracias, Petronio.

—Perdimos a Florio —dijo Petro con desánimo—. De alguna forma se nos ha escapado.

—Podemos buscarlo. ¿Alguna idea?

—Puede que cambie sus planes ahora que tanto nos hemos acercado a él, pero habló de regresar a Italia. Esta noche hemos mantenido el río acordonado. No se permitió que nada se moviera por el agua. No puede haber zarpado aún.

Maya puso cara de sorpresa.

—¡Oh! Hubo un barco que sí fue río abajo, Lucio, justo antes de que el nuestro tomara tierra aquí. No llevaba luces, pero lo vimos gracias a las balizas que llevábamos nosotros. El capitán soltó una maldición porque estuvo a punto de chocar con él.

Petronio dijo una palabrota y Flavio Hilaris dejó escapar un gruñido.

—Estos gánsters, además de descaros, gozan de una influencia increíble...

—Dinero —afirmó Petro para explicar cómo lo habían logrado.

Hilaris se planteó si ordenar una persecución, pero era demasiado tarde y estaba demasiado oscuro. Al día siguiente ya se registrarían todos los riachuelos, playas y desembarcaderos desde allí hasta el gran océano del norte.

—¿Un barco? —le preguntó Petro a Maya para verificarlo. Ella movió la cabeza afirmativamente—. ¿Puedes describirlo?

—Un barco, simplemente. Bastante grande. Llevaba un montón de carga amarrada en la cubierta, por lo que pude ver en la oscuridad. Tenía remos y un mástil, pero iba deslizándose en silencio.

—¿Por casualidad no sabrás cómo se llamaba la embarcación?

Mi hermana le dedicó a su ídolo una sonrisa burlona.

—No. Pero deberías hablar con Mario. A mi hijo mayor —le explicó alegremente al procurador— le encantó la experiencia de navegar. Te estoy muy agradecida por haberla hecho posible. Mario ha estado reuniendo nombres de barcos en una tablilla de notas especial...

Petronio le dio un golpecito con el puño por haberle tomado el pelo y el gobernador y él sonrieron esperanzados.

—Mandaré una sena¹ al otro lado, a la Galia —dijo Flavio Hilaris riéndose entre dientes—. Tal vez atraquen allí y sigan por tierra, o quizá rodeen Iberia por mar. Pero cuando ese barco llegue a Italia, todos los puertos de la costa estarán avisados de antemano.

—Buena suerte entonces —Petronio era optimista—. Pero me temo que te hará falta alertar a todos los puertos del Mediterráneo. Florio tiene que mantener sus vínculos con Italia; su verdadera fortuna está ligada a su esposa. Pero aquí ya habrá hecho dinero suficiente para sobrevivir como un renegado durante largo tiempo... Podría ir a cualquier parte. —Petro se lo estaba tomando francamente bien—. Algún día volverá a nosotros y yo estaré esperándole.

—Confío plenamente en ello —le susurró Hilaris.

Petronio Longo se quedó mirando río abajo.

—Está por ahí. Al final lo atraparé.

Por cortesía tuvimos que esperar a que Flavio Hilaris examinara las condiciones de su dañada embarcación y luego hablara con los soldados. Petro y Maya se sentaron juntos en un proís, con las manos entrelazadas.

Yo me quejé a Helena.

—No estoy seguro de que pueda enfrentar un viaje de vuelta a casa de casi dos mil kilómetros con esos dos comportándose como si fueran dos adolescentes embobados mirando las estrellas.

—Alégrate por ellos. De todos modos, tendrán que ser discretos con cuatro niños entrometidos mirando.

Yo no estaba muy seguro de eso. Estaban ensimismados el uno con el otro; no les importaba.

Los soldados ya habían retirado las barreras, así que los miembros del público podían ir y venir a su antojo. La actividad militar había atraído hasta allí a una muchedumbre. Un vagabundo, uno de los ingenuos aspirantes que se congregaban en aquella provincia fronteriza, se acercó paseando y decidió que yo era un amigo apropiado para un hombre de su demente condición.

—¿De dónde eres, legado?

—De Roma.

Me miró fijamente desde algún vago mundo particular.

—Italia —dije yo. La necesidad de dar explicaciones me crispó, aunque sabía que

era un marginado. Iba hecho un asco y daba muestras de estar enfermo, pero actuaba como si reconociera en mí a un espíritu afín.

—¡Ah, esa Roma! —murmuró el vagabundo con nostalgia—. Estaría bien ir a Roma. —Nunca iría a Roma. Nunca había querido ir.

—Es la mejor —coincidí.

Me había hecho pensar en Italia. Me acerqué a Helena y la abracé. Quería regresar a la residencia y ver a mis dos hijas. Y después, lo más pronto posible, quería volver a casa.

LIX

Cualquier buen informante lo aprende: no te relajes nunca. Luchas para crear un caso viable. Tiene fallos; siempre los tienen. En el nuestro había un agujero enorme: uno de nuestros objetivos flotaba muerto en el Támesis, pero el otro sospechoso, el principal, había escapado.

Petronio Longo se mostraba ansioso por abandonar Britania en el próximo barco disponible que saliera de Rutupiae. Tenía motivos personales que requerían su presencia en Ostia, pero, claro está, su intención era encontrarse allí donde Florio reaparecería. Pensando en la cuestión de Florio, el gobernador le concedió un pase para el servicio de correos imperial. En reconocimiento de las exigencias del amor, lo hizo extensivo a Maya y a los niños y luego se sintió obligado a incluirnos a Helena y a mí. Estupendo. Un viaje rápido nos convenía a todos nosotros.

Sin embargo, cuando nos preparábamos para partir hacia Roma, nos falló un testigo clave. Lo estábamos haciendo bien en algunos sentidos. El propio éxito público del ataque a la banda en la aduana había impresionado a los lugareños. Como resultado de ello Frontino pudo obtener declaraciones de algunos taberneros sobre la extorsión, declaraciones que Petro llevaría consigo y utilizaría en caso de juicio. Asimismo, un comunicado formal de Julio Frontino en persona podría ser leído ante el tribunal si algún día Florio era entregado a la justicia. Eso estaría muy bien. Pero ya habíamos perdido a Cloris. Sus compañeras sólo podían atestiguar que Florio las había presionado, cosa que (al margen de su dudosa posición como gladiadoras) un buen abogado echaría por tierra llamándolo «legítimo ejercicio de un negocio». Cualquier tribunal romano envidiaría la habilidad para ganar dinero. Como los miembros del jurado luchaban para mantenerse a flote en medio de sus préstamos y sus acreedores, Florio les parecería un ciudadano ejemplar. Lo absolverían.

Nuestra única prueba condenatoria contra él era la afirmación de la camarera según la cual Florio, en La Lluvia de Oro, había ordenado a Piro y a Ensamble arrojar a Verovolco al pozo. Yo podía decir que lo había visto matar a Cloris, pero, ¿acusarle de asesinar a una gladiadora en la arena? Perdón. ¡Caso desestimado!

Quería convencer a Frontino de que el testimonio de la camarera era tan importante que debía ordenar su traslado a Roma. Con su nuevo y elegante nombre y su reciente acento refinado, Flavia Fronta podría adornarse para que casi pareciera una mujer honesta, si bien la profesión de camarera era de una categoría muy parecida a la de gladiador, tanto social como legalmente. Estaba dispuesto a dar instrucciones a un abogado para que desacreditara a Florio sugiriendo que el sórdido escenario del crimen había sido elección suya, lo cual era sintomático de una persona despreciable que frecuentaba antros asquerosos. De hecho Verovolco pertenecía a la aristocracia britana, de modo que, dada la estrecha relación del rey con el emperador,

existía un factor de escándalo en su asesinato.

Empecé a inquietarme mientras discutía con Frontino si consentía o no que la camarera viajara a Roma. El rey Togidubno había regresado a su capital tribal; supuse que aún estaría entristecido por la suerte que había corrido su renegado asistente, aunque reconfortado por el hecho de que el asunto se hubiera resuelto. Pero en lugar de ser trasladada a Noviomago con el rey para instalarla en la prometida nueva bodega, Flavia Fronta aún se hallaba en Londinium.

—¿Y dónde está? —le pregunté al gobernador—. Existe la cuestión de la seguridad.

—Está a salvo —me aseguró Frontino—. Amico está comprobando de nuevo su testimonio.

—¿Comprobándolo de nuevo? ¿El torturador?

Me fui a ver a Amico.

—¿Qué está pasando? La camarera dijo que Florio ordenó la muerte por ahogamiento en el pozo. Sólo por eso ya lo arrojarán a los leones si alguna vez es juzgado. El hecho de que preste declaración la convierte en nuestro único testigo de peso, pero, con el debido respeto por tu arte, ¡ha de notar se que lo hace de forma voluntaria!

—Hay dudas —replicó Amico, adusto.

—¡Pues no podemos tenerlas! Así que, ¿cuál es el problema? —intenté no enfurecerme demasiado. Estaba irritado, pero me interesaba aclarar el caso.

Entonces Amico me dijo que uno de los detenidos, con el cual se le había permitido trabajar, era el propietario de La Lluvia de Oro. Yo lo recordaba de la noche que llevé a Helena allí a beber algo: había sido un antipático y pertinaz ejemplo de malhumor y agresividad.

—Mantiene lo mismo que los demás —dijo Amico—. Verovolco era un incordio para la banda y Florio quería humillarlo; arrojarlo al pozo fue sólo un juego. El barbero ese me dijo lo mismo. Pero el propietario del bar vio realmente lo que ocurrió.

—Antes lo negaba.

—Bueno, hice que soltara la lengua.

—Es tu trabajo. Pero bajo tortura la gente dice aquello que cree que tú quieres oír. —Amico pareció ofenderse—. Si admite que fue un asesinato, tal vez tenga miedo de que lo acusemos de complicidad.

—Se le ha asegurado que no lo castigaremos por decir la verdad. ¡Mira, ve a ver al procurador, Falco! —saltó Amico de repente—. Dile que te enseñe las pruebas. Eso no lo discutirás.

Encontré a Hilaris, que tenía aspecto de estar deprimido. Me confirmó que el propietario del bar; con voz ronca, había revelado una pista que había dado lugar a

que se practicara un nuevo registro en su local. Entonces Hilaris abrió un pequeño armario de paneles que había en la pared. Valiéndose de las dos manos sacó un objeto que depositó sobre una mesa con un ruidoso golpe. Lo cogí: un torques de fastuoso peso. Era un estupendo objeto serpenteante, con gruesos hilos de oro, que debía causar dolor de cuello al que lo llevara. Lamenté no poder pedirle consejo a mi padre, pero a mí me parecía que tenía unos cuantos años, tal vez se remontara a la época de César. La técnica de entretejer los hilos y la filigrana granular que adornaba el cierre eran de estilo mediterráneo.

Dejé escapar un suspiro.

—Dime que esto se encontró entre el botín que requisamos a la banda, Gayo.

—Me temo que no. Lo hallamos escondido en un panel de zarzo de la pared en La Lluvia de Oro.

—¿Y ésa es la razón por la que Amico está probando sus mejores habilidades con la camarera?

—Ya lo ha hecho. Ella no quiere hablar con él. Ahora van a llevar a la mujer ante el gobernador, si quieres venir.

Flavia Fronta, como se hacía llamar entonces la informadora, fue llevada a rastras ante la presencia de un estricto tribunal: Julio Frontino, Flavio Hilaris y yo. Nos sentamos alineados en unos taburetes plegables, el símbolo romano de la autoridad. Allí adonde íbamos nosotros iba también nuestro poder para arbitrar. Eso no significaba que pudiéramos persuadir a una camarera intransigente para que hablara.

Tenía señales de haber sufrido daños, aunque yo había visto a mujeres con aspecto mucho más maltrecho. Los soldados que la trajeron la sujetaban para que se mantuviera en pie, pero cuando la dejaron frente al gobernador permaneció erguida con estoicismo. Aún le quedaba aliento para quejarse a voz en grito por el trato recibido de Amico.

—Lo único que tienes que hacer es decir la verdad —dictaminó Frontino.

Pensé que en aquellos momentos ofrecía todo el aspecto de una mentirosa que estaba perdiendo los nervios.

—Repitamos de nuevo tu historia —dijo Hilaris. Yo ya lo había visto antes en esa situación. Para ser un hombre tranquilo, a la hora de interrogar poseía un estilo seco y efectivo—. Eres la única persona, el único ciudadano libre cuya palabra tiene validez legal, que afirma que Piro y Ensamble mataron a Verovolco en el pozo de la taberna.

Flavia Fronta asintió tristemente con un movimiento de la cabeza.

—¿Dices haber oído al romano llamado Florio ordenarles que lo hicieran? —Otro movimiento de la cabeza, más débil aún—. ¿Y cuando Florio se marchó del bar con sus dos socios el britano estaba muerto?

—Debía de estarlo.

—¡Por las pelotas de un toro! Eso no basta. —Todo el mundo me miró. Me puse

en pie lentamente. Me acerqué a la mujer. Había observado la creciente debilidad en su manera de contar la historia. Amico no era el único profesional implicado en el asunto. Incluso cuando es inconveniente, un buen informante continúa comprobándolo todo—. Piro nos dijo que Verovolco aun estaba vivo.

—¡Pues será mejor que se lo preguntes a él entonces! —se mofó.

—Piro está muerto. La banda ordenó su muerte. —Bajé la voz—: Antes de que pienses que eso te libra, tienes algo muy grave que explicar.

Le hice una señal con la cabeza a Hilaris. Él sacó el torques.

—Flavia Fronta, creemos que escondiste esto en el bar.

—¡Lo han colocado para inculparme!

—Oh, no lo creo. Y ahora, tal como te dijo el gobernador, volvamos a tu historia. Puedes contárnoslo ahora o te podemos enviar de vuelta con el torturador oficial, quien, créeme, todavía no ha hecho nada más que empezar contigo. Comencemos: Dices que Florio les dijo a Piro y Ensamble: «¡Hacedlo, muchachos!»... Entonces, según tú, arrojaron al pobre Verovolco al pozo. Lo describiste; me dijiste que tenía una expresión horrible en su rostro... Dices que Piro y Ensamble lo sujetaron cabeza abajo pero, si lo hicieron, ¿exactamente cómo pudiste verle la cara?

—Oh... debió de ser mientras lo sumergían.

—Entiendo —fingí aceptarlo. La mujer se dio cuenta de que no era así—. ¿De modo que él quedó allí muerto y todo el mundo se marchó corriendo despavorido?

—Sí. Todos se fueron corriendo.

—¿Qué hicieron los tres hombres, Florio, Piro y Ensamble?

—También se marcharon.

—¿Enseguida?

—Sí.

—Alguien nos dijo que iban riéndose, ¿es cierto?

—Sí.

—Así que tras ellos, en el patio, estaba Verovolco en el pozo. ¿Dónde estaba el propietario del bar?

—Dentro del recinto. Siempre que había problemas encontraba otra cosa que hacer.

—Bueno, eso es típico de un propietario, ¿no? ¿Y qué me dices de ti? ¿Saliste al patio a echar un vistazo? Y luego, déjame que lo adivine... te quedaste ahí plantada mirando a Verovolco y... ¿me equivoco?... ¿al día siguiente nos dijiste que agitaba los pies?

En su taburete de magistrado, Hilaris hizo un imperceptible movimiento. Él también recordaba que la mujer había mencionado eso cuando inspeccionamos el cadáver.

Flavia Fronta cometió su error: asintió con la cabeza.

Yo la atravesé con una mirada furiosa.

—¿Y entonces qué hiciste?

Balbuceó, incapaz de explicarse.

—Le quitaste el torques, ¿no es verdad? —Entonces lo supe—. Piro no lo había cogido, tal como la gente creía. Tú estabas a solas con el britano. Estaba medio ahogado y a tu merced. Viste este hermoso y costoso torques alrededor de su cuello. Era demasiado para poder resistirse.

Flavia Fronta volvió a asentir. No puedo decir que pareciera alicaída. Se sentía ofendida por haberse visto obligada a revelar todo aquello y parecía creer que estaba en su derecho al robar aquel precioso collar.

—Ahora explícanos cómo sucedió. Para hacerte con él debiste de sacar del pozo a Verovolco, al menos parcialmente, ¿no?

—Así es. —Entonces fue más atrevida. Nosotros teníamos el torques. No tenía sentido engañarnos. Las mujeres son así de realistas.

—Verovolco aún estaba vivo. Debía de pesar bastante y quizás estaba débil. Me atrevería a decir que estaba tratando de salir de ahí. Sacarlo, aunque sólo fuera lo suficiente, debió de costarte un poco.

—Puede que sea bajita pero soy fuerte —presumió la camarera—. Me paso media vida levantando barriles y ánforas llenos. Tiré de él y le arranqué el torques del cuello.

—Todavía estaba vivo. ¿Eso lo admites?

—Bien vivo que estaba el condenado. Armó un enorme alboroto por haberle arrebatado su oro.

Traté de moderar mi desagrado hacia ella.

—Se suponía que Verovolco podía sobrevivir cuando lo sumergieron en el agua. Pero tú le habías robado el torques y él te vio; de manera que entonces...

—No tenía otra elección —respondió la camarera, como si yo fuera un idiota por preguntarlo—. Lo volví a empujar al pozo. Y lo sujeté allí hasta que dejó de patalear, yo misma.

Me volví hacia el gobernador y el procurador.

—Uno siempre se siente bien cuando acusa de asesinato al sospechoso adecuado, ¿no os parece? —Tenían un aspecto compungido.

La confesión de Flavia Fronta había destruido por completo nuestro viable argumento en contra de Florio. Con una imputación de asesinato lo hubiésemos atrapado. Llevarlo ante un jurado acusado de pertenecer al crimen organizado sería más complicado, y con unos abogados listos que confundieran las cosas, el resultado iba a ser mucho más imprevisible.

—Supongo que tenía que haber escondido mejor el torques —rezongó la mujer.

—No, lo que nunca debiste hacer es apropiarte de él. El rey Togidubno le dio ese

torques a su asistente como obsequio. Se alegrará de que se lo devolvamos. Pero no tengo muchas esperanzas acerca de tu bodeguita en el sur.

La camarera iría a parar a la arena. La muerte de una asesina impenitente en las garras de los osos y de enormes gatos salvajes representaría una gran atracción para la audiencia. No parecía ser consciente de la suerte que iba a correr. Dejé que fueran el gobernador y su personal quienes le hicieran darse cuenta cabal de cuál sería su destino.

A Petronio Longo le comuniqué la amarga noticia de que habíamos resuelto un crimen, pero habíamos perdido a su testigo.

LX

Tan sólo quedaba una triste tarea: Helena, Petronio y yo asistimos al funeral de Cloris. Maya, temblorosa aún tras su encuentro con Norbano, no quiso venir con nosotros. Dedicó duras palabras a todas las luchadoras femeninas y otras aún peores a mi antigua novia. Incluso culpó a Helena por asistir.

—Es una noble actitud, Helena... ¡pero la nobleza da asco!

—Murió a mis pies —la reprendió Helena Justina en tono sosegado.

Los gladiadores son unos marginados de la sociedad. Su infamia implicaba que sus tumbas no podían situarse justo al salir de la ciudad, como ocurre con todos los entierros de personas adultas, sino fuera también del cementerio público. Los grupos de luchadores ricos y de renombre quizá podían comprar sus propias tumbas, pero hasta el momento Londinium no contaba con distritos de elaborados mausoleos para los muertos. De modo que sus amigos optaron por enterrar a Cloris en terreno abierto, invocando un antiguo ritual típicamente nortño.

Fue un conocido paseo hasta el emplazamiento elegido. Fuimos hacia el oeste por el Decumano Máximo, cruzamos el arroyo central y dejamos atrás la arena y la casa de baños. Londinium no tenía murallas ni un *pomerium* delimitado formalmente que señalara sus lindes, pero sabíamos que nos encontrábamos en los límites de la ciudad. Pasada la zona militar llegamos a un cementerio, uno en el que había magníficos monumentos. Lo atravesamos y nos fijamos en una enorme inscripción, compuesta por su esposa, para Julio Clasiciano, el anterior procurador financiero a quien Hilaris había relevado cuando murió mientras prestaba sus servicios. Después de ascender hacia el otro lado de la colina, llegamos a una zona en declive que daba a otro afluente del Támesis. Allí, separados de las tumbas oficiales y de los monumentos y frente a la campiña vacía, se reunieron los miembros del cortejo fúnebre.

Cloris era la fundadora y líder de su grupo, a la que habían matado durante un injusto combate. Ello requería que se le rindieran honores especiales. Trajeron su cuerpo al despuntar el día, en un féretro transportado lentamente por mujeres. Sus compañeras formaron una sombría escolta ceremonial. Otros dolientes, sobre todo mujeres, acudieron de todas partes de la ciudad. Entre ellos se contaba una sacerdotisa de Isis, a cuyo culto están adscritos muchos gladiadores. De manera incongruente, había un templo de la diosa egipcia en la orilla sur del río en Londinium. Yo sabía que Cloris apenas honraba a sus propios dioses de Tripolitania, pero a algunas de sus compañeras les pareció apropiada la asistencia de la sacerdotisa. Anubis, el guía egipcio de los infiernos con cabeza de perro, se equipara a Radamanto o a Mercurio, esos mensajeros de los dioses que offician las muertes en la arena. De modo que fue en una atmósfera impregnada por el incienso de pino y acompañado por el sonido de un sistro que el ataúd llegó al lugar del entierro.

Fuera del perímetro del cementerio nos encontramos una tumba de lados rectos cavada con mucho cuidado. Por encima de ella se había montado una elaborada pira con leños entrecruzados, levantada en forma de rectángulos. Los troncos estaban meticulosamente colocados. Arderían larga e intensamente.

En el fondo de la fosa se habían colocado lámparas nuevas y quemadores de incienso, símbolos rituales y de la luz. También se apreciaban unos cuantos tesoros personales y obsequios de sus amigas. Alguien había lavado la estola azul de Helena, y Cloris yacía sobre ella. Si Helena se dio cuenta de ello, no dio muestras de aprobación ni de lo contrario.

Cloris parecía mayor de como yo quería recordarla. Una mujer sana en la flor de la vida que había elegido una profesión dura pero espectacular. Por desesperado que pudiera parecer, quizás ella hubiera esperado ganar sus combates y ser aclamada, gozar de fama y riqueza. En lugar de eso, la habían matado a causa de su espíritu independiente. Aquel día la habían vestido con esmero, ocultando sus horribles heridas. Llevaba un largo vestido oscuro cruzado sobre el pecho, con una valiosa cadena de oro para el torso adornada con una piedra preciosa en el centro. Incluso muerta, ofrecía un aspecto suntuoso, arreglado, sexualmente peligroso, perturbador. Yo no había deseado su muerte, y sin embargo me sentía casi aliviado de dejarla allí.

—¿Quién le compraría la piedra? —me pregunté.

—Nadie. —Helena me miró—. Debió de habérsela comprado ella misma. ¿No te das cuenta, Marco, de que para ella ésa era la cuestión?

Mientras se encendían las llamas sus colegas se colocaron a su alrededor, hermosas y disciplinadas. Algunas lloraron, pero la mayoría permanecieron tranquilas y con expresión severa. Todas ellas sabían que se enfrentaban a la muerte en la vida que habían escogido. Pero aquella muerte había sido prematura; requería un réquiem especial. Heraclea, rubia y escultural, fue la primera en tomar la antorcha y prendió fuego a una esquina de la pira. El agradable y aromático perfume de las piñas se intensificó. Una fina estela de humo ascendió formando volutas y las llamas empezaron a prender. Pasó la antorcha. Una a una las mujeres fueron aplicándola a los troncos, rodeando la pira. Un callado gemido llenó el aire. Se pronunciaron breves palabras de despedida. Incluso Helena se separó de Petronio y de mí y esperó a su turno con la tea. Petro y yo no lo hicimos. No hubiera sido oportuno. Nos quedamos ahí de pie, rodeados por las ráfagas de humo que penetraban sinuosamente en nuestros pulmones, en nuestro cabello y en nuestra ropa.

Las llamas arderían a lo largo de todo el día y toda la noche. Poco a poco las distintas capas de leños se romperían y se hundirían las unas sobre las otras. Al final, los restos carbonizados caerían en la fosa, la carne calcinada, la osamenta quemada hasta la fragilidad y, sin embargo, prácticamente intacta. Nadie recogería las cenizas ni los huesos. Aquél iba a ser su perpetuo lugar de descanso.

Finalmente me adelanté solo para despedirme. Al cabo de un rato, la mujer llamada Heraclea me atendió como una anfitriona.

—Gracias por venir, Falco.

Yo no quería hablar pero la buena educación me obligó a ello.

—Hoy es un día triste. ¿Qué va a pasar ahora con vuestro grupo?

Bajando la voz, Heraclea señaló con la cabeza a la sacerdotisa de Isis.

—¿Ves a la mujer que está con la sacerdotisa? —Había una joven matrona lujosamente ataviada a su lado, una de esas venerables seguidoras que atraen los templos, ostentando joyas de plata que le colgaban—. Es la nueva patrocinadora. Siempre hubo unas cuantas que se mantenían al margen, viudas o ricas esposas de mercaderes. Quieren la emoción de la sangre, pero si nos patrocinan a nosotras pueden evitar que los demás piensen que desean a los hombres. Amazonia decía...

Me lo imaginé.

—Que no había ninguna diferencia entre aceptar su apoyo o el de Florio.

—La conocías bien.

—Sí, la conocía. —Me quedé mirando la pira fijamente—. La conocía, pero eso fue hace mucho tiempo.

Heraclea también estaba triste.

—Amazonia tenía razón. Abandono Britania. Me voy a casa.

—¿Y eso dónde es?

—En Halicarnaso.

—¡Vaya, es el lugar adecuado! —Halicarnaso es el hogar espiritual de las Amazonas en la mitología. Eché una mirada a mis espaldas. Helena estaba hablando con Petronio. A juzgar por la severa expresión de su rostro, aquel funeral estaba afectando a Petro. Pensaba demasiado en aquel otro de Ostia durante el cual sus hijas fueron enviadas con los dioses en su ausencia. Helena lo consolaría. Eso haría que dejara de fijarse en mí durante unos momentos. Me arriesgué—. Heraclea, ¿Cloris dijo algo sobre mí?

La rubia alta se giró y se me quedó mirando unos instantes. No sé qué esperaba oír yo, pero ella no pudo o no quiso proporcionármelo.

—No, Falco. No. Nunca dijo nada.

Pues se había terminado. La dejé entre el agradable aroma de las piñas ardiendo y las ávidas llamas.

De vez en cuando la recordaría en los años siguientes, tratando de no pensar demasiado en el tiempo que habíamos pasado juntos. Podría arreglármelas con el recuerdo.

«Siempre fuiste un problema...»

«Y tú siempre fuiste...»

«¿Qué?»

«Te lo diré la próxima vez que estemos solos...»

Regresé con Petronio y Helena. Parecían estar esperando, como si algo tuviera que terminar.

No nos quedamos hasta el final, pero permanecemos allí un rato más, observando las llamas en silencio. El mal causante de la muerte que llorábamos había sido conjurado, al menos durante un tiempo. Al final Londinium sería presa de los gánsters, y a Petronio le quedaba pendiente la tarea de dar caza a Florio. La mujer que había muerto y sus amigas, cuyos rostros apenados estaban iluminados por el fuego, eran unas marginadas, lo mismo que los delincuentes; ellas, sin embargo, eran sinónimo de habilidad, talento, compañerismo y buena fe. Representaban lo mejor de todas las personas que acudían allí, al fin del mundo, con ilusiones. Habían acabado con Cloris, pero fue en su propio terreno, mientras utilizaba sus mejores aptitudes, con una actitud desafiante, siendo admirada y, al menos así lo creía yo, sin arrepentirse de nada.

¿Quién podía decir que eso era poco civilizado? Todo depende de lo que uno entienda por civilización, tal como dijo el procurador.

NOTA HISTÓRICA

Cuando decidí situar a Falco y a Helena en el Londres romano, en parte fue debido a que ya se encontraban en Britania tras su aventura anterior, y los problemas de desplazamiento del mundo antiguo no les permitirían regresar demasiado pronto. Sin embargo, fue oportuno. Durante los últimos años han tenido lugar hallazgos espectaculares que han mejorado enormemente nuestros conocimientos de la ciudad romana. En ocasiones ha dado la impresión de que el Servicio Arqueológico del Museo de Londres, así como los comisarios de las exposiciones de dicho museo, hayan estado trabajando a toda máquina para encontrar material de fondo para una de las tramas de Falco. Estoy especialmente agradecida a Nick Bateman y a Jenny Hall por su ayuda, sobre todo cuando las fechas y el emplazamiento de los edificios eran inciertos.

Pero mi retrato de Londinium es personal. A los autores de ficción nos está permitido inventar. (¡Sí, felizmente!) De modo que el pozo hecho con toneles de vino está inspirado en uno que se encontró cerca del Decumano y que figuraba en la exposición *High Street, Londinium*, pero el mío está situado en un lugar distinto. La Lluvia de Oro y todos los demás bares mencionados en esta historia son, claro está, de mi invención.

Asimismo, el entierro del último capítulo no es el sepelio en el *bustum* de Southwark, que tanto revuelo armó entre los medios de comunicación como posible descubrimiento de una gladiadora femenina (una conclusión que probablemente es errónea); mi entierro tiene lugar en el conocido cementerio romano que hay en los alrededores de Warwick Square, la zona donde podía haber estado originariamente situado el famoso monumento a Julio Clasiciano, antes de que sus piedras se volvieran a utilizar cerca de la Torre. De haber existido mi muchacha, yacería bajo la Corte Criminal Central (el Old Bailey). ¡No esperéis que la encuentren!

El fuerte de piedra romano cerca del Barbican data del año 80 d.C. En Fenchurch Street se han encontrado pruebas de la existencia de unas defensas más antiguas con murallas de turba, tal vez levantadas a toda prisa tras la Rebelión de Boadicea, pero parece más probable que en esta fecha los militares ocuparan la colina oeste de forma irregular (a la espera quizá de que algún agente del gobierno sugiriera que les construyeran un fuerte como era debido...). El anfiteatro, que se ha identificado hace muy poco tiempo, se encuentra bajo Guildhall Yard. Cerca había unos baños al estilo militar, en Cheapside, y la planta de extracción de agua de Mirón se descubrió recientemente en una esquina de Gresham Street.

El foro se hallaba por encima de lo que actualmente es Gracechurch Street, al norte de Lombard Street. El Decumano Máximo atravesaba la ciudad allí, siguiendo las Cheapside y Newgate Street modernas. Había otra carretera principal bajo Cannon

Street, y el camino que salía del foro en dirección al río estaba alineado con Fish Street Hill.

En aquella época el río Támesis era mucho más ancho que ahora. Se construyó un puente desde una isla en Southwark, más abajo del actual Puente de Londres; y las pruebas con las que contamos sugieren que entre la Invasión y el siglo II hubo muchas versiones del mismo que fueron evolucionando desde los puentes de madera hasta el permanente de piedra, que llegaba hasta la orilla donde había un extenso sistema de muelles. Quizás hubiera un embarcadero del transbordador a un lado, y al otro hay indicios de un magnífico edificio de piedra, tal vez con una columnata, que ha sido identificado como una posible aduana para el puerto.

El palacio del gobernador, construido durante las últimas décadas del siglo, se encuentra en parte bajo la Cannon Street Station. ¿Quién sabe dónde vivía el procurador? ¡En algún lugar decente, dado que era él quien controlaba el presupuesto para las obras!

En Southwark sí que había una posada, que debía de ser nueva, y un templo de Isis.

Greenwich Park contaba con un complejo de templos al estilo de Vespasiano, que The Time Team volvió a investigar y que quizás habrían podido verse en la cima de la colina en la que estaban situados desde la casa donde terminé esta novela... No creo que los promotores de la villa romana hubieran dejado de explotar Greenwich, pero el «nido de amor» con embarcadero es una pura invención de mi cosecha.

Lindsey Davis.

Londres, 2002





LINDSEY DAVIS, nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura inglesa en Oxford, aunque como la arqueología le había fascinado siempre, estuvo a punto de estudiar historia. Una de sus novelas románticas fue finalista en 1985 del Premio Georgette Heyer, lo que le animó a desechar cualquier posibilidad de buscar un trabajo más convencional y apostar todo para convertirse en escritora. Le llevó tres años. Sobrevivió gracias al programa gubernamental de subsidios para los emprendedores. Fue cocinera de una empresa de asesores fiscales. Le sigue divirtiéndose mucho investigar, documentarse y buscar el detalle histórico que aporta colorido a la ambientación de la época. Le divierten los rasgos de humor que se manifiestan en la Roma imperial del Siglo I d. C. y que aspira a transmitir al lector en sus novelas. Su más célebre creación es el investigador privado Marco Didio Falco, del que ya lleva escritas veinte novelas.